

GENTE QUE HACE ESCUELA

DISTRITO CAPITAL

Antonio López Ortega

COMPILADOR


Aprendamos a hablar de sexualidad



GENTE QUE HACE ESCUELA

DISTRITO CAPITAL


Banesco
Banco Universal

GENTE QUE HACE ESCUELA

DISTRITO CAPITAL

Antonio López Ortega
COMPILADOR

GENTE
QUE HACE
ESCUELA
DISTRITO CAPITAL

Este libro ha sido editado por la Vicepresidencia Ejecutiva
de Comunicaciones de Banesco Banco Universal, C.A.
y la Fundación Artesanogroup.

Producción general
Vicepresidencia Ejecutiva de Comunicaciones de Banesco
Producción ejecutiva
Fundación Artesanogroup
Carmen Julieta Centeno
Sudán Macció
Compilación, edición de textos y coordinación editorial
Antonio López Ortega
Investigación y documentación de instituciones:
Nela Ochoa
Diseño
Raúl Azuaje
Corrección
Margarita Arias
Impresión
ExLibris
Edición
2.000 ejemplares

Depósito Legal: If3102013800311 1
ISBN: 978-980-6671-03-4
© Banesco Banco Universal, C.A.

Impreso en Caracas, Venezuela, 2013

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia sin permiso previo del editor.

PRESENTACIÓN

De la lectura de *Gente que hace escuela*, Distrito Capital, es posible extraer una serie de conclusiones que podrían interesar a cualquier ciudadano que comparta la hipótesis de que la educación es la más profunda y duradera herramienta con la que cuenta Venezuela para avanzar hacia una mejor condición en su calidad de vida. En los veinte reportajes que aquí se ofrecen a los lectores están presentes algunos de los paradigmas que son esenciales a esa práctica de lo humano que conocemos como educación. Solo por ese hecho me atrevo a decir que este libro tiene una proyección, una significación de amplia resonancia.

Estas páginas nos recuerdan una de las premisas centrales del objetivo de educar: que el verdadero proceso de enseñanza/aprendizaje solo tiene lugar si hay una relación activa entre quien enseña y quien aprende. Y esa relación debe entenderse como lo contrario a cualquier forma de pasividad. La EDUCACIÓN, escrita con mayúsculas, solo se torna una realidad si existe un intercambio, un ir y venir de conocimientos y proyecciones de esos conocimientos, un ir y venir de preguntas y respuestas, un ir y venir de dudas y certidumbres.

Y este asunto vital, el del intercambio entre docente y alumno, depende a su vez del otro aspecto sustantivo que es condición *sine qua non* de la experiencia educativa: que quien enseña no debe entender sus conocimientos como una ventaja, sino como un bien que alcanza su valor más alto cuando logra compartirlos, cuando esos conocimientos son adquiridos por otros, cuando se enriquecen porque se transforman en materias que otros, por lo general más jóvenes, también comprenden e incorporan a sus vidas.

Una de las más grandes pedagogas que ha tenido el mundo occidental a lo largo de su historia, María Montessori, sostenía que la pieza clave del objetivo de educar era el reconocimiento de la incalculable humanidad que está en situación de espera, en quien quiere y necesita aprender. Cada alumno debe ser asumido por sus maestros y por las instituciones educativas como una persona. De no ocurrir, el circuito de enseñanza y aprendizaje no será efectivo, porque no logrará cautivar, no alcanzará a estimular el interés por los nuevos conocimientos.

Quiere decir esto que si la educación tiene una función social que toda sociedad acepta y proclama, también tiene un propósito personalizador: contribuir a la formación de ciudadanos, de personas integrales que, además de conocimientos y competencias, sean capaces de interactuar en comunidad y ejercer la solidaridad real a lo largo de sus vidas.

En los veinte escritos que conforman este *Gente que hace escuela*, *Distrito Capital*, subyace además otra idea preciosa: que independientemente del modelo educativo que cada maestro o institución suscriba, ninguno se considera a sí mismo autosuficiente y definitivo. En todos está presente la creencia de que la escuela solo puede dar lo mejor, si la casa y el espacio público también contribuyen con el proceso pedagógico. Pero también estas voces coinciden en que sus respectivos proyectos educativos son siempre realidades en cambio, que existen bajo el imperativo de adaptarse, de acompañar a las nuevas que surgen.

Entre la múltiple labor editorial que Banesco ha patrocinado o propiciado en la última década, *Gente que hace escuela* ocupa un lugar muy especial, porque de algún modo representa o metaforiza la totalidad de nuestros programas e inversiones en Responsabilidad Social Empresarial. Tanto en las diversas acciones que destinamos a los trabajadores de Banesco como en aquellas dirigidas a beneficiarios externos, siempre está presente el aliento, el empeño de aportar a la educación de los venezolanos.

Y es en ese marco donde quisiéramos inscribir el carácter de esta publicación: como un paso más, como una contribución que se suma a nuestra vocación central, la de ser un agente propagador del valor esencial e insustituible de la educación como camino cierto hacia el progreso. ■

Juan Carlos Escotet Rodríguez
Presidente de Banesco

INSTITUCIONES QUE HACEN CIUDADANÍA

Gente que hace escuela deja de ser el libro significativo y envolvente que Banesco publicó en diciembre de 2012 para convertirse en una colección editorial. Ya esta noticia dice muchas cosas y valida tanto lo que hemos hecho en el pasado como lo que haremos en el futuro. Si 32 personajes repartidos por toda Venezuela –con diferencias de credos, de condición social, de vocación profesional, de situación económica– podían apostar a una totalidad –la de convertir sus vidas en fuentes aleccionadoras para sus semejantes–, qué decir ahora de ese minucioso recorrido que nos llevará estado por estado, profundizando la mira y descubriendo inocultables tesoros. La tarea es de introspección, quiere ser microscópica, aspira a revelar mayores secretos, intuye que el país bulle en empeño, proyectos, visiones. Si en el libro inicial quisimos hablar de personajes que hicieron instituciones, quizás la variante del que presentamos es que las instituciones hablarán de los personajes que las han concebido o forjado. No es un cambio de miras, sino más bien un multienfoque: detrás de los esfuerzos que se consolidan socialmente siempre estarán los personajes que los han cristalizado.

En la serie que ya se inaugura con esta entrega, era difícil no pensar en Caracas, nuestra gran capital, como la escala de partida. Multifacética, contrastante, inabarcable, pero también herida, dolida, sitiada, las instituciones que hoy crecen con ella y cuyo muestrario aquí reflejamos responden a sus necesidades, sean estas urgentes o recurrentes. Si pensamos en experiencias como AVESA, Casas Don Bosco o Parque Social UCAB, estaríamos hablando seguramente de emergencia social; pero si citamos más bien a Criollitos de Venezuela o al Centro Nacional de Deportes Acuáticos, nos remitiríamos a formación deportiva. El CEGA es una de nuestras grandes escuelas gastronómicas y el Centro Académico de Luthería, la gran referencia nacional en fabricación de instrumentos, pequeños oasis que la ciudad también se permite para celebrar logros apreciables. Le siguen trayectorias tan encomiables como la de Funvisis, abocada al rastreo de sismos o terremotos, o como la de Fundación Vivienda Popular, con una labor admirable en la construcción de viviendas populares.

Las veinte instituciones escogidas como representación de Caracas, botón de muestra de un número infinitamente superior, al menos abarcan campos que son esenciales: las necesidades sociales, la educación en oficios, la formación en valores, la identificación de vocaciones, los servicios públicos, la oferta cultural y tantos otros. El grupo de voceros que aquí narran cómo sus vidas se han consustanciado con proyectos institucionales da cuenta de una vitalidad, de un tesón, de una fe a toda prueba. Son, en gran medida, iniciativas decanas, legendarias, que también han sabido transformarse con el giro de los tiempos para adaptarse a las nuevas realidades y afinar su capacidad de respuesta. Finalmente, se trata de un abanico de historias de vida que van de lo traumático a lo excelso, de lo plural a lo singular, del clasicismo a la vanguardia, de lo colectivo a lo individual.

Este recuento caleidoscópico no hubiera llegado a nuestras manos sin la contribución y el desvelo de los importantes periodistas y escritores que dieron forma a estas veinte historias con genuino interés y no poca devoción. Si los relatos terminan siendo emotivos es porque nuestros escribientes se involucraron con esas realidades como si formaran parte de ellas. Si a esto agregamos el registro gráfico que acometieron otros veinte profesionales de la fotografía, se entenderá la compenetración entre textos e imágenes, un todo coherente y estructurado que rebosa calidad, cuando no detalles y cuidados.

Caracas cuenta con las instituciones que hacen vida en su largo valle. Y lo decimos porque en cualquier escenario futuro de mejoras urbanas, ya ellas cumplen con un trabajo de saneamiento que muchas otras deberían desarrollar. Si hablamos de ciudadanía como la senda que todos debemos seguir, estas instituciones son ciudadanos vivos, plurales y atentos a un devenir que solo ven como superación del pasado. Un país de rostros humanos y de instituciones sólidas es el que nos espera a la vuelta de la esquina, por no decir a la vuelta de la Historia. ■

Antonio López Ortega
Compilador
(Octubre, 2013)

AVESA: UN RESPLANDOR EN LA OSCURIDAD **Pág. 13** Elizabeth Araujo 1

BANCO DEL LIBRO: DONDE LA LITERATURA PARA NIÑOS SE HA HECHO GRANDE **Pág. 29** Jacqueline Goldberg 2

CASAS DON BOSCO: UNA COSMOVISIÓN QUE ESTÁ EN LA CALLE **Pág. 45** Alfredo Meza 3

CEGA: UNA RECETA QUE FORMA COCINEROS ILUSTRADOS **Pág. 59** María Ángeles Octavio 4

CENTRO ACADÉMICO DE LUTHERÍA: TERAPIA PARA EL ALMA DE LA MÚSICA **Pág. 77** Diego Arroyo Gil 5

C.N.D.A. GREGORIO «GOYO» TAVIO: UNA INSTALACIÓN DEPORTIVA DE PRIMER MUNDO **Pág. 93** Carmen Victoria Méndez 6

CRIOLLITOS DE VENEZUELA: JUGAR AL FUTURO **Pág. 107** José Pulido 7

ESCUELA DE CINE Y TELEVISIÓN MARÍA CRISTINA CAPRILES: DETRÁS DE LA PANTALLA **Pág. 123** Armando Coll 8

ESCUELA DE ENFERMERÍA DE LA UCV: DE LA COFIA AL BIRRETE **Pág. 135** Gloria M. Bastidas 9

ESCUELA DE VECINOS DE VENEZUELA: GENTE QUE NOS ENSEÑÓ A VIVIR JUNTOS **Pág. 153** Albinson Linares 10

ROBERTO MATA TALLER DE FOTOGRAFÍA: «AQUÍ SE VIVE LA TRANSFORMACIÓN» **Pág. 169** Cristina Raffalli 11

FE Y ALEGRÍA: SEIS DÉCADAS FORMANDO CIUDADANOS **Pág. 185** Norberto Méndez 12

FUNDACIÓN VIVIENDA POPULAR: TECHO PROPIO PARA TODOS **Pág. 201** Maruja Dagnino 13

FUNDACIÓN VALLE DE SAN FRANCISCO: UNA ESCUELA DE ESTUDIOS LIBERALES **Pág. 219** Milagros Socorro 14

FUNDAPROCURA: PURO MOVIMIENTO **Pág. 237** Elizabeth Fuentes 15

FUNVISIS: UN OÍDO PEGADO AL SUELO **Pág. 251** Rafael Osío Cabrices 16

LA ONG: MÁS QUE UN ESPACIO PARA EL ARTE, UNA ESCUELA DE VIDA **Pág. 267** Michelle Roche 17

ORFEÓN DE LA UNIVERSIDAD SIMÓN BOLÍVAR: «UN NUEVO MUNDO REGIDO POR LA PAZ» **Pág. 283** Ana María Hernández 18

PARQUE SOCIAL UCAB: LA EMPATÍA COMO SERVICIO **Pág. 299** Ewald Scharfenberg 19

TALLER EXPERIMENTAL DE TEATRO: 40 AÑOS A LA BUENA DE DIOS **Pág. 319** Ezequiel Borges 20



AVESA

Un resplandor en la oscuridad

Fundada en 1984 por Elisa Jiménez, Magaly Huggins, Tahis Navarrete, Marisol Ramírez y Luz María Londoño, la Asociación Venezolana para una Educación Sexual Alternativa desarrolla una actividad difícil y silenciosa, cuyo único reconocimiento consiste en rehacer las horas felices de quienes creen haber perdido toda esperanza tras un episodio de abuso sexual. Detrás de la sostenida labor de asistencia para quienes tocan a su puerta, AVESA ofrece, sobre todo a los sectores de escasos recursos económicos, atención psicosocial, educativa y médica en el área de la sexualidad, a través de acciones informativas de orientación e investigación.

Elizabeth Araujo



Mercedes Muñoz

Se llama Ernesto, pero .....

atenderá si alguien grita su nombre, porque este niño de seis años es autista. Inteligente, amoroso con su mamá e inexpresivo ante el mundo que lo rodea, cada vez que Ernesto regresaba a los brazos de Gabriela, tras pasar el fin de semana con su papá, venía hecho un depósito de angustias. «Una tarde, después de volver de casa del padre, Ernesto me pidió desde el baño que fuera a limpiarlo, porque le dolía». Gabriela asumió que su único hijo, obsesivo con la higiene personal, quería que lo aseara hasta confirmar que estaba en total estado de limpieza. Entonces descubre una rotura inusual en el ano y, en cuestión de minutos, siente que el cielo se le oscurece por completo.

La historia es verdadera y, pese a que la madre, en un acto de arrojo, concede autorización para exponer su nombre y apellido, optamos por sustituir los nombres del niño, mas no la autenticidad de los hechos. De más está decir que el desenlace de esta tragedia familiar quedó saldada desde un punto de vista jurídico con el enjuiciamiento y condena del padre de Ernesto a 21 años de prisión. El agradecimiento incondicional de Gabriela para con el personal de AVESA, quienes le tendieron la mano en el instante preciso, remite a la ayuda recibida en el ámbito emocional que le ha permitido oportunamente zafarse de la pesadilla.

UNA ACCIÓN SIN PAUSA

Un silencio gravita en la sala donde transcurre la mañana. En los pasillos y jardines, niñas y adolescentes con sus pequeñas barrigas esperan a ser llamadas. La psicóloga Mercedes Muñoz ve en derredor y, antes de que salga alguna expresión de desconcierto, nos ataja con una frase que seguramente habrá pronunciado a menudo: «Sí, ya sé… Parece más un colegio que un lugar de atención de chicas embarazadas». Muñoz, quien facilitó el encuentro con Gabriela, sabe lo que significan esos breves rasguños del tiempo que se parecen al sueño y al olvido. Al frente, desde hace 28 años, de la Asociación Venezolana para una Educación Sexual Alternativa, tiene muy presentes los consejos de su madre, Elisa Jiménez, fundadora de AVESA: no dejar que la rabia te nuble la mente. Subraya que el credo de quienes trabajan en esta organización no gubernamental se basa en «reparar vidas rotas»: rehacer las horas felices de niños y adultos que por un infortunado episodio pasaron de la felicidad al asombro, y del asombro al trauma psíquico.

No obstante, la acción de AVESA no se circunscribe solamente a la parte «más dura» del oficio. Tres ejes temáticos, que a su vez conforman los programas de la organización, definen su misión: Salud Sexual y Reproductiva; Educación Sexual Comunitaria; Atención en Violencia Sexual y Doméstica. Hoy en día AVESA es reconocida como organización

pionera en varios de sus ámbitos de trabajo. Y más particularmente, por el hecho de haber fundado el primer servicio de apoyo psicológico a las víctimas de violencia sexual y doméstica del país, a través del cual han sido atendidos más de nueve mil niñas, niños, adolescentes y mujeres durante 28 años de servicio ininterrumpido.

Otro tema es el de la promoción y defensa de los derechos sexuales y reproductivos. AVESA ha tenido un rol protagónico de liderazgo en Venezuela al elaborar el primer programa institucional sobre «Salud Sexual y Reproductiva», mediante el cual se han prestado durante 10 años servicios médicos y de consejería a mujeres. Asimismo, ofrece servicio de atención individualizada en Salud Sexual y Reproductiva a adolescentes desde 1998. Su presencia cuenta como organización de la sociedad civil en numerosos espacios de cabildeo, discusión y lucha para el avance en el acceso a los Derechos Sexuales Reproductivos de toda la población, al punto de consagrarlos como derechos humanos en el ámbito nacional e internacional.

No satisfechos con ello, el Programa de Educación Sexual Comunitaria, que se ejecuta desde 1995, ha sido punta de lanza para la divulgación y promoción del ejercicio de la sexualidad responsable de la población adolescente, a fin de crear alternativas pedagógicas y de trabajo comunitario que contribuyan a disminuir los altos índices de embarazos e infecciones de transmisión sexual, incluyendo el VIH/SIDA, en un sector muy sensible por su escaso conocimiento sobre prevención. «Hemos capacitado a más de dos mil facilitadores de diez estados del país y con ellos hemos formado a más de treinta mil adolescentes para el ejercicio responsable de la sexualidad», apunta la psicóloga Magymar León, coordinadora para temas como violencia sexual, violencia contra la mujer, aborto y feminización del VIH/ SIDA.

Entre los planes inmediatos, AVESA trabaja en un proyecto que financia la Unión Europea, y que involucra a otras ONG consustanciadas con el tema de la salud sexual y reproductiva. Bajo la coordinación de AVESA, las organizaciones En Cadena y Acción Ciudadana contra el SIDA desarrollan una labor de educación y atención, tanto en Caracas como en el interior, dirigida a pacientes con VIH/SIDA, así como a víctimas de la violencia contra la mujer, creando con ello una agenda política común.

«Los resultados preliminares de estos estudios son desalentadores. Venezuela es un país que está muy atrasado en estos temas. Tenemos la falsa idea de que los gobiernos que se postulan con mayor sensibilidad social tienen una visión más cercana y avanzada sobre estos asuntos que los gobiernos conservadores. Pero eso no es verdad. Un ejemplo, el tema de la legalización del aborto. En Colombia, por ejemplo, estaba penalizado.

Esto significa que no se podía despenalizar. Y bajo el mandato del entonces presidente Álvaro Uribe, por vía del Tribunal Supremo, decenas de mujeres introdujeron una demanda y lograron que se despenalizara por tres causas. Mientras esto pasaba en Colombia, en la Nicaragua del presidente Daniel Ortega se eliminó la causal del peligro de muerte de la madre. Pienso que hay que mover nuestra forma de pensar. En Venezuela, el tema del aborto no ha sido debatido».

ATREVERSE A HABLAR SOBRE SEXUALIDAD ERA PARA ELISA JIMÉNEZ –FUNDADORA DE AVESA– UN REQUISITO IMPRESCINDIBLE PARA PROMOVER Y CONQUISTAR NUESTROS DERECHOS SEXUALES Y REPRODUCTIVOS.

VIOLENCIA CONTRA LA MUJER

Otra de las tareas de AVESA es atender a las mujeres víctimas de la violencia. Para la organización es necesario reconocer que la violencia contra las mujeres, sea física o verbal, es un problema público, una violación de los derechos humanos, pero también un delito. La institución considera muy importante que las comunidades se comprometan en la canalización de los casos de violencia. «No se trata de que la comunidad por sí misma ejecute acciones al margen de la ley, pero sí que sean capaces de mantener una actitud de comprensión y apertura hacia la mujer víctima de violencia, sin culpar ni estigmatizar. Denunciar hechos de violencia contra las mujeres que estén ocurriendo de manera flagrante en sus comunidades y nunca minimizar la gravedad ni las consecuencias cuando estos hayan sido identificados son actitudes que debemos sembrar». Para ello, AVESA imparte charlas orientadoras, talleres inductivos y elabora carteleras informativas sobre la violencia contra las mujeres.

El caso de Diana es elocuente. Licenciada en Contaduría, casada con un abogado y madre de tres niños, esta larense de 41 años, decidió al fin, tras 16 años de sevicias y humillaciones, pulsar el botón de alarma y acudir a AVESA para aprender a enfrentar la continua violencia física a la que era sometida por su marido. «Empezó, como ocurre todo, con agresiones verbales, muchas veces delante de los niños, y terminó con golpes en el rostro, cada vez que regresaba borracho o frustrado por algún infortunio en su bufete», nos cuenta esta mujer que se ha llenado de valor para reiterar ante un juez su solicitud de divorcio, no sin antes confirmar su denuncia por agresiones físicas contra quien «hizo de mi vida un infierno». El caso de Diana no se diferencia de otros episodios cotidianos de violencia doméstica en Venezuela. Según AVESA, una de cada 10 mujeres se atreve a denunciarlos. Basta con saber, según Fundamujer, que entre 800 y 1.000 casos de agresiones domésticas son reportados cada mes. En América Latina mueren 30 mujeres al día como consecuencia de la violencia doméstica.

ESCUELAS DE PADRES

Esta delicada zona que roza la moral de la sociedad, y que obviamente es centro de debates y controversias, AVESA la aborda bajo una estrategia educativa, de orientación, alejada de la polémica. Foros como «Hablar de sexualidad con los niños... y con las niñas» permiten tratar casos que, si bien para algunos aún resultan tabú, preparan a los hijos con información constante, a través de mensajes tácitos o explícitos de distintas fuentes. «Es necesario aprender a hablar de sexualidad para ayudarles a construir un concepto que les permita vivirla de manera sana, placentera y responsable». Para ello el programa Ciudadano Dycvensa organiza actividades dirigidas por la psicóloga Jacqueline Gaslonde, que facilitan a los padres discernir sus inquietudes en cuanto a la temática sexual.

La Escuela para Padres también forma parte de Ciudadano Dycvensa, plan de responsabilidad social emprendido por la empresa homónima, una constructora con más de treinta años de experiencia que se ha destacado al edificar obras de gran magnitud. Con ocasión de su trigésimo aniversario, Dycvensa puso en marcha un proyecto que busca la formación de ciudadanos proactivos y la participación de las comunidades en trabajos de beneficio colectivo. A través de una variada programación en áreas como ambiente, salud, educación, cultura y deporte, se busca involucrar a la mayor cantidad posible de personas, logrando un efecto multiplicador gracias al trabajo en equipo.

Ciudadano Dycvensa implementó su Escuela para Padres mediante encuentros, foros y talleres que desarrollan diversos temas de interés para padres y madres. Para la Escuela para Padres, Ciudadano Dycvensa es muy importante porque activa la participación de los padres asistentes. Durante cada intercambio se elige el tema que será desarrollado en la siguiente reunión, dándoles la



Magdymar León

oportunidad a los padres de decidir según sus necesidades de información qué punto es necesario explicar.

LA PUNTA DEL ICEBERG

La actividad relacionada con los casos de violaciones, abuso sexual de niños y embarazo de adolescentes conforma el centro de una tarea que Mercedes Muñoz define como «trepidante e incesante». Datos recientes de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) ponen de relieve la alarmante situación de la maternidad adolescente en Latinoamérica, pero en particular de Venezuela, país que figura a la cabeza de los embarazos juveniles en el continente. Estas cifras, que golpean como una bofetada a la sociedad en su conjunto, dan cuenta de la gravedad del tema. En 2010 hubo en Venezuela 591.303 partos, de los cuales 130.888 fueron de menores de 19 años y 7.778 de niñas menores de 15 años. Pero estos números, según AVESA, son apenas una parte del problema.

«Es algo que amerita un análisis profundo, porque en la comprensión del problema radica una visión moralista del embarazo adolescente. Pareciese que lo que preocupa principalmente es la evidencia de que el adolescente está teniendo relaciones sexuales. Con esas actitudes estamos dejando de lado un hecho grave: la inexistencia de una política específica para las madres adolescentes, que las ayude a no volver a parir como adolescentes o a que el embarazo no signifique un camino seguro a la pobreza», destaca Magdymar León, psicóloga social.

Mercedes Muñoz enfatiza que si alguien se embaraza en la adolescencia y no ha completado sus estudios tendrá que competir en el mercado laboral con otras chicas que no tienen hijos, quedando en situación de desventaja. «Esta dimensión social y económica como problema para las propias madres y sus hijos no está clara. Hay una opinión descalificadora de las adolescentes, que presupone que pueden tener relaciones con cualquiera. Son situaciones que debemos analizar con pinzas, porque no son realmente ciertas, y también porque una sociedad no puede admitir que sus adolescentes están perdidos. Hay que preguntarse qué pasa en una sociedad donde las adolescentes escogen consciente o inconscientemente esa opción. Lo que debe preocuparnos es que una chica no tenga oportunidades laborales ni proyectos de vida».

LOS INICIOS

AVESA nació, tal y como queda reflejado en su relato de la vida, cuando Elisa Jiménez convocó a un grupo de amigas, colegas y alumnos. Eran momentos históricos en los que los temas sociales bullían en Latinoamérica. «Yo diría que esos primeros diez años de la organización fueron alimentados por la pasión de Elisa Jiménez, pero un año antes de su

muerte aquella estructura poco institucional y más bien muy pasional hizo crisis, provocando la renuncia de gran parte del personal, e incluso de algunas de sus fundadoras», resume Mercedes Muñoz al confesar que ella no tenía «ni remotamente planteado» dirigir AVESA.

«Fue una cosa del destino, pues prácticamente en su lecho de muerte mi mamá me encomendó esa tarea. Cuando me vi frente a semejante reto, sabiendo que la pasión de mi madre y sus aliadas también había sido razón de la crisis, sentí mucho peso sobre mis espaldas, pues, siendo hija de Elisa, para mí era muy importante probar (y probarme) que yo tenía la capacidad para asumir ese reto». La primera tarea de Mercedes Muñoz fue institucionalizar AVESA, para que perdurara más allá de Elisa Jiménez. Creó una estructura sólida, tanto conceptual como económicamente, con un alto nivel de compromiso. De modo que el rigor y la exigencia han sido normas para todo el equipo de AVESA. La institución es considerada por muchos como una escuela. «Personas que han trabajado con nosotros, luego se han incorporado a instituciones públicas y privadas, brindando aportes valiosos que han aprendido en AVESA».

OBSTÁCULOS Y SOLUCIONES

AVESA se define como una organización sin fines de lucro que, basada en principios de equidad de género y de considerar los derechos sexuales y reproductivos como derechos humanos, promueve a través del diálogo y la reflexión crítica el ejercicio responsable de la sexualidad. Pero durante su larga trayectoria, la institución ha debido sortear dificultades de muy variada gama. Una de las que a veces adquiere mayor peso es la económica. Las políticas de los organismos multilaterales, agencias financiadoras, gobierno nacional, gobernaciones, empresas nacionales e internacionales, son irregulares y muchas veces discrecionales a la hora de ofrecer financiamiento a proyectos sociales.

EL SILENCIO ES EL MEJOR ALIADO DE LOS AGRESORES. EN ESTA CULTURA MACHISTA DONDE LA VIOLENCIA CONTRA LA MUJER ESTÁ TAN NATURALIZADA, LA MUJER CALLA PORQUE TIENE MIEDO.

«Lo mismo ocurre con los subsidios a los servicios de atención. Es muy paradójico que aun cuando AVESA ofrece un servicio único en el país, como es el de atención psicológica especializada a niñas y niños víctimas de abuso sexual, varias veces nos hemos visto amenazados de tener que cerrar el servicio porque las autoridades suspenden el subsidio o no lo aumentan. Llevamos seis años con el mismo subsidio y, lógicamente, cada año podemos atender menos casos. En febrero de 2011 tuvimos que hacer una protesta pública porque el subsidio iba a ser suspendido. Afortunadamente, contamos con el apoyo de cientos de personas, sobre todo en re-

des sociales y medios de comunicación. Es una triste contradicción: no abordan los temas, no desarrollan programas con eficiencia, pero tampoco contribuyen a que lo hagan las ONG», destaca Ygor Gómez, administrador e incansable propulsor y maestro en diversas áreas de AVESA.

Aunque cuantificable en datos y cifras, el aporte de AVESA a la sociedad semeja un goteo silencioso. Quienes son conscientes del trabajo en solitario que desarrollan, haciendo una labor tan imprescindible como única, saben que el tema de la sexualidad en Venezuela es de una complejidad que no ha sido abordada en su conjunto. «Miles y miles de personas, que se han beneficiado de nuestros programas de capacitación, han expresado cómo se han "desproblematizado" frente al tema de la sexualidad y la reproducción. Son personas que han incorporado a su vida cotidiana y profesional la promoción de la salud sexual y reproductiva, que han llevado el ejercicio responsable de la sexualidad a sus hijos y alumnos», expresa Gisela Loiza. A esa legión de vidas rehechas, habría que añadir otras miles que han logrado salir del ciclo de la violencia de pareja, reconstruyendo sus vidas y alcanzando relaciones equitativas de género en su ámbito familiar e incluso laboral. También miles de niños y niñas han podido sanar la huella traumática del abuso sexual y continuar sus existencias con proyectos y logros.

AVESA ha participado activamente en la construcción de un marco legal que garantice el acceso a los derechos sexuales y reproductivos y a una vida libre de violencia sexual y de género. Con énfasis se han abocado a resaltar el artículo 76 de la Constitución: «La maternidad y la paternidad son protegidas integralmente, sea cual fuere el estado civil de la madre o del padre. Las parejas tienen derecho a decidir libre y responsablemente el número de hijos e hijas que deseen concebir y a disponer de los medios y de la información que les aseguren el ejercicio de este derecho. El Estado garantizará asistencia y protección a la maternidad, en general a partir del momento de la concepción, durante el embarazo, el parto y el puerperio y asegurará servicios de planificación familiar integral basados en valores éticos y científicos». También han destacado el artículo 50 de la LOPNNA: «Todos los niños y adolescentes tienen derecho a ser informados y educados, de acuerdo a su desarrollo, en salud sexual y reproductiva para una conducta sexual y una maternidad y paternidad responsable, sana, voluntaria y sin riesgos. El Estado, con la participación de la sociedad, debe garantizar servicios y programas de atención de salud sexual y reproductiva a todos los niños y adolescentes. Estos servicios y programas deben ser accesibles económicamente, confidenciales, resguardar el derecho a la vida privada de los niños y adolescentes y respetar su libre

consentimiento, basado en una información oportuna y veraz. Los adolescentes mayores de 14 años tienen derecho a solicitar por sí mismos los servicios».

En AVESA la labor de formación de monitores ha permitido que su radio de acción no se limite a Caracas y Miranda. En otros estados han surgido centros de atención y educación, manejados por personal que ha pasado por las aulas de AVESA y ha materializado lo aprendido en actividades de auxilio y prevención. «Tenemos que transmitir lo que sabemos. No puede ser que sigamos siendo el único centro que atiende víctimas de abuso sexual. Tiene que haber gente trabajando en esto en las universidades, en los organismos públicos».

El camino que pretende recorrer AVESA para sortear la crisis busca centrarse en el ámbito pedagógico y en brindar asesorías. Un ejemplo de esto es el Diplomado de Promoción de la Salud Sexual y Reproductiva Adolescente, que inició la ONG en convenio con la Universidad Simón Bolívar y el apoyo de Unicasa. La próxima meta, que necesita el impulso de la empresa privada, es la realización de un Diplomado en Atención en Violencia Sexual. Magdymar León, directora ejecutiva, explica que la idea es que las personas que se formen en este diplomado hagan sus prácticas en el servicio de apoyo psicológico de la ONG. «Es la manera de mantener el servicio abierto, pues se nutre de estudiantes universitarios. Ellos se forman y nosotros logramos reducir los costos». La mayoría de las personas que acuden a la ONG son remitidas por la Fiscalía. AVESA recibe unos ochenta informes por año que van directo al Ministerio Público como elementos de prueba para juicios. «Muchas veces una niña que ha sido abusada sexualmente lo único que tiene para sostener su testimonio es la evaluación que hacemos aquí», dice Muñoz. El 70% de las personas que atiende la ONG son niñas o adolescentes víctimas de violencia sexual.



EL LUNAR DEL INCESTO

Lina vino a AVESA remitida por la Fiscalía cuando tenía 15 años. Vivía con sus padres, la

abuela paterna, su hermano varón de 10 años y su hermanita de cinco. Su madre murió tempranamente de un accidente cerebrovascular. Desde entonces quedaron al cuidado de la abuela y del padre, quien es policía. En su conversación con el personal de AVESA, Lina no reporta maltrato físico o verbal del padre hacia la madre, pero de su relato se infiere que el padre tenía control absoluto sobre la madre. No le permitía trabajar; tampoco salir sin «el permiso» del esposo. La madre de su padre también se sometía pasivamente a la voluntad del hijo. En la casa se hacía solo lo que él decía. «A veces pasaban hambre porque él se iba por días y no les dejaba dinero», cuenta la psicóloga tratante, quien narra uno de los casos que podría quedar a la deriva si el Ministerio para la Salud suspende los subsidios que por ley deben asegurar los servicios de apoyo a las víctimas de violencia sexual.

La psicóloga tratante retoma el caso de Lina: «La muerte de la madre la afectó mucho. Entre ellas había una relación muy estrecha; bañada en lágrimas, me repetía: "Ella era mi mejor amiga; yo le contaba todo". Las primeras sesiones las dedicamos sobre todo a darle contención al dolor ocasionado por la pérdida de la madre. Después de la muerte, el padre les pide a sus hijos que lo acompañen a dormir porque se siente solo. Por meses se turnan para consolarlo. Una de esas noches, Lina despierta porque siente que están abusando





sexualmente de ella: la situación se detiene cuando abre los ojos. En medio del asombro, la confusión y el terror, se vuelve a dormir con la duda de si eso realmente sucedió. A la mañana siguiente se convence a sí misma de que fue un mal sueño». La psicóloga acota que la negación es un mecanismo de defensa psicológica que ocurre cuando el suceso traumático es de tal magnitud que la psique no lo puede tolerar.

Los turnos continuaron… Y de nuevo aconteció la situación de abuso. Lina se apartó haciéndose la dormida. Se convenció de que su padre estaba abusando sexualmente de ella. No lo confronta, pero reacciona mostrando mala conducta: llega tarde, sale sin permiso con su novio, desafía al padre. En una de esas fuertes peleas con el padre, Lina lo enfrenta al fin y amenaza con denunciarlo. Su tía y su abuelo materno la acompañan en el proceso de denuncia. Mientras se investiga el caso, el Consejo de Protección le quita la custodia de los tres hijos al padre y le asigna su cuidado al abuelo. La Fiscalía la remite a AVESA.

«Este es apenas uno de los cientos de casos de incesto que debemos tratar, ocultando la rabia y la impotencia que nos deja escuchar estos testimonios de niños y niñas abusados por familiares. Llevamos años tratando a víctimas de incesto. Hemos conocido de cerca el dolor y el desconcierto de las víctimas, pero también el cinismo de los agresores. Hemos aprendido a acompañar a las víctimas en la sanación de heridas que son profundas, y en la consecución de la justicia. Hemos lidiado con la frustración y el desaliento de un sistema de justicia que niega los hechos o es sordo. Pero también hemos disfrutado la alegría de ver a niños, niñas y adolescentes saliendo de aquí seguros, tranquilos y hasta sonrientes, luego de haber tocado nuestra puerta marcados por la confusión, la tristeza y el dolor. A veces pienso que después de tantos años debería conmoverme menos, pero no lo logro. Cada caso de incesto que atendemos en AVESA me parece un escándalo».

Pero escandalosa es también para AVESA la tipificación del incesto en el «obsoleto y muy machista» Código Penal. El texto del artículo 380 reza: «Todo individuo que, en circunstancias capaces de crear escándalo público, tenga relaciones incestuosas con un ascendiente o descendiente, aunque fuera ilegítimo, con algún afín en línea recta o con un hermano o hermana, hermanos consanguíneos o uterinos, será castigado con presidio de tres a seis años». Para la presidenta de AVESA el artículo pone en evidencia que, en el caso del incesto, si no hay escándalo público no hay crimen. Cuestiona que el artículo 380 hable de «relaciones sexuales incestuosas» como si se tratara de una relación sexual con consentimiento entre personas unidas por lazos de consanguinidad. «Es necesario insistir en lo que hemos señalado: el incesto es una forma de abuso sexual que abarca un espectro amplio

de conductas, desde contacto sexual directo (manoseos y toqueteos, pero también violaciones) hasta indirecto (exposición a material pornográfico, exhibicionismo, sexo cibernético, entre otros) del niño, niña o adolescente con otra persona de su hogar –sea consanguínea o no– con la que exista una relación de poder sobre la que se sostiene el abuso sexual (el padre biológico, el abuelo, la tía, el padrastro, el hermano mayor). Siendo un agravante, desde el punto de vista del trauma psicológico, el lugar simbólico que el agresor ocupa afectivamente para el niño, niña o adolescente».

«Aquí reparamos vidas rotas».

Mercedes Muñoz

La política del silencio sirve de guarida a los miles de agresores que han abusado sexualmente de las niñas, niños y adolescentes que diariamente recibimos en nuestros servicios.

AVESA ha comprobado que, lamentablemente, el incesto es una de las vías más frecuentes de abuso sexual debido, entre otras razones, al contacto privilegiado del agresor con la víctima. «Lo mínimo que merecen las niñas, niños y adolescentes, víctimas de incesto, es la derogación del artículo 380 del Código Penal y su sustitución por un texto redactado a la luz de lo que hoy día sabemos sobre el abuso sexual incestuoso». Mercedes Muñoz cree necesario advertir que en Venezuela el abuso sexual se da en hogares de todas las clases sociales, sin distingo de etnia, sexo, religión, ubicación geográfica o tendencia política. En cambio, la garantía de atención psicológica profesional y el acceso a la justicia están absolutamente determinados por la clase social. «Los más pobres no tienen acceso a atención psicológica especializada porque no existen en el sector público, y en cuanto al acceso a la justicia, a los problemas de celeridad crónicos de nuestro sistema se suma la visión culpabilizante de la víctima que frecuentemente tienen nuestros jueces y fiscales».

¡NO AL SILENCIO!

Es un hecho cierto que la política del silencio sirve de guarida a los miles de agresores que han desnudado, manoseado, explotado, abusado y violado sexualmente a los niños, niñas y adolescentes que AVESA ha recibido en su Servicio de Atención Psicológica a Víctimas de Violencia Sexual y Doméstica en 28 años de funcionamiento. «La palabra, la denuncia, la protesta, han sido nuestras únicas armas en la lucha contra la violencia sexual y la violencia contra la mujer. Nuestra misión es romper el silencio encubridor de delincuentes, y hablar abiertamente de sexualidad, de violencia, de derechos, de justicia».

AVESA está consciente de que la vida cotidiana está llena de preocupaciones sociales y

personales relacionadas con la sexualidad. La feminización de la pobreza, la mortalidad materna, el embarazo adolescente, el VIH/SIDA, la violencia contra la mujer, el abuso sexual de niños, niñas y adolescentes, son solo algunos de los problemas sociales que evidencian la naturaleza política y pública de los asuntos relacionados con la sexualidad.

El abuso sexual siempre constituye una forma de violencia física o mental mediante la cual un adulto se aprovecha tanto de la confianza del niño o niña como de su superioridad. El abuso sexual ocurre cuando existe una asimetría de poder entre las partes por diferencia de edad, agravado por las condiciones de ventaja del victimario sobre la víctima, bien porque tiene autoridad sobre esta o cuenta con su confianza, o bien por las estrategias de control que utiliza para consumar el abuso: seducción, soborno, intimidación, amenazas, manipulación psicológica, fuerza física o armas. ■

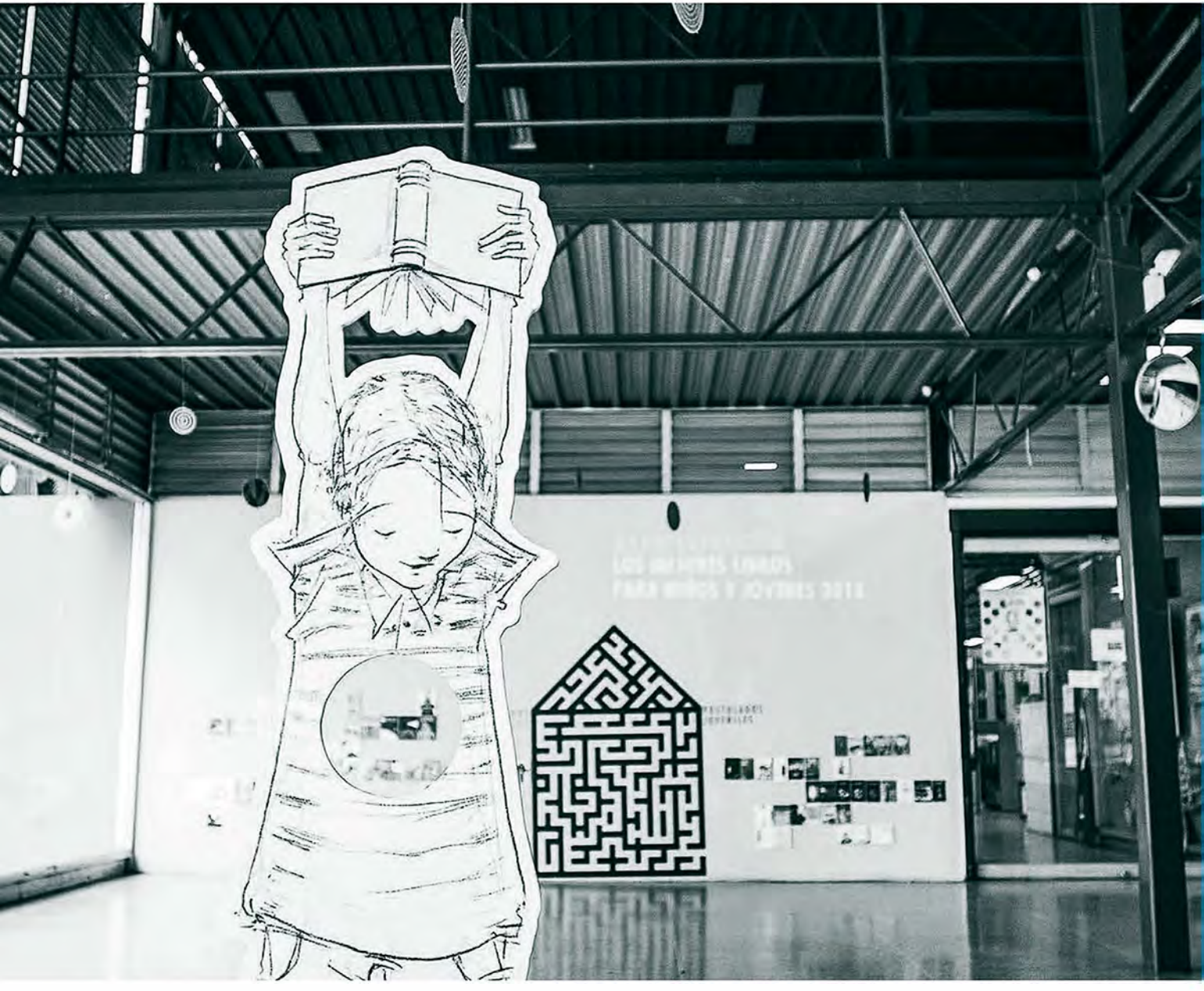






TEXTO
Elizabeth Araujo
Periodista egresada de la UCV. Posgrado en Comunicaciones. Docente de Periodismo de Investigación en la Escuela de Comunicación Social de la UCAB. Ha sido reportera y coordinadora de información en *El Nacional* y *El Mundo*. Actualmente se desempeña como columnista en *El Nacional* y *Tal Cual*.

FOTOS
Karim Dennery
Fotógrafa de reconocida trayectoria. Estudió en la Escuela de Artes de la UCV y en el Instituto de Diseño Neumann. Ha participado en exposiciones individuales y colectivas. Su trabajo ha sido reseñado por investigadores como María Teresa Boulton, Vilena Figuiera y Lorena González, entre otros.





Banco del Libro

Donde la literatura para niños se ha hecho grande

Fundada en 1960 con el fin de promover la lectura y la literatura para niños y jóvenes, fue la primera institución en el mundo que recibió el Premio Memorial Astrid Lindgren (2007), por su espíritu pionero, ingenio y tenacidad. Los incontables, creativos y exitosos programas de la institución –incluido Ekaré, sello editorial hoy independiente– son ejemplo y escuela para todos los sectores vinculados al mundo del libro para niños en Venezuela y mucho más allá de sus fronteras.

Jacqueline Goldberg



María Beatriz Medina

Si un banco en su sentido más tradicional se encarga de captar recursos en forma de depósitos, prestar esos recursos y brindar servicios en beneficio de la sociedad, no resulta extraño que quienes idearon una institución de canje de libros y promoción de la lectura optaran por llamarse, sin más, Banco del Libro. Un grupo de visionarias y emprendedoras mujeres –representadas por Luisa Adam, Alida de Rey, Anabelia Galo, Lulú de Ibarra, Gloria de Fariñas, Virginia Betancourt, Consuelo Méndez y Cecilia Oliveira de Prieto, entre otras– firmó el 19 de mayo de 1960 el documento constitutivo de la institución. Se materializaba un anhelo que germinó en 1959 con una caravana de recolección de libros de texto conocida como Marcha del Libro, que consiguió la donación de más de veinte mil ejemplares usados, un logro sin parangón en tiempos de posdictadura y tras una década de abandono de la educación. El centro de acopio se estableció en un galpón del Ministerio de Obras Públicas de la Zona Rental de la Universidad Central de Venezuela (UCV).

Aquellas emblemáticas marchas –que luego acopiaron también obras literarias y materiales diversos– se prolongaron hasta 1975, cuando el Banco del Libro era ya una institución consolidada, dedicada a la literatura infantil, protagonista de un movido servicio de canje que apoyaba a la población de menos recursos; que había establecido un convenio con el Ministerio de Educación junto al que coordinaba esfuerzos para mejorar la calidad de los libros de texto (1962); que había realizado también junto al Ministerio de Educación una edición masiva de 300.000 ejemplares de *Un niño venezolano*, el primer libro criollo de aprendizaje de la lectura, escrito por cinco maestras de primer grado (1962); que había publicado el Primer Catálogo de Libros de Texto de Primaria (1964); que fundó la Biblioteca Pedagógica Daniel Navea en la sede del Banco del Libro en Altamira y que actuaba como centro de investigación de material didáctico, así como de asesoría y orientación en la organización de bibliotecas escolares, entre otras muchas actividades (1964); que había convocado el Primer Seminario de Libros de Texto de Primaria, encuentro que favoreció el diálogo entre los funcionarios, los importadores, los autores venezolanos, los industriales de artes gráficas y los sindicalistas del ramo (1964).

Cuando cesaron aquellas iniciales e iniciáticas Marchas del Libro en 1975, la institución había creado ya la Red de Bibliotecas Escolares del área metropolitana de Caracas, 10 años después transferida al Sistema Nacional de Bibliotecas Públicas del Instituto Autónomo Biblioteca Nacional que llegó a forjar un sistema de servicios de bibliotecas públicas organizado en 23 redes descentralizadas (1965); había fundado la Biblioteca Mariano Picón Salas, primer ensayo de biblioteca pública

moderna, ubicada en el Parque Arístides Rojas en Caracas (1965); había creado seis bibliotecas escolares en Ciudad Guayana, así como otras cuatro en Caracas, brindando servicio a 230.000 personas (1966); era protagonista del exitoso servicio de Bibliobús, que en sus comienzos llegaba a 10 barrios de Caracas, centros de capacitación del INCE y a cárceles (1968); prestaba asesoría al Ministerio de Educación en materias de planificación, organización y formación para la creación del sistema de bibliotecas escolares en el país; y se habían unificado los servicios de bibliotecas públicas del Banco del Libro en un subsistema regional bajo la estructura del Centro Experimental de Recursos para el Aprendizaje Permanente CERAP (1974).

Sin fines de lucro, independiente del gobierno nacional y local, pero consciente de la importancia del trabajo conjunto, el Banco del Libro ha sido paradigmático por su riguroso compromiso con la calidad y el conocimiento, así como por su inigualable dedicación a la promoción de la lectura y a la literatura para niños en Venezuela y América Latina. En su vertiginoso crecimiento, ha sido pionero en cada una de las áreas sobre las que ha volcado su mirada y acción.

«Quienes participamos en la primera etapa del Banco del Libro –señala Virginia Betancourt, una de las fundadoras y primera presidenta de la institución–, tuvimos la oportunidad de conocer mejor a nuestra gente y de entender sus necesidades. Demostramos que es posible el trabajo en equipos creativos, integrados por personas de diferentes posturas políticas y generacionales y aprendimos a mantener una relación armónica con diferentes gobiernos sin perder nuestra identidad. Para la mayoría fue un acicate en la formación humana y profesional, en la adopción de una carrera de gerencia gubernamental, de docencia universitaria o de una editorial de literatura infantil».

UN HITO EN EL SUR

En 1965, se creó la Unidad de Evaluación de Libros de Textos del Ministerio de Educación y se promulgó del Decreto 567, que establecía la gratuidad del libro de texto en educación primaria y su distribución a través de bibliotecas escolares. Esta coincidencia hizo que Ciudad Guayana se convirtiera en epicentro del Proyecto Guayana de Bibliotecas Escolares –coordinado por el Ministerio de Educación y el Banco del Libro con financiamiento de la Corporación Venezolana de Guayana (CVG)–, una experiencia única en el continente de aquel momento y precedente de lo que hoy constituye la responsabilidad social empresarial. Esto marcó pautas para lo que sería el desarrollo de la Red de Bibliotecas Escolares en Venezuela y en el continente. «Paralelamente a los ensayos en diferentes tipos de servicios bibliotecarios públicos realizados en Caracas, Héctor Font, director

de Desarrollo Humano de la CVG, nos informó del interés de esa empresa por contribuir a mejorar la formación de quienes integrarían la fuerza laboral de la zona, mediante la donación de libros de texto de calidad, de primero a sexto grado, a los alumnos de los siete grupos escolares de Ciudad Guayana, integrada por San Félix y Puerto Ordaz. La empresa esperaba que las alcaldías de esas poblaciones le dieran continuidad a la labor», indica Virginia Betancourt.

UN GRUPO DE VISIONARIAS Y EMPRENDEDORAS MUJERES –LUISA ADAM, ALIDA DE REY, ANABELIA GALO, LULÚ DE IBARRA, GLORIA DE FARIÑAS, VIRGINIA BETANCOURT, CONSUELO MÉNDEZ Y CECILIA OLIVEIRA DE PRIETO, ENTRE OTRAS– FIRMÓ EL 19 DE MAYO DE 1960 EL DOCUMENTO CONSTITUTIVO DE LA INSTITUCIÓN.

En 1966, se crearon seis bibliotecas escolares en Ciudad Guayana y ya en 1972 el Banco del Libro organizaba el Núcleo de Servicios Bibliotecarios Escolares de la zona, que coordinaba 14 bibliotecas centrales, 13 bibliotecas de aula y 2 bibliobuses. En 1974 el Banco del Libro comenzó a desarrollar en la pujante ciudad del sur del país el programa «La familia en el preescolar», haciendo que los padres participasen de manera activa en la educación de sus hijos.

En 1982, debido a su gran éxito y a fin de expandir su acción, la institución comenzó la gradual transferencia del Proyecto Guayana de Bibliotecas Escolares al Ministerio de Educación, lo que significó la continuidad de esa transferencia que el Banco del Libro hizo en 1977 de su red de bibliotecas experimentales al Instituto Autónomo Biblioteca Nacional y de Servicios de Bibliotecas (IABN).

LEER EN LO REMOTO

Los Bibliobuses, servicio bibliotecario sobre ruedas, comenzaron en 1968 visitando escuelas, barrios, cárceles y pueblos donde no existían bibliotecas ni librerías. Fue una respuesta ingeniosa como pocas, replicada por otros países, que dio grandes frutos y marcó el alma de muchos. Oscar Lucien, sociólogo, cineasta y especialista de la comunicación, recuerda en un artículo del diario *El Nacional* (2010) que su primer trabajo fue como empleado del Banco del Libro: «Los bibliobuseros éramos una cofradía, una hermandad, una suerte de devotos entregados a una experiencia sublime: incentivar la pasión por la lectura en lugares donde en muchas oportunidades el primer libro que un niño o adolescente tenía en sus manos era el que ofrecía la bien nutrida y rigurosamente seleccionada biblioteca del Banco del Libro».

En 1983, con el apoyo de la Organización de Estados Americanos (OEA), se instalaron 36 bibliotecas rurales para promover la lectura en comunidades que carecían de tales servicios. Más tarde, con el financiamiento de la empresa petrolera Maraven, se instalaron 152

bibliotecas adicionales de este tipo. En 1984, se creó el modelo para Bibliotecas Escolares Rurales (BER), luego replicado en distintos estados del país, que fue recibido por las comunidades con mucho agradecimiento y porque garantizaba una auténtica inmersión en la lectura.

En 1988, el Banco del Libro se convirtió en el primer galardonado con el premio de promoción a la lectura Rising Sun Prize/IBBY-Asahi, gracias al cual fue posible continuar con el programa de servicio de bibliotecas experimentales durante ese año, tanto en la ciudad como en áreas rurales. Al año siguiente, con el apoyo del Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF), se instalaron 8 bibliotecas y 14 bibliobuses comenzaron a rodar por zonas rurales.

Durante el 2006, el programa «Bibliobús» se trasladó a 24 estados del país y aproximadamente a 40 barrios de bajos ingresos en Caracas. A través de visitas a escuelas se atendió a 43.000 niños, se formó a 2.065 maestros y bibliotecarios, y se impactó a 8.900 personas a través de actividades especiales.

«Nuestra recom*pensa* es ver lo agradecida que está la gente por la oportunidad de tener los libros. Creo que ese es el mejor estímulo para seguir trabajando. Aunque sea muy pequeña la gotica que aportamos, es una gotica más. A veces los docentes y alumnos deben caminar largos trechos para llegar a las escuelas, pero los caminan con ilusión y el libro es un estímulo para muchos. Las limitaciones existen, las zonas vulnerables y los problemas existen, pero si se logra generar el estímulo necesario todo es posible y la gente está ganada para ello», indica María Beatriz Medina, directora ejecutiva del Banco del Libro, acotando que con frecuencia vienen a Venezuela especialistas del mundo entero para ver de cerca las estrategias y logros del Banco del Libro.

Carmen Diana Dearden, quien comenzó trabajando en el Banco del Libro, fue su directora ejecutiva y luego fundó Ediciones Ekaré, recuerda que los niños de los barrios los esperaban en los cerros con los libros bajo el brazo: «Los niños de sexto grado les enseñaban a sus madres a leer. Muchas veces nos decían: "Profe, no le puedo devolver el libro porque mi mamá no ha terminado de leerlo y yo le estoy enseñando a leer". Mi experiencia personal es que cuando a los niños se les da acceso a los libros, leen; pero si no tienen acceso, no leen».

UN CALEIDOSCOPIO DE LOGROS Y LETRAS

Como parte de uno de sus programas experimentales –«Conoce tu barrio»–, en 1976 se inauguró la Biblioteca Pública de San José de La Urbina, en Petare. Esa biblioteca inspiró uno de los libros emblemáticos de la literatura infantil venezolana contemporánea, *La calle es libre*, ilustrado por Mónica Doppert y escrito por Kurusa –seudónimo de Carmen Diana Dearden–, traducido a más de una

decena de idiomas y cuyo título alude a lo que gritaban los niños en la angosta calle frente a la biblioteca, cuando al pasar los automóviles interrumpían sus juegos.

En aquel 1976 se inauguró la Librería del Banco del Libro en la zona sur de la urbanización Altamira –diseñada por el Instituto de Desarrollo Experimental de la Construcción (IDEC) de la Facultad de Arquitectura de la UCV, bajo la batuta de Henrique Hernández–, la primera y aún más importante librería del país especializada en libros para niños. También se creó el Comité de Selección de Libros para evaluar y seleccionar los libros que iban a ser utilizados en los diversos proyectos de la institución, cuyo crecimiento a través de los años lo convertiría en referencia para editores, bibliotecarios, maestros, padres, autores, ilustradores, libreros y especialistas de toda Latinoamérica.



En 1989, el Ministerio de Educación designó la Comisión Nacional de Lectura que se encargó de coordinar las acciones destinadas a ejecutar la Política Nacional de Lectura, integrada por el Instituto Autónomo Biblioteca Nacional, el Ministerio de Educación, la Universidad Experimental Pedagógica y el Banco del Libro.

En 1990, el Banco del Libro lanzó la primera campaña de promoción de la lectura que se conoció en el país: «Leer es un placer». Para ello se apeló a los medios de comunicación masivos, con el apoyo de la empresa privada, del Consejo Nacional del Libro y de la Comisión Nacional de Lectura. La campaña obtuvo el Premio Municipal de Periodismo Institucional 1990 a la mejor campaña de televisión, otorgado por el Concejo Municipal del Municipio Libertador.

En 1995, un total de 99 bibliotecas recibieron colecciones de libros como parte de un programa dedicado a donaciones llevado a cabo en alianzas con compañías como Mavesa y organizaciones como Dividendo Voluntario para la Comunidad (DVC), bajo el lema «Que lluevan libros sobre mi país». Este convenio sirvió también para capacitar a 46 docentes de 46 escuelas seleccionadas por Fe y Alegría y el DVC.



Carmen Diana Dearden



En 1999, como respuesta al trágico deslave ocurrido en el estado Vargas, el Banco del Libro puso en marcha el proyecto «Leer para vivir», reconocido con el Premio Gunst van Wassel de IFLA, financiado inicialmente por The United States Board on Books for Young People (USBBY), que contó con el apoyo de organismos multilaterales como el Banco Mundial, el Ministerio de Educación de Venezuela, las embajadas de Canadá y Estados Unidos de América, y varias casas editoriales de Venezuela y España. Se trató de una biblioterapia que se transformó tanto en una línea de investigación como de acción a través de proyectos de promoción de lectura como «Tendiendo puentes con la lectura» y «De la lectura a la escritura: creando espacios para la transformación». Fue la primera experiencia registrada en América Latina que utilizó la literatura como herramienta para la resolución de conflictos individuales y comunitarios, y ha servido de modelo para proyectos similares en Colombia, El Salvador y Tailandia. «Este proyecto se basó en la premisa de que el acercamiento humano y afectivo a los libros, a diferencia de un enfoque más técnico, permite que las personas se apropien de la lectura como un instrumento de vida. Para el inicio del proyecto vino a Venezuela Katherine Paterson, reconocida escritora estadounidense de literatura infantil. Jamás olvido algo que ella mencionó: dijo que cuando uno trabaja con la lectura como mediador, a veces no es suficiente tender puentes, sino que a veces es necesario tenderse uno como puente. Y eso fue lo que hicimos. Sé que cambiamos la vida de muchas de las víctimas de aquel desastre natural, nos lo dicen padres, niños, maestros, líderes comunitarios. A través de los talleres de formación se atendieron a 490 padres, líderes comunitarios y vecinos. Se impartieron cursos sobre cómo contar cuentos, el uso de la biblioterapia y el diseño de proyectos de promoción de lectura a 2.300 maestros de 92 escuelas. Se crearon 14 clubes de lectura en diferentes comunidades. Cuando pasó el momento de crisis, la lectura se quedó en la zona como parte de su vida y el proyecto dejó de pertenecer al Banco del Libro. Ahora era de la comunidad», dice María Beatriz Medina rememorando una de las experiencias que más la han marcado en los muchos años que ha estado ligada al Banco del Libro.

HACIA 1975, EL BANCO DEL LIBRO ERA YA UNA INSTITUCIÓN CONSOLIDADA, DEDICADA A LA LITERATURA INFANTIL, PROTAGONISTA DE UN MOVIDO SERVICIO DE CANJE QUE APOYABA A LA POBLACIÓN DE MENOS RECURSOS.

Katherine Paterson, autora galardonada con el Premio Hans Christian Andersen y el Premio Memorial Astrid Lindgren, tras su experiencia, dirigió una conmovedora carta a los habitantes de La Guaira: «Anoche, durante

la cena, una amiga canadiense me preguntó: "¿Cómo fue tu viaje a Venezuela?". Al principio no supe cómo contestarle. ¿Cómo podía contarle la maravillosa tarde que pasé con todos ustedes en las casas de Jennifer y de Betty? Empecé a imaginarme todas las caras de ustedes y las muchas cosas de ustedes mismos que habían compartido conmigo. Recordé la hermosa carta que leyó María y la historia que relató Nancy acerca del niñito para quien un libro era la mejor medicina. Recordé los dibujos que me mostró Betty, hechos por los niños con los cuales ella trabajaba –casi todos mostraban una casa por la cual lloraban–. Recordé a Nelson que nos contó cómo había reunido a su familia para leerles. Le hablé de las pancartas de "Leer para vivir" que ustedes habían hecho y colgado frente a sus hogares para decirles a sus vecinos que las riquezas que solo pueden darnos los cuentos podían ser encontradas y compartidas en ese lugar».

Entre los años 2003 y 2005 cerca de 2.328 niños y jóvenes, 71 profesores y 36 promotores comunitarios se beneficiaron de la excelencia del programa «Tendiendo puentes con la lectura», que propicia la inclusión social a través de encuentros que promueven un espacio para la reflexión y el diálogo sobre tópicos como tolerancia, identidad y ciudadanía; especialmente en las comunidades más necesitadas de Petare y El Guarataro, arropando sobre todo a niños que están fuera del sistema escolar formal, como es el caso de los hijos de inmigrantes ilegales.

Muchos son los programas que siguen copando la cotidianidad del Banco del Libro, relacionando a instituciones públicas y a la empresa privada con efecto multiplicador en la sociedad: ciclos de foros de cine y literatura; talleres de ilustración para especialistas y niños; talleres de narración oral y lectura en voz alta; Programa Integral de Promoción de Lectura en Línea; Proyecto continuo con la Dirección de Educación de la Alcaldía de Chacao en el tema de Lectura y Ciudadanía; Le@mos (de democratización del acceso a Internet y al uso de formatos digitales en escuelas de zonas populares de Caracas), entre muchos otros que suponen una admirable cantidad de maravillas.

El catálogo de Ekaré exhibe hoy 274 títulos, con un promedio de entre 8 y 14 nuevos libros por año, además de numerosas reimpresiones de sus obras más buscadas, traducidas a más de quince idiomas.

Otro admirable proyecto es el conocido como «Bibliomulas», que inicialmente formaba parte del programa de bibliotecas rurales y que hoy funciona a buen resguardo de la Universidad Valle de Momboy (Valera, estado Trujillo). Lleva libros y actividades de lectura a regiones aisladas de los Andes, a las que solo se puede llegar utilizando como forma de transporte mulas, burros y caballos.

En 2006, el Banco del Libro abrió el Máster en Libros y Literatura para niños y jóvenes, programa de posgrado en línea en literatura infantil diseñado y llevado a cabo en conjunto con la Universidad Autónoma de Barcelona, la Fundación Germán Sánchez Ruipérez y la Fundación SM, todas en España. El máster se propone aunar esfuerzos, consensuar criterios y potenciar la investigación. Su sistema de estudio a distancia (o bien con una semana presencial en España) facilita un horizonte común de formación de los profesionales del libro y la educación. Es una clara manera de hacer escuela sin fronteras.

Reflexiona María Beatriz Medina: «Siempre me pregunto si hemos hecho lo suficiente. Creo que la incidencia del Banco del Libro ha podido ser mayor y tengo la respuesta de por qué no lo ha sido: falta de articulación. Nuestro trabajo es de promoción de la lectura, pero no de alfabetización, que es fundamental. Sabemos que el lector se forma en la infancia, no siempre se puede influir después. Creo que el tema de capacitar y formar lectores críticos se ha visto reducido. Sin embargo, pienso que en Venezuela se lee, no como quisiéramos que se leyera, y no con la incidencia que nosotros quisiéramos tener. Pero eso no solo pasa en Venezuela, sino en toda la región, porque el tema de la penetración es una cuestión pendiente. Somos básicamente un ente de experimentación y ensayo: hacemos proyectos pilotos. En el Banco se han formado muchísimas generaciones –como lectores y como trabajadores–; no hay la impronta de una sola generación sino que ha sido un trabajo acumulativo. Aquí se hacen cosas maravillosas. Además, creo que los venezolanos, por lo que nos ha tocado, por el tipo de país que tenemos, echamos mano de cierta flexibilidad para trabajar con pocos recursos. Por eso el venezolano donde va tiene posibilidades».

EL CENTRO DE DOCUMENTACIÓN

Abierto en 1974, es pionero en la creación y difusión de materiales sobre literatura para niños y promoción de la lectura en Venezuela y América Latina, y el más grande de su tipo en la región. Posee una colección de más de veinte mil títulos provenientes de una cincuentena de países, una colección de 10.000 revistas editadas por organismos nacionales e internacionales, y más de seis mil documentos técnicos (ponencias, memorias, investigaciones).

Entre los años ochenta y noventa fue el núcleo coordinador de la Red Latinoamericana de Literatura para Niños del Proyecto Interamericano de Literatura Infantil (PILI), que con el apoyo de la OEA tuvo como objetivo conocer y difundir los bienes y valores culturales con que cuenta la región latinoamericana en el área de literatura infantil, así como desarrollar un plan de rescate y difusión de esta producción literaria para niños y un programa de

formación de recursos humanos. El PILI fue una red de 19 centros –15 en América Latina y 4 en Europa– que mientras funcionó hizo que el Centro de Documentación atendiera a unos cinco mil usuarios. Tras la modernización del Centro en 1992, la capacidad de atención promedió unos mil seiscientos usuarios al año. Es sin duda el espacio de la reflexión, la mirada y el diálogo.

EKARÉ: LIBROS CON COLOFÓN VENEZOLANO

Nunca fueron echadas en saco roto las palabras que la educadora y autora Anne Pellowski pronunció en 1960 al visitar el Banco del Libro: «Ustedes tienen que hacer sus propios libros». Y 1978 fue el momento de hacer realidad aquel anhelo, pese a que la propia directiva de la institución creyó en un principio que era una utopía. Ediciones Ekaré, dedicada a libros para niños y jóvenes, surgió gracias al empuje de Virginia Betancourt desde la presidencia, y al empeño de dos notables trabajadoras –Carmen Diana Dearden y Verónica Uribe–: «Tuvimos que salir a buscar subsidios para los primeros libros, pero rápidamente la editorial creció y adquirió respeto en todo el mundo y ya por varias generaciones. Ekaré fue pionera en Venezuela porque ha sido una gran escuela, sobre todo en sus comienzos, cuando sentó las bases para que buenos artistas, que nunca habían ilustrado libros para niños, lo hicieran. El manejo de contratos y regalías fue una escuela para autores, ilustradores y para nosotros como editores», explica Carmen Diana Dearden, presidenta de la editorial y antropóloga de profesión y corazón.

Ekaré –que en pemón significa «cuento»– es una casa editorial nacida de la mano de un proyecto de promoción de la lectura, del contacto con niños en bibliotecas. De ahí su solidez. Apunta Dearden: «Poco a poco la reacción de los padres y sus hijos nos entusiasmaban, porque los libros les encantaban. Luego, a medida que los libros iban saliendo en otras partes del mundo, obtuvimos otras satisfacciones. Después de haber comenzado nuestra producción, nos costó mucho tiempo y esfuerzo hacer que los libros viajaran fuera del país, pero hoy contamos con distribuidores en España, Argentina, Chile, Colombia, Ecuador, Estados Unidos, Guatemala, México, Perú, Puerto Rico y Uruguay. La gente ve el producto final y no se imagina todo lo que hay que hacer, no solo para publicar un libro, sino también para mantener la estructura de una editorial así. A pesar de todos los bemoles, de todas las angustias que hemos pasado, porque no ha sido fácil, ni cuando empezó ni mucho menos ahora, yo lo he gozado mucho. Esa es la verdad».

María Francisca Mayobre, directora editorial del sello, hace énfasis en que hay varias generaciones de venezolanos –y de hispanoamericanos– que con Ekaré se iniciaron en la lectura formal y de imágenes: «A veces hacer



María Francisca Mayobre



un libro álbum es como hacer una película o una obra de teatro: el texto es casi como guion que da las pautas al editor, director de arte e ilustrador para desarrollar el trabajo de ilustración, el tratamiento de los personajes, el formato, la tipografía, el diseño, la aproximación editorial en sí. Todo es parte de un gran escenario que finalmente conforma el libro álbum o libro ilustrado. El editor debe orquestar todo, al igual que el director de una película debe articular la imagen y la palabra, así como todas las otras variables de una película siempre a caballo entre el arte y la industria. Así el lector de este tipo de libros estará siempre en tensión entre el texto y la imagen».

En 1990 –por su ritmo de crecimiento y sus particulares necesidades–, Ekaré adquirió autonomía jurídica y administrativa con lo cual se separó del Banco del Libro pero continúa trabajando mancomunadamente con la institución madre y permanece en sus espacios. Hoy su catálogo exhibe 274 títulos, con un promedio de entre 8 y 14 nuevos libros por año, además de numerosas reimpresiones de sus obras más buscadas, traducidas a más de quince idiomas: alemán, bretón, chino tradicional y simplificado, coreano, danés, euskera, francés, holandés, inglés, islandés, italiano, japonés, noruego, papiamento, polaco, portugués y sueco. «*Margarita*, de Rubén Darío, uno de los primeros libros editados por Ekaré, es uno de nuestros *long sellers*, que se vende y se vende en todas las generaciones. Luego vinieron muchos otros que obedecían a nuestra razón de ser: publicar libros venezolanos con un lenguaje cercano a nuestra cultura y nuestros niños. Nuestra filosofía es que solo un 35% de los títulos sean extranjeros y el resto venezolanos. Hoy en día editoriales extranjeras nos tienen como modelo», acota Dearden.

Ekaré comenzó a tener su propio *stand* en ferias internacionales en Bolonia, Italia, cuando apenas contaba con unos pocos ejemplares. Hoy acuden anualmente a las más importantes ferias literarias del mundo, en las que negocian derechos y venden su producción, esperada con ansias y respetada entre las mejores del mundo hispano.

RECONOCIMIENTOS Y HERMANDADES

En mayo de 2007, el Banco del Libro se convirtió en la primera institución en el mundo en recibir el Premio Memorial Astrid Lindgren que otorga el gobierno de Suecia a través de su Ministerio de Cultura: el mayor premio de literatura infantil y juvenil internacional con el que solo se había distinguido antes a escritores e ilustradores. El veredicto del jurado reconocía que el Banco del Libro «ha buscado constantemente, con un afán pionero, imaginativo y persistente, nuevas vías para la difusión del libro junto al impulso de la lectura en Venezuela. Su labor se caracteriza por el entusiasmo, la profesionalidad, la proximidad con los niños y una liberadora ausencia de planteamientos burocráticos, tanto en los barrios de zonas vulnerables y las aldeas de zonas montañosas como en la universidades y el ciberespacio». El premio, que homenajeaba la labor diaria y trayectoria de la institución venezolana, estuvo dotado con cinco millones de coronas suecas –unos 700.000 dólares–, que permitieron al Banco del Libro un respiro al margen de la crisis socioeconómica que se volcaba ya sobre el país.

En 2012, con el proyecto «Palabras por y para la no violencia», obtuvo el Premio Handam UNESCO, auspiciado por la Fundación Bin Rashid Al Maktoun y la UNESCO para proyectos innovadores en el fortalecimiento de la formación docente.



Varios son los programas que lleva adelante con otros países, entre ellos con Colombia. Desde 1980 provee soporte técnico al Instituto Colombiano de Cultura (Colcultura) en la instalación de bibliobuses. En 2009 asesoró el proyecto «Lectura y Crisis» que conduce Asolectura Colombia con los desplazados de guerra. Igualmente ha participado en

programas organizados conjuntamente con las salas de lectura del Consejo Nacional de la Lectura de México.

Pero el Banco del Libro no solo es premiado, sino que también premia: en 1980 creó el galardón anual «Los 10 mejores» con el fin de reconocer y promocionar la producción de libros de calidad. El premio ha contribuido a elevar la calidad del libro para niños y jóvenes en la región, ha estimulado el desarrollo y promoción de varias generaciones de ilustradores y autores nacionales y ha divulgado las obras de autores de otras latitudes en nuestro país.



El Banco del Libro está afiliado a varias redes e instituciones que comparten sus intereses: desde 1978 es la sección venezolana de IBBY (International Board on Books for Young People); forma parte de SINERGIA (Asociación Nacional de Organizaciones de la Sociedad Civil); es miembro de FIPAN (Federación de Instituciones Privadas de Atención al Niño, Joven y la Familia) y del Comité Permanente de la Sección Latinoamericana y del Caribe de IFLA (International Federation of Library Associations and Institutions).

El reconocido autor e ilustrador inglés Anthony Browne señala haber viajado por muchos países del mundo sin haber vivido jamás una experiencia como la que le brindó el Banco del Libro: «Fui a Caracas en 1996 para asistir a una hermosa exposición de mis trabajos y conocí al personal del Banco, a maestros, bibliotecarios y muchos niños, todos muy entusiasmados con la lectura. Sus reacciones con mis libros, y con los libros en general, fueron asombrosas. Nunca olvidaré las experiencias fantásticamente positivas que tuve ahí. El Banco del Libro es una verdadera joya». Y ciertamente es joya, puerta, ventana, casa abierta, donde directivos, empleados y usuarios de todas las edades conviven con la belleza, la alegría y el entusiasmo por la palabra. Pocos rincones hay en el país donde se respire a diario tanto optimismo. El Banco del Libro no le teme a los retos, mira el pasado con orgullo y agradecimiento, tendiéndose como puente hacia letras redentoras. ■





TEXTO
Jacqueline Goldberg
Licenciada en Letras (LUZ) y Doctora en Ciencias Sociales (UCV). Poeta, cronista, periodista, editora. Toda su obra poética fue recogida en *Verbos predadores*. Premio Transgenérico de la Fundación para la Cultura Urbana; Premio de Poesía de la Bienal Mariano Picón Salas.

FOTOS
Efrén Hernández
Arquitecto. Fotógrafo profesional desde 2005. Colaborador de *El Librero*.

Casas Don Bosco

Una cosmovisión que está en la calle

Fundada el 31 de enero de 1996 por Rino Bergamín y Lorenzo Stocco, la Asociación Civil Red de Casas Don Bosco se extendió desde finales de la década de los noventa a todo el país para atender a jóvenes en riesgo por su exclusión social y abandono familiar. Hoy cuenta con 14 sedes en todo el territorio y una casa rodante, llamada *Boscobús,* que sale a la calle tres veces por semana para acercarse a los niños y adolescentes que deambulan por la ciudad. Su pedagogía sigue la obra de Don Bosco.

Alfredo Meza



Padre Rino Bergamín



El primer viaje en autobús siempre genera angustia. La siente el niño que sale del cascarón del preescolar para comenzar el primer grado, cuando vienen por él el primer día de clases. Lo sabe aquel preadolescente que, ya adentrado en la escuela primaria, debe procurarse el transporte para ir y venir del colegio. Subir solo a un autobús es también el primer acto de emancipación familiar. Para el extranjero es quizá el camino de la incertidumbre. Son muchas las preguntas que le surgen al forastero: ¿cómo es el camino hacia el trabajo?, ¿qué referencias hay en la vía que me orienten en caso de pérdida? Y, lo más importante: ¿dónde me voy a bajar?, ¿con quién me voy a encontrar en mi nuevo destino?

Cuando el *Boscobús* de la Casa Hogar Don Bosco hace sus paradas de rigor en sitios previamente estudiados, los niños y adolescentes deben sentir la misma desconfianza. El autobús también indica que es hora de regresar al hogar. Pero esta casa rodante es distinta porque no obliga a nadie a subir y es en cambio una oportunidad. Una oportunidad para los menores que deambulan por ahí buena parte del día. Para aquellos que están en riesgo porque se sienten excluidos o abandonados por sus familias y sin ningún estímulo para esquivar el peligro de vivir en la calle.

El padre Rino Bergamín es el fundador y coordinador general de la Casa Hogar Don Bosco, así como de todos los programas que buscan que esa institución no solo sea un recinto donde se atiende el problema de los menores de edad abandonados o en situación de riesgo. Uno de ellos es el *Boscobús*. Lo advirtió hace algunos años. Tanto en Caracas como en la provincia la mayoría de los muchachos de la calle vagan cerca de plazas donde trabajan como mulas del narcotráfico. Otros pasan el día allí porque no tienen quien se ocupe de ellos. En ese contexto de pobreza y exclusión la calle es la única casa, el único puesto de trabajo y la única escuela de vida. Por una parte, es la solución de supervivencia de aquellos que viven en hogares violentos, pero por otra, la calle tiene un lado perverso porque de convertirse en morada permanente es la antesala de la muerte y la destrucción.

Tres veces por semana el *Boscobús*, un vehículo especialmente acondicionado para recibir a aquellos niños que buscan protección y cobijo en una experiencia de familia, sale a la calle. Con un personal especializado, los muchachos pueden acercarse a tomar una ducha, a descansar y a reflexionar sobre los peligros del consumo de drogas bajo la guía de los salesianos y de laicos formados de acuerdo a esa cosmovisión. Casi todos esos menores poseen poca información y conocimiento sobre los nocivos efectos del tráfico y uso de estupefacientes, tabaco y alcohol. Casi todos son desconfiados.

II

El *Boscobús* es la respuesta pastoral salesiana a los desafíos planteados con la desintegración de la familia. A pesar de los avances del Estado venezolano al aprobar en 2000 la Ley Orgánica para la Protección de los Niños, Niñas y Adolescentes (LOPNNA), aún hay mucho que hacer con los menores de edad abandonados a su suerte de entre 7 y 17 años, el público meta de la Casa Hogar Don Bosco. La larga crisis política venezolana, que estalló en 1989 con el Caracazo, tiene un correlato social en los hogares pobres: el embarazo adolescente, las mujeres como jefe del hogar, la paternidad irresponsable, el tráfico y consumo de drogas, la injusticia, la inseguridad, el desempleo y la deserción escolar. Una sola de esas golondrinas no hace verano, pero cuando se juntan todos esos factores el Estado se ve desbordado para dar respuestas efectivas.

Bergamín y otros profesionales han logrado hacer de las Casas Don Bosco algo más que un edificio que atiende un problema. El proyecto no pretende sustituir la supervisión del Estado, mas sí contribuir a disminuir un índice que en los últimos años ha crecido. Mucho tiene que ver la situación de pobreza generalizada del país. Tras el incremento de los precios del petróleo entre 2004 y 2008 crecieron los estratos no pobres. La crisis financiera global que estalló a finales de 2008, que impactó el precio de los *commodities*, comenzó a reflejarse en la disminución de las políticas asistenciales del Estado venezolano. En las conclusiones del estudio *Detrás de la pobreza diez años después* (2010), el sociólogo Luis Pedro España lo advertía: entre 1997 y 2007 se ha registrado un proceso de ascenso social. La pobreza se redujo en términos relativos y estratos no pobres aumentaron su tamaño, pero la calidad promedio de vida de los estratos ha empeorado. «Venezuela mejoró de la puerta de la casa para adentro, pero para afuera estamos peor. Hay iguales o peores servicios educativos y de salud, problemas crecientes de seguridad personal», escribió España.

Los menores de edad pertenecientes a los sectores más vulnerables son las primeras víctimas de las cíclicas crisis nacionales. Eso lo señalaron los salesianos a partir de la consulta de diversas fuentes. Otro estudio efectuado en 2005 por el Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales de la Universidad Católica Andrés Bello, que tomaba como referencia el censo de 2001, evidenciaba que la población menor es la primera víctima del empobrecimiento en Venezuela. La Casa Hogar Don Bosco tiene una misión educativa –acompañar a los niños y adolescentes que, por distintas circunstancias, se alejaron de su hogar hasta su inserción en la familia y en la sociedad–, pero también un compromiso moral de aliviar con su esfuerzo esos problemas. Ellos necesitan de una

orientación temprana para estimular habilidades que les permitan salir de la pobreza, para que aprendan el valor de respetar a sus pares y practiquen la sexualidad de forma responsable.

Otros estudios indican que los niños y adolescentes sin hogar buscan en la calle las respuestas y el ejemplo de los que carecen. Algunos datos manejados por la UNICEF son elocuentes en ese sentido: el embarazo adolescente representó el 23,4% (138.713) de todos los nacimientos de 2009 en Venezuela. De estos, 7.737 ocurrieron en madres menores de 15 años. La tasa de homicidios de niños, niñas y adolescentes se incrementó entre 2006 y 2008 en 13,2%, lo cual constituye la principal causa de muerte de los adolescentes varones de entre 15 y 19 años. En 2006, 4.858 niños y adolescentes murieron de forma violenta. Para 2008 esta cifra se elevó a 5.920. En cuanto a otras formas de violencia, las cifras reportadas por el CICPC en 2007 indican que 3.000 niños, niñas y adolescentes fueron víctimas de agresiones durante ese año. La mayoría tenía entre 14 y 17 años y casi la mitad eran niñas y adolescentes. De acuerdo al censo de 2010, el 35% de la población venezolana tenía menos de 17 años.

EL PADRE RINO BERGAMÍN ES EL FUNDADOR Y COORDINADOR GENERAL DE LA CASA HOGAR DON BOSCO, ASÍ COMO DE TODOS LOS PROGRAMAS QUE BUSCAN QUE ESA INSTITUCIÓN NO SOLO SEA UN RECINTO DONDE SE ATIENDE EL PROBLEMA DE LOS MENORES DE EDAD ABANDONADOS O EN SITUACIÓN DE RIESGO.

La creación del *Boscobús* ha sido la respuesta a la evolución del problema del abandono y la exclusión a esas edades, pero también al mandato contenido en la misión de la institución: que sea altamente efectiva en la atención integral de niños, niñas, adolescentes y jóvenes en situación de riesgo en las edades mencionadas. El *Boscobús* es la extensión en la calle de la prédica de san Juan Bosco, quien fue educador y padre entre muchachos y pobres. Sus discípulos adoptaron esa forma de evangelizar y van a las zonas donde están los jóvenes sin importar el peligro que representan los líderes de las mafias del narcotráfico. Allí, sin prejuicios, acogen a los chamos, reconociendo y valorando la bondad que se esconde detrás de una actitud desconfiada.

Lo que llama la atención es su metodología de trabajo. El *Boscobús* no es una cárcel ni su llegada impone a los niños y adolescentes un horario obligatorio de atención. Aquel que se acerca lo hace por voluntad propia o porque también decide seguir el camino de la fe salesiana, que es parte de la formación impartida, sin más compromiso que la determinación propia de abandonar el vicio y de reinsertarse en su hogar. Pero además del *Boscobús*, la Casa Hogar Don Bosco también tiene otras dos maneras de atender a los muchachos: o en las



Padre Rino Bergamín

14 casas diseminadas en varios estados del país o mediante talleres –de herrería, electricidad o de reparación de computadoras– que capacitan a los más grandes para trabajar. A los refugios llegan en general aquellos con causas judiciales iniciadas, o que se han quedado sin familia, o que la tienen y están dispuestos a superar el pasado para reunirse con ellos de nuevo.

BERGAMÍN ES UN ESTUDIOSO DEL PROBLEMA DE LA DROGADICCIÓN INFANTIL Y JUVENIL. CON EL PASO DE LOS AÑOS HA VISTO CÓMO CADA VEZ MÁS NIÑOS PEQUEÑOS SE INICIAN EN EL CONSUMO DE DROGAS. YA NO ES SOLO UNA EXPERIENCIA ADOLESCENTE.

La reinserción de los muchachos en sus casas pasa por varias etapas. Una cosa queda meridianamente clara: la Casa Hogar Don Bosco no funciona como colegio, internado o sitio de retención, incluso en aquellas etapas en las que se prevé que los jóvenes vivan temporalmente en sus refugios. Las sedes son en realidad el lugar donde se enseña el valor del hogar y de la convivencia con la familia. Un ambiente que llega a tiempo a la vida del muchacho y lo acompaña en su formación integral hasta su inserción en la familia y en la sociedad, que promoverá:

1) El reconocimiento y valoración, para levantar la autoestima, como aceptación de la propia dignidad.

2) El valor de la limpieza y de la higiene como condición indispensable para una buena salud; la honestidad como virtud personal que le proporcione la solidez moral al ciudadano en su aporte a la sociedad.

3) La responsabilidad frente a sí mismo, a la sociedad y a Dios.

4) El valor del trabajo como base para la actividad humana y el fundamento del progreso de la sociedad.

5) El valor del estudio como base del futuro trabajo, como un medio de superación personal y colectiva.

6) La creatividad como fuente intelectual de la solución de los problemas personales y sociales.

7) El respeto y la estima por las personas, las cosas y las instituciones.

8) El valor de la sexualidad como expresión del amor y como un don de Dios.

9) El valor de la familia tiene que ser presentado como una vivencia de afecto y solidaridad y como una experiencia estimulante para la superación personal, de apoyo moral y material.

10) El valor de la amistad y de la solidaridad como experiencia de encuentro y de ayuda mutua.

11) La búsqueda del bien común, que va generando un sentido de pertenencia a la comunidad y, más ampliamente, a la patria.

12) Que Dios sea como un padre y compañero, que camina junto a ellos y que los ama profundamente.

Los niños, niñas y adolescentes aprenden y se educan con la metodología del «aprender haciendo». Se evita por todos los medios hacer las cosas *para ellos*, se hacen *con ellos*. Los salesianos están convencidos de que así se desarrolla la capacidad de exploración y se elude el paternalismo, que muchas veces impide que el joven adquiera experiencia. Quienes son auxiliados por la red trabajan en grupo y entienden el valor de alcanzar metas colectivas. En esas vidas descarriadas existen líderes que necesitan orientación para madurar y tomar conciencia de que ese don, puesto al servicio de la sociedad, modificará el destino que tendrían en la calle.

Hay que tener una estrategia para acercarse a esos seres ariscos por antonomasia. Bien lo saben los trabajadores sociales. Que se sintonice con ellos, que se conozca su situación para presentarles entonces las ofertas educativas y alternativas a su vida. Ese primer contacto es un proceso lento donde vale mucho la perseverancia y se estima que puede durar hasta ocho meses. Si bien el *Boscobús* se estaciona en sitios donde se reúnen estos jóvenes, los especialistas no dejan de caminar por otros lugares que albergan a potenciales víctimas de los traficantes de drogas.

Una vez ganados a la idea de cambiar, se insertan en el programa de forma progresiva. En principio, la Casa Hogar Don Bosco ofrece condiciones similares a las que tienen en la calle. El concepto de Patio Abierto es una proyección de la calle, pero con mayor protección y organización. Las puertas están abiertas para ir y venir, no hay horarios fijos, pero a diferencia de la calle, donde casi todo es hostil, tienen a cambio la cálida presencia de los educadores y las experiencias de deporte, trabajo, iniciación cultural. Son los primeros pasos para socializar. Más que el contenido, es el ambiente el que los educa. Se calcula que para que este proceso pueda estar consolidado se necesitan de cinco meses a un año.

Al mismo tiempo, los especialistas ubican a la familia para comenzar a integrarlos de nuevo en la rutina del hogar. Ese es el principal objetivo del proyecto. Es posible que en ese proceso algunos muchachos necesiten pernoctar pocos meses fuera de casa, mientras vuelven a reunirse con la familia o pasan a otras etapas. No son todos los casos. La red no se ha planteado convertirse en un hogar sustituto. Tampoco hay presupuesto. Leonardo Rodríguez, director ejecutivo de la red, visualiza entre las tareas pendientes que cada sede de la red pueda mantenerse con ingresos propios. Parece difícil. Los costos de mantenimiento no se cubren con lo que fabrican los jóvenes en los talleres. El aporte de empresas privadas representa casi la totalidad del presupuesto anual. Rodríguez calcula que el Estado aporta menos del 1%. «No han sido solidarios con esta iniciativa».





III

Todo esto empezó hace muchos años. Desde mediados de la década de 1970 los salesianos visitaban barriadas, plazas y zonas marginales del área metropolitana de Caracas en búsqueda de niños y jóvenes abandonados o en peligro. En el Capítulo Inspectorial –un órgano de gobierno de la Inspectoría Salesiana que goza de autoridad y es convocado con propósitos concretos– de 1972, se hizo firme el propósito de trabajar a favor de los pequeños. Pero fue en el Año Internacional del Niño (1979), cuando en la Inspectoría Salesiana se le dio impulso a ese proyecto, por encima de las dificultades de motivación, de carencia de personal y de recursos económicos.

El trabajo en la calle se sumó a las visitas hechas a instituciones en el exterior con la idea de empaparse de la problemática y sus correspondientes ofertas educativas. Los salesianos viajaron hasta Santa Fe de Bogotá (Colombia) para conocer la obra salesiana de Bosconia y de La Florida, a favor de los gamines (niños de la calle en Colombia). En sus recorridos apreciaban el incipiente problema del abuso de las drogas. Notaban cómo las pequeñas bandas traficaban con estupefacientes. Pero ellos no tenían una situación económica floreciente como para atacar el problema con algo más que disposición. Conscientes de las dificultades, se han pronunciado en varios Capítulos Inspectoriales, instando a laicos y salesianos a prestar una atención especial a este drama. Es una utopía acabar o dar con una solución definitiva, pero el trabajo articulado de la Iglesia, las instituciones y el Estado puede contribuir a mantener el problema con índices tolerables para una sociedad.

Los salesianos advirtieron la rápida penetración de la droga en los estratos populares a medida que se profundizó la depauperación

del país. Los recursos extraordinarios provenientes del aumento del petróleo, en la década del setenta, alimentaron el sueño de los dirigentes políticos. La Gran Venezuela fue la concreción de ese sueño y derivó en un desarrollo industrial que era necesario para la generación de empleo y el crecimiento del país. En ese lance, sin embargo, se contrajo un endeudamiento que los más pobres han terminado pagando. A los sectores populares solo les llegaron migajas de ese festín, creando ilusiones en algunos y pérdida de los valores morales en otros.

La caída de los precios del petróleo en la década de los ochenta y el endurecimiento del capital financiero evidenciaron los límites y el fracaso de la economía venezolana. El desajuste producido ha llevado a los gobiernos anteriores a tomar medidas para enfrentar la crisis económica: privatización y liquidación de algunas de las empresas del Estado –CANTV, Sidor–, eliminación de los subsidios, liberación de precios, aumento del precio de la gasolina y recortes en los gastos para el servicio público como la salud y la educación. En los últimos 15 años, si bien ha habido una preocupación discursiva por atender a los que menos tienen, la penetración del narcotráfico y la atomización de la familia han opacado cualquier indicador que marque alguna mejora, como los que exhibe el Instituto Nacional de Estadística relativos a la disminución de la pobreza. Frente al aumento del desempleo y con un progresivo deterioro social, tuvieron que refugiarse en la economía informal. Todo esto ha incidido fuertemente en la disminución de la calidad de vida de los sectores populares, que constituyen aproximadamente un 80% de la población venezolana.

Ya se han enumerado muchos factores socioeconómicos que han agudizado la grave situación nacional. Aún no hemos agregado uno de ellos, que toca directamente a la Iglesia. Debido a la poca capacidad de transformarse, la formación católica ha cedido su protagonismo en los sectores populares al avance del protestantismo o de la cienciología. Los dogmas han alejado a los pobres de la Iglesia y los han llevado a buscar refugio en otros cultos. No es un asunto que tenga que ver con falta de fe, sino de comprensión de los nuevos tiempos. La Iglesia tiene el reto de evitar la estampida de sus fieles, a pesar de tener reconocidos servicios de atención al desvalido.

IV

El empeño de Rino Bergamín y Lorenzo Stocco por llevar hasta los niños de la calle las palabras de Don Bosco superó las reticencias iniciales de la congregación. El 2 de octubre de 1979, gracias a ese esfuerzo, se inauguró en Los Teques la primera obra de la Casa Hogar Don Bosco con 26 niños. Desde 1978 habían trabajado en el Centro Don Bosco de

Boleíta con jóvenes que dormían en las gradas. En Los Teques permanecieron cinco años hasta que se mudaron a Valencia. La sede de esa ciudad, en la redoma de Guaparo, fue el gran asiento de un proyecto que se ha extendido por otros seis estados: Anzoátegui, Bolívar, Mérida, Portuguesa, Táchira y Vargas.

UNA COSA QUEDA MERIDIANAMENTE CLARA: LA CASA HOGAR DON BOSCO NO FUNCIONA COMO COLEGIO, INTERNADO O SITIO DE RETENCIÓN, INCLUSO EN AQUELLAS ETAPAS EN LAS QUE SE PREVÉ QUE LOS JÓVENES VIVAN TEMPORALMENTE EN SUS REFUGIOS. LAS SEDES SON EN REALIDAD EL LUGAR DONDE SE ENSEÑA EL VALOR DEL HOGAR Y DE LA CONVIVENCIA CON LA FAMILIA.

La Asociación Civil Red de Casas Don Bosco se creó mucho después, el 31 de enero de 1996, y fue legalizada el 29 de marzo de ese año. El año 1996 fue clave para el proyecto. El 22 de junio se inauguró la Casa Don Bosco de Sarría, en el municipio Libertador, pensada como patio abierto y dormitorio, de fácil contacto para los niños y adolescentes que deambulan por el centro de Caracas. Es quizá la sede emblemática del programa gracias al trabajo no solo de Bergamín y Stocco, sino de los padres Guido Machado y Luis Germán Prato. Un año después, se abrió la sede de Puerto La Cruz, donde una noche de 1997 llegó a trabajar un asistente educativo nocturno, Leonardo Rodríguez, que con el tiempo se convertiría en el director ejecutivo de la red de Casas Don Bosco. La cuenta ha seguido creciendo. Hoy son 14 casas gracias al aporte de la empresa privada.

El programa es el fruto del trabajo pastoral de muchos salesianos y laicos comprometidos, pero el padre Rino Bergamín merece una mención especial. Venezuela no estaba en su destino. Quería ir a China, pero Mao no permitía expediciones religiosas en un país que comenzaba a abrazar la experiencia comunista. Fue entonces cuando el provincial encargado de Venezuela, Pedro Tantardini, recitó una lista de países necesitados de gente con su vocación. Escuchó Guatemala, escuchó Colombia, escuchó Bolivia. Solo se interesó cuando el provincial mencionó Venezuela. Vino entonces a su mente lo de Pequeña Venecia. Había nacido muy cerca de esa ciudad, en Treviso. Llegó al país hace 62 años. Hoy tiene 82 y muchas ganas de seguir trabajando para ayudar a los niños y adolescentes abandonados.

Bergamín es un estudioso del problema de la drogadicción infantil y juvenil. Con el paso de los años ha visto cómo cada vez más niños pequeños se inician en el consumo de drogas. Ya no es solo una experiencia adolescente. Comienzan a los 9 o 10 años. Primero prueban la marihuana, luego el éxtasis. En esa loca carrera por seguir experimentando pasan a fumar piedra. Y es a esa edad cuando el Estado y quienes se dedican a la obra social

deben arrojar el salvavidas. Bergamín ha aprendido a identificar los perversos efectos de esa droga en la rígida postura de los pequeños consumidores. La piedra ataca las articulaciones e impide los movimientos armónicos de brazos y piernas. Los niños están a tiempo de recuperarse si no han cumplido el año aspirando la droga. La experiencia le indica que después de ese año es muy difícil que salgan adelante.

Hay ejemplos de redención. Se llama Bayron Ruiz, tiene 19 años y vive en la Casa Hogar Don Bosco de Sarría. La de Bayron es una historia con final feliz en el cual la exclusión no ganó esta vez. Él y su hermano vivían con su padre en Mariches, en medio de las precariedades consustanciales a la pobreza. Sin madre que los vigilara, con un padre que necesitaba salir a trabajar para mantener el hogar, Bayron y su hermano vivieron de internado en internado. Primero pasaron por la Casa Hogar Divino Niño, en La Bandera. Siete años después, a sus 12, regresó a casa para vivir con su padre y las relaciones se agriaron. Tuvo problemas con los estudios. La Casa Hogar Don Bosco de Sarría apareció entonces en su horizonte para enderezar su destino y procurar las condiciones para que no abandonara los estudios. «De no haber sido por los salesianos habría terminado en la calle», concede Bayron, un joven serio y curtido quizá en las experiencias más duras que la vida a salto de mata puede deparar.

Bayron se sentía abandonado no solo por su familia, sino por la sociedad. Aunque no lo dice, también ha debido ser maltratado, perseguido y humillado por la policía. Bayron no era un niño de la calle, pero sabe que cuando no está la familia la pandilla la sustituye, con sus códigos de honor, con sus pruebas de hombría. La calle hace a los niños más resentidos y agresivos. Para enfrentar la soledad y el miedo, amortiguar el frío y el hambre, un buen porcentaje de ellos se dedica al consumo de drogas que les produce, a la larga, deterioro psicológico y hasta orgánico. Para ellos, lo bueno es lo fácil y lo placentero. Aspiran al poder, venden su imagen, respetan al fuerte y dominan al débil.

Los primeros días Bayron debió lidiar con jóvenes agresivos y problemáticos, pero a pesar de esas adversidades completó el grado de bachiller. Hoy es el asistente del padre Bergamín en la Casa Hogar Don Bosco y dice tener mucha confianza en sí mismo tras convivir con los salesianos. Todos los problemas de su infancia, las carencias y las disputas con su padre, la tentación de vivir en la calle, son parte de un pasado que no podrá cambiar, pero que tampoco le interesa esgrimir como excusa para insistir en lo que alguna vez fue.

La Casa Hogar Don Bosco tiene un lema: «Una casa y una oportunidad». Tienen tres objetivos: promover la reunión de las familias, el proyecto del *Boscobús* y crear en cada

sede un taller para que los jóvenes, en su pasantía, aprendan un oficio y sepan cómo ganarse la vida. «Uno de nuestros retos es hacer que nuestros programas sean una respuesta a lo que ellos demandan», afirma Rodríguez. Cuando la educación no es capaz de transformarse y satisfacer esas inquietudes, entonces se vuelve aburrida. Es ahí cuando prefieren salir a trabajar para buscar ingresos y ayudar en el hogar. Un considerable porcentaje de escolares abandona el estudio antes de llegar al sexto grado de Educación Básica.

Rodríguez llegó a la Casa Don Bosco de Puerto La Cruz cuando tenía 20 años, en 1997, para trabajar como asistente educativo nocturno. Su vida cambió tanto desde entonces que cuando se recibió como abogado decidió especializarse en derechos del niño. Hoy tiene 35 años y desde 2012 es el director general de la red. En casi 16 años de trabajo ha visto el crecimiento y la consolidación de un proyecto. Hoy puede decir, sin dudas, que la obra de los salesianos no está confinada a los colegios sino que ha trascendido la calle. ■







TEXTO

Alfredo Meza

Ha escrito en medios venezolanos desde hace 20 años. Es autor de dos libros: *El acertijo de abril* y *Así mataron a Danilo Anderson*. Actualmente es corresponsal en Venezuela del diario *El País* de España. En 2008 obtuvo el Premio Nacional de Periodismo de Investigación.

FOTOS

Vasco Szinetar

Fotógrafo, curador de colecciones, poeta, editor. Innumerables exposiciones individuales y colectivas en Venezuela y en el exterior. Curador de la exposición de Alfredo Cortina en la 30ª Bienal de São Paulo (2012). Ha publicado cuatro libros de poesía.

CEGA

Una receta que forma cocineros ilustrados

En 1988 fue constituido el Centro de Estudios Gastronómicos de Caracas (CEGA), asociación civil sin fines de lucro, cuyo primordial objetivo fue desarrollar un programa amplio con criterio de excelencia para ilustrar a jóvenes cocineros. Su fundador fue el profesor José Rafael Lovera, acompañado de un grupo de cocineros y amigos gastronautas, quienes bajo su tutela le dieron inicio a la institución participando en peñas sabatinas y eventos gastronómicos.

María Ángeles Octavio



José Rafael Lovera



Uno quiere verse en su comida
y el otro quiere verte en lo que comes.

Por eso cuando alguien quiere conocer
verdaderamente un país pregunta:

¿Qué comen ustedes?

José Rafael Lovera

El profesor Lovera afirma que el Centro de Estudios Gastronómicos de Caracas, CEGA, forma cocineros ilustrados. No solo cocineros con buena sazón, sino cocineros capaces de entender lo que hacen y por qué lo hacen. Ampliando esta noción, Franz Conde, uno de los chefs que vivió los inicios del CEGA, asevera: «La gastronomía es un asunto demasiado serio e importante, un elemento de cambio social, una disciplina que debería ser tan fundamental en el campo de las humanidades como lo son la literatura o las artes plásticas. Además, es una fuente de salud y de influencia pública para una sociedad más sana». Lovera insiste en que el cocinero mismo debe hacer crítica gastronómica. Quiere enseñar a matizar. En el CEGA hay una materia que se llama Cultura Gastronómica. Con esto se persigue que los aprendices estudien las percepciones sensoriales que tienen que ver con la gastronomía: vista, presentación, composición y colores del plato. El gusto, los sabores y las texturas. El tacto, la temperatura y la consistencia. El olfato, los olores y cómo estos se internan en el ser humano. «Insisto en todo esto porque matizar estos aspectos y aprender a hacer una receta como es debido, transforma».

Germán Carrera Damas, historiador y gastronauta, dice que en Venezuela no hay chefs, sino cocineros. El cocinero puede llegar a ser un chef, pero primero debe ser un cocinero y dominar el oficio. Maestro cocinero. Dominar el arte. Ese es el objetivo del CEGA.

Víctor Moreno, chef egresado del centro y también profesor, comenta que el CEGA es una institución modelo en nuestro país y de gran importancia en toda América. El CEGA formó a la generación de los nombres más influyentes dentro de las cocinas caraqueñas y ha logrado tener un discurso siempre honesto y muy coherente sobre nuestro acervo gastronómico. El CEGA es de esas obras que dejan huella.

Para Luis Troconis, médico, profesor del CEGA y gastronauta, un buen cocinero, además de conocer su oficio (cocina, procedimientos, higiene, nutrición, etc.), debe saber de historia de la cocina, de vocabulario gastronómico, de vinos, de estética, de tolerancia alimentaria, de psicología del comensal,

también de gerencia y administración. Por eso el CEGA posee un pensum que abarca todas estas disciplinas.

Aportes como los de Nelson Ramírez, otro gastronauta, marcan una diferencia en la institución. La experiencia en «Calidad Total», que se les ha inculcado a los participantes a partir de las normas ISO 9000, para que además de conocer los principios del «buen comer» manejen también los principios del «buen cocinar», apuntan a la excelencia. Es una transformación de la manera de hacer las cosas, aceptada internacionalmente, que le augura a la cocina venezolana niveles superiores.

Miro Pópic, editor de la *Guía gastronómica*, comenta que el CEGA surge en el momento preciso en que la cocina venezolana corría el riesgo de desaparecer frente a la globalización. «Debería haber sido mucho antes, pero de no ser por el profesor Lovera y su insistencia en recuperar y valorar lo nuestro, no sé qué habría pasado. La historia culinaria del país se lo agradecerá. Es una tarea pendiente que tienen las instituciones con el CEGA».

¡A FUEGO LENTO!

Esa ha sido la cocción que el profesor Lovera ha usado para seguir al pie de la letra la receta del CEGA. Ir paso a paso, logrando metas a corto plazo, pero sin perder de vista la necesidad de fortalecer la escuela y de garantizar su permanencia en el tiempo. El CEGA tiene ya 25 años. Y Lovera dice haber estado siempre convencido de lo que había que hacer para que la institución perdurara en el tiempo y echara raíces. Afirma que nunca pensó en echarse para atrás. «No me iba a enchichorrar, ni abandonar». Nunca le pidió ayuda al Estado. Desde siempre tuvo su idea muy clara. No hubo obstáculo que lo detuviera. «Afortunadamente pude hacerlo. En lo personal, económicamente fue costoso, pero lo llevé adelante».

Su pasión y curiosidad por la cocina lo condujo a organizar conversaciones en su casa primero, en restaurantes luego, y por último en su biblioteca personal. A estos encuentros los llamó peñas. Dice nunca haber perseguido el lucro porque le parecía que eso podía competir con la calidad y el desempeño de la institución. Su modelo fue la escuela de cocina Ferrandi en París. Él la visitó varias veces y hubo algunas cosas que le llamaron la atención. La primera fue que no tenían nada que ver con el gobierno: es una escuela creada por la Cámara de Comercio de París, que no depende de burocracia alguna. Esa libertad de pensamiento y acción la quería para el CEGA. La segunda fue que insistían mucho en la formación cultural de los cocineros, y no solamente en la preparación técnica. Esto calzó con su ideal del cocinero ilustrado y reafirmó su pensamiento. «Siempre mantuve la idea de un ente privado que no tuviera que deberle nada al erario público:

esa libertad es la que permite que proyectos como este perduren».

El CEGA tuvo como misión principal el perfeccionamiento de los jóvenes cocineros. Para ingresar en la institución era necesario que el aspirante tuviese conocimientos básicos de técnicas culinarias y hubiese aprobado la educación secundaria. También se implantó un sistema de pruebas previas, se fijó una matrícula que servía de base para atender los gastos de la institución y se elaboró un reglamento en el que se enumeraban las obligaciones de sus integrantes y otros detalles de funcionamiento. El CEGA se institucionalizaba: pasaba de organizar peñas a cursos más formales. Hasta que llegó la hora de buscar una sede. Consiguieron una casa modernista construida por Gustavo Wallis en 1929. La «parapetearon». La formalidad de los inicios incluía un programa y exámenes de admisión. La sede era suficientemente amplia: les permitía atender tanto la formación teórica como los talleres de práctica. Agregaron una biblioteca especializada y una sala de degustación. El funcionamiento de la institución se asemeja a la de un restaurante-escuela.

EL CHEF FRANZ CONDE ASEVERA: «LA GASTRONOMÍA ES UN ASUNTO DEMASIADO SERIO E IMPORTANTE, UN ELEMENTO DE CAMBIO SOCIAL, UNA DISCIPLINA QUE DEBERÍA SER TAN FUNDAMENTAL EN EL CAMPO DE LAS HUMANIDADES COMO LO SON LA LITERATURA O LAS ARTES PLÁSTICAS».

¡UNA PIZCA DE DISCIPLINA!

En los inicios, al CEGA había que ponerle mucha disciplina. Una disciplina casi militar. El profesor Lovera dice haberse ocupado mucho de eso, pero reconoce más la ayuda de su hermana María Isabel Lovera, quien desde hace casi quince años está al frente de la gerencia. «Ella posee la cualidad de tener un carácter fuerte, pero a la vez muy comprensivo con los muchachos. Maneja bien el día a día. En este tipo de programa, que básicamente está dirigido a muchachos que tienen que convivir diariamente, surgen problemitas que ella ha sabido sortear».

LLEVAR LA ALIMENTACIÓN
A LA CATEGORÍA DE HISTORIA

La otra inquietud del profesor Lovera es la historia. Es una pasión que complementa su embeleso por la gastronomía venezolana. «La historia me atrajo mucho, sobre todo la historia de la vida cotidiana. La vida tangible, *olible*, masticable. Tuve la suerte de encontrarme con libros que me marcaron mucho». Leyó sobre banquetes del Renacimiento. Comenzó a conectar hechos y su interés creció. Asoció los Tournedos Rossini con la música de Rossini. Esta perspectiva le permitió hacer historia de Venezuela hurgando en la vida cotidiana de grandes personajes y de no tan grandes. «Siempre tuve la intención de que se abriera una cátedra de Historia de la alimentación. En los años setenta comencé a dar



Armando Scannone



Marisabel Lovera

clases de Historia de Venezuela. Insistía mucho en la vida cotidiana. En la época de oro de la Escuela de Historia de la UCV, vinieron profesores del grupo de los anales franceses, una escuela que revolucionó la historia en los años sesenta, setenta y ochenta. Fui discípulo de Sánchez Albornoz y de Frédérique Moureaux. Allí encontré una posibilidad de diálogo con especialistas de mucha estatura académica. A ellos les pareció maravilloso lo de la historia de la alimentación. Esto legitimó mucho mi posición, porque en Venezuela todavía no veían un lugar para ese tema. Insistí bastante hasta que, en un momento dado, uno de los directores de la Escuela dijo: "Vamos a complacer a Lovera". Se creó entonces la cátedra de la Historia de la alimentación. Mi libro *Historia de la alimentación* no es otra cosa que el producto de las clases que impartí en la UCV durante los años setenta y ochenta».

¡ASUSTAR EN EL HORNO!

Para Lovera la cocina es un lenguaje, una forma de comunicarse. Desde las épocas más primitivas, los hombres intercambiaban





Germán Carrera Damas

anécdotas, hablaban del día a día en la cocina. Se va haciendo historia alrededor de los fogones. Lovera se dedica a investigar sobre la cocina, no ya desde el reino del placer, lleno de sabores y memorias de infancia, sino como «un glotón ilustrado», que es como define Germán Carrera Damas, gran amigo y compañero, a los verdaderos gastronautas. Con el aporte filosófico de Carrera Damas a la gastronomía, Lovera le da un vuelco a la cocina venezolana. Le da ese toque de calor que las cocineras de antes llamaban «asustar en el horno». Pule la cocina, enriqueciéndola y abriéndole nuevos horizontes de investigación, para volverla pensamiento.

¡REAVIVAR LAS BRASAS!

En la infancia de José Rafael Lovera, por las noches se dejaban dormir las brasas de la cocina de carbón en casa de su padre. Quedaban muchas cenizas encima. Esto había que reavivarlo por la mañana. Era su tarea. El fogón se soplaba hasta que el fuego se reavivaba con unas latas de manteca Los Tres Cochinitos, que eran de base cuadrada, cortadas, con un mango adaptado por un carpintero.

Para él era toda una experiencia, porque lo rojo volvía a aparecer. El color renacía de las cenizas y marcaba el inicio de la labor del día.

Con la experiencia de saber reavivar lo que se creía dormido, José Rafael Lovera logró despertar el sabor de lo nuestro en jóvenes cocineros a quienes tuteló por los caminos de la cocina venezolana. Comenzó a hacer las peñas gastronómicas. Se reunían para conversar sobre temas gastronómicos, los llevaba a restaurantes para que a través de la experiencia viva fueran educando sus paladares. «Quise salvar nuestras tradiciones incitando a estos muchachos a que se metieran en este campo, para que a la larga renaciera una oferta gastronómica criolla en nuestros restaurantes. Deseaba que la cocina venezolana dejara el tono doméstico y se hiciera pública». Ese empuje lo mantuvo por la fortuna de vivir una venezolanidad muy profunda y auténtica. En su casa había un elenco extraordinario de 60 platos de cocina venezolana.

LA MEMORIA Y LA SAZÓN

Paula Tovar y Tovar era la cocinera en casa de los padres de Lovera. Una especie de maga que convertía en delicias todo lo que tocaba. Siempre estaba metida en su cocina. No leía recetas. Su conocimiento nacía todo de la memoria gustativa y sensorial. «De manera que entonces, como era un poquito travieso, me mandaban para la cocina y me sentaba en una sillita. Paula me ponía a picar con un cuchillo romo unos plátanos o unos tomates. Mientras, ella estaba en su oficio. Era una gran narradora de cuentos: me los echaba para distraerme. Por ejemplo, todas las historias de Tío Tigre y Tío Conejo, de nuestra cuentística popular, las tenía muy presentes. Esto me seducía, no solo por los cuentos,

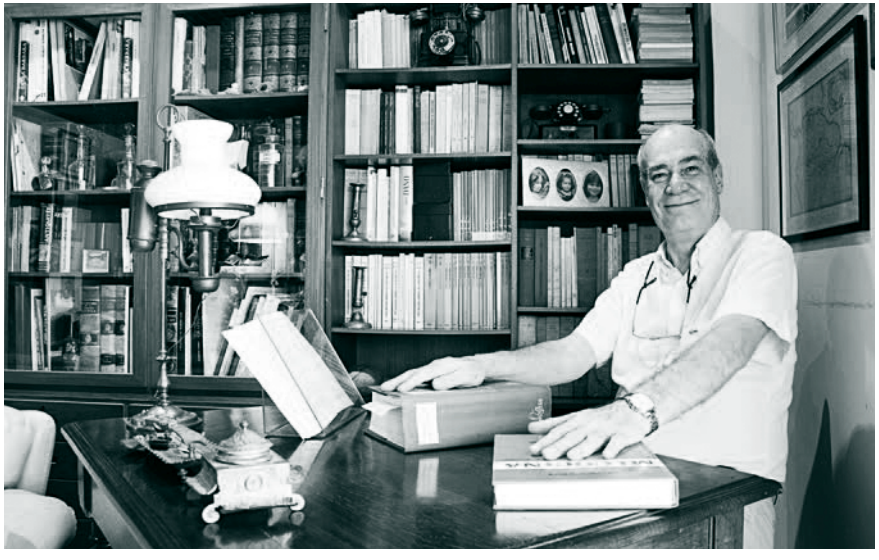


Mercedes Oropeza

que eran la forma de mantenerme alejado de los adultos cuando me mandaban a buscar *tenteallá*, sino además por los olores, los sabores, las explicaciones sobre lo que estaba haciendo. Todo esto despertó en mí un interés genuino, pues me parecía maravilloso todo lo que veía y escuchaba». Ella fue como su madre: en el sentido de la enseñanza

culinaria, en su interés creciente por la comida venezolana.

Su papá lo llevaba al mercado de San Jacinto, en lo que es hoy en día la Plaza del Venezolano. Era una armazón de hierro guzmancista, tipo francés. El universo de la materia prima. Allí el padre tenía sus marchantes. El que vendía



Nelson Ramírez

queso se llamaba *Las Queseras del Medio:* lo veía como un monstruo, con unos cuchillos enormes, cortando aquellos quesos blancos llaneros. Al que se ocupaba de las gallinas le decían el *Rayado*, porque tenía un ojo rayado. Recuerda a las mujeres que vendían mondongo o conservitas. «Este era otro mundo, que me fue atrapando como algo muy propio, como algo con lo que conviví desde niño y se convirtió en mi cultura. Los dichos, los nombres de las preparaciones, la conserva de coco de la *Cojita*, todas esas cosas fueron nutriendo un imaginario ávido de gastronomía».

4

¡DE LA BOUILLABAISSE A LA OLLETA DE GALLO!

Hacia 1970, nuestra comida estaba prácticamente olvidada y el repertorio básico, reducido al mínimo. Eso trajo como consecuencia que el venezolano cubriera su ignorancia con vergüenza. Al no conocerla, consideraba nuestra cocina fea, ordinaria, inadecuada para servir en restaurantes. Para los años ochenta, unos muchachos que se movían en el mundo gastronómico estaban entregados a la admiración y veneración de Francia. «A mí me gusta mucho la cocina francesa. Sentía que estaban como muy inclinados hacia la gastronomía gala. Traté de involucrarlos en lo nuestro. Quería que supieran qué era su cultura y qué era lo que les daría el valor».

Sumito Esteves, otro cocinero de las primeras peñas de Lovera, dice que el interés por la cocina venezolana estaba allí, que era algo latente, aunque Lovera asegura que los formó sin que se dieran cuenta. Prueba de este interés creciente fueron los 5.000 ejemplares del libro rojo de Armando Scannone, que se vendieron en una semana. Dice Sumito: «Lovera puso la semilla. Éramos unos muchachos, permeables y sensibles».

La comida de restauración estaba en manos de ilustres y muy trabajadores cocineros foráneos, y la comida del hogar, reducida a escasas recetas. Luis Troconis, médico, gastronauta y profesor del CEGA, señala que la aparición simultánea del libro rojo de Scannone, del CEGA, más el valor mediático que fue adquiriendo la gastronomía, fueron hitos fundamentales para el cambio de actitud. «Todo se retroalimentó y dio pie a lo que disfrutamos hoy».

LA COCINA DE CARACAS ES UNA «COCINA MULTISÁPIDA»

José Luis Morales, otro de los muchachos fundadores del CEGA, comenta: «En cada una de mis preparaciones están incorporados casi todos los sabores que son susceptibles de percibirse con el órgano del gusto: dulce, salado, amargo y agrio. Estos están siempre presentes en cebollitas quemadas, papelón, encurtidos de mostaza, alcaparras, tocino, clavo y comino. La sazón tiene un olor característico que es como el de la hallaca. Se percibe en todos los preparados mantuanos». Dice que, estando en el CEGA, vio que todos tenían inclinaciones eclécticas o europeas. Hacía falta alguien que se interesara un poco por la cocina venezolana. Entonces empezó a recopilar una colección importantísima de recetas, a documentarse con los maestros José Rafael Lovera y Armando Scannone. Luego de tres años de formación, comenzó a trabajar en el servicio de *catering*.

¡EL SABOR QUE SE HACE OLLA!

Armando Scannone sostiene esta expresión. «La cocina de mi casa se fue enriqueciendo; el sabor y la sazón mejoraban. Con estos elementos comencé a hacer el libro rojo. Pensaba en la idea de un recetario que supliera la ausencia de la cocinera. Eso explica la precisión». Admite que fue un trabajo de laboratorio: no tenía proporciones sino la memoria de sabores y texturas. Luego había que hacer muchas pruebas, hasta llegar a lo que su paladar recordaba. «En el CEGA se intenta adaptar la cocina nuestra al restaurante, cambiando la presentación. No estoy muy de acuerdo, porque el atractivo de un plato debe ser el plato mismo».



Budare, símbolo del CEGA

LOVERA SIEMPRE QUISO UNA ESCUELA

Alicia Aya representó por muchos años el paladar criollo en los fogones del CEGA. Todavía recuerda que, desde que trabajaba en casa de los Lovera, el profesor mostraba interés por impartir sus conocimientos de una manera más formal: a través de una escuela. Quería dejar algo que perdurara.

SOLANGE SARMIENTO, ACTUAL JEFA DE COCINA DEL CEGA: «PARA LLEVAR ESTE BUDARE EN EL PECHO HAY QUE ESTAR PREPARADO, CONSCIENTE DE LO QUE SE ESTÁ HACIENDO Y TENER CLAROS LOS PASOS QUE HAY QUE SEGUIR PARA PREPARAR LA COMIDA. HAY QUE SABER GANARSE ESTE BUDARE: TIENES QUE HABERLO SUDADO, TIENE QUE DOLERTE, TIENES QUE QUERERLO».

«Enseñé por seis años en el CEGA. Daba clases de cocina criolla. Lo hacía como sabía, y por los libros de cocina. Tengo el libro de Armando Scannone. Trabajé en casa del hermano de Scannone por muchos años, antes de trabajar con Lovera. Don Armando le pidió a su hermano que los domingos me permitiera ir para su casa a cocinar. A él le gustaba mucho mi sazón. Él me fue enseñando. Él y sus hermanas, que estaban en lo del libro juntos».

Luego de 20 años se fue porque quería otra cosa. Cuando se retiró, puso un aviso en el periódico ofreciendo sus servicios de cocinera y ama de llaves. El profesor Lovera lo vio y la llamó inmediatamente. «Me fue a buscar a casa de una señora donde tenía una habitación. Hablamos y me quedé por dieciséis años en su casa». Ya ella sabía cocinar, pero allí aprendió mucho más. Aprendió una manera diferente de comer.

«Participé y practiqué en las peñas. Cada quien ponía lo suyo. Para poder entrar al CEGA, se hacían prácticas los fines de semana. Cada quien llevaba un plato y se calificaba lo que estaba bien. Cuando decidí retirarme de la casa, porque estaba cansada, él me convenció para que enseñara cocina en el CEGA. "Allí no iba a tener tanto trabajo", me dijo».

El CEGA abrió con un primer recetario de Alicia. El segundo recetario fue el de Víctor Moreno. Alicia pasó seis años en el CEGA. «Estuve muy bien acompañada por Mariana Montero, una excelente pastelera».

¡TODO LO QUE SE SIRVA EN EL PLATO SE DEBE COMER!

Mercedes Oropeza, cocinera que también vivió la experiencia de los inicios del CEGA, afirma que hay dos corrientes dentro de la gastronomía venezolana: la *armandista*, que privilegia el sabor, y la *loverista*, que apunta a la estética. Al final, ella no siguió en el CEGA, pero aprendió mucho de su cercanía con el profesor. También trabajó con Armando Scannone por afinidades de estilo.

Mercedes cuenta que Lovera la invitó a ser cocinera ilustrada en un encuentro social. Eran un grupo de jóvenes, a quienes el





profesor invitaba a comer en los restaurantes que estaban en la palestra, sobre todo franceses. Ella los llamaba los Búfalos Mojados, porque no había mujeres. El profesor los sacaba a comer a la calle y luego se iban a su casa para hablar de lo que habían comido. Ese fue un aprendizaje enorme. Se hablaba sobre el almuerzo, sobre el país originario de la gastronomía, sobre el restaurante, y al final él les daba un libro a cada uno, que tenían que traer leído para el siguiente fin de semana. «Lovera nos hacía un examen una vez al mes. Había que cocinar y el grupo debía aprobar los platos. Él tenía un cuarto con una mecedora y nos llamaba, y allí nos hacía preguntas sobre la lectura». Ella cuenta, atacada de la risa, que un día en el cuartico Lovera la puso a prueba, pues le dijo que debía cambiar de profesión, que para qué la cocina. Al final la invitó a que les cocinara en una de las tenidas sabatinas. «Yo, en medio de la irreverencia de la juventud, acepté el reto. Me ayudó un *souschef*, que era mi amigo. Hice un menú con puras recetas inventadas. Me quedó sensacional. A todos les gustó».

LOS ALUMNOS ENTRAN DESPUÉS DE UNA PRUEBA DE ADMISIÓN ESCRUPULOSA. COMIENZAN UN INTENSO PERÍODO DE FORMACIÓN EN EL QUE LA ENOLOGÍA, LA FILOSOFÍA, LA ESTÉTICA, LA HISTORIA, LOS IDIOMAS Y LOS ELEMENTOS PROPIOS DE LA PRÁCTICA CULINARIA SE MEZCLAN CON UNA FÉRREA FORMACIÓN EN EL OFICIO DE LA RESTAURACIÓN.

LA NOSTALGIA ES UN INGREDIENTE FUNDAMENTAL DE LA COCINA

En septiembre de 1988, Franz Conde había empezado a ir a diario a casa de Armando Scannone. La idea era formarse con el libro rojo, de la mano de Magdalena y Elvira, dos cocineras de casa de Scannone. Eso era una novedad en ese entonces: un joven venezolano queriendo ser cocinero. «Los dos pilares de la gastronomía venezolana, Lovera y Scannone, sentían el deber y el deseo de ayudar a formar a los cocineros en cocina venezolana». Lovera sabía de Conde a través de Scannone. Édgar Leal trabajaba para Pierre Blanchard y Néstor Acuña era chef en El Patiquín, un restaurante de cocina venezolana en Los Chaguaramos. Estos fueron los tres chefs que emprendieron la tarea. En el grupo también estaba Domingo Delfino. Lovera pensaba que la educación en vinos era importante, y Delfino era una suerte de patrocinante.

«La primera reunión oficial fue un almuerzo en casa de Lovera. Édgar no fue porque tenía que trabajar. Estuvimos Néstor, Delfino, un chef haitiano discípulo de Provost en La Giraffe, Lovera y su esposa, el asistente de Lovera y yo. En esa ocasión, Alicia Aya nos preparó un Machucao y un Talkarí de chivo. De allí continuaron varias reuniones cada sábado, algunas en casa de Lovera, otras en la oficina de Delfino y otras en el restaurante de Pierre Blanchard de Las Mercedes».

HACER COCINA VENEZOLANA SOFISTICADA

Evoca Francisco Abenante al recordar a Lovera la siguiente premisa: «Su misión es hacer de los cocineros personas ilustradas. No bastaba con dominar las técnicas y el gusto, había que desarrollarse intelectualmente. Había que saber de música, arte, idiomas y cultura general». Abenante no realizó estudios formales, pero siguió al pie de la letra el consejo de Lovera: «La clave es ser observador. El cocinero debe ser osado. Aunque quede mal, hay que atreverse. Pasé muchas mañanas domingueras escudriñando libros y combinando sabores con otros grandes, como Víctor Moreno y Édgar Leal, en compañía de Lovera. De allí nació el CEGA».

Este espíritu inquieto, que nunca se durmió luego de esos comienzos, lo ha llevado a desempolvar documentos para conocer la cocina de la época colonial, recorrer pueblitos en busca de sabores, tocar las puertas de desconocidos y hacer nuevos amigos en almuerzos caseros. Una extensa base de datos sobre la forma de comer del venezolano se ha acopiado con los años.

LOVERA ES LA COLUMNA QUE SOSTIENE AL CEGA

Édgar Leal afirma: «Lovera es el único que ha hecho que el CEGA siga». En 1988 existían las peñas. Hubo una reunión en el restaurante Majestic de Pierre Blanchard. Allí, Andrés Noria, Néstor Acuña, José Luis Núñez y Franz Conde presentaron sus platos. Se encontraban para hablar de temas gastronómicos. Se formalizó cuando todos los sábados se reunían en la biblioteca de Lovera, a las 10 de la mañana.



Víctor Moreno

«Lovera despertó en mí la pasión por la cocina venezolana. Nos instruyó sobre lo que pasaba en Francia y otros países, nos enseñó sitios para estudiar afuera con chefs famosos. No teníamos cultura gastronómica. Como él tenía más acceso y oportunidades de conocer esto, nos abrió esa ventana al mundo de la gastronomía internacional». Por la inspiración que le significó conocer y tratar a Lovera, Leal se puso como meta estudiar afuera. Su esposa igual. «Él nos esti-



Édgar Leal
y Mariana Montero

muló a aspirar a ese mundo que estaba más allá. Cuando empecé en este campo de los restaurantes, yo ni siquiera sabía qué era una estrella Michelin».

Según Leal, uno de los logros es que los chefs tengan en sus restaurantes platos y sabores propios que les proponen a los comensales. Afirma que, en nuestro país, esto no hubiera pasado hace 25 años. «Mi menú no es completamente criollo, pero sí tenemos platos y detalles criollos. Me considero un cocinero ilustrado, sin olvidar la batalla en el restaurante. Mi orgullo es el restaurante, la cocina. Siento que los grandes chefs del mundo han tenido restaurantes: es estar en las noches, es equipo, es mucho trabajo».

LA MAGIA DE LAS CACEROLAS

Marisabel Lovera, gerente del CEGA, dice fascinarse con la idea de la magia de las cacerolas. Esa sazón particular de cada muchacho que ha pasado por el CEGA. Siempre es diferente, siempre de calidad. Afirma que en el CEGA les inculcan una frase muy importante para cocinar: «Hay que soñar con el plato en blanco y desde ahí crear». Los alumnos entran después de una prueba de admisión escrupulosa. Comienzan un intenso período de formación en el que la enología, la filosofía, la estética, la historia, los idiomas y los elementos propios de la práctica culinaria se mezclan con una férrea formación en el oficio de la restauración. Los nuevos cocineros deben comprender que la gastronomía es alquimia, gusto, sabor, oficio, tradición, servicio, pero también estética, imaginación e inspiración.

Valerie Iribarren, alumna del CEGA, montó un restaurante en Madrid que se llama La Candelita. Es un espacio de cocina venezolana. «Una vez que sales fuera de tu país y de casa, lo que más extrañas, después de la familia, es tu cocina. Personalmente, el mayor logro que he tenido es ver a la gente enamorada de nuestra gastronomía: de las arepas, de los guisos, de nuestras tradiciones».

¡LLEVAR EL BUDARE!

Solange Sarmiento, actual jefa de cocina del CEGA, señala el budare que está bordado

en su filipina y dice muy orgullosa: «Para llevar este budare en el pecho hay que estar preparado, consciente de lo que se está haciendo y tener claros los pasos que hay que seguir para preparar la comida. Hay que saber ganarse este budare: tienes que haberlo sudado, tiene que dolerte, tienes que quererlo. Cuando un cocinero que estudia en el CEGA comete un error, nadie lo culpa. Siempre se refieren a él como el del CEGA».

Sarmiento estuvo en el CEGA hasta el 2004. Estudió, fue instructora y luego jefa de pastelería. Ahora volvió. De esos días se llevó una gran disciplina y un gran amor por los productos venezolanos. Un inmenso respeto por la gastronomía de nuestra tierra. Con énfasis afirma que la profesión de cocinero es una profesión seria. Dice que le molesta cuando los alumnos no se lo toman en serio. «Lovera quiso elevar el estatus de la cocina venezolana y darle un carácter de seriedad a la profesión de cocinero en Venezuela. Yo me siento orgullosa de llevar el budare en el pecho».

CELEBRAR LA COCINA VENEZOLANA

Víctor Moreno dice que el CEGA lo marcó tanto que, en casi todo lo que hace y hasta en sus decisiones personales, el CEGA está presente. «Mi experiencia en la casa amarilla, primero como estudiante de la primera promoción y luego cuando logré la jefatura de su cocina, ha sido de los momentos más especiales y formativos de mi vida». Se siente identificado con el espíritu de celebración por la cocina venezolana y el gran compromiso con la Venezuela contemporánea. Agradece haber tenido dentro del CEGA verdaderos maestros, y no solo en la cocina.

UN CEGA EN CADA CIUDAD DE VENEZUELA

Así cierra Mariana Montero, cocinera del restaurante Leal, su testimonio. Pidiendo que se abra un CEGA en cada ciudad de Venezuela. De estas palabras se desprende una admiración por la institución en la que se formó y un gran aprecio por quien lleva adelante esta escuela. «Lo más valioso del CEGA es sin duda alguna el profesor Lovera, que desde hace años se ha dedicado a enseñar, estilizar y alabar la comida venezolana, incluso cuando nadie apostaba por ella». En el CEGA no solo hay que leer para cada asignación, hay que contextualizar dentro de un momento histórico, en la música, en el arte o en la literatura. Todo esto la formó para ser la cocinera que es hoy en día. ■





TEXTO
María Ángeles Octavio
Comunicadora social, narradora, editora, fotógrafa. Magíster en Literatura Comparada (UCV). Colaboradora de *Sala de Espera*, *Complot* y *Papel Literario*. Premio de Narrativa Monte Ávila Editores (2004).

FOTOS
Magdalena Ferré
Fotógrafa profesional con estudios en el Taller de Fotografía Roberto Mata. Ha participado en cinco exposiciones colectivas. Ha tenido cuatro exposiciones individuales.









Centro Académico de Luthería

Terapia para el alma de la música

Con sede principal en Caricuao, Caracas, desde 1995, el Centro Académico de Luthería (CAL) fue fundado por José Antonio Abreu y Rómulo Alaluna en el pueblo de San Javier del Valle, Mérida, en 1982. Se dedica a la formación de jóvenes que desean convertirse en luthiers. En los talleres del CAL se reparan y construyen instrumentos para el Sistema Nacional de Orquestas.

Diego Arroyo Gil



Rómulo Alaluna



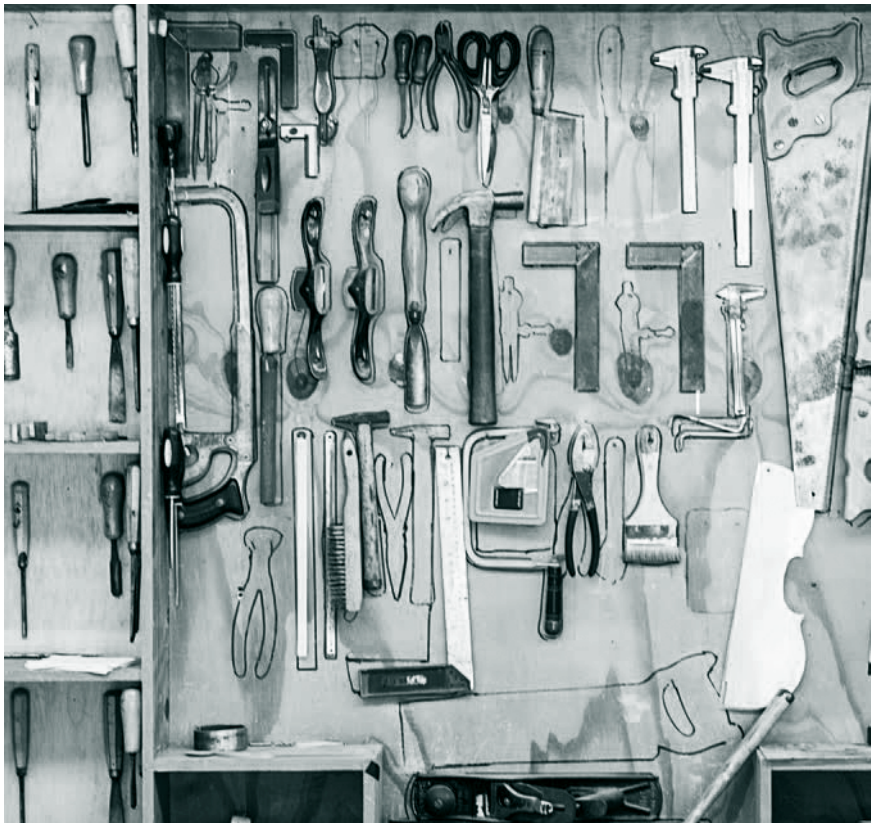
ITINERARIO DE FAMILIA

Nací en 1982, un año antes del Viernes Negro, y he sobrevivido a él lo mismo que a todas las demás catástrofes venezolanas. Tengo más de tres décadas de existencia. Mi padre es Rómulo Alaluna, peruano, luthier descendiente a su vez de maestros de la luthería. Al principio no tuve ningún nombre, porque allá donde vine al mundo, el pueblo de San Javier del Valle, en el estado Mérida, la valía de los hombres derivaba de la familia a la que cada cual pertenecía. Al ser mi padre quien era y sigue siendo, bastaba con que dijera que era su hijo para ocupar un lugar en el corazón de la comunidad. Sin embargo, hoy, cuando hablan de mi infancia, todo el mundo se refiere a mí como Taller, pues así me llamaban cariñosamente. Hasta que tuve edad suficiente para convertirme en Centro, en Centro Académico de Luthería, ya que insiste en que le dé mi nombre y apellidos, aunque puede llamarme CAL, como me dicen los amigos.

Mi niñez fue humilde. Éramos mi padre, nueve discípulos suyos y yo, que por ser un carricito tenía los sentidos bien despiertos para aprender el oficio de hacer, primero violines, luego otros instrumentos de cuerda. Vivimos en San Javier hasta que el maestro José Antonio Abreu –quien trajo a mi padre a Venezuela– acordó con don José María Vélaz, fundador de Fe y Alegría –una de cuyas sedes fue nuestro primer hogar–, que nos viniéramos todos a Caracas en busca de un destino más prometedor. Usted sabe que Abreu es capaz de convencer al mismo Cristo si se lo encuentra en el camino y lo precisa. Aparte, en aquel momento su argumento era justo. El Sistema Nacional de Orquestas, que se había creado en la década de 1970, crecía cada día más y la demanda de luthiers aumentaba conforme había más músicos, pues cada uno de ellos significa al menos un instrumento. Si Venezuela se estaba poniendo a la vanguardia del estudio, la interpretación y la divulgación de la música sinfónica en el mundo, lo imperativo era comenzar a incentivar el interés por la luthería, que entonces estaba limitada a personas o grupos dispersos, es decir, a una actividad que ofrecía un beneficio demasiado discreto.

Nos mudamos a Caracas con una beca en las manos. Era 1986. No todos los discípulos que tenía mi padre en San Javier del Valle quisieron emprender el viaje y los comprendo. Cada quien debe seguir el pálpito que lo orienta en la vida. De los que éramos al principio, nos vinimos Guillermo Andrade, David Rivas, Víctor Suárez, Henry Parra, mi padre y yo. Nuestra primera estadía caraqueña transcurrió en San Agustín. En esa época la delincuencia no era lo que es ahora: esta plaga feroz que se ceba sin tregua sobre nuestras vidas. Había hampa, cómo no, pero no se ejercía ni con tanta frecuencia ni con tanta saña. No sé si tiene sentido

que le hable de esto. Es llover sobre mojado. Supongo que, al igual que yo, usted escucha a diario el indecible sufrimiento venezolano, aunque espero que también tenga la ocasión de abstraerse con alguna belleza. A veces me duelen los oídos, ¿sabe? Es el ruido del país, que desafina cualquier nervio, como una cuerda de violín que alguien frotara con un arco de la peor calidad. Y esto último no se lo digo por mero capricho. Se lo digo porque, si la luthería tiene una razón de ser, esa es precisamente la de corregir los malos sonidos, corregir todo lo que la música no tiene de suyo. Así como el poeta esculpe la lengua hasta dar con el metal precioso de la palabra, así el luthier trabaja la madera hasta crear un cajón donde el aire vibre y se reproduzca el canto de la naturaleza. Atendiendo a esta misma razón es que Nelson Nobre, uno de los profesores del CAL, suele repetir que «la luthería no es carpintería, pues en la luthería cualquier equivocación impide que el instrumento suene».



Luego de la temporada en San Agustín, nos mudamos a la Escuela Cristóbal Rojas, entre las estaciones del metro Bellas Artes y Parque Central, esa zona que Mariano Picón Salas llamó alguna vez El Foro de Caracas, pues durante años fue el centro de la actividad cultural de la capital. El cambio fue importante para nosotros. Fue como pasar de la escuela primaria a la secundaria. El Taller que yo iba siendo se transformaba de este modo en otra cosa. Poco a poco. Y aunque se diría que lo hacía imperceptiblemente, quiero decir, sin producir alardes que tuvieran por objeto que nos viera Venezuela entera, lo cierto es que mi padre, sus discípulos y yo nos dábamos verdadera cuenta de lo que cada movimiento significaba. Me pregunto si lo más sabio no es vivir de esta manera, sin petulancias ni vanas presunciones. Así hemos procedido nosotros: con modestia.



Crecimos. Puesto que la Escuela Cristóbal Rojas, dedicada a ofrecer instrucción técnica en artes a sus alumnos, gozaba de cierto reconocimiento en el ámbito caraqueño, nuestro trabajo comenzó a tener un poco más de visibilidad. Si ya había gente interesada en nosotros, hubo cada vez más a partir de entonces. «¿Un taller de luthería?», se preguntaban sobre todo los jóvenes. Porque la juventud es nuestra materia prima. Resulta una buena combinación, ¿no cree? La madera, de por sí antigua, antiquísima, parece que se contenta cuando cae en manos todavía frescas. Como si buscara ella misma –la madera, digo– apropiarse de una lozanía que siempre ha soñado. ¿Y no es eso la luthería, estrechar un lazo entre la vejez de la madera y la sensación de novedad, la sensación de presente absoluto que ofrece la música? Excúseme si le parece que exagero. Tal es la apreciación que tengo del oficio gracias al que vivo.

Pero que la juventud sea nuestra materia prima no quiere decir que los mayores sean la secundaria. En absoluto. Por más dones que tenga un joven, este requiere de un viejo que lo oriente. Viejo, o sea, un maestro, un hombre que sepa por experiencia cómo curte las manos el trabajo, que conozca el agudo dolor de las astillas y sepa curar las heridas. Un joven con talento, pero solo, es una inteligencia sin amparo, y aunque sé que en algunos casos la soledad es una buena compañera, no puede dar lo que da una presencia física inmediata. «Lo bueno de que la luthería se transmita de padres a hijos, de maestros a discípulos, es que se guardan los secretos». Es una frase que le escuché decir hace poco al maestro Andrade y me pareció correcta, porque resume bien la concepción que aquí tenemos de la palabra educación. Como sucede con todas las artes y las artesanías, la luthería se transmite entre iniciados. No entre elegidos, dese cuenta: entre iniciados. Ese es el sentido de la reflexión de Andrade. La diferencia entre un elegido y un iniciado es que el iniciado debe perseverar para alcanzar su posición. En cambio el elegido tiene el cielo ganado de antemano. Mi casa es una casa de iniciados, no de elegidos. Aquí cada muchacho que se postula como aspirante a luthier tiene que conquistar su puesto a fuerza de voluntad y constancia. ¿No es lo lógico, señor, que cada cual crezca según su mérito? Eso creemos nosotros y por ello en estas andamos desde 1982, el año de mi nacimiento, allá en Mérida. Entonces mi padre, Rómulo Alaluna, tenía menos edad que la de ahora, pero le juro que no le ha variado el entusiasmo.

LA AVENTURA DE CRECER

Llegó 1995 y di un nuevo paso de camino hacia la madurez. Fue el año en que, luego de más de una década de trabajo sostenido, la gente pasó de llamarme Taller a llamarme Centro. Coincidió con mi mudanza a Caricuao. Era una especie de bautismo, o un cambio de

estatuto civil, a la manera de una persona que recibe la gracia de una instancia superior y es investida con un título de honor. Centro Académico de Luthería. Suena bien. Sobre todo me gusta la hache intercalada, aunque he visto que algunas personas optan por escribir lutería, en castellano intransigente. Me gusta la hache porque me recuerda que este oficio viene de otra parte y que quienes nos hemos dedicado a cultivarlo en Venezuela somos como hijos transplantados, una simiente oriental o europea que alguien echó sobre esta tierra bondadosa. No se olvide: *luth*, en francés, es laúd. De ella proviene luthier: en su origen, hacedor de laúdes; hoy, hacedor de cualquier instrumento de cuerda.

Pero a su vez *luth* deriva de *al-aud*, una expresión del árabe clásico que se empleaba para designar la madera.

Bien dice el profesor Nobre que la luthería es un trabajo «lento y exquisito». Y fíjese usted si no lo es que en el CAL confluyen, al menos, tres técnicas de fabricación de instrumentos de cuerda. La primera, la básica, como explican nuestros maestros, se da por sentada. Son las enseñanzas heredadas por Stradivarius, el gran luthier de todos los tiempos, que vivió entre los siglos XVII y XVIII en Cremona, al norte de Italia, y echó las bases de la elaboración de violines que se siguen teniendo como irremplazables. La segunda es la técnica francesa, en la que se formó mi





padre, en Perú, y que él mismo alimentó con los secretos que descubrió durante su búsqueda personal. La tercera, la más reciente para nuestro conocimiento, es la técnica que trajo el maestro luthier Karl Roy las veces que vino a Venezuela, que fueron al menos cinco. Vino contratado por el Sistema Nacional de Orquestas con el objetivo de ampliar la formación de los profesores del CAL. Fue una experiencia enriquecedora, pues además de que aprendimos habilidades que no sabíamos, nos dimos perfecta cuenta –esto lo narra con mucha gracia el maestro Andrade– de que en el trópico la fabricación de instrumentos no funciona de la misma manera que en las zonas de clima templado. Varían, entre otras cosas, las recetas de los barnices. Roy, acostumbrado a barnizar en Alemania con fórmulas a base de aceite y otras sustancias, pensó que aquí podía hacerlo sin variar detalle. Insistimos en que no funcionaría pero él pasó de largo. Nos alzamos de hombros y lo dejamos quieto. ¿Sabe qué pasó? Hubo que esperar un año entero para que el violín se secara… Cosas que pasan y de las que uno aprende.



Pero, volviendo a nuestro asunto, ¿a razón de qué en 1995 el maestro Abreu logró que yo me convirtiera en un Centro Académico y dejara de ser simplemente un Taller? La respuesta es fácil de deducir. El Sistema Nacional de Orquestas había crecido demasiado y la demanda de luthiers era –sigue siendo– cada vez mayor. Si queríamos multiplicar nuestras funciones, llevar las enseñanzas a toda Venezuela, era necesario contar con una plataforma más sólida. Una plataforma que, de continuar con su labor, pudiera recibir algún día el nombre de Institución o Escuela, lo cual permitirá que nuestros alumnos egresen de nuestros talleres con el título de Técnico Medio o Superior. Hoy día no es así. Hoy nuestros aspirantes egresan del CAL como trabajadores de la luthería o, si logran la mayor destreza, como luthiers, a secas. Y eso no estaría mal, quizá, si viviéramos en la Edad Media o en el Renacimiento, cuando el oficio bastaba al hombre para ganarse la vida, pero en estos tiempos se requiere de una certificación.

Con todo y esto, permítame recordarle algo que considero esencial. Ahora como hace años, ahora como siempre, nuestro primer compromiso es con la formación. Nosotros sabemos que tanto las agrupaciones de música académica como las de música popular del Sistema Nacional de Orquestas requieren de luthiers efectivos, capaces de construir así como de reparar instrumentos al momento, pero nuestra razón de ser no es la producción sino la educación. Víctor Besteiro, uno de los directivos del CAL, lo dice con una frase que yo secundo: «Nuestra idea es que el muchacho se forme y llegue a ser maestro». Porque el maestro es el guardián de las enseñanzas. Si cada generación de profesores no es sustituida por una subsiguiente, ¿adónde va a parar el esfuerzo? En ese sentido, mi padre, Rómulo Alaluna, ha hecho lo que debe hacerse: ha formado a tanta gente como le ha sido posible. El resultado es que esos a quienes él formó, hoy hacen lo propio con sus muchachos, y esos muchachos harán lo mismo con los que vendrán. Y así sucesivamente. Pero el trabajo es lento y no está libre de tropiezos. El hombre tiene límites, aunque haya gente que quiera pasar esta realidad por alto.

Pese a las dificultades, nuestros logros son considerables. Calculamos que a lo largo de estos años hemos puesto al servicio de la luthería alrededor de cincuenta nuevos luthiers. Fue la cifra que me dio hace unos días nuestra directora administrativa, Irama Duque. Es poco si lo contrasta con la cantidad de periodistas, abogados o médicos que han egresado de las grandes universidades del país de 1982 a esta parte, pero la comparación no tiene sentido. Gracias a esos luthiers, hoy día ofrecemos talleres de reparación y mantenimiento de instrumentos en los núcleos del Sistema Nacional de Orquestas que operan en Aragua, Bolívar, Delta Amacuro, Falcón, Guárico, Lara, Mérida, Miranda, Monagas, Portuguesa, Sucre, Táchira y Yaracuy. Debo decir que en algunos de esos núcleos también fungen como instructores luthiers que no se han formado conmigo sino en otras partes. Gentes que se acercan porque desean colaborar con la misión que puso en marcha mi padre.

Dije talleres de reparación y de mantenimiento, no talleres de construcción de instrumentos. Un centro de formación propiamente dicho, o sea, un centro donde se enseñe tanto a dar servicio a instrumentos ya existentes como a fabricar nuevos, el Sistema Nacional de Orquestas solo tiene uno, y soy yo. Yo que, en mi ímpetu por crecer, hace unos años logré hacerme de una segunda sede, una sede adicional a la de Caricuao, que está en Los Chorros. Eso me permitió diversificarme, de modo que hoy, mientras en Caricuao ofrecemos formación en instrumentos de cuerda, en Los Chorros se brinda formación en instrumentos de viento. Y aunque mi padre no participa en la actividad que se desarrolla





en Los Chorros, una y otra sede son ramas de la misma familia. De allí que el maestro Andrade tenga razón cuando dice que el CAL «se va ramificando como un árbol genealógico».

RESISTIR: EL VERBO DEL DÍA

Hace un rato le dije que nuestro norte siempre ha sido la educación. Espero que no deduzca de ello que nos da lo mismo que nuestros alumnos reciban o no un diploma cuando finalizan sus estudios. Al contrario, a quienes estamos implicados en este oficio, esa falta nos produce vergüenza. Sé que a algunos profesores este asunto les inquieta. A mí también. Es un ruidito odioso que nos zumba en el oído, como el seseo de un avispón que por más que tratamos de expulsar de nuestra casa siempre acaba escurriéndose entre los muebles. Hemos mantenido conversaciones con la Universidad Nacional Experimental de las Artes (Unearte) para crear una alianza que nos permita emitir la certificación, pero el acuerdo aún no se consuma. Para luego será. La paciencia es implacable, como debe serlo el tiro sobre el objetivo. El director operativo del CAL, Henry Parra, ha dicho que «no tener una certificación no impide que un luthier bien preparado pueda seguir su oficio». Es bueno que eso lo escuchen los muchachos. Por todas las vías hay que procurar aliento.

Es tan difícil. Como un barco que navega un río de cauce desconocido, vamos en pos de nuestro destino sorteando escollos. Aunado al hecho de que carecemos del permiso para otorgar un diploma avalado por el Ministerio de Educación, a veces no tenemos materiales con los cuales trabajar. Mire, la luthería es costosa. Venezuela no produce las mejores maderas para el oficio. Las buenas hay que importarlas y hoy día, en Venezuela, importar implica entrar en un laberinto burocrático inenarrable. No se trata solo de

perderse entre papeles, es que además hay que desembolsar una cantidad de dinero que ni el más rico. Pensará usted que el Sistema Nacional de Orquestas es una de las instituciones que recibe más dinero de los sectores público y privado del país, y es cierto, pero piense también que es una organización que desde hace años registra un crecimiento que no conoce pausas. Cada día hay más niños, cada día se requiere una cantidad mayor de instrumentos, cada día hay más gastos. Antes, para no evitar enredarnos con el trámite de la importación, adquiríamos materiales a proveedores nacionales. Antes. ¿Tengo que explicarle por qué ya no? Al igual que nosotros, ellos tienen hoy sus propios problemas y tratan de afrontarlos como pueden.

Junte las dificultades académicas y administrativas, agréguele a la mezcla eventos inesperados y comprenderá por qué a veces no he podido cumplir con las promesas que les he hecho a los alumnos. Está bien ser franco. Por ejemplo, hace unos años, desde la dirección les ofrecimos a un grupo de muchachos que al terminar su formación en reparación de instrumentos serían empleados por el Sistema Nacional de Orquestas. Les fallamos. Hubo cambios dentro de la organización y la posibilidad se cerró. Comprenderá que quienes dirigen el CAL se encuentran en una situación de compromiso múltiple: con el Sistema, con los profesores, con los alumnos, con el país.



Rómulo Alaluna (derecha) y Henry Parra



Es arduo, muy arduo, y sin embargo mantengo mi aspiración, la que ha expresado muy bien el maestro Parra: «Para mí sería ideal que el Sistema Nacional de Orquestas pudiera incluir en su nómina a todos los jóvenes que se han preparado en el CAL. Así estaríamos cumpliendo con ellos y además cubriendo la demanda que hay de luthiers». Son palabras con las que trato de justificar mi pasado, mi presente y mi futuro. Lo que plantean luce cuesta arriba, pero el solo repetirlas

«Esta es una profesión muy bonita. Y no es sucia. Ese polvito que usted ve por allí es solo madera».

Acaso no haya mayor recompensa para un docente que darse cuenta de la pasión que alienta en un discípulo.

me anima. Usted sabe que el hombre necesita soñar. Es más, diría que está obligado a soñar. Si no lo hace, ¿quién lo hará por él? Si yo mismo no apuesto por que un día crezca del todo y me haga una Escuela próspera, ¿quién apostará a mí?

Entretanto, aquí estamos. Hay tardes en que el calor que hace en Caricuao nos pone a todos al borde. Entonces nos quejamos: los profesores porque el sueldo no les alcanza; los alumnos porque, aunque no tienen que pagar nada por estar aquí, tampoco reciben de mi bolsillo la ayuda económica que algún día pude darles, una bequita modesta que se ha hecho imposible incluir en el presupuesto; profesores y alumnos por la falta de materiales para trabajar, etc. Hasta que de un momento a otro se nos atraviesa en el camino Antonio, el señor del mantenimiento, y sus ocurrencias disipan la tensión. Me sucedió el otro día. Me sentía ofuscado entre tantos asuntos que atender y estaba a punto de rendirme al mal humor, cuando escuché a Antonio conversando con un periodista que había venido a visitarnos para escribir un reportaje sobre nosotros. «Yo aprendo mucho viendo todo este "arreglamiento" de instrumentos –largó con gracia–, aunque sería mejor hacer que ver porque haciendo se hace más que solo viendo». Me conmovió su sabiduría, su ingenuidad, y me eché a reír. Él agregó: «Esta es una profesión muy bonita. Y no es sucia. Ese polvito que usted ve por allí es solo madera». Yo sé que Antonio quiere ser luthier. Nos lo ha dicho. Acaso llegue a serlo si el destino le permite quedarse con nosotros un buen tiempo. La vida es pródiga en sorpresas.

UNA CLASE SOBRE EL ALMA

Ya que se ha tomado la molestia de escuchar todo lo que le he dicho, me gustaría retribuirle su interés con la revelación de algunos secretos de la luthería. Son enseñanzas que compartimos solo con nuestros alumnos: los de Caricuao, los de Los Chorros y los que asisten a los talleres que nuestros profesores dictan alrededor del país. También,



Profesores y alumnos del Centro Académico de Luthería alrededor del maestro Rómulo Alaluna (sentado)



naturalmente, con alumnos que los maestros que viven conmigo han tenido, gracias a la Corporación Andina de Fomento, en Bolivia, Chile, Colombia, Ecuador y Perú, países adonde han viajado para contribuir con el desarrollo de la luthería en América Latina. Y asimismo con los alumnos que el luthier Eddy Acosta tiene en la Fundación Venezolana para la Pro-Cura de la Parálisis (Fundaprocura), a los que instruye desde 2010 para que aprendan a reparar arcos de instrumentos como el violín. Una bella experiencia.

No es mucho lo que le voy a decir, pero estimo que será suficiente. Un misterio por vez. Dos sería un exceso. Dado que guardo los secretos como oro en paño, echaré mano de unas anotaciones que tomé en una clase que les dio el luthier Andrade a unos alumnos mientras reparaba un violoncello. Él estará contento de saber que hago mías sus palabras. Con tal, aquí todo es comunidad o quiere serlo. Afine el oído, ya que solo pienso decírselas una vez:

Hay que aprender que todo instrumento tiene un alma.
Si el instrumento no suena es porque el músico no sabe tocarlo,
ya que los instrumentos bien hechos tienen el alma en su lugar.
En los instrumentos de arco el alma es una pieza de madera que va
por dentro. En los de cuerda pulsada el alma pueden ser barras,
también de madera, que se adhieren a lo largo de sus caras
interiores. El alma se llama así porque sin ella el aire correría
de un lado a otro del instrumento fugándose sin producir sonido.
El alma permite que el aire corra en círculos y suene. Es un misterio,
pero la experiencia me ha permitido corroborar que un alma
puesta en el centro no sirve. Cuando el alma está en el centro,
el instrumento chilla. El lugar preciso donde va el alma lo hallaron
los maestros del pasado: Stradivarius, etc. Es una medida que
uno puede variar en uno que otro milímetro si desea lograr
sonidos de uno u otro carácter, pero el experimento tiene límites.
Y después, esperar. Todo instrumento nuevo exige que alguien
lo cure. Para recibir la respuesta del sonido hace falta tiempo.

Ha puesto usted la misma cara que ponen nuestros alumnos cuando escuchan por primera vez esta lección. Digo, los alumnos en quienes existe de veras una vocación. Supongo que con la luthería sucede como con todas las artes: el ámbito de la creación es metafórico y apunta a verdades que el corazón conoce y custodia. Por eso el profesor Pedro Guanipa se molesta cuando siente que en el CAL las cosas no marchan como deberían marchar. «A veces nos sentimos como obreros –dice–, pero somos luthiers y estos muchachos también aspiran a serlo». Es la voz de la dignidad, que asume con respeto y firmeza su propia defensa. La mayoría de los alumnos que estudian con nosotros provienen de familias pobres, algunos son desertores del sistema regular de estudios. Guanipa no quiere olvidar que tenemos un compromiso con ellos. Ramsés, un joven de 21 años que ha aprendido a su vera, vive en Los Teques y viene a Caricuao todos los días. Arcángel, de la misma edad, vive en Catia y hace lo propio. Guanipa se siente orgulloso de escuchar decir a Arcángel que «esto es como una universidad, por todo lo que tienes que aprender». Ha sido su profesor y acaso no haya mayor recompensa para un docente que darse cuenta de la pasión que alienta en un discípulo.

Creo que, después de todo, debemos nuestra manera de ser a mi padre, Rómulo Alaluna. Guanipa lo llama «el árbol» y cierto que lo es. Él es el ébano, el cedro, el palisandro debajo de cuyas ramas nos reunimos. «Cada uno de nosotros aprende el oficio y lo amplía», enseña mi padre, y se me antoja que esas palabras son el mejor resumen de lo que somos, de lo que soy. Nuestra meta es abrir nuevos horizontes a la luthería. Que como hoy se habla de «la escuela italiana», un día se hable de «la escuela venezolana». La ganancia está a la vista. Hemos construido una familia braceando contra una época en que no han faltado fuerzas que procuran que la familia se deshaga. ■

DEBEMOS NUESTRA MANERA DE SER A MI PADRE, RÓMULO ALALUNA. GUANIPA LO LLAMA «EL ÁRBOL» Y CIERTO QUE LO ES. ÉL ES EL ÉBANO, EL CEDRO, EL PALISANDRO DEBAJO DE CUYAS RAMAS NOS REUNIMOS.





TEXTO

Diego Arroyo Gil

Periodista (UCV) y editor (Complutense). Jefe Editorial de Libros de *El Nacional* y articulista del mismo diario. Dirigió la Biblioteca Biográfica Venezolana junto con Simón Alberto Consalvi. Profesor de la Escuela de Letras de la UCV.

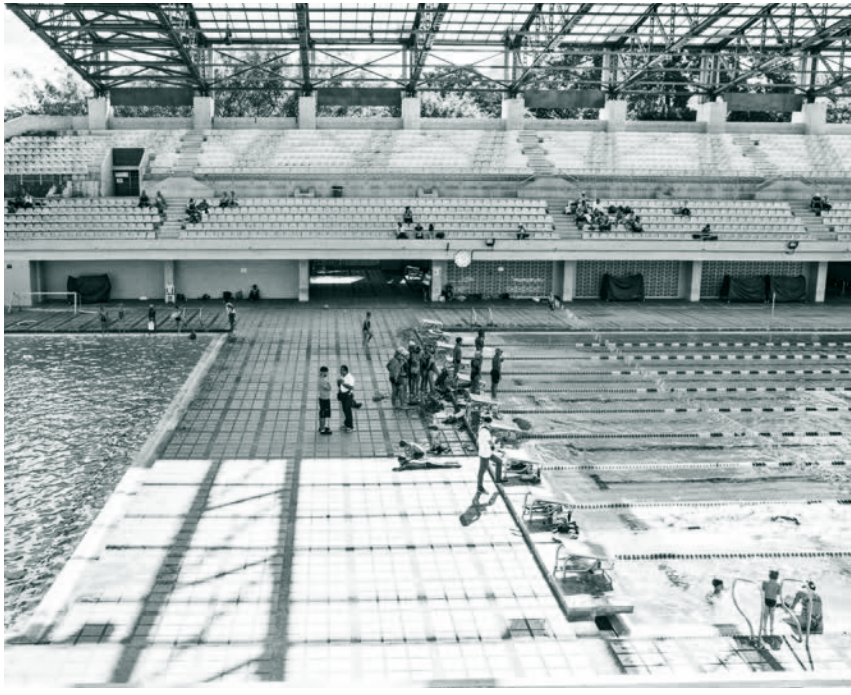
FOTOS

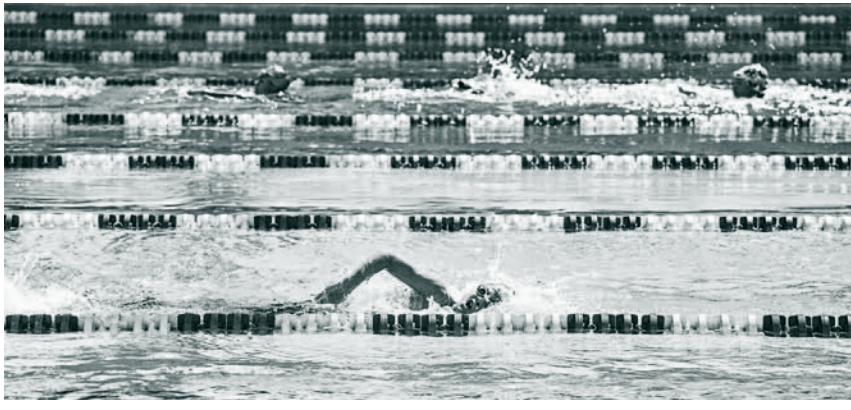
Ramón Lepage

Miembro fundador de la agencia Orinoquiaphoto. Graduado en Comunicación Social en el Emerson College. Estudió fotografía en el Art Institute de Boston. Ha tenido cinco exposiciones individuales y ha participado en 12 muestras colectivas.




60
5
10
15
20
25
30
35
40
45
50
55





Centro Nacional de Deportes Acuáticos Gregorio «Goyo» Tavio

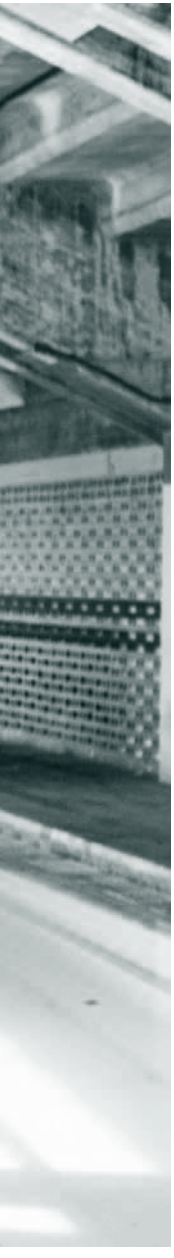
Una instalación deportiva de primer mundo

Fundado el 5 de agosto de 1983 y ubicado en la avenida José Antonio Páez de El Paraíso, Caracas, se trata de un complejo deportivo creado en el marco de la realización de los Juegos Deportivos Panamericanos de 1983 que no solo ha formado a niños, jóvenes y atletas, sino que también ha sido centro de reafirmación comunitaria.

Carmen Victoria Méndez



Gregorio «Goyo» Tavio



Gregorio «Goyo» Tavio aún recuerda la primera vez que visitó las piscinas del Centro Nacional de Deportes Acuáticos que ahora lleva su nombre. Fue en junio de 1983. Las instalaciones ubicadas dentro del Parque Naciones Unidas estaban casi listas para recibir a los atletas que participarían en los IX Juegos Deportivos Panamericanos. En esos tiempos, Tavio se desempeñaba como entrenador de la delegación venezolana y quedó gratamente impresionado. «En muy pocos sitios de América hay una instalación como esta. Está diseñada para poder celebrar unos Juegos Olímpicos, si se diera la oportunidad», dice mientras espera la llegada de un grupo de niños cuyo desempeño de máximo nivel no podrá ver. A sus 85 años de edad, el atleta está consciente de que en la natación, como en la vida, el reloj cuenta y mucho. Sin embargo, mirarlo trabajar sorprende gratamente. El deportista todavía conserva el cuerpo magro, la ligereza de movimientos, la tez dorada que suele caracterizar a los nadadores, así como la paciencia para corregir a sus pupilos, una y otra vez, mientras logran dominar ese entorno ajeno que es el agua.

TAVIO TODAVÍA CONSERVA EL CUERPO MAGRO, LA LIGEREZA DE MOVIMIENTOS, LA TEZ DORADA QUE SUELE CARACTERIZAR A LOS NADADORES, ASÍ COMO LA PACIENCIA PARA CORREGIR A SUS PUPILOS, UNA Y OTRA VEZ, MIENTRAS LOGRAN DOMINAR ESE ENTORNO AJENO QUE ES EL AGUA.

Se sienta al sol. Viste de blanco y luce un silbato colgado del cuello, como todos los profesionales que trabajan esa tarde en el complejo deportivo. Tavio disfruta contar la historia de las tres piscinas parcialmente cubiertas con un techo de policarbono que integran el centro deportivo. Las piletas no solo son un ícono de la ciudad de Caracas desde hace 30 años, sino también el lugar de entrenamiento, formación y esparcimiento de las más de mil personas que lo visitan semanalmente, incluso los sábados, según estimaciones del Parque Naciones Unidas. En la estructura de más de veinte mil metros cuadrados de construcción, hecha de concreto, plástico y metal, está grabada una historia de tres décadas de trabajo, récords y hazañas deportivas; de orgullos nacionales; de promesas casi irrealizables, desencuentros políticos, poca cultura de preservación, deterioro; de batallas libradas por una comunidad de deportistas, tanto profesionales como aficionados, que no han dejado perder un espacio que les pertenece.

El cuento va por partes. El complejo deportivo aún no llevaba el nombre del entrenador cuando fue inaugurado por el entonces presidente Luis Herrera Campins. La cinta tricolor fue cortada el viernes 5 de agosto de 1983, lo que puso fin a meses de debates y especulaciones. En los medios de comunicación, e incluso en el Congreso de la República, se cuestionaba la necesidad de levantar el com-

plejo deportivo si se abrigaban dudas sobre su fecha de terminación. Decían que no estaría listo para los Juegos Deportivos Panamericanos, que se había malversado dinero para su construcción, que era pertinente suspender la competencia porque el país no estaba preparado para ser anfitrión. Incluso se regaba a los cuatro vientos que la infraestructura hotelera de la ciudad era insuficiente para albergar a los visitantes.

La obra de infraestructura le costó al Estado 135 millones de bolívares, una fortuna para la época. Su construcción era de suma importancia para el gobierno de turno, que apenas unos meses antes había inaugurado el primer tramo del Metro de Caracas. Desde 1978, la administración nacional se había empeñado en que el país fuese anfitrión de unos Juegos Deportivos Panamericanos para los que todavía no se contaba con la infraestructura necesaria. El país necesitaba una Villa Olímpica, piscinas, canchas, domos y arenas que cubrieran los requerimientos exigidos por el Comité Olímpico Internacional. Pero el Estado dijo que cumpliría. Llegó enero de 1983 y una serie de complejos deportivos estaban aún en obras, entre ellas el Parque Miranda y el velódromo Teo Capriles. La prensa y buena parte de la dirigencia política y deportiva comenzaba a pensar que se trataba de un evento irrealizable, de una especie de utopía o, peor incluso, de una irresponsabilidad política. La cancelación del evento hubiera dejado muy mal parada a la nación en la escena internacional. Además, 1983 era el año del Bicentenario del nacimiento de Simón Bolívar. Era imperativo cumplir con la promesa de terminar las obras.

El día de demostrar a los deportistas y a toda la opinión pública que Venezuela sí podía organizar una justa internacional como los Juegos Deportivos Panamericanos, llegó apenas unas semanas antes de la fecha de la llegada de las delegaciones a Caracas. Ese 5 de agosto de 1983, la piscina olímpica fue llenada por primera vez. Las brazadas iniciales las dieron un grupo de nadadores del equipo del entonces Distrito Federal, encabezados por Giovanni Frigo. Los deportistas usaron la instalación como parte de una prueba a la que asistió el Presidente de la República.

En las fotografías de los diarios de la época aparece la piscina olímpica de 10 carriles en primer plano. Casi treinta años después, Tavio la presenta como si se tratara de un pariente que conoce muy bien. Recita de memoria que la pileta mide 50 metros de largo por 25 metros de ancho y que tiene una profundidad de 2,10 metros en la salida y 2,40 metros en el frente. «Cumple con las exigencias actuales para realizar cualquier competencia internacional de alto nivel. En ella se puede practicar natación, waterpolo y nado sincronizado», dice el veterano entrenador.

Junto a ella hay una piscina de salto de 25 metros de largo por 20 metros de ancho, que

30 años después de su inauguración ya no es tan funcional. La razón es que la torre de trampolines fue construida de acuerdo con reglamentaciones antiguas. «Según las nuevas normas, la plataforma debe tener cerca de un metro más porque ahora se salta doble. El espacio que tiene en la actualidad es muy pequeño. Eso se tendría que reparar para poder celebrar saltos a nivel internacional aquí otra vez», indica Tavio.

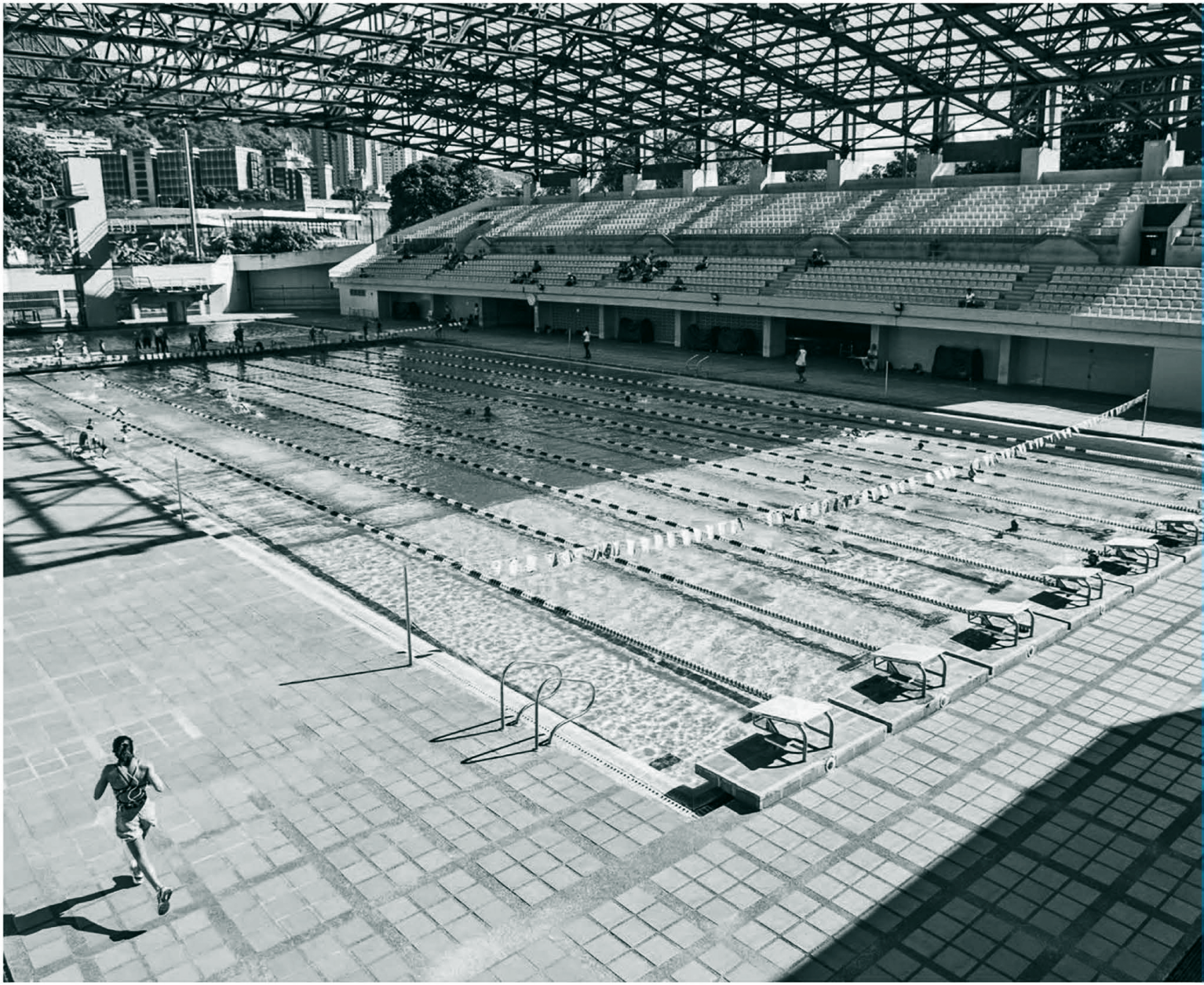
También hay una piscina de calentamiento de 25 metros de largo por 10 metros de ancho, ubicada exactamente debajo de las gradas. En 1983, el Comité Olímpico Internacional le exigía al país un complejo que contara, entre otras cosas, con dos piscinas de calentamiento. Pero los arquitectos que proyectaron el centro deportivo lo diseñaron con solo una de las piletas. Nunca se supo si fue un malentendido, si se hizo así por razones de espacio o si se trató de una decisión presupuestaria. «Las nuevas instalaciones incluyen un conjunto de piscinas con un aforo de cuatro mil quinientas personas, sala de calentamiento, área para jueces y árbitros, entrenadores, periodistas, vestuarios, servicios médicos, salas de recepción y protocolo, sanitario, dos casetas para televisión, diez para radio y dos pizarras electrónicas», reseñaba el periodista Cándido Pérez en *El Nacional* de agosto de 1983.

En 2007, una vez culminada la recuperación del centro, las instalaciones fueron reinauguradas y rebautizadas con el nombre de Gregorio «Goyo» Tavio, para ser sede del Campeonato Suramericano Juvenil de Deportes Acuáticos.

Se trata de una edificación muy sofisticada. Las piscinas están dispuestas sobre una base en forma rectangular, que tiene tres niveles de construcción. Las piletas están parcialmente techadas, con una cúpula traslúcida que no solo la protege de la lluvia. Está hecha de plástico y fibra de vidrio, cubierta con un protector de rayos ultravioletas, que beneficia a los deportistas que entrenan a plena luz del día. «Los sistemas de iluminación, audio y cronometraje no tienen nada que envidiarle a los de otros centros deportivos del continente», dice Tavio. La parte exterior del complejo deportivo está dotada de estacionamiento, taquillas, rampas de acceso, edificio de servicios y áreas verdes.

LA NOCHE QUE CAYERON LOS RÉCORDS

Desde sus inicios, este escenario fue testigo de importantes actuaciones deportivas. En la jornada de apertura de los Juegos Deportivos Panamericanos, realizada el 17 de agosto de 1983, Alberto Mestre –abanderado de la selección nacional y figura destacada del equipo de natación– logró la medalla de plata en los 200 metros libres, batiendo el récord nacional y suramericano en esa categoría. El atleta nacido un 30 de septiembre





de 1964 detenía el cronómetro con un minuto, 50 segundos y 36 centésimas. Lo superaba el estadounidense Bruce Hayes, con 1'49''89. Su compatriota Steve Lundquist impuso ese mismo día un nuevo récord mundial en los 200 metros pecho, con un tiempo de 1'02''28. También el venezolano Glen Sochasky batía su propia marca nacional en 100 metros pecho.

Días después, la piscina olímpica fue testigo de las actuaciones de Rafael Vidal, quien logró la medalla de bronce en la competencia de los 200 metros mariposa. «Fue la mejor marca técnica para un venezolano, quien se ubicó como quinto en la clasificación mundial», se lee en *El Nacional*. Al año siguiente, trajo la primera y hasta ahora única medalla olímpica en natación para el país, al ocupar la tercera posición en los 200 metros mariposa de los Juegos Olímpicos de Los Ángeles, realizados en Estados Unidos.

«El ambiente que se vivía en El Paraíso por esos días era de fiesta», recuerda Tavio. El público llenó las gradas para ver la actuación de los nadadores y celebrar cada triunfo, cada marcador, cada récord, cada buena actuación. También acudían para saciar la curiosidad de saber cómo era el lugar, como se escuchaba el *Himno nacional* en sus modernas instalaciones y también para disfrutar de los festejos que solían preceder las primeras jornadas, con el tricolor nacional como telón de fondo.

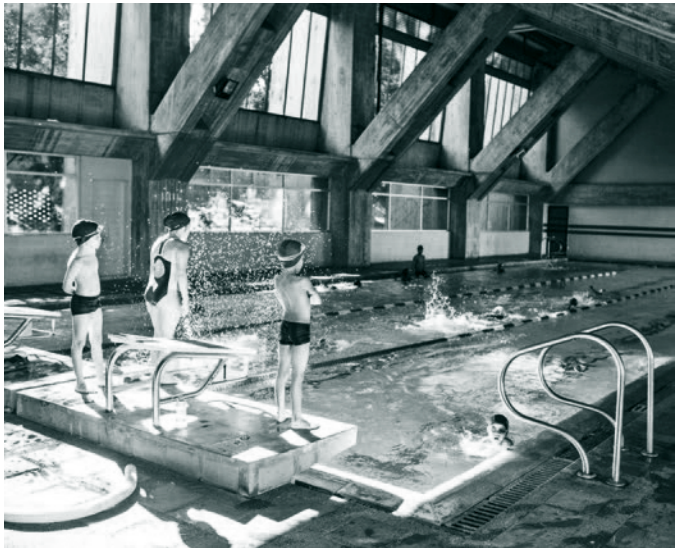
Una de las características más valoradas por los deportistas que han usado la piscina es la calidad de su agua. Es el caso de la nadadora norteamericana Cinthya Woodhead, ganadora de una medalla de oro en 2.000 metros libres en los Juegos Panamericanos de 1983, quien aseguró a *El Nacional* que las buenas condiciones de la pileta y el calor del público venezolano fueron factores claves para su triunfo. «El secreto radica en la planta de tratamiento –dice Tavio–. Es extraordinaria. En muy pocas horas pone el agua completamente cristalina. Hoy en día te puedes meter con una careta y ver las porcelanas al otro extremo. Los cuadritos de loza uno los mira claramente a través de cincuenta metros. Es una cosa maravillosa. Es una de las mejores piscinas de América, incluyendo Canadá y Estados Unidos».

El entrenador explica que la visibilidad es vital para el competidor: el agua debe tener los niveles de acidez y alcalinidad idóneos para evitar reacciones físicas adversas, como irritaciones en las mucosas o en la piel. Es preciso recordar que los nadadores no se sumergen los dos minutos o menos que dura una prueba. Se requiere, en promedio, de dos sesiones de 120 minutos al día bajo el agua para alcanzar el nivel competitivo requerido.

CIERRE Y REMODELACIÓN

El mantenimiento es clave y suele estar a cargo de personal especializado. «El agua de la

piscina no se pierde nunca. Es reciclada y tratada con cloro. Tiene un pH ideal de 7.2. Empleamos un tratamiento a base de cloro y soda cuando el pH está más bajo, y si está más alto usamos ácido clorhídrico», dice Tavio. Sin embargo, durante una época no fue así. Los Juegos Deportivos Panamericanos llegaron a su fin y el país no solo se quedó con las medallas





que obtuvo la delegación venezolana, sino también con nueva infraestructura que exigía atención e inversión constantes.

El tiempo y la poca cultura de preservación que caracteriza al país hicieron de las suyas en el complejo deportivo. Durante más de dos años estuvo cerrado. La razón es que en 2004 se dañaron los filtros de las bombas que se encargan de reciclar y mantener limpia el agua de las piscinas. Sin ellos las piletas no son aptas para el uso ni en prácticas ni en competencias. «Para reparar las bombas deben comprarse tres filtros, los cuales corresponden a cada una de las piletas. Las piezas se encargaron en Estados Unidos porque allá es donde las hacen. Para comprarlas se necesitan trescientos millones de bolívares», expresó Jimmy López, entonces director de Deportes de la Alcaldía Mayor, a *El Nacional*.

En ese momento hubo protestas por parte de los usuarios, agrupados entre atletas profesionales, aficionados y quienes hacían un uso recreativo de las instalaciones. Se trata de una dependencia estatal en la que convergen

el Ministerio del Deporte, el Instituto Nacional de Deportes, varios clubes y la Federación de Natación. Después de días de hacer presión, se anunció la realización de los trabajos de remodelación, que duraron dos años y estuvieron a cargo del Ministerio. Se invirtieron aproximadamente seis millardos de bolívares. Las obras generaron 100



empleos directos y 160 indirectos, reseña *El Correo del Caroní*. El diario destaca la recuperación de las instalaciones electromecánicas, iluminación externa de la piscina, estructuras metálicas y cubierta del techo. «Asimismo, se llevó a cabo el cambio del piso del área de playa, con correcciones de pendiente y montaje de las rejillas, se restauraron los baños públicos y de atletas, se pintaron y colocaron nuevas sillas en las graderías, se instaló un moderno equipo de sonido con todos sus accesorios, se ejecutó la limpieza general de toda las áreas adyacentes a la piscina y se incorporó un proyecto de jardinería y paisajismo».

En 2007, una vez culminada la recuperación del centro, las instalaciones fueron reinauguradas y rebautizadas con el nombre de Gregorio «Goyo» Tavio, para ser sede del Campeonato Suramericano Juvenil de Deportes Acuáticos. «Fue un gran honor, algo muy grande, que en vida le dieran mi nombre a un complejo tan importante como este», dice el entrenador.

«Goyo es un obrero, un soldado, un extraordinario trabajador y amigo. Yo creo que es bien merecido que las piscinas tengan su nombre. Él ha sido el vigilante de estas piscinas por todos los años, y no solo de la salida de atletas de las selecciones nacionales, sino también de atletas que han representado al país sin ser federados. ¿Cuántos niños habrán pasado por las manos de la organización de Gregorio Tavio? Yo creo que esto no solo era un compromiso del Gobierno sino también de los nadadores que pedían a gritos que las piscinas llevaran el nombre de este magnífico hombre», dijo Eduardo Álvarez, para entonces ministro de Deportes.

Actualmente, el mantenimiento del complejo deportivo corre por cuenta del Estado. «En lo que se refiere al agua, hay una persona

que se ocupa muy bien de ella. Está pura, transparente, nítida; no tiene olor. Es maravillosa la preservación de las piscinas. Las áreas de afuera sí están un poco deficientes por falta de personal», indica Tavio.

Desde las seis de la mañana y hasta que cae la noche, las instalaciones están llenas de gente. A las piscinas asisten personas de todas las edades, oficios y condiciones físicas. Hay un programa de natación terapéutica gratuito, que es usado para la rehabilitación física de quienes han sufrido lesiones o tienen problemas de movilidad. Lo toman especialmente aquellos que tienen dolencias en las cervicales o en la columna.

«Todos flotamos, unos con más habilidad y otros con más valor o menos miedo de entrar al agua. En lo que se vence ese miedo, todo es muy fácil. No hay edad para comenzar a hacer natación. Lo de "loro viejo no aprende a hablar", aquí en la natación no tiene sentido. Todo el mundo aprende a nadar. Hacer ejercicio es fundamental en la vida de cualquier persona, y sobre todo este que se hace en posición horizontal».

El entrenador trabaja con niños y también con un equipo de alta competencia que asiste diariamente al complejo Naciones Unidas de cinco a siete de la mañana y luego de seis de la tarde a ocho de la noche. «Los que vienen dos veces al día nadan 14.000 metros diarios».

Son varios los clubes que entrenan en el centro. Hay, por supuesto, un equipo de casa: el Parque Naciones Unidas. Están también Los Delfines 25 y Club Paraíso GT, entre otros. En sus aguas han trabajado figuras de la talla de Kenia Puertas, representante del país en los Juegos Olímpicos de Beijing 2008 y poseedora de varias marcas nacionales e internacionales. Gerardo Vera ya había destacado en los Juegos Olímpicos del 72 en Munich, Alemania, cuando se inauguró el complejo deportivo, pero se convirtió en una presencia habitual, lo mismo que Ricardo Jiménez. «Es que son piscinas excelentes, que atraen a los deportistas. Por mi edad ya no entreno grupos muy grandes, pero tengo dos clasificados para ir a Costa Rica, al Campeonato Centroamericano y del Caribe», dice Tavio.

HAY UN PROGRAMA DE NATACIÓN TERAPÉUTICA GRATUITO QUE ES USADO PARA LA REHABILITACIÓN FÍSICA DE QUIENES HAN SUFRIDO LESIONES O TIENEN PROBLEMAS DE MOVILIDAD. LO TOMAN ESPECIALMENTE QUIENES TIENEN DOLENCIAS EN LAS CERVICALES O EN LA COLUMNA.

Fue en estas mismas piscinas donde el triatlonista Luis Miguel Velásquez dio sus primeras brazadas. Tenía seis años de edad y entrenaba regularmente en las instalaciones de El Paraíso, como un niño más. Participó en los mundiales de Beijing 2011, Nueva Zelanda 2012, Juegos Panamericanos de Cartagena 2011 y Barquisimeto 2012.

El número de entrenadores que trabaja en el centro varía de un día a otro. Por la tarde



predominan los que se dedican al trabajo con niños. Uno de ellos es Luis Montero, un joven de 19 años que trabaja con personas de todas las edades. «Los adultos vienen por lo general en la mañana. A todos se les enseña a nadar. Lo más valioso es cuando la gente se da cuenta de lo que puede hacer en el agua cuando aprende. Es una experiencia muy grata. También viene mucha gente con problemas de salud: la piscina los ayuda con problemas de espalda».

DEPORTE PARA TODOS

Masificar el deporte es clave para el desarrollo de un país. Por eso, entre los eventos destacados que se realizan en el Centro Nacional de Deportes Acuáticos Gregorio «Goyo» Tavio, la Válida Nacional de Natación para atletas con discapacidad intelectual y síndrome de Down ha cobrado cada vez más importancia. En la jornada participan deportistas a partir de los nueve años de edad, procedentes de todos los rincones del país. Según sus organizadores, se trata de un compromiso por democratizar la práctica de las disciplinas acuáticas. Como en toda competencia deportiva hay cronómetros, medallas y categorías. El coordinador nacional de natación de la Federación Venezolana Polideportiva de Atletas con Discapacidad Intelectual, Iván Fuentes, considera que este deporte ofrece una gran oportunidad para los jóvenes con discapacidad intelectual y síndrome de Down, pues les permite mejorar distintas habilidades sociales y recibir acondicionamiento físico.

Por las tardes, el corazón del centro parecen ser los niños. No menos de cinco entrenadores se ocupan de ellos en cada sesión vespertina. Traje de baño color oscuro, gorro y protectores para los ojos es el equipamiento exigido por la administración de las instalaciones. Hogares Bambi de Venezuela ha sido beneficiario de un convenio con la administración del centro, así como varias escuelas de la zona que han aprovechado la infraestructura para sus prácticas de Educación Física. «Esto nunca se queda solo. Las piscinas siempre están llenas de deportistas, niños y personas de la comunidad que vienen a hacer deporte. Es común ver a padres y representantes aguardar en el café a que sus niños terminen las prácticas. Creo que la gente que vive en el sector y quienes nos visitan de otros lugares de la ciudad sacan provecho de la labor que cumplimos acá, y no solamente los nadadores que van a competir en instancias e internacionales», asegura el entrenador.

Desde que amanece y hasta que cae la noche, en el Centro Nacional de Deportes Acuáticos Gregorio «Goyo» Tavio se escuchan el chapoteo, las brazadas en el agua, el sonido del silbato, las risas, los jadeos de los nadadores al salir del agua y las palabras de aliento del entrenador. ■





TEXTO
Carmen Victoria Méndez
Comunicadora social de la UCAB. Se ha desempeñado como redactora del cuerpo «Escenas» de *El Nacional.* Trabajó como redactora en *El Globo*, *El Mundo*, *El Universal* y *Tal Cual*. Actualmente vive en Alemania.

FOTOS
Vladimir Marcano
Estudios en la Escuela Arte 3 y en el Centro de Fotografía del CONAC. Ha trabajado con Ramón Grandal, Paolo Gasparini, Alex Webb y Rebecca Norris. Fotógrafo publicitario desde 1999. Colabora con varias publicaciones venezolanas. Ha desarrollado reportajes gráficos para *The Guardian.*

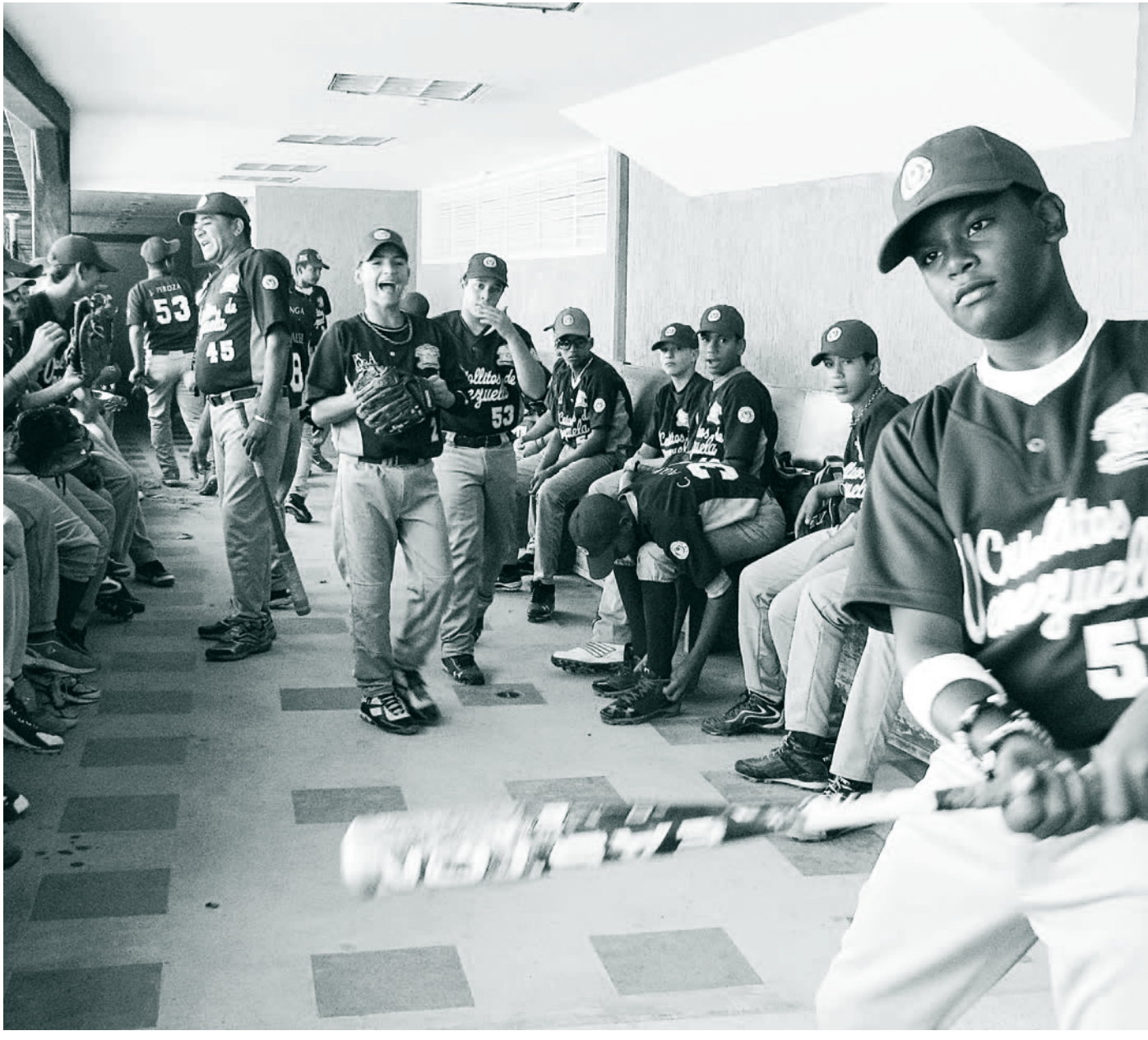

Orlando Becerra
DIRECTORIO NACIONAL
CRIOLLOS DE VENE

Criollitos de Venezuela

Jugar al futuro

El *pitcher* Luis «el Mono» Zuloaga tuvo la idea de organizar una institución de béisbol menor para los niños de pueblos y barriadas, y se la transmitió al médico José Del Vecchio, a Pompeyo Davalillo y a otros personajes. Así nacieron los Criollitos de Venezuela. Se iniciaron en 1962 con unas decenas de jugadores y ahora hay 9.000 equipos en todo el país: son 130.000 niños y adolescentes jugando y 170.000 voluntarios apoyándolos. Criollitos de Venezuela es Patrimonio Nacional.

José Pulido





El estadio, sencillo pero bien cuidado, se agita con entusiasmo de gorras, franelas y banderas que aletean en el aire. Celebrando el acostumbrado reencuentro, las familias se saludan y conversan sobre el juego de béisbol que van a presenciar. Es como una fiesta que le añade más alegría a la mañana del domingo. Afuera llegan y se instalan los vendedores de helados agitando sus campanitas.

A unas pocas cuadras del estadio, caminan por la acera una madre joven y su hija de unos siete años. Ambas se divierten evitando los postes para no soltarse de las manos.

No es un hecho aislado: una oleada de niños y niñas, de padres y madres, llega con ordenada emoción hasta el terreno resguardado por tela metálica, donde dos tribunas de concreto bullen repletas de público, frente al diamante recién marcado con cal.

La niña avanza con más prisa, como guiando a la madre. Va uniformada de pelotero, con la gorra ensartada en una acomodaticia cola de caballo. Alguien comenta: «Qué bonita esa madrina», y la mamá de la niña, con inocultable orgullo, responde: «No es la madrina: ella juega tercera base».

Cuando entran al estadio uno de los equipos se alborota. «¡Ya llegó Felyaní, ya llegó Felyaní!», y el montón de varones abre su fila para que ella ocupe su lugar. Veinte minutos más tarde, Felyaní lanza una pelota certera y saca *out* a un bateador que volaba hacia primera base.

Ella y una fervorosa multitud de niñas también juegan béisbol, en esa gesta deportiva denominada Criollitos de Venezuela.

Miles de madres y padres de todo el país se han puesto de acuerdo para que sus hijos jueguen béisbol juntos, desde la niñez hasta la adolescencia. Son 130.000 niños y adolescentes de todos los rincones de Venezuela que compiten entre ellos y se conocen personalmente, porque se enfrentan en el juego y comparten momentos gratos o de acción intensa.

Ese acto de jugar para divertirse y formarse sanamente es gestionado y mantenido por un voluntariado que reúne a más de ciento setenta mil adultos, en su mayoría madres irreductibles e invencibles, que en el fondo de sus corazones albergan la ilusión de que ese juego acerque a sus hijos a la tierra prometida del béisbol. Y si no se alcanzara la ilusión, todas anhelan que jugar los aparte de las malas tentaciones y los convierta en gente de profesión y de oficio capaz de conducir bien sus vidas.

Este voluntariado es el verdadero motor de la Corporación Criollitos de Venezuela, que ya tiene 9.000 equipos en todo el país y cuya finalidad es lograr que los niños jueguen por mera diversión y con nobleza deportiva, porque de esa manera serán buenos ciudadanos, personas sensibles y portadores de recuerdos especiales, como todos los que se originan en el compañerismo.

Criollitos de Venezuela cumplió 51 años y muchos de los niños que han jugado en esos equipos son hoy profesionales destacados en diversas disciplinas. El 80% de los jugadores de grandes ligas se han formado en la escuela deportiva y existencial que tuvo su origen en la idea de un pelotero retirado, y en la tenacidad de un médico que amaba el béisbol.

Omar Vizquel, Andrés Galarraga, Pablo Sandoval, Bob Abreu, Johan Santana, son algunos de los peloteros que fueron Criollitos y cuyas fotografías de cuando eran niños cubren las paredes de las diversas sedes, junto con cientos de placas y trofeos.

LA LUCHA COTIDIANA

Cuando se tienen 130.000 niños y adolescentes jugando béisbol se necesitan como mínimo 130.000 uniformes, con sus gorras y sus zapatos. Cada familia responde por sus hijos, pero también debe estar pendiente de respaldar a los hijos ajenos. Generalmente, los niños de familias con menos recursos siempre terminan participando con los zapatos rotos y pueden perder juegos porque no tienen buenos bates ni guantes resistentes. Ahí es donde el voluntariado interviene para nivelar las cosas: todos los peloteritos deben disfrutar de los mismos derechos y el mismo respaldo para jugar, divertirse y formarse.

Se promueven rifas, verbenas, actividades donde se pueda recabar lo que haga falta para eliminar las desventajas. Eso significa que se debe luchar contra la indiferencia de los ciudadanos que rechazan las rifas y huyen cuando les preguntan: «¿Ustedes no tendrán un guante, un bate o una pelota que quieran donar para los muchachos?».

Esos 130.000 niños y adolescentes demandan campos. Se consiguen estadios que son propiedad de la nación y están bajo administraciones locales, regionales o nacionales; también prestan sus estadios las escuelas, los liceos, las universidades, las empresas privadas, los clubes, los cuarteles militares. Pero no es algo tan fácil como decir: «Présteme su estadio» y que respondan: «Cómo no: vengan a jugar de una vez». Algunos son alquilados, pero el mejor postor puede quitárselos a los niños un fin de semana.

Esos espacios requieren de mantenimiento para que los juegos ocurran de manera idónea, sin riesgos, con las mayores comodidades posibles y las condiciones higiénicas que deben prevalecer donde se concentran niños y adolescentes.

LO ECONÓMICO

Además de las limitaciones propias de cada quien, en el deporte surgen muchas veces las dificultades económicas, que pueden convertirse en escollos gigantescos. Un ejemplo de ello es lo que ocurre de manera cotidiana en el ámbito de los Criollitos de Venezuela. Ser muchos hace más costosa la función.

Aunque también representa una fortaleza a la hora de que cada quien haga su parte.

Hay 9.000 equipos de béisbol en la Corporación Criollitos de Venezuela. Para darle una pelota a cada equipo, se necesitan 1.320 millones de bolívares. Y que no la saquen de jonrón muy lejos, porque se quedan sin pelota. Sin embargo, cada equipo puede jugar con más de una pelota en su poder, gracias a que las madres y los padres también andan pendientes de esos detalles, aparte de que los muchachos hagan sus tareas, no decaigan en sus notas y se alimenten como debe ser.

CUANDO SE TIENEN 130.000 NIÑOS Y ADOLESCENTES JUGANDO BÉISBOL SE NECESITAN COMO MÍNIMO 130.000 UNIFORMES, CON SUS GORRAS Y SUS ZAPATOS. CADA FAMILIA RESPONDE POR SUS HIJOS, PERO TAMBIÉN DEBE ESTAR PENDIENTE DE RESPALDAR A LOS HIJOS AJENOS.

Para que esos 9.000 equipos tengan un solo bate cada uno, hay que invertir más de veinte millones de bolívares y que no se rompa el bate porque se quedan sin batear. Aunque eso tampoco ocurre, porque en la familia Criollitos los bates son artículos de primera necesidad para la educación, como un libro o un cuaderno.

Cada equipo requiere nueve guantes: *catcher*, primera, segunda, tercera base; *shortstop, pitcher* y los tres jardineros. Para que los 9.000 equipos susodichos puedan jugar como lo indica el béisbol (porque un pelotazo en la mano pelada te puede arrancar un dedo) necesitan 81.000 guantes. Eso significa que se debe invertir en guantes baratos, pero duraderos, 162 millones de bolívares.

EL *PITCHER* QUE LANZÓ LA IDEA

Luis «el Mono» Zuloaga, lanzador zurdo que asombró con su estilo a la afición de los años cuarenta y cincuenta, nació en Valencia, estado Carabobo, el 30 de diciembre de 1922. Su temporada inolvidable fue la de 1947-1948 porque lanzó en 118 *innings* y logró 10 victorias. Al retirarse del béisbol profesional tuvo la idea de formar equipos para niños y jóvenes en todo el país, con la finalidad de combatir la delincuencia.

Zuloaga abrió una tienda de artículos deportivos en San Agustín del Norte (Caracas) y allí celebró la primera reunión para hablar de su idea. En ella estuvieron José Del Vecchio, Luis Zuloaga, Chepino Gerbasi, periodista de economía de *El Nacional*; Héctor Hernández Carabaño, de la Cervecería Caracas; Andrés de Chene, periodista y asesor gerencial; Abelardo Raidi, periodista deportivo de *El Nacional*; el ingeniero Miguel Sanabria y el padre Fernando Moreta. Según declaró Del Vecchio, el primer objetivo que se plantearon fue llevar el béisbol a las zonas de menores recursos, para incorporar al deporte a la mayor cantidad posible de niños.

Luis Zuloaga se alejó pronto de la institución que había nacido a partir de su idea,


M. YAEZ
N. ROMAN
62
J. GONZALEZ
53


J. PEROZA
53
MENDEZ
15
TORRES

porque se oponía a que los Criollitos fueran inscritos en el Instituto Nacional del Deporte. De todas maneras, José Del Vecchio, Armando Talavera y Pompeyo Davalillo, con su esposa Mercedes, se dedicaron a trabajar con muchas ganas en el proyecto y le dieron forma con el respaldo de los primeros patrocinantes: los diarios *El Nacional*, *El Universal, Últimas Noticias* y las empresas Polar y Helados Efe.

EL MÉDICO QUE INYECTÓ ÁNIMO AL BÉISBOL

José Del Vecchio le puso el músculo del entusiasmo a la institución y demostró que era posible organizar un béisbol para niños y adolescentes con reglas que integrasen a los padres y representantes.

José Del Vecchio nació en Charallave, estado Miranda, el 3 de mayo de 1917 y murió en Caracas, el 27 de mayo de 1990. Era médico, graduado en 1943 en la Universidad Central de Venezuela. Fue jugador del equipo de béisbol de la UCV. Al recibir el llamado de Zuloaga para darle inicio a la idea de los Criollitos, se metió de lleno en el proyecto. Del Vecchio fue el presidente de Criollitos de Venezuela desde su fundación hasta el año 1977.

LA VOLUNTAD Y EL VOLUNTARIADO

La palabra *voluntas* es latina y se convirtió en voluntad (español); *volontà* (italiano); *volonté* (francés) y *volition* (inglés). Es un término tan lleno de significados como la palabra



Nelson Castro

Dios, porque «la voluntad es una actividad superior del hombre». La voluntad es un ejercicio de libertad, un acto en que se hacen las cosas queriendo hacerlas. Si se juntan muchas voluntades alrededor de una tarea común, entonces ocurre una especie de fenómeno colectivo, como el que está representado en los Criollitos de Venezuela.

El voluntariado realiza desde la más pequeña actividad hasta la organización de un campeonato nacional o mundial. El voluntariado

está presente en todos los instantes del niño que aprende mientras juega. El voluntariado mantiene en correcto estado el terreno de juego, provee los implementos deportivos, lleva y trae a los niños, vigila, resguarda, alimenta, protege. El voluntariado no cesa jamás en sus funciones.

El voluntariado cuenta con mensajes importantes que han ido surgiendo de la experiencia colectiva: «En toda asociación humana es necesario que las personas identifiquen sus objetivos, se organicen y participen activamente para lograr sus metas comunes. Los niños toman parte jugando y los adultos, creando la estructura y el entorno para servirles».

Otro de los principios fundamentales es el siguiente: «El voluntariado se identifica con un hecho: el dirigente busca dar y no espera recibir. La remuneración la obtiene cuando ve el resultado positivo de su acción en el otro. Se autorrealiza al ver la labor cumplida, al verse integrado en un grupo de personas con iguales propósitos. Colabora con voluntad propia. Nadie lo obliga. Solo su conciencia lo llama a entregar algo de sus talentos a la comunidad, a la sociedad».

GENTE VOLUNTARIOSA

Nelson Castro es *coach* de la Corporación Criollitos de Venezuela. Está en la institución desde hace 20 años. Él representa el ejemplo del voluntariado. Dos hijos propios y uno adoptado forman parte de su familia. El niño adoptado por Nelson Castro se convirtió en uno de los jugadores venezolanos que compiten en la gran carpa.

–¿Cómo ha sido su experiencia con ese hijo grandeliga?

–Muy satisfactoria. Es un muchacho al que asumimos como nuestro cuando sus padres murieron. Nosotros nos comprometimos con el padre del muchacho, quien nos pidió que lo ayudáramos a ser un grandeliga. Le hicimos la promesa y ese sueño se cumplió, gracias a Dios. Fue el resultado de un trabajo perseverante por parte del muchacho y de nosotros, y en la actualidad todo el mundo conoce esa historia dentro de la organización.

–¿Cómo se llama su hijo grandeliga?

–Jorge Julio Tapia. El *pitcher.*

El lanzador Jorge Julio Tapia pasó de los 100 juegos salvados. Desde el año 2001 hasta ahora ha jugado con Orioles de Baltimore, Mets de Nueva York, Diamondbacks de Arizona y Marlins de Florida. En Venezuela ha jugado con La Guaira y Caracas.

–Cuando inscribió a sus hijos en los Criollitos, ¿lo hizo para que jugaran y aprendieran o quería formarlos como peloteros profesionales?

–Como padre siempre he deseado formar buenos ciudadanos. Por aquí han pasado

atletas que en la actualidad juegan en las grandes ligas, pero también han pasado los que se han convertido en buenos profesionales de distintas áreas. El muchacho debe desarrollarse donde él considere que puede dar.

EDWARD MOLINA, MÁNAGER

Edward Molina es un mánager joven, pero con mucha experiencia. Sabe comunicarse con los niños y los adolescentes. En el terreno de juego les habla poniendo ejemplos, con un buen sentido del humor.

–¿Cuánto tiempo tiene en los Criollitos?

–En la Corporación Criollitos de Venezuela jugué desde la categoría Infantil hasta la Juvenil. Desde 1997 hasta el 2007 fui entrenador en una escuela menor llamada Cocodrilos. Vestí uniforme de *coach* con Cardenales y trabajé con los Leones del Caracas en béisbol menor. Tengo veinte años como pelotero y entrenador.

–Parece predominar en los niños la ilusión de las grandes ligas.

–El sueño de todo muchacho ha sido siempre: «Yo quiero verme vestido con un uniforme profesional» y los padres también sueñan eso. Hoy en día existen academias que reclutan a niños a temprana edad para irlos desarrollando en el béisbol. En Criollitos los niños aprenden a jugar pelota, se les enseñan los fundamentos básicos, pero los estudios son realmente importantes.



Dimas Soto

ABRAHAM ZAMBRANO

Abraham Zambrano, padre del *shortstop* Abraham Zambrano, es mánager de los Criollitos: «Este es un país de peloteros, donde es algo común que los muchachos tengan talento para el juego de béisbol. En los Criollitos somos una comunidad muy unida. La intención es que los niños trabajen, se desarrollen, crezcan como ciudadanos, porque de nada sirve que una persona sea buen deportista si es mal ciudadano».

EVELIO LICET

Evelio Licet es el director técnico de la selección nacional de los Criollitos de Venezuela: «Yo jugaba béisbol amateur y me entusiasmé con la Corporación Criollitos de Venezuela. Me inicié como técnico en Cumaná. No tengo hijos. Todos los peloteros son hijos míos. En los Criollitos los padres dan su apoyo a los muchachos y a nosotros también. ¿El sueño de las grandes ligas? Tú sabes que los padres cuando su niño es pelotero tienen el sueño, pero lo importante es estudiar. Lo mejor es que el muchacho se gradúe en lo que le guste. Llegar a grandes ligas es un paso muy difícil».

EN REALIDAD, LOS NIÑOS APRENDEN LA IMPORTANCIA DE CONVIVIR Y COMPETIR SIN VIOLAR LOS DERECHOS DEL OTRO; EJERCEN LA TOLERANCIA Y LA SOLIDARIDAD DE MANERA NATURAL. LOS PADRES SE SIENTEN ORGULLOSOS Y TRABAJAN CON AHÍNCO EN ESE PROCESO.

DIMAS SOTO

Dimas Soto es un veterano también. Ya tiene 12 años con la selección nacional: «Tengo un hijo que es Prejunior. Quedó campeón y va al nacional en Guárico. Se llama Jesús Antonio Soto. Yo jugué. Fui Criollito y he sido Criollito toda mi vida y también he ido a muchos eventos nacionales e internacionales. Todos trabajamos como voluntarios. Es algo muy hermoso porque a nivel nacional, en todas las Ligas, funciona un voluntariado sólido. Sobre el sueño de la gran carpa: es más fácil ser un profesional en los estudios que llegar a ser grandeliga. Yo le recomiendo a los padres que sus hijos estudien».

ORLANDO BECERRA, EL CONTINUADOR

El voluntariado son madres y padres, abuelas y abuelos, tíos y tías, padrinos y madrinas, que han logrado mantener en acción permanente a 9.000 equipos en cuyo seno se cuentan nada más y nada menos que 130.000 niños y adolescentes. En cada región hay un campeonato. El equipo ganador de ese campeonato acude al campeonato nacional, donde jugará contra los campeones de las demás regiones. Esto significa que el estado señalado como sede para el campeonato nacional se llena de equipos, padres y representantes, que deben tener alojamiento, comida, lavandería, atención médica, transporte y todo lo necesario. Las personas que tienen hijos en Criollitos de Venezuela alojan en sus casas a los participantes y les proporcionan alimentos. Y así sucesivamente.

Los beisbolistas profesionales que ganan mucho dinero en grandes ligas han intentado organizarse para colaborar con los Criollitos de Venezuela, pero no han logrado materializar ese proyecto. Sin embargo, algunos ofrecen clínicas a los niños y otros hacen fiestas con regalos en diciembre para los equipos de su familiaridad, como Johan Santana, quien todos los años agasaja a los niños de Tovar.

En la calle El Recreo, residencia El Farallón, noveno piso, está la sede principal de la Corporación Criollitos de Venezuela. Es una oficina con paredes cubiertas de placas, diplomas, trofeos, afiches y fotografías de los niños que se han convertido en héroes del béisbol: Omar Vizquel, Andrés Galarraga, Johan Santana, Bob Abreu, Pablo Sandoval y otros.

Orlando Becerra García tiene 20 años en la presidencia de la Corporación Criollitos de Venezuela. Y es probable que, cuando deje el cargo y pasen los años, se diga que su gran aporte ha sido consolidar la fuerza creadora y promotora del voluntariado. Dirige la institución desde 1992.



–¿Cómo comenzó usted?

–Fui jugador criollito en 1962, en la época de Jesús Ávila, quien trabajó con los Tigres de Aragua. Yo vivía en los Flores de Catia. Estudié en el Liceo Luis Espelozín y por ahí estaba la calle Nacimiento donde vivía Jesús Ávila. Él se la pasaba ubicando muchachos para jugar y así fue como nos llevó a practicar en un campo que se hallaba en los Flores, al lado del Retén de Catia. Ahí jugábamos con el equipo de Pompeyo Davalillo, el equipo de Casalta. Una serie de empresas colaboraban con las camisas y las gorras: *Últimas Noticias*, Maltín Polar. En el año 1969 vivía en Caricuao y ayudé a fundar una Divisa de los Criollitos ahí. Y luego fui directivo de la Liga Caricuao. Unos años después fui electo presidente del directorio regional del Distrito Federal y conocí a José Del Vecchio, fundador de los Criollitos y a Luis Zuloaga, quien tuvo la idea. En 1992 fui candidato para dirigir la Corporación a nivel del país y me he quedado en esto. Me ha gustado porque he podido construir lo que ha sido el voluntariado. Para elegir un directorio nacional votan unos cuatro mil dirigentes regionales que son elegidos por los padres y representantes de Criollitos de Venezuela.

–¿Con cuántos niños y padres cuentan?

–Con los niños y los padres hay más de trescientas mil personas en este movimiento. Son más de ciento treinta mil niños, niñas y adolescentes que participan en béisbol, en nueve mil equipos.



–¿Cómo hacen para sostener eso?

–El éxito de la Corporación Criollitos de Venezuela ha sido la autogestión. Existen las Divisas que son las afiliadas a las escuelas y en las Divisas es donde los padres inscriben a sus hijos. Los padres, a través de su autogestión, mantienen su Divisa y se afilian a la Corporación a través de las Ligas. Hay estados que tienen más de quince Ligas. La Liga más grande acoge ciento cincuenta y seis equipos y está en Puerto Cabello. En Valencia hay Ligas con más de cien equipos. Carabobo es el estado que acumula el mayor número de equipos: ya ha pasado de los catorce mil niños y jóvenes en la práctica del béisbol organizado. Después de la Liga viene el Directorio Regional, que es el que organiza las Ligas en cada estado y por último está el Directorio Nacional. En Criollitos de Venezuela los padres son los directivos y ellos mismos establecen sus programas generales. La idea predominante es que el niño juegue béisbol y alcance una formación integral.

–¿Han hecho un balance de los resultados?

–Creemos, definitivamente, que Criollitos de Venezuela a lo largo de cincuenta y un años ha logrado apoyar a la familia venezolana y a la juventud, en todas las regiones, gracias a la colaboración del Estado y las empresas privadas, aparte del voluntariado.

–¿Y las niñas?, ¿tienen equipos aparte?

–Las niñas juegan integradas con los varones…

–¿La Corporación Criollitos es Patrimonio Nacional?

–Sí. Se declaró así en la Asamblea Nacional con motivo de la celebración de los cincuenta años. El primer campeonato oficial que tuvimos fue el 20 de febrero de 1962, en el Estadio Universitario, con cinco equipos juveniles y cuatro infantiles. No existían las categorías Prejunior, ni Preinfantil; nada de eso existía. El 20 de octubre de 1965 se legalizó la organización. Primero se llamó Organización de Deporte Menor. Después, en el año 1997, decidimos en una asamblea cambiarle el nombre por Corporación Criollitos de Venezuela, con todo legalmente establecido.

–¿Participan en competencias internacionales?

–En el año 1977 realizamos el primer Mundialito de la categoría Preinfantil, y estuvieron allí, entre otros, Omar Vizquel y Carlos Hernández. Transcurrieron diecisiete años para reiniciar esa actividad. En el año 1995 logramos hacer el Mundialito Infantil en el Estadio Universitario. Después continuamos y en 1999 jugamos la primera Serie del Caribe Juvenil de Criollitos. Entonces creamos el programa «Criollitos de América», que integra equipos de Colombia, Nicaragua, Panamá, Cuba, Re-

pública Dominicana, Perú, Aruba, Puerto Rico, Estados Unidos y Venezuela. Criollitos de América está funcionando. Se han hecho ya, desde aquel Mundialito Preinfantil, diez más. Ocho de la categoría Infantil y doce del Caribe Juvenil. También hicimos una Serie del Caribe Junior con jóvenes de quince y dieciséis años.

–De cierta forma, ¿no son ustedes un semillero del béisbol profesional?

–Hoy en día el béisbol profesional es una gran empresa y mueve mucho dinero. Lamentablemente, no hay normas que hagan respetar a los muchachos. La realidad es que te consigues un *scout* en cada esquina. Actualmente, hay agencias cuyos integrantes se dan a la tarea de visitar a los padres de quienes ellos consideran los mejores jugadores. Hay niños de doce años cuyos padres firman acuerdos con esas personas. El niño pasa a ser de esa agencia, de ese *scout.* El Estado venezolano tendría que vigilar estas situaciones. Me refiero a la firma indiscriminada de jugadores. Hoy en día niños de doce años adquieren compromisos a través de sus padres con agentes relacionados con el béisbol profesional de Venezuela o del extranjero.

–¿Hay quienes creen que el béisbol menor es un negocio?

–Cuando se firma a un muchacho por uno o dos millones de dólares, te imaginarás lo que todo el mundo piensa y cree. Eso no es positivo, porque no le permite al muchacho terminar su ciclo de formación, ni como atleta ni como ciudadano.

LA ENERGÍA DEL VOLUNTARIADO

El voluntariado se anima y se inspira cada vez que hay un juego. Y eso es a cada rato, todo el año. Ver a los niños y a las niñas jugar con tanto entusiasmo genera una alegría difícil de igualar. Porque los niños rápidamente se adaptan a las normas y acogen de modo natural el comportamiento noble que el deporte promueve. Sus ejemplos de compañerismo y honestidad en el terreno conmueven a los propios adultos.

En realidad, los niños aprenden la importancia de convivir y competir sin violar los derechos del otro; ejercen la tolerancia y la solidaridad de manera natural. Los padres se sienten orgullosos y trabajan con ahínco en ese proceso. Pero en el fondo del voluntariado hay una ilusión que tampoco se apaga, aunque se encuentra escondida en un rincón del alma, como altar con vela. Y es la ilusión de que el niño se revele como pelotero y algún día afortunado lo descubra un *scout* y lo encamine hacia las grandes ligas. Con las niñas es más fluido el acontecer que las irá llevando hacia la conquista de una carrera universitaria, porque ellas no tienen cabida en el béisbol profesional. ■





TEXTO

José Pulido

Periodista, escritor, autor de seis novelas, dos libros de entrevistas, dos libros de cuentos, cinco poemarios y una biografía. Fue coordinador de las páginas de arte de *El Nacional, El Diario de Caracas* y *El Universal.* Fue jefe de redacción de la revista *Imagen.*

FOTOS

Antonio Rodríguez

Ha sido reportero gráfico de *El Mundo*, *Últimas Noticias*, revista *Élite*, *La Voz de Guarenas* y *El Impulso*. Actualmente es fotoperiodista de *El Nacional*. Ha cubierto grandes hechos noticiosos como el incendio en la Planta de Tacoa (1982), las intentonas golpistas de 1992 y el deslave de Vargas (1999).





Escuela de Cine y Televisión María Cristina Capriles

Detrás de la pantalla

Fundada en 1983, es la primera escuela en su especialidad en el país con tres décadas dedicadas a la formación profesional de creadores audiovisuales, directores, guionistas, productores y personal técnico para la industria del cine y la televisión. Pese a una notable contribución a la profesionalización de los medios audiovisuales, aún espera por ser reconocida como una institución de educación superior.

Armando Coll



«**Tengo mucho** que hacer en Venezuela… ¿Me retiro de la Escuela? Sí y no…», responde María Cristina Capriles en vista de que, pocos días antes, había declarado a la periodista Sofía Balza de *El Nacional* sobre la eventualidad de distanciarse de la obra de su vida. «Me estoy aislando de un trabajo, pero no de trabajar. Me encanta hacerlo, siempre estoy inventando cosas nuevas. Ya la Escuela marcha muy bien; yo paso a otra cosa». María Cristina Capriles, fundadora de la Escuela de Cine y Televisión homónima, experta en planificación de la educación, medios audiovisuales y productora de cine y televisión, pasa temporadas fuera del país, pero eso no la aparta definitivamente de la empresa a la que ha dedicado su voluntad y conocimiento.

AL HABLAR DE SU ESCUELA LO HACE CON UN AMOR INQUEBRANTABLE: ES TODA UNA VIDA ENTREGADA A UNA EMPRESA A CONTRACORRIENTE DEL DESDÉN QUE DESDE EL ESTAMENTO HA HABIDO HACIA LAS NUEVAS DISCIPLINAS SURGIDAS DE LOS AVANCES TECNOLÓGICOS.

Y vale reparar en el matiz que ahora concede: se está «aislando» de la Escuela de Cine y Televisión, la primera de Venezuela, que ahora cumple tres décadas. Pero imposible imaginar que no le siga consagrando desvelos. No es poco lo andado desde aquel año difícil para todos los venezolanos, 1983, cuando se manifestó una crisis económica sin precedentes. Desde aquel Viernes Negro 18 de febrero, cuando el bolívar se deprecia abruptamente por vez primera ante el dólar, el país ha estado de trauma en trauma, sin solución de continuidad, lo que ha demandado a emprendedores como María Cristina Capriles no poca creatividad y capacidad de respuesta frente a lo imprevisto. Pero si algo habla bien del maestro es que sabe cuándo legar sus quehaceres a los discípulos.

Y no parece cansada. Muy por el contrario, al hablar de su escuela lo hace con un amor inquebrantable: es toda una vida entregada a una empresa a contracorriente en un país como este. A contracorriente sí, del desdén que desde el estamento ha habido hacia las nuevas disciplinas surgidas de los avances tecnológicos: entre ellas, el llamado séptimo arte, que aun hoy –118 años después de la primera proyección del cinematógrafo– pugna entre el mero entretenimiento y la creación, la exploración de nuevas formas expresivas, la consolidación de un arte que reúne a todos los demás en un solo lenguaje.

Sí, ya Venezuela tenía algo –y no poco– que mostrar de un acervo cinematográfico, desde aquella fecha que convierte al país en pionero del cine mundial: apenas dos años después de la exhibición de los hermanos Lumière en París en 1895; en Maracaibo, en el emblemático Teatro Baralt, el visionario empresario Manuel Trujillo Durán proyectaba los primeros pietajes de película rodados en

Tierra de Gracia; breves secuencias costumbristas de la Venezuela finisecular: *Muchachos bañándose en la laguna de Maracaibo* y *Especialista sacando muelas en el gran hotel Europa*.

Y si al cine le ha tocado encontrar resistencias a la hora de consolidarse como un área de actividad cultural y producción artística vital para una nación moderna; la televisión, si bien tuvo en su momento el apoyo del Estado para garantizar su función social y educativa, y la calidad de contenidos, todavía, con todo y los progresos técnicos, no termina de superar la condición de mero espectáculo y el propósito exclusivamente comercial que la caracterizó durante décadas. Antes bien, el creciente control estatal de los últimos años ha puesto los muchos recursos de la industria de los medios radioeléctricos al servicio casi exclusivamente de la instrumentalización política y la propaganda oficial.

La falta de instituciones académicas especializadas en la creación audiovisual es una de las causas de estas deficiencias. Las disciplinas relacionadas con el cine y la televisión no encuentran espacio todavía en el rango de la educación superior.

Las escuelas de Comunicación Social han sido en buena parte el recinto de formación del recurso humano para la industria audiovisual, pero dentro de un amplio y exigente pénsum, que abarca muchas otras áreas relacionadas, sin énfasis en los aspectos técnicos y pragmáticos de una actividad artística, pero indiscutidamente económica.

Después de 30 años de fundada la Escuela de Cine y Televisión, cualquiera se haría la pregunta que María Cristina se adelanta a responder: «Ya yo tendría un instituto universitario, ya tendría un centro de estudios. Pero no se trata solo del gobierno actual; siempre ha sido así. No he encontrado apoyo en el Consejo Nacional de Universidades, no he encontrado apoyo en el Ministerio de Educación Superior. Y desde que está el actual gobierno, no ha habido ninguna apertura para la fundación de nuevas instituciones universitarias, sino solo para aquellas que se crean a través del Estado».

Después de años de trámites y diligencias, y sobre todo místico tesón, la Escuela de Cine y Televisión (Escinetv) logró ser registrada en el Ministerio de Educación. No obstante, aclara su fundadora: «La Escuela está registrada, pero no como un instituto de educación superior, sino como apoyo docente, un renglón en el que se registran instituciones como la Academia Americana y las escuelas de contabilidad. Y somos la única escuela de cine en el país que tenemos ese requisito cumplido, porque no es fácil».

EL ORIGEN

Escinetv nació a causa de una serie de acontecimientos. Pero, sobre todo, se origina en una vocación profunda de su creadora:

«La Universidad Central me dio una beca porque fui *magna cum laude* en la Facultad de Educación –cuenta María Cristina Capriles–. Y yo no la había aprovechado; la tenía pendiente».

Principiaba la década de los ochenta, y corría el quinquenio presidencial de Luis Herrera Campins, un gobierno recordado, entre otras cosas, por la creación de un ministerio muy sui géneris: el Ministerio para el Desarrollo de la Inteligencia, por iniciativa del destacado intelectual y político venezolano Luis Alberto Machado, y quien vería en María Cristina Capriles a la persona ideal para una misión en Francia: «Me eligió para ir a Francia a trabajar con el artista Yaacov Agam en un proyecto de educación visual para niños de preescolar, para el Ministerio para el Desarrollo de la Inteligencia».

Es un hecho que los egresados no tardan en encontrar espacio en los medios audiovisuales. No se trata solo de los que tienen una obra cinematográfica, sino del talento numeroso que labora en televisoras y productoras.

Pero la educadora proveniente de Caracas, no duró mucho dentro del equipo del célebre artista cinético: «Agam nos pidió a las tres jóvenes que participábamos en el proyecto que firmáramos un contrato en el que constaba que todo lo que hiciéramos en el futuro iba a ser de su propiedad. Yo le dije que no firmaba eso. Que yo era productora de televisión y que tenía mi propia trayectoria. Me quedé en Francia haciendo otras cosas para el Ministerio. Y fue la oportunidad para disfrutar de la beca que me había concedido la UCV, en la Université París XIII».

María Cristina Capriles obtuvo un doctorado en Audiovisual y Telemática con la tesis titulada *Formulation du Plan National pour la Télévision Educative Extra–Scolaire pour le Vénézuela* (julio de 1982). También pasó por el Instituto Audiovisual, donde se forma el personal de la televisión francesa, una institución paradigmática, cuyo modelo inspiraría en parte la Escuela de Cine y Televisión con la que ya soñaba la joven profesional. «Se trata de una escuela más pragmática –explica María Cristina–. La universidad no te forma en lo que forma mi escuela en Caracas. Mi escuela forma para meterse de cabeza en un estudio de televisión o para hacer cine».

Tras su estadía francesa, regresa al terruño. Y de momento, la experta en planificación de la educación decidía probarse como productora en la mismísima industria de la TV venezolana. Ahí, empezaría a hacer un paciente diagnóstico de los requerimientos pedagógicos de la producción audiovisual en el país. «Cuando regresé a Venezuela, trabajé en Radio Caracas Televisión durante pocos meses. Vino el famoso Viernes Negro y la planta retiró a mucho personal. Yo salí en ese momento».

Suele pasar que los acontecimientos externos precipiten el derrotero de una vocación, de una vida. La crisis económica de los ochenta dejó cesante a personal muy calificado en todas las áreas. La televisión no fue una excepción. La profesora Capriles también sería solicitada en el medio cinematográfico, en el que no faltaba talento, pero aún no definía su profesionalización. Y le tocó producir una película que hizo época.

«Yo había trabajado como productora en el filme *La boda* de Thaelman Urgelles. Y ahí me di cuenta de que en Venezuela no había escuela. Se perdía tiempo y dinero por falta de formación, y me planteé hacer una escuela. Invité a Thaelman y a otros amigos. No sabíamos si llamarla Escuela de Cine o de Televisión. Hubo muchas discusiones sobre qué sería la Escuela.

»Diseñamos un primer pénsum de estudios, que era corto, de tres meses. Y vinieron varios cineastas, como Carlos Rebolledo, que dio guion, y Mario Handler, que daba montaje. Invitábamos a cineastas y técnicos para que dieran charlas, que grabé. Esas charlas están casi todas en audiocassettes. Todo ese material –que es viejo, tiene 30 años– lo tengo en casa todavía… Al principio, los cursos eran muy cortos y eran frecuentes los casos de estudiantes que no culminaban, lo que dificultaba la continuidad financiera de la Escuela. Siempre faltaban recursos».



María Cristina Capriles

LA INSTITUCIÓN, LA ESCUELA, LA CÁTEDRA

Basten los límites semánticos que impone el *Diccionario de la Real Academia Española* para ampliarlos o romperlos: ¿qué es una institución? Primera acepción del DRAE: «Establecimiento o fundación de algo». ¿Establecimiento? Segunda acepción del DRAE: «Cosa fundada o establecida».

«La Escuela se ha mudado no menos de nueve veces –cuenta la fundadora–. Empezó a funcionar en la Torre Bianco, de San Bernardino, en un piso que nos cedió el dueño, el doctor Fernando Bianco. En ese piso funcionaron las aulas, un cafetín y las oficinas».

Ya a principios de los ochenta, Caracas insinuaba uno de sus perfiles menos amables: la delincuencia iba ganando espacio a la civilidad. Y la tradicional urbanización de San Bernardino, asediada por la populosa y peligrosa barriada de Los Erasos, devino lamentablemente en zona roja. Una escuela de cine, dotada de costosos equipos, y concurrida a diario por estudiantes y docentes, se antojaba particularmente atractiva al hampa creciente. «Nos atracaron como siete veces. No había vigilancia ni puertas de seguridad. Hasta que nos mudamos», recuerda María Cristina.

Ese fue el inicio de un errante destino por distintos puntos de la ciudad. Una verdadera prueba de resistencia para la naciente Escuela, en la que no faltó la oportuna mano de amigos, como el productor radial Charles Arapé, quien a su vez fuera parte del personal docente: «Nos prestó un espacio para guardar los equipos durante varios meses en los que la Escuela cerró, mientras se buscaba una nueva sede –continúa su relato la profesora Capriles–. Luego, la Alianza Francesa de Los Caobos nos cedió un espacio también. En ese entonces todo era cedido. Después en la quinta Petunia, en Campo Alegre, el arquitecto Enrique Fernández nos prestó un espacio. Con el pasar de los años, la Escuela se fue consolidando, y tuvo sede en La Castellana, en la quinta que había sido de Conny Méndez. Alquilamos la parte alta y ahí funcionó durante varios años».

El que fuera hogar de la legendaria compositora, cantante y autora de literatura espiritualista, confería a ojos de los cineastas, profesores y alumnos, cierta atmósfera mágica, «como de película». Pero de ahí también tuvieron que partir. Durante un tiempo la Escuela tuvo asiento en la Torre Capriles, en la Plaza Venezuela. Hasta que finalmente, se instaló en su actual sede en la Cámara de Comercio de Caracas, en La Candelaria. De modo que la institución se creó prácticamente sin un establecimiento, que por definición debería tener, lo que le da mérito adicional.

Si se vuelve a las páginas del DRAE en busca de la definición de Escuela, tal vez la acepción cuarta sea la que más se aproxime al caso de Escinetv: «Conjunto de profesores y alumnos de una misma enseñanza». Y entre





las definiciones de Cátedra, ninguna ajusta a la experiencia de esta escuela en particular. A lo mejor sirva un venezolanismo: «coloq. Reunión de lo mejor en una actividad cualquiera».

«Todos los cineastas que estaban activos en los ochenta pasaron por la Escuela. Aquí se formó Luis Alberto Lamata, Malena Roncayolo, Fernando Venturini, que ya tienen carreras consolidadas y obra reconocida; también Yudalis Marcano, productora y docente de cine… De las generaciones más recientes puedo nombrar a Alfredo Hueck, Luis Rahamut… También había gente que se acercaba con el propósito de realizar un video, y la Escuela le servía como plataforma. Yo fui la productora de casi todos los videos que se realizaron en esa época. Se hicieron muchos *making of* en formato de dos pulgadas, una pulgada, 3/4… Todos los formatos».

LA PERMANENCIA, EL LEGADO

La actual sede de Escinetv, entrañada en el edificio de la Cámara de Comercio de Caracas, en plena parroquia de La Candelaria, entre la estridencia calurosa del centro de la capital, es testimonio de una disposición indeclinable ante la contingencia, de una vocación por la permanencia ante las mudanzas y la transitoriedad que caracterizan a la convulsionada Venezuela de finales del siglo pasado y principios del actual.

El área limitada de lo que fuese una oficina ha sido adecuada para albergar una escuela y todo lo que ella comporta material y espiritualmente. Un salón ha sido dispuesto como estudio; en escasos

metros cuadrados se alinean las pantallas para los trabajos de edición, postproducción y animación. Poco espacio habita también la Biblioteca Ricardo Tirado, legado del gran productor y divulgador de cine y televisión.

La fundadora de la Escuela muestra las modestas instalaciones, decoradas con un guiño de Groucho Marx en algún rincón, la silueta de Woody Allen, la sonrisa inmortal de Marilyn Monroe; íconos que dan cuenta de cuál es el culto que convoca a los que allí se reúnen, cada día. «Nos mantenemos, pero a costa de un esfuerzo tremendo, de tipo financiero personal, muy elevado. Y hay dinero para hacer cine y para hacer todo tipo de cursos dentro y fuera de Venezuela, porque se hacen. Pero no ha habido en el área de televisión y cine una educación estructurada, sólida, continua.

»La ayuda del Estado es muy pequeña. En el pasado, el Consejo Nacional de la Cultura fue reconociendo nuestro trabajo y al final nos registró como Repic, un registro de las instituciones culturales del país. Entonces, empezamos a recibir becas anuales. Pero nunca ha habido apoyo para la dotación de equipos. Solo hemos tenido alianzas con empresas y universidades privadas, que en algún momento han contribuido con el mantenimiento de la institución».

Hoy por hoy, la Escuela de Cine y Televisión María Cristina Capriles estructura un riguroso pénsum repartido en módulos, cuya duración total es de dos años. «Nosotros, aunque sean solo dos años, damos esa formación estructurada y continua, y los muchachos salen muy bien». Es un hecho que los egresados no tardan en encontrar espacio en los medios audiovisuales. No se trata solo de los que tienen una obra cinematográfica, sino del talento numeroso que labora en televisoras y productoras.

Y algo muy importante, la certificación que otorga la institución tiene validez internacional, tal como lo asienta la profesora Capriles: «La Escuela también está registrada en el Ministerio de Relaciones Exteriores, lo que permite que nuestro diploma tenga validez en el exterior. Los egresados de la Escuela pueden llevar su diploma a ese Ministerio y allí se lo apostillan para hacer constar que no es un diploma espurio, sino que está registrado en una instancia estatal. Para estudiar en otro país se necesitan las equivalencias, y para eso se cuenta con el aval del Ministerio de Relaciones Exteriores. Hay muchos estudiantes nuestros que han realizado estudios en España, por ejemplo, en Francia, en Estados Unidos».

Cuando, con cautela, anuncia que se «aísla» de una obra de vida, María Cristina Capriles está segura de que ha hecho escuela, esa labor secreta, el aprendizaje largo, arduo pero dichoso, que acontece detrás de la pantalla. ■





TEXTO
Armando Coll
Comunicador social de la UCAB. Escritor, periodista y docente. Ha trabajado en *El Diario de Caracas*, *Economía Hoy*, *El Nacional*, revistas *Exceso* y *Cocina y Vino*. Guionista de telenovelas y «unitarios» en Venezuela, Puerto Rico y México. Ha escrito documentales para la Fundación Bigott y Cinesa.

FOTOS
Ricardo Gómez Pérez
Estudios fotográficos en el Taller 4-Rojo (Bogotá), en la Sir John Cass School of Art (Londres) y en The Photographers Place (Derbyshire). Cuenta con numerosas exposiciones individuales y colectivas. Funda con Ricardo Jiménez en 1982 la dupla Ricar2. Trabajan haciendo retratos para la revista *Gerente*.



Escuela de Enfermería de la UCV

De la cofia al birrete

Fundada en los espacios de un viejo convento lasallista de Sebucán que fue adquirido por la Universidad Central de Venezuela (UCV), en 1992 inicia sus actividades docentes la Escuela de Enfermería con diferentes modalidades de instrucción. Gracias a los esfuerzos iniciales del médico Alfredo Castillo Valery, junto a un grupo de legendarias enfermeras, la institución gradúa hoy unos 1.500 estudiantes por año, entre técnicos y licenciados.

Gloria M. Bastidas





I

La sede de la Escuela de Enfermería de la Universidad Central de Venezuela parece sacada de la novela *El nombre de la rosa* de Umberto Eco. Con una notable diferencia: en el antiguo Noviciado del Sagrado Corazón de Los Dos Caminos no hay historias de crímenes o de ancianos que languidecen al pasar las páginas envenenadas de un libro. Lo que hay son cuentos de aparecidos. Los estudiantes dicen que los hermanos de La Salle, diseñadores y constructores de la vieja casa de formación religiosa, desandan por las noches. Pero lo dicen en broma: el estado mohoso en que se encuentran las instalaciones y el aire monástico que allí se respira, se presta para todo tipo de supersticiones. David Chacón, historiador que se ha dedicado a compilar el legado de la congregación lasallista, refiere que los terrenos en los que se levantó el complejo, inspirado en el estilo ecléctico francés, fueron adquiridos en 1928 a la familia Fernández García por la suma de 100.000 bolívares. Ese mismo año fue colocada la primera piedra, que todavía puede verse en Sebucán y cuya inscripción está en latín.

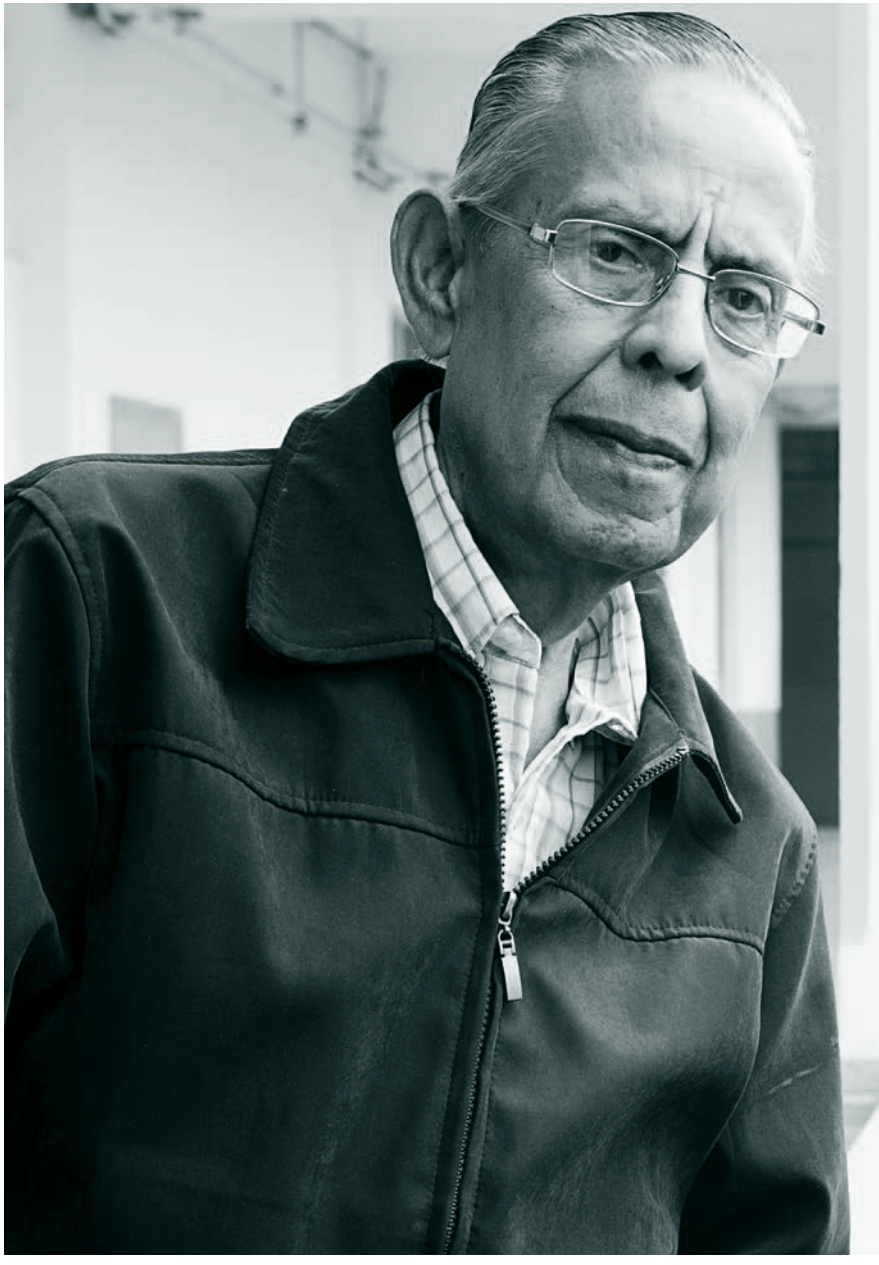
Los primeros planos fueron elaborados por el reverendo francés Viventien Aimé. El boceto incluía un noviciado mayor, un noviciado menor y un escolasticado. La construcción quedó a cargo de Xanthe de Jesús y Argée Raphael, también franceses. Chacón subraya que los «hermanos» eran grandes arquitectos e ingenieros. Era tal la devoción por el sitio que Aimé, a sus 78 años, solicitó que lo trasladaran de Europa a Caracas para vivir sus últimos días en el complejo. «Viene a consumir su laboriosa ancianidad al amparo de la soledad y ameno clima de Los Dos Caminos», lee el historiador. La cita la extrae de un cuadernillo donde están asentados, en artística caligrafía, los pormenores de la vida en el noviciado. También están reseñados algunos datos curiosos: se precisa que en febrero de 1932 se iniciaron las obras de la capilla, y que los vitrales del oratorio llegaron en el vapor *Caribie* el 21 de febrero de 1933.

Los lasallistas hicieron vida en el noviciado durante décadas. Construyeron cinco edificios. Sembraron matas de mango. Ordeñaron vacas. Hicieron pozos de agua. Montaron una imprenta. Formaron religiosos. Velaron a sus muertos. Rezaron… Hasta que las finanzas de la congregación flaquearon y debieron vender la propiedad. Ya se sabe que no están allí, pero sus huellas son indelebles. Por eso los estudiantes de enfermería hablan de ellos como si todavía *existieran*. «Dice la tradición que fue el hermano Armand Paulin quien descubrió el sitio, como un regalo del cielo», lee en otra página David Chacón. Ese regalo del cielo, ubicado al sur de El Ávila, era una finca que originalmente constaba de 20 hectáreas. Pasó posteriormente a manos de la Universidad Central de Venezuela. La UCV destinó el complejo, primero, a la Escuela

Básica de Medicina, y, después, a la de Enfermería, institución que surgió gracias al trabajo sostenido del médico Alfredo Castillo Valery y de las enfermeras Carmen Dorila Rivas de Gómez, Evelia Figuera Guerra, Rosario Sánchez, Lilia Betancourt, Elizabeth Piña de Vásquez, María Ana Montilla de Ibarra, Sara Jiménez, Mercedes Vejar y Belkis Quintero de Monsalve.

II

Alfredo Castillo Valery recibió un día una encomienda de su maestro, el eminente cardiólogo Luis López Grillo: le pedía que elaborara un estudio de factibilidad sobre una posible carrera de Enfermería en la Facultad de Medicina de la Universidad Central de Venezuela. Ya un grupo de enfermeras había hecho *lobby* para que esta idea prosperara. Desde hacía tiempo, varias universidades del país contaban con esta disciplina: la Universidad del Zulia, que fue la precursora, desde 1966; la Universidad de Los Andes, desde 1967; la Universidad de Carabobo, desde 1972; la Universidad Experimental Rómulo Gallegos, desde 1980; y la Universidad de Oriente, con algunas variaciones, también desde 1980. De modo que la UCV, a pesar de ser una institución tan emblemática, de tanta tradición, fundada en el siglo XVIII, estaba a la zaga. La Central ya había prestado sus instalaciones –cabe recordarlo– para que allí funcionara la Escuela Nacional de Enfermeras



Alfredo Castillo Valery

(conocida por sus siglas como ENE), que quedaba donde hoy funciona la Escuela Razetti. Pero estos estudios, coordinados por los ministerios de Educación y Sanidad, no tenían rango universitario.

Castillo Valery se tomó muy en serio su tarea. Experto en medicina crítica y formado por López Grillo en el posgrado de Cardiología, estaba habituado a cogerle el pulso a los grandes retos. El 28 de julio de 1989 el Consejo de Facultad le dio un plazo de dos meses para que presentara un proyecto. Él y su equipo trabajaron sin pausa. Al final, lo consignaron el 3 de octubre de 1989 y acto seguido fue aprobado. El Consejo Nacional de Universidades lo sancionó en 1991. El 24 de febrero de 1992 la Escuela de Enfermería de la UCV inició sus actividades docentes. La clase inaugural la dictó Castillo Valery, quien recuerda que en el Hospital Universitario de Caracas, donde él trabajaba, había para la época una sola licenciada en Enfermería, que había estudiado en Colombia. El universo de enfermeras con grado universitario del país era muy exiguo: apenas 1,2% podían ostentarlo; más que grado debe haber parecido una presea ganada en una olimpíada. Era algo fuera de lo común. Por eso Castillo Valery –uno de los fundadores de la Sociedad de Medicina Crítica de Venezuela– lo recuerda con tanta certeza y asombro.

LA CLASE INAUGURAL LA DICTÓ CASTILLO VALERY, QUIEN RECUERDA QUE EN EL HOSPITAL UNIVERSITARIO DE CARACAS, DONDE ÉL TRABAJABA, HABÍA PARA LA ÉPOCA UNA SOLA LICENCIADA EN ENFERMERÍA, QUE HABÍA ESTUDIADO EN COLOMBIA.

En un documento elaborado bajo su gestión como director de la Escuela de Enfermería de la UCV, se señala que, para 1986, existían en Venezuela 18.353 enfermeras profesionales, equivalentes al 32% de la fuerza laboral en esta área. De ese total, 707 eran licenciadas; 4.933 eran egresadas de las escuelas de enfermería antes de 1972 como consecuencia de reformas educativas; y 12.713 eran bachilleres asistenciales en enfermería graduados entre 1973 y 1987. Pero la mayoría de la fuerza de trabajo en el área –68%– estaba constituida por los llamados auxiliares de enfermería, que en el censo sumaban 39.207 personas y cuya preparación era muy básica: tan solo cursaban un año de estudios e inicialmente solo se les exigía el sexto grado y, posteriormente, el tercer año de bachillerato. Esta modalidad fue suspendida por el Ministerio de Sanidad en 1997.

¿Cuál fue la estrategia que adoptó la UCV para quienes quisieran cursar estudios de Enfermería en el alma máter, habida cuenta de que los enfermeros que había en el país, por la formación tan heterogénea que tenían, conformaban un archipiélago? ¿Cómo nivelarlos? La Escuela de Enfermería se abrió entonces con cuatro regímenes de estudio, que

están claramente delineados en el documento elaborado por Castillo Valery: a) formar técnicos superiores a partir de bachilleres en ciencias (solo seis semestres); b) formar licenciados a partir de los técnicos superiores graduados en la UCV o en cualquiera de los colegios universitarios que ya existían en el país (cuatro semestres adicionales); c) formar licenciados en enfermería a partir de las enfermeras graduadas antes del año 1972, lo que requería la elaboración y defensa de un trabajo especial de grado; d) formación de técnicos superiores a partir de bachilleres asistenciales mención enfermería (cuatro semestres). El plan se llevó a cabo en dos modalidades: los estudios presenciales y los semipresenciales o a distancia. Esta última permitió la profesionalización de enfermeros que estaban en servicio, sin que tuvieran que abandonar sus trabajos.

En su primera fase, la escuela nació con un carácter «experimental», pero esta condición cesó en marzo de 2004. El adjetivo ya no existe. Cuando se le pregunta a Castillo Valery cuál cree que ha sido el aporte fundamental que ha dado la Escuela de Enfermería de la UCV, a dos décadas de su fundación, el médico que hoy está jubilado y dirige una maestría en Bioética, dice sin vacilación: «Haber llevado los estudios de enfermería a un nivel superior. La responsabilidad que tiene una enfermera actualmente es muy grande. En cualquier área. Las unidades de terapia intensiva,



si no tienen enfermeras con posgrado en esa especialidad, no pueden trabajar. Allí hay una cantidad de equipos que ellas mismas ensamblan y manipulan, en conjunto con los médicos, pero ellas son las que los arman. Las unidades de diálisis son manejadas básicamente por enfermeras. Ya la enfermera no es la ayudante del médico. Tiene su propio rol. Uno tiene la idea de que la enfermera es la que le pasa las pinzas al médico. No. Esta es una carrera que ha despegado en los últimos



Evelia Figuera Guerra

veinte años. Se logró la profesionalización: ellas son tan egresadas universitarias como los médicos o los ingenieros».

III

Evelia Figuera Guerra es una rara avis: es doctora en Enfermería por la Universidad de Carabobo. Una proeza: son muy pocas las enfermeras que ostentan ese título en Venezuela. La cofradía no pasa de 25. Ella habla con orgullo de su estatus académico, porque haber coronado tal objetivo es producto de un larguísimo esfuerzo. Figuera Guerra nació en Pariaguán, estado Anzoátegui, en el seno de una familia muy humilde. De pequeña, jugaba a sacar sangre a sus pacientes imaginarios: quería estudiar Bioanálisis. Pero era una carrera larga y su madre no podía costearla. Optó por una corta. Presentó el examen para ingresar en la Escuela Nacional de Enfermería de Valencia y obtuvo 20 puntos. «Me dejaron de una vez». Las llamadas ENE funcionaban en un régimen de internado y los estudios eran subsidiados por el Ministerio de Sanidad. «Después sentí un amor tan grande por mi profesión que nunca me ha motivado estudiar otra cosa».

Figuera Guerra se quedó ejerciendo en Valencia. Luego la trasladaron a Cojedes. Para entonces, ya estaba terminando la licenciatura en la Universidad de Carabobo. Y de Cojedes, el Ministerio de Sanidad la mandó a Caracas como supervisora nacional de enfermería. Llegó en 1984. Y asumió entonces labores gremiales en el Colegio de Enfermeras. Cuando presidía la Comisión de Biblioteca y Relaciones Educativas, ella y unas compañeras suyas se hicieron una pregunta: «¿Cómo es que Caracas no cuenta con una Escuela de Enfermería a nivel universitario?». Así fue como Figuera Guerra pasó a formar parte del *team* que trabajó bajo la coordinación de Castillo Valery. «Empezamos a hacer las gestiones y logramos que en el año 1988 el Consejo de la Facultad de Medicina nombrara una comisión para estudiar la factibilidad de crear la Escuela de Enfermería. Hicimos una revisión de los archivos: antes habían sido presentados 18 anteproyectos. Ninguno prosperó.

»De esa comisión –agrega–, surgió una subcomisión de infraestructura y otra subcomisión para el diseño del currículo. Este último se hizo con una salida intermedia de técnico superior, que contemplaba seis semestres de estudio, y con el grado de licenciatura, que comprendía diez semestres. Además, se creó una opción para las que habían egresado como enfermeras profesionales hasta 1972, que les permitía obtener la licenciatura. Lo hicimos de esta forma porque eran personas experimentadas, que estaban en todo el país, que no habían tenido la oportunidad de realizar estudios en universidades como la ULA, la de Carabobo o la del Zulia. Cursando cuatro semestres, podían recibir el título.

Ellas fueron las primeras licenciadas en Enfermería egresadas de esta escuela».

Evelia Figuera Guerra habla como una madre que va al pediatra y, orgullosa, mira en qué percentil de talla y peso está su hijo. Desde hace dos años, coordina el grupo que trabaja en el diseño de un plan para abrir el doctorado en Enfermería en la UCV. Dice que la escuela ha crecido bastante. «Contamos con tres posgrados: Enfermería Nefrológica, Enfermería en Hemoterapia y Enfermería Oncológica. Próximamente abriremos una especialidad en Neonatología y está en vías la de Salud Mental y Psiquiatría».

IV

Carmen Dorila Rivas de Gómez es inmune a la erosión de los tiempos: su reloj biológico marcha por un lado y su reloj existencial marcha por otro. Nació en Upata en 1930 y, a sus 83 años, todavía enciende religiosamente su *Ford Granada* para ir a dar clases en la Escuela de Enfermería. Habrá a lo sumo dos kilómetros entre su lugar de residencia y la sede de la academia, pero lo llamativo es que ella, con más de ocho décadas a cuestas, se atreva a ponerse frente al volante. Eso habla de su temple. Desde luego: ya no se mete por el laberinto de Creta que puede terminar siendo el centro de la ciudad, ya no respira el tráfico duro de Caracas, pero el carro le sirve para lo que constituye la espina dorsal de su vida: la docencia.



Carmen Dorila Rivas

Y para eso también tiene temple: para seguir en las tablas de la pedagogía. El arrojo ha sido su signo distintivo. Llegó a la capital en 1945 y se graduó a los 17 años en la Escuela Nacional de Enfermeras (ENE), que quedaba donde hoy funciona el Hospital Oncológico Luis Razetti. Fue seleccionada entonces para ir a trabajar a El Algodonal. Debutó con pacientes tuberculosos. Otra señal de su temple: libraba una batalla diaria contra una enfermedad infectocontagiosa. «Todas las enfermeras que trabajaban allá, excepto la directora, eran italianas y alemanas. No había profesionales que quisieran ir para El Algodonal. Les daba miedo. Yo me arriesgué».



Lilia Betancourt

El riesgo duró bastante: pasó 28 años en el complejo hospitalario. Mientras trabajaba en El Algodonal, fue seleccionada por Sanidad para que cursara la licenciatura en Enfermería en la Universidad de Los Andes, en Mérida. Rivas, que primero fue docente y después directora de la Escuela de Enfermeras Gustavo H. Machado, montó, junto a otras personas, el primer diseño curricular que se hizo en Venezuela para la carrera de enfermería con grado de técnico superior. Y no solo eso: formó parte del grupo de enfermeras que hizo posible la creación de la Escuela de Enfermería de la UCV.

Desde la cima de su experiencia, dice: «Los requisitos han cambiado muchísimo. En mi época, con apenas sexto grado, uno podía ingresar a la Escuela Nacional de Enfermeras; ahora el nivel es más elevado: tienes que ser bachiller en ciencias para optar al técnico superior o a la licenciatura, que son los grados que existen actualmente».

Antes de despedirnos, le pregunto que cuándo se jubilará. Y responde: «Estaré aquí hasta que el "coco" aguante».

V

Lilia Betancourt estudió en la Escuela Nacional de Enfermeras Dr. Juan Alberto Olivares de Barquisimeto. De allí egresó en 1957 con una preparación técnica. Para la época, ninguna universidad venezolana ofrecía licenciatura en Enfermería. La primera en hacerlo fue la del Zulia, en 1966. Betancourt, becada por la Organización Panamericana de la Salud (OPS), se marchó a Colombia para matricularse en la Universidad del Valle, en Cali. Luego se incorporó a la Universidad de Los Andes (ULA): daba clases de Fundamentos de Enfermería. Y más tarde, trabajó en el Ministerio de Educación como supervisora nacional del programa de bachillerato asistencial. Su hoja de vida coloca sobre el tapete un elemento crucial: anteriormente había que salir al extranjero para cursar estudios de licenciatura en Enfermería porque en el país no los había. Quizá por eso ella también veía la necesidad de que la Universidad Central de Venezuela abriera sus puertas a

esta disciplina, al punto de enrolarse en el equipo coordinado por Castillo Valery.

Betancourt fue durante 10 años coordinadora del programa de profesionalización de la Escuela de Enfermería de la UCV. Es de una formalidad a toda prueba. Muestra en una hoja inmaculada, las estadísticas de los egresados de la escuela: desde 1995 hasta 2013 han salido 6.855 licenciados y 6.098 técnicos. La matrícula central del primer semestre de 2013 arroja 740 estudiantes: 617 cursan para obtener el grado de técnicos superiores y 123 para el de licenciados. La tendencia por sexo es 70% femenino y 30% masculino. Una correlación interesante: la enfermería ya no es un oficio que interesa estrictamente a las mujeres, aunque ellas sigan ocupando la gran mayoría en esta carrera.

No solo da las cifras. Betancourt también es capaz de levantar –con la ayuda de un libro, *La enfermería en Venezuela*, editado por la ULA, que le sirve de apoyo cuando su memoria vacila entre nombres y fechas– un mapa topográfico de las distintas instituciones que se dedicaron a formar enfermeras en Venezuela. Así, por ejemplo, recuerda que las sedes de las ENE estaban diseminadas por casi toda la geografía nacional. Había una en Barquisimeto, la Dr. Juan Alberto Olivares; una en Caracas, la Escuela de la Ciudad Universitaria (UCV); una en San Cristóbal, la Nerza González; una en Cumaná, la Dr. Domingo Badaraco Bermúdez; una en Barcelona, la





Escuela Nacional de Enfermeras de Barcelona; una en Mérida, la Escuela Nacional de Enfermeras de Mérida; una en Valencia, la Dr. Francisco Antonio Rísquez; y una en Maracaibo, la Dr. Francisco Suárez.

La Escuela Nacional de Enfermeras fue creada mediante decreto emitido en julio de 1940. Pasó a sustituir a la Escuela Normal Profesional de Enfermeras, que inició actividades en 1937 y funcionaba también en régimen de internado. Aparte de las ENE, hubo otras entidades públicas y privadas que se



dedicaron a la actividad docente en el área: la Escuela Municipal de Enfermería, que quedaba donde hoy está el Hospital de Niños J. M. de los Ríos; la Escuela Dr. Francisco Antonio Rísquez, de la Cruz Roja de Venezuela; la Escuela Trabajo y Estudio; la Escuela Florence Nightingale, y la Escuela de Enfermeras del Hospital Coromoto de Maracaibo, entre otras. Las ENE desaparecieron cuando se hicieron las reformas educativas del primer gobierno de Caldera y se instauró el bachillerato asistencial. Luego, se pasó a la creación de la modalidad del técnico superior en Enfermería, que, precisa Betancourt, coexistía con los estudios universitarios para obtener la licenciatura.

VI

María del Valle Mata fue directora de la Escuela de Enfermería entre 2004 y 2007 y tiene una licenciatura en Educación por la UCV. Nacida y criada en Margarita, se vino a Caracas en 1963 para estudiar en la ENE que quedaba en la Ciudad Universitaria. «Era un internado. Yo salía los sábados en la tarde y regresaba los domingos en la noche. Nos daban todo. Salíamos como enfermeras profesionales, pero eran estudios técnicos que duraban tres años». Le pregunto: «¿Qué diferencia hay entre la formación que recibió en la ENE de la Ciudad Universitaria y la que reciben las nuevas generaciones que hoy se forman en Sebucán?». María del Valle Mata se monta otra vez en la máquina del tiempo: «Hay diferencias. Porque en la Escuela Nacional de Enfermeras, el énfasis estaba en la práctica. Y los aspectos teóricos, que los daban, no eran profundos. Acá es diferente: aunque hay un enfoque práctico, el enfoque teórico, el científico, es muy sólido. El profesional sale con una formación mucho más integral, no solamente para atender a un paciente, sino también para ejercer la docencia, para hacer investigación, para administrar hospitales. Lo otro era más una escuela. Como entrábamos adolescentes, las profesoras estaban pendientes

de nosotras: de cuidarnos. Y nos formaban. Nos enseñaban cómo agarrar los cubiertos o cómo subir unas escaleras. Cosas básicas».

Mata forma parte de la primera cohorte de licenciados en Enfermería egresados de la UCV (1995). Su trayectoria, igual que la de muchas otras de sus compañeras, resume la evolución que experimentó la carrera en cuestión de años. Lo que significó para las enfermeras pasar del uso de la cofia, ese tocado femenino que portaban en sus actos de graduación, al uso del birrete, un símbolo típicamente universitario.

VII

Estudió de 1951 a 1954 en la Escuela Nacional de Enfermería de Cotiza. Es licenciada en Enfermería por la Universidad del Valle (Cali, Colombia) y tiene una maestría en Enfermería Comunitaria por la Universidad Católica de Washington. Fue coordinadora académica de la Escuela de Enfermería de la UCV durante ocho años. Se jubiló en diciembre de 2012. Retiro relativo: sigue pensando, sigue investigando. Un trabajo de ascenso suyo es una verdadera biblia para quien quiera consultar sobre el tema: *Evolución y tendencias de la enfermería en el mundo*. Allí hay un aparte correspondiente a Venezuela en el que Rosario Sánchez cuenta cómo José María Vargas propició que la Facultad de Medicina de la UCV dictara cursos para parteras y comadronas. Allí refiere que, a finales del siglo



XIX, el gobierno venezolano trae de Francia a un grupo de hermanas de la congregación San José de Tarbes para que se ocuparan de atender a los enfermos del Hospital Vargas, el único de la ciudad; allí le hace honor al médico Francisco Antonio Rísquez, que fue uno de los pioneros al escribir un manual sobre entrenamiento de los recursos humanos en enfermería del país.

Elizabeth Piña de Vásquez

Sánchez es, sin duda, una parte notoria del *puzzle* que es la Escuela de Enfermería. «Era diciembre y me estaba preparando para irme de vacaciones. Me llama el doctor Castillo Valery y me dice: "¡Rosario, fue aprobado el proyecto!". Nos comunicamos todos: felices. Y luego vino el trabajo fuerte.Recibimos un apoyo muy grande de la Escuela de Educación de la UCV».

«Uno tiene la idea de que la enfermera es la que le pasa las pinzas al médico. No. Esta es una carrera que ha despegado en los últimos veinte años. Se logró la profesionalización: ellas son tan egresadas universitarias como los médicos o los ingenieros».

VIII

Elizabeth Piña de Vásquez nos recibe en un salón de clases de Sebucán. Licenciada por la Universidad de Carabobo, fue la primera enfermera que ejerció la dirección de la Escuela de Enfermería. Desempeñó el cargo, de manera interina, por ocho meses, en sustitución de Castillo Valery, que solicitó un reposo médico. La segunda enfermera que ostentó el cargo fue Belkys Quintero de Monsalve. Piña de Vásquez no debutó en una ENE, sino que pasó directamente de ser bachiller en ciencias a estudiante de la UC. Uno de sus grandes avales: un posgrado en Medicina Crítica Pediátrica que le permitió ser fundadora del servicio de emergencia de niños y de adultos del Centro Médico de Caracas.

Nacida en el Táchira, maneja un castellano pulcro: «La Escuela de Enfermería de la UCV es más grande que algunas facultades de la Universidad Central. Nosotros tenemos un total de ciento diez docentes y en Farmacia, si mal no recuerdo, la cifra es de setenta. Cuando hay facultades que a lo mejor ofrecen uno o dos posgrados, nosotros ofrecemos tres. La creación de la Escuela de Enfermería fue una respuesta a una gran deuda que se tenía con el país en lo que corresponde a la formación del recurso humano en enfermería.

»Iniciamos actividades académicas el 24 de febrero de 1992 y, al poco tiempo, nos comenzaron a llegar comunicaciones de todo el gremio pidiéndonos que respondiéramos a la profesionalización de las enfermeras que habían egresado por diferentes vías. Entonces, casi seis meses después, logramos arrancar con lo que fue el programa de Estudios Universitarios Supervisados (EUS), que tuvo varias modalidades: para las enfermeras egresadas de las escuelas medias hasta 1972; para los técnicos superiores que egresaban de los colegios universitarios; y para los bachilleres asistenciales. En total, eran tres programas de estudios a distancia simultáneos, que funcionaban paralelamente al régimen presencial.

»Llegamos a tener 22 sedes en todo el país. Más sedes que los estados que había para ese

momento en Venezuela. Hubo estados, como Sucre, donde tuvimos dos sedes: Cumaná y Carúpano. En Zulia las tuvimos tanto en Santa Bárbara como en Maracaibo. ¡Atendimos Apure! ¡Tuvimos sede en Puerto Ayacucho! Lamentablemente, el régimen de EUS fue suspendido tras una sentencia emanada del Tribunal Supremo de Justicia en 2010, que impide el cobro de matrícula a los estudiantes que cursan una segunda carrera. Fue una pérdida muy grande para el país. Nosotros, dada la crisis presupuestaria de la universidad, ideamos un mecanismo para que los estudios a distancia pudieran funcionar. Una parte la subsidiaba la UCV y la otra, muy pequeña, era costeada por los estudiantes. Lo que ellos pagaban por un semestre era el equivalente a un mes de sueldo de una enfermera e incluía libros, materiales instruccionales, clases, evaluaciones, todo... Demostramos que era un proyecto sostenible y sustentable. Las enfermeras de la UCV son recibidas en todo el mundo sin necesidad de reválidas».

IX

Día lunes. La joya diseñada por Carlos Raúl Villanueva, el Hospital Universitario de Caracas, pelea contra la senilidad. Está en pie. La profesora Hortensia Gutiérrez, jefe de la cátedra de Internado Rotatorio de la Escuela de Enfermería de la UCV, nos ha hecho el enlace para entrevistar a un grupo de alumnas del sexto semestre. A esa altura de la carrera, los





Adriana Salazar

estudiantes hacen una pasantía de ocho semanas en el área clínica y otra de ocho semanas en el área comunitaria. Después de pasar por varios pasillos, tomamos el ascensor, que está abarrotado, y llegamos al servicio de Neumonología. Todos allí abrevian la palabra: dicen «Neumo», a secas. Las pasantes visten el clásico uniforme blanco. Lucen con la seguridad que da la vocación.

Las pasantes atienden a una paciente muy joven que tiene conectada una bombona de oxígeno. Padece una neumonía. Su rostro



pálido queda en segundo plano cuando esboza una sonrisa de agradecimiento. Comenta entonces la estudiante Saraí Avendaño: «Siempre me apasionó ayudar a las otras personas. Veía los programas de *Discovery Health* y me decía: "Esto es lo mío". Entré a la Escuela de Enfermería pensando que todo sería muy fácil. Pero no, los profesores son muy exigentes. Y no les falta razón: si un abogado hace algo mal, pierde un juicio, pero si una enfermera hace algo mal, mata al paciente». Saraí está asignada al servicio de Medicina I. Oricia Domínguez, que hace su pasantía en el área de Neurología, agrega: «Nosotros permanecemos seis meses en el servicio que nos asignan durante el internado rotatorio, pero hacemos pasantías más cortas desde el segundo semestre».

De «Neumo» nos vamos a otro servicio. Allí nos encontramos con una «veterana de guerra»: Adriana Salazar. Ella egresó de la Escuela de Enfermería de la UCV como técnico superior hace 15 años y trabaja en el área de cuidados posanestésicos del Hospital Universitario. Hay que verla *in situ* para calibrar su destreza. «Este tipo de sala, donde se atiende a pacientes que se complican durante la operación, pero que no necesitan ir a terapia intensiva, es única en el país: no existe ni en las clínicas ni en los otros hospitales». Salazar apunta: «El cuerpo humano es muy complejo. Y eso me parece fascinante. Si yo volviera a nacer, sería otra vez enfermera».

X

La última pieza del *puzzle* es la representada por el exdecano de la Facultad de Medicina de la UCV, Luis López Grillo, quien hoy tiene 83 años y sigue dictando clases en el posgrado de Cardiología del Hospital Universitario de Caracas. Por sus manos han pasado 257 cardiólogos. No en balde es considerado como un maestro de la ciencia cardiovascular. Basta con mencionar a uno solo de sus discípulos:



Luis López Grillo

Igor Palacios, profesor titular de Harvard. Lo llaman «dedos de oro» por su pericia a la hora de hacer un cateterismo. Pero no es él, a decir verdad, quien saca a colación el caso del exitoso médico: López Grillo es demasiado sobrio como para ufanarse de algo.

Luis López Grillo egresa de la Facultad de Medicina de la UCV en 1954 e inmediatamente comienza a trabajar en el Hospital Civil de Maracay. Luego se va a hacer su especialización en el Instituto Nacional de Cardiología Ignacio Chávez, de México, y, cuando regresa a Venezuela, lo envían a Cumaná. No duró mucho tiempo destacado allí porque le encomiendan una tarea monumental: coordinar los cursos de posgrado del Hospital Universitario de Caracas, el único que había en todo el país. «Ya no era aquella Venezuela en la que el paludismo o la enfermedad de Chagas mataban gente. Comenzó a ser la Venezuela en la que las enfermedades del corazón se convirtieron en la primera causa de muerte».

«Las enfermeras de la UCV son recibidas en todo el mundo sin necesidad de reválidas».

López Grillo nos recibe en su casa. Suena la voz de Susana Rinaldi. El equipo queda en *mute* por breves instantes. Miramos un retrato que está colgado en la pared y comentamos: «Se parece a Teresa de la Parra». Y responde: «Es mi madre. A ella le habría encantado escuchar eso». Hay otra imagen: es la de López Grillo hace unos cuantos años. Luce apuesto. Hablamos de su niñez: «Yo nací el 22 de octubre de 1928 en la esquina de Cipreses, frente al Teatro Nacional». Pasamos revista a su juventud: «Yo estudié en el Liceo San José de Los Teques y me gradué en el Fermín Toro. Nos mudamos a Los Teques porque se pensaba que yo tenía tuberculosis, cosa que era falsa. Para entonces se consideraba que Los Teques era la Suiza de América, algo muy pretencioso». Repasamos su etapa de formación académica e intelectual: «En México conocí a Rómulo Gallegos. Lo que más me gusta de él es *Cantaclaro*».

Y cuando le preguntamos por una de sus «hijas», la Escuela de Enfermería de la UCV, el cardiólogo vuelve a esa extrema sobriedad que lo caracteriza cuando le tocan la tecla de su legado. Casi no dice nada. Cae en *mute*, como el equipo de sonido. Pareciera que, en el fondo, quisiera evitar la redundancia. ¿Qué nos podría decir? ¿Que mientras la LUZ, la ULA y la UC ya incluían la carrera de Enfermería, la UCV no la tenía? ¿Que en el año 1970 un estudio elaborado por el Ministerio de Sanidad indicaba que había un déficit de 5.414 enfermeras en el país? ¿Que la Escuela de Enfermería de la UCV contribuyó decisivamente a paliar ese déficit? Pero no. López Grillo sería incapaz de eso. No le gusta filosofar sobre sí mismo. Ahí está su obra. Que la juzguen los otros. ■



TEXTO

Gloria M. Bastidas

Estudió Comunicación Social en la UCV. Reportera de *El Diario de Caracas* y de la revista *Dinero*. Colaboradora de *El Nacional*, *El Universal* y del semanario *Descifrado*. Ha publicado sus crónicas en las revistas *Aliás* (Brasil) y *Milenio* (México). Premio Municipal de Periodismo Cecilio Acosta (1990).



FOTOS

Sandra Bracho

Comunicadora social.
Primera mujer en desempeñarse como reportera gráfica en el país.
Fotógrafa de *El Nacional* y otras publicaciones.
Acreedora de reconocimientos nacionales e internacionales.

Escuela de Vecinos de Venezuela

Gente que nos enseñó a vivir juntos

La Escuela de Vecinos de Venezuela (EVV) fue fundada legalmente como asociación civil en 1980. Entre los miembros que iniciaron este proyecto estaban Elías Santana, Lorena Abouhamad, Patxi Andrés, Claudia Leighton y Luis Perrone. Institución pionera en los procesos de formación educativa de los vecinos venezolanos, promovió debates que conducirían a reformas en la legislación municipal y electoral. Igualmente auspició campañas por la elección directa de gobernadores y la creación de figuras como alcaldes y juntas parroquiales.

Albinson Linares



Elías Santana



I

Al principio solo había siete chamos. Era una mañana fragante de 1976 con olor a yerba mojada y llena del frescor que desprenden los árboles del parque El Buen Ciudadano, en la urbanización El Cafetal. Se reunían llenos de inquietudes: reflexionaban sobre la participación ciudadana, sobre lo que podían hacer para cambiar su urbanización. Primero querían organizar charlas y talleres para discutir el proyecto de Ley Orgánica de Régimen Municipal y la aplicación del llamado Reglamento N° 1 de las asociaciones de vecinos. Pero ese día terminaron formando el Movimiento de Integración de la Comunidad (MIC), organización que con el correr de los años llegó a reunir a más de trescientos jóvenes. Elías Santana era uno de esos fundadores: «Mi padre, Miguel Santana Mujica, era abogado y hombre de izquierda. Hacía clínicas jurídicas en los barrios y yo lo acompañaba. Crecí en El Cafetal y estudié en el Colegio San Luis, influenciado por las ideas de los padres Arturo Sosa y Alejandro Moreno. El trabajo comunitario siempre estuvo presente en mi juventud».

La historia de las comunidades organizadas en Venezuela está ligada al devenir de la Escuela de Vecinos de Venezuela, institución pionera en la educación comunitaria y los procesos de organización vecinal.

Eran los hijos de la disidencia, del poder joven, de la revolución. Los setenta fueron una caldera ideológica donde se cocieron el Mayo francés, la Primavera de Praga, Woodstock, la lucha armada y la aparición de los movimientos sociales urbanos. Por esos días, Santana y sus compañeros hacían labor social y jornadas de alfabetización en el barrio El Carpintero de Petare: «Allá teníamos a gente mayor, casada, con hijos, que trabajaba muy duro y tenía problemas de gente grande. No entendíamos muchas cosas porque ni siquiera éramos buenos vecinos. Entonces, para poder ayudar mejor, decidimos hacer un movimiento en nuestra comunidad de clase media».

El MIC tenía muchos coordinadores. En corto tiempo consolidaron un sistema de flujo de información con un medio impreso propio, llamado *Notimic*, que agrupaba voluntarios en las 16 urbanizaciones de la hoya de El Cafetal. Cuatro años después, estaban listos para el paso siguiente: el 17 de abril de 1980 fundaban la primera escuela de vecinos en la planta baja de las residencias Ducal: «Era un equipo más dentro del movimiento de integración de la comunidad, pero ya se habían creado Asopaula y la Asociación del bulevar Raúl Leoni, con quienes estábamos conectados. Lo natural era crear un espacio para capacitarse, informarse y recibir asesoría», asevera Santana, ya convertido en uno de los líderes del movimiento vecinal.

II

Comunidad proviene del latín *communis,* palabra compuesta que significa «corresponsable», «cooperante» o alguien que «colabora en la realización de una tarea». Pocas veces un vocablo resume de forma tan exacta el espíritu de una institución como la Escuela de Vecinos de Venezuela (EVV). José Gregorio Delgado, abogado de profesión con fuerte vocación social, sufre de una discapacidad motriz que le impide caminar con normalidad. Armado con sus muletas y una amplia sonrisa, sorprende a sus visitantes. Recuerda que se enteró de la existencia de esta institución, recién graduado en Derecho, en 1985: «Al principio se hacían reuniones con los vecinos en distintas comunidades. Fue surgiendo entonces la idea de montar servicios de capacitación, asesoría e información vinculados con temas vecinales desde el punto de vista legal y organizativo. Trabajábamos el liderazgo y la comunicación comunitaria. Recuerdo que en esa época se logró una ordenanza de áreas especiales en el antiguo municipio Sucre, que surgió como una propuesta vecinal».

En la actualidad es el coordinador general de este proyecto. Se define como un amante de las leyes, cuyo articulado analiza con una precisión de reloj suizo. Delgado afirma que las leyes surgidas en los ochenta tienen antecedentes en la experiencia vecinal. Son los casos de la Ley de Régimen Municipal y de la Ley Orgánica del Ambiente, que los integrantes de la EVV trabajaron desde que eran propuestas. Al definir la importancia que tiene esta organización, acota: «Los vecinos han entendido que donde no hay organización no hay soluciones. En esa época sucedió el "Petarazo", que mostró los problemas entre los concejales y directivos del Concejo Municipal. Con labores como la nuestra, la gente iba conociendo las leyes y, junto a las instituciones, buscaban respuestas a problemas locales como el tránsito, el ambiente y la seguridad».

III

Israel Jaspe proviene de una larga estirpe de militantes de Acción Democrática que vivieron la persecución política en tiempos de dictadura. A sus 76 años recuerda que se ofrecía de voluntario para repartir periódicos y volantes que llevaban la tinta de imprentas clandestinas. «A los muchachos no los agarraba la Seguridad Nacional. Corríamos más», dice con un rictus agridulce en la sonrisa. Al crecer, se hizo adeco y desde 1960 militó en el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, aparte de trabajar como empleado público en el área de vialidad urbana. Ante la crisis política de los ochenta, empezó a interesarse en las sociedades civiles.

Un buen día participó en la constitución de la asociación de vecinos del sector donde vivía en El Valle. Acudió a la Escuela de Vecinos a buscar información. Era 1984 y nunca más

volvió a desligarse de esta institución: «El ciudadano puede dar aportes sociales si está educado. Pero si se le obstruye la posibilidad de ejercer sus derechos, solo estará en capacidad de ejercerlos luego de formarse. En esa área de educación comunitaria y ciudadana, entra la Escuela de Vecinos. Y por eso me enamoré del proyecto».

En los 29 años que lleva vinculado a la Escuela, ha sido directivo, asociado y facilitador de procesos de aprendizaje, que es la actividad que más disfruta. La labor de los instructores no escapa a la polarización política de la sociedad venezolana, pero cuando empieza sus charlas todo cambia: «Vamos con mucho respeto por el otro. Eso nos permite abordar al ciudadano común y recordarle las leyes que los protegen, así como sus derechos y deberes. Nos gratifica cuando dicen: "Oye, pero esta información no la conocíamos". Usualmente hablamos sobre los aspectos que caracterizan el debate democrático. Por eso la gente mejora su desempeño en los procesos de organización y participación».

ENTRE LAS EXPERIENCIAS INOLVIDABLES DESTACAN EVENTOS DONDE, PARA RESOLVER PROBLEMAS COMUNES, SE SENTABAN A DIALOGAR POR PRIMERA VEZ ORGANIZACIONES COMO LA ASOCIACIÓN DE VECINOS DE SAN BERNARDINO Y LOS LÍDERES DEL BARRIO LOS ERASOS.

IV

Cada lengua tiene conceptos intraducibles, oscuros para el foráneo quien siempre lucha por traducirlos en su cabeza con las palabras que conoce. El alemán, idioma de filósofos pragmáticos y románticos incurables, abunda en estos términos. *Gesellschaft* significa asociación civil, relaciones que se mantienen a través de individuos que actúan porque comparten los mismos problemas y metas. Pocas cosas nos afectan tanto como las fallas en los lugares donde vivimos, quizás allí radica la potencia que mueve a los vecinos para organizarse.

A veces basta con arreglar una escalera, como le pasó a Frank Fray. Una mañana caminaba por el barrio Hornos de Cal en San Agustín y vio unos peldaños desportillados que más servían para resbalarse que para subir. Ante las quejas de los parroquianos, los convocó a una reunión y la arreglaron. Luego hicieron eventos culturales y conformaron el grupo El Agarre de Hornos de Cal, para competir con El Afinque de Marín. Formó parte de los promotores de salud del ambulatorio Leonardo Ruiz Pineda en San Agustín y en el año 2000 recibió un taller con la Escuela de Vecinos de Venezuela. «Eso lo cambió todo. Yo milité muy joven en AD, pero siempre estuve relacionado con la problemática social de mi comunidad. Pertenecí a los comités de usuarios de transporte y salud, pero la Escuela cambió al barrio y a nosotros como activistas,

líderes y trabajadores vecinales. Nos fortalece porque vas realizando talleres y creces como una persona preocupada por los problemas sociales», explica.

Desde sus primeras clases, Fray continuó trabajando con este proyecto hasta ser uno de sus asociados. Ha sido facilitador en diversas localidades capitalinas como El Rosario en Baruta, La Pedrera en El Valle y el barrio 5 de Julio ubicado en Petare. A sus 55 años piensa que la existencia de la Escuela es fundamental: «Importantísima en el contexto que estamos viviendo. Aún con las propuestas de crear comunas o consejos comunales, ahora es cuando está vigente porque nos encontramos en una Venezuela que cambia todo el tiempo y la gente necesita conocer sus leyes y derechos».

Nacida con el concepto de municipalidad, siempre se plantea la inquietud de cómo será el futuro de la EVV en un entorno creciente de consejos comunales. Para líderes como Franklin la cuestión es sencilla: ambos mundos deben coexistir porque los problemas de los vecinos son universales. «La ciudadanía lo que quiere es que haya mejores servicios públicos, más democracia, respeto por los derechos humanos y que se reduzca la pobreza. Pero la falta de información en las comunidades, especialmente en las más sufridas, conspira para que esto se logre. Por eso es necesario que sigan los talleres y charlas de la Escuela», concluye.

V

Los hitos en la saga de los movimientos vecinales y la sociedad civil van desde la inauguración de un parque o la instalación de un semáforo, pasando por las refacciones de edificios y calles, hasta propuestas para controlar flagelos como la delincuencia. En uno de sus libros, Elías Santana argumenta que sociedad somos todos, pero sociedad civil es otra cosa: «Todos los ciudadanos somos parte de la sociedad y ahí no debe haber exclusión ni discriminación. Pero sociedad civil son las expresiones organizadas de los ciudadanos con misiones e intereses específicos. Incipiente, descoordinada, diversa, plural, policlasista, no oficialista ni de oposición, participativa, proactiva y reactiva, no sustituye a los partidos, no tiene candidatos ni un vocero único y rechaza la violencia».

Para 1986, el auge de los movimientos sociales preveía la incomodidad y necesidad de cambio que el país experimentaría con posteriores estallidos sociales como «El Caracazo». Los pioneros en las nuevas formas de organización ya habían formado en 1958, a la caída de Pérez Jiménez, la primera asociación de propietarios del país en la urbanización Horizonte. En 1971 nació la Federación de Asociaciones de Comunidades Urbanas (FACUR) y en 1980, la Escuela de Vecinos de Venezuela decidió legalizarse como una asociación civil. «El movimiento de integración de la comunidad de El Cafetal decidió disolverse porque ya





habíamos crecido. Nos graduamos, nos casamos y tuvimos un hijo que era la Escuela. Varias personas decidimos renunciar a nuestros trabajos para dedicarnos a tiempo completo y empezaron a pasar cosas, milagros de organización», afirma conmovido Elías Santana.

Entre las experiencias inolvidables para este dirigente y fundador del proyecto, destacan eventos donde se sentaban a dialogar por primera vez organizaciones como la Asociación de Vecinos de San Bernardino y los líderes del barrio Los Erasos para resolver problemas comunes. «Cuando en 1990 se planteó la constitución de una organización nacional del movimiento vecinal llamada Confevecinos (Coordinadora Nacional de Asociaciones de Vecinos), la Escuela fue su fundamento básico. Nosotros los ayudamos en la capacitación, el entrenamiento de los asociados y la presencia en los medios de comunicación», explica Santana.

VI

La educación es un vértice fundamental del trabajo que realiza la Escuela, devenida ente formador y catalizador en la difusión de información que resulta vital para los vecinos del país. En sus charlas como facilitador comunitario, José Gregorio Delgado habla del «A, E, I, O, U» de la participación. La «A» responde a la autonomía que debe imperar en las organizaciones vecinales: «No deberían ser manipuladas por ninguna institución, ni por ninguna orientación particular». La «E» se refiere al tema educativo, desde aspectos legales hasta la resolución de conflictos vecinales. La «I» establece que es fundamental proveer a las comunidades de información administrativa, como los presupuestos municipales y estatales o programas de desarrollo, pues «así pueden aprovechar lo que ofertan las instituciones públicas o los proyectos privados». Al llegar a la «O» afirma que deben establecerse nexos entre las organizaciones que hacen vida en los barrios y urbanizaciones



Israel Jaspe

como los grupos juveniles, de mujeres, comités de salud, de electricidad y aseo y las iniciativas de empresas privadas: «Antes no se hablaba mucho de la responsabilidad social empresarial, pero había unos antecedentes de trabajo con las empresas y asociaciones vecinales que fueron fundamentales». El tópico desarrollado en la «U» es la utilidad colectiva que debe primar en toda iniciativa buscada por la comunidad organizada. Para este dirigente, si no se cumplen estos cinco elementos, la participación ciudadana y de la comunidad no tienen sentido. «Se fueron dando experiencias colectivas de cursos y talleres en la década de los ochenta, y luego se comenzó a hablar de la Reforma del Estado y de la Sociedad Civil. En estos debates la Escuela de insertó de lleno».

«Sociedad civil son las expresiones organizadas de los ciudadanos: incipiente, descoordinada, diversa, plural, policlasista, no oficialista ni de oposición, participativa, proactiva y reactiva. No sustituye a los partidos, no tiene candidatos ni un vocero único y rechaza la violencia».

Por esos años fue creada la Comisión para la Reforma del Estado (COPRE) que tenía un área dedicada a la Sociedad Civil. Fue la época dorada de estas nacientes organizaciones civiles, pues empezaron a construir propuestas para reformas municipales y electorales: «Nos dimos cuenta de que la sociedad civil organizada podía generar reformas y cambios en las estructuras del Estado. Temas como la descentralización, la elección de alcaldes y gobernadores, las juntas parroquiales, que después surgieron en la Ley de Régimen Municipal, fueron propuestas por nosotros en la EVV y otras organizaciones».

VII

La investigadora Carmen Beatriz Fernández analiza en su ensayo «Partidos políticos y sociedad civil en Venezuela: una historia de amor y odio» la amarga distinción que se hace en Venezuela entre los «querubines cívicos y sus hermanos los satanes políticos». Allí propone que quizá responda en sus orígenes a la necesaria búsqueda de contrapeso frente al gobierno: «Son movimientos sociales urbanos que aparecieron a inicios de los setenta en favor de la calidad de vida de sectores residenciales, mayormente asociados a la clase media y con claras demandas reivindicativas ante los abusos de autoridad de los gobiernos locales».

Israel Jaspe recuerda bien esa época. Vivió en carne propia el desencanto político y el encantamiento que el trabajo social en estas instituciones civiles despertó en su espíritu militante. Como es jubilado, tiene mucho tiempo para dedicarle a las comunidades y sus problemas. Valora que la Escuela haya sido consecuente con sus planteamientos: «Siempre hemos defendido la libertad para el desarrollo de la democracia participativa.

Nos caracterizamos por formar a los ciudadanos hacia espacios de participación política. Internalizamos el concepto de ciudadanía, la responsabilidad individual y la corresponsabilidad en la construcción de la sociedad». Con tristeza agrega: «Se ha restringido y obstaculizado la obtención de recursos para el financiamiento de programas y acciones de organizaciones como la nuestra. Una práctica universalmente aceptada como el financiamiento internacional o privado ha sido prohibida. Eso es una limitación para la obtención de recursos, contratación de personal y el crecimiento de estos proyectos».

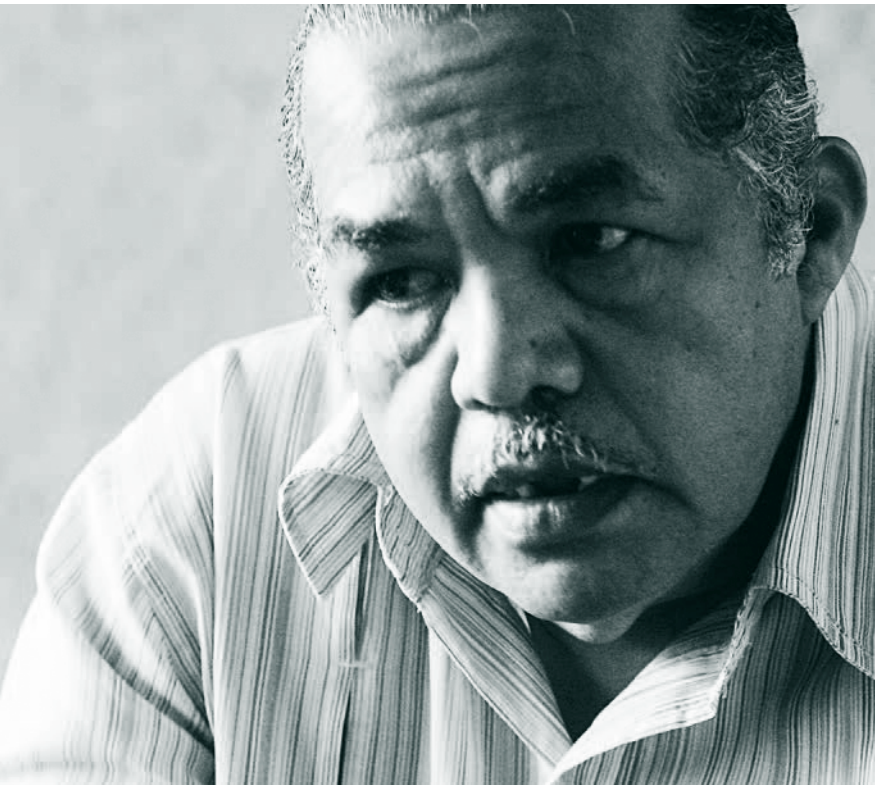
Entre las cosas que más ama de la Escuela es el efecto multiplicador de cada charla o taller. Verle la cara a la gente mientras se transforma y empieza a conocer sus derechos es algo que siempre lo satisface: «Me gusta la horizontalidad en el proceso de organización de cada taller, la democracia interna y el respeto por los valores que todavía mantenemos en cada actividad de la Escuela. Aquí hay espacio para procesar las diferencias, el debate y resolver los conflictos».

Pensadores como el francés Paul Ricoeur ahondan en las trampas hermenéuticas de la ideología y analizan los dogmas para entender a las sociedades donde el cambio es constante. En su libro *Ideología y utopía* afirma que «la ideología es la deformación de un marco que reconozca las estructuras simbólicas. Si la vida social no tiene una estructura simbólica, no hay manera de comprender cómo vivimos, cómo hacemos las cosas, cómo proyectamos esas actividades en ideas; no hay manera de comprender cómo la realidad puede llegar a ser una idea ni cómo la vida real puede producir ilusiones. Estos serían hechos simplemente místicos e incomprensibles».

Aunque Franklin Fray no haya leído al filósofo galo, comparte sus juicios como fruto de la experiencia directa que ha vivido como vecino venezolano. Advierte que la politización extrema pervierte a los dirigentes sociales y ejerce una presión adicional sobre los vecinos que solo quieren resolver sus problemas. «Es difícil engañarlo con la retórica política luego de más de treinta años pateando las veredas de los barrios caraqueños que le han curtido la piel. Antes de este llamado proceso, el activista ya estaba en contra de las dádivas estatales, de la regaladera de zinc y cemento, que son maquillajes de la pobreza. Es cierto que se han abierto espacios de participación, pero el error más grande es que se trata de una participación tutelada. La democracia participativa y protagónica debe estar acompañada de autonomía. Asevera que si el tutelaje estatal se acentúa, logrará que el movimiento vecinal se vea limitado y no se concentre en lo que es su principal razón de ser: buscar la mejor calidad de vida para las comunidades que ya estaban activas. Explica el peligro de que las organizaciones empiecen a



Franklin Fray



buscar beneficios particulares y descuiden la misión que les encomiendan sus vecinos. «El trabajo vecinal está cambiando en estos años. Hay algo de desintegración en los líderes que llegan a algunos cargos como alcaldes o juntas parroquiales. Se olvidan del barrio porque no coincide con su proyecto. Creo que quieren eliminar a las asociaciones y crear figuras nuevas que dividen a los líderes y a las comunidades. Todo eso va en perjuicio del buen desarrollo de los proyectos vecinales».

Buena parte del legado de la Escuela de Vecinos de Venezuela estriba en iniciativas como el III Congreso Vecinal de la Gran Caracas, que se celebró en julio de 2013. Dirigentes de las organizaciones vecinales, gremios y sociedades civiles capitalinas se reunieron en mesas de trabajo con el objetivo de analizar los problemas que el ciudadano común enfrenta en una urbe como Caracas. «Las ideas deben salir de la base hacia arriba. Nadie conoce mejor esta ciudad que sus vecinos y los dirigentes de cerros, barrios y organizaciones. Hemos planteado y buscado soluciones», expresa Tulio Chávez, uno de los organizadores del evento. Explica que aunque reciben muy poco apoyo de las autoridades oficiales, buscan iniciar un acercamiento entre los vecinos y las instituciones estatales. A sus 66 años, ha asistido a muchos encuentros y talleres organizados por la Escuela de Vecinos y la considera parte fundamental de su formación: «Toda mi vida se la he dedicado al movimiento vecinal. Soy abogado y comunicador social, pero me he entregado al trabajo comunitario que realizamos día a día para buscar soluciones a nuestros problemas. El dirigente tiene que sentir pasión por lo que hace y en la Escuela se aprende eso. Las cosas nacen por la necesidad: es muy difícil que una sola persona pueda lograr algo, pero en los talleres aprendemos que los problemas de las comunidades nos afectan a todos».



José Gregorio Delgado

Rubén Roca es el director de información de la Red Nacional de Vecinos y considera a esta institución como un elemento fundamental del debate político y ciudadano del país: «La mayor riqueza de un país es su educación. Si tenemos un vecino formado que conozca sus deberes y derechos, eso ayuda a la civilidad, a que tengamos buenos ciudadanos. Con la Escuela tenemos una institución que busca educar y formar a los vecinos. Eso es fundamental porque sin educación no somos nada y la anarquía nos impide avanzar».

Para Gustavo Silva, representante de la asociación civil El Junquito y su Gente y con amplia experiencia en proyectos educativos como el INCE, la relación con la Escuela ha sido muy enriquecedora: «La EVV forma parte de una serie de organizaciones que son pioneras en la formación social. Ellas vienen trabajando para fortalecer el sistema democrático, porque se han mantenido en el tiempo. Eso es lo más difícil: aportar a la consolidación de la democracia sin perder el rumbo del servicio a los demás».

VIII

La década que va de 1995 a 2005 fue la «época dorada» de la EVV para fundadores de este ente como Elías Santana. En 10 años esta institución promovió experiencias como Coracafe, FACUR y Confevecinos. También, en los ochenta, los procesos de debate que producirían reformas en la legislación municipal y electoral; la campaña por la elección de gobernadores; la creación de la figura de los alcaldes, de las juntas parroquiales y la elección directa de los gobernadores. Promovió el Día del Vecino todos los 3 de octubre (en recuerdo de la recolección de 20.000 firmas en 1981, contra la Ordenanza AE, en Caracas) y el Día de la Comunidad, el último domingo del mes de mayo.

«Estimulamos la creación de Queremos Elegir, en 1991, y participamos en la fundación de Sinergia a mediados de los noventa. Con Queremos Elegir, la EVV impulsó las primeras acciones de observación electoral y conteo rápido en Venezuela, así como los encuentros internacionales "Sociedad Civil y Elecciones" y la "Consulta Ciudadana" en 1997, que resultaron en la propuesta de reforma de la Ley Orgánica del Sufragio», rememora el líder vecinal.

También destaca que la Escuela fue pionera en la puesta en práctica de políticas de responsabilidad social empresarial con corporaciones como Polar, CANTV, Sidetur y Mavesa. Esta institución colaboró con PDVSA en el diseño de experiencias de participación vecinal en gobiernos municipales (1990) y difundió el concepto de redes en la sociedad civil a partir de 1993, junto al uso de Internet en 1996.

Hasta 2005 la institución tenía entre ocho y 12 profesionales dedicados a los proyectos que desarrollaban, mientras los asociados

oscilaban entre cuarenta y cincuenta en todo el país. Varios programas de televisión, conducidos por Santana y Susana Pons, en canales como Venevisión, Televisora Nacional y VTV, acompañaron el transitar del ente vecinal. Llegaron a tener una agencia de noticias propia llamada Buenas Noticias, que recogía las experiencias comunitarias positivas.

Sin embargo, a inicios del nuevo siglo XXI empezó el declive en la influencia y la dotación de recursos para la EVV: «Se sentía el declinar de las asociaciones de vecinos porque en muchas había un exceso de presidencialismo. Las juntas directivas no sabían convocar al resto de la comunidad y fallaban en el tema de la comunicación comunitaria. Estábamos en una crisis profunda de representatividad y desconfianza en el sistema político».

IX

José Gregorio Delgado sorbe un café negro mientras hace un balance de las dificultades que rodean a la institución donde lleva décadas librando las batallas por activar a los vecinos venezolanos. Explica que la referencia principal dentro de los movimientos sociales ha sido el municipio. Ahora todo se ha centralizado a través de ministerios y entes estatales: «Es más difícil acceder a proyectos y recursos. Los que no son partidarios declarados, gente dispuesta a vincularse con programas nacionales, terminan sin acceso a recursos y eso puede limitar de muchas maneras la gestión de la Escuela. Lo que les decimos a los vecinos es que decidan si su proyecto tiene un componente educativo porque podemos ser un aliado».

Admite que la politización siempre ha intentado penetrar en las iniciativas sociales y suele engañar a los líderes ofreciendo promesas durante las campañas electorales. Recuerda que uno de los últimos proyectos presentados al gobierno fue la Ley Orgánica de Participación Ciudadana, Comunitaria y Popular en 2001, que fue aprobada con unanimidad por cuatro años hasta que se engavetó. Luego surgiría la Ley Orgánica del Poder Popular.

«La gente está sumergida en dinámicas que impiden reunir hasta treinta personas para un curso. La no participación también la vivimos nosotros. De los asociados que están actualmente, tenemos relación con Mérida, Anzoátegui, Bolívar, Miranda y el área metropolitana de Caracas. Con esas cinco entidades podemos mantener la vinculación nacional», explica con desaliento. No piensa que, por ahora, se pueda ampliar ese ámbito de acción y le brillan los ojos cuando advierte: «A menos que surja algún proyecto, en cualquier lugar de Venezuela, que podamos apoyar por nuestra experiencia. El futuro dependerá de la demanda que se tenga y de las propuestas que logremos desarrollar. Como siempre». ■





TEXTO

Albinson Linares

Ha sido periodista de *El Nacional, Playboy* (Venezuela), *Exceso* y *Zero*. Colaboraciones internacionales en *Reforma, El Heraldo, ¿Qué Pasa?, Letras Libres, Etiqueta Negra, Magis y ECOS*. Se desempeña como periodista de investigación en la Cadena Capriles. Cofundador del portal web Prodavinci.

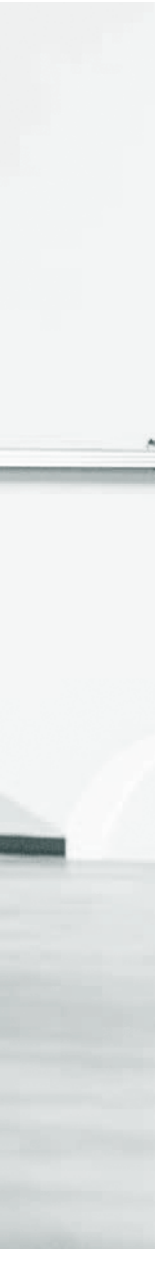
FOTOS

Gabriela Pulido

Estudios de Comunicación Social en la UCAB. Estudios de Fotografía con Nelson Garrido. Ha sido fotoperiodista de *El Nacional*, *El Universal* y *Últimas Noticias*. Actualmente cubre pautas fotográficas de sucesos, deportes y sociales.



Roberto Mata



Roberto Mata Taller de Fotografía

«Aquí se vive la transformación»

Institución dedicada a la enseñanza del arte y oficio de fotografiar, fue fundada en 1993 por Roberto Mata, fotógrafo y docente. Su sede actual está ubicada en La California Sur, Caracas. Por sus aulas han pasado hasta el momento miles de personas que han aprendido no solo a fotografiar sino a comprender la imagen y a desarrollar con ella una relación de ética desde la autoría y de pasión desde el estudio. Esta escuela ha contribuido notablemente con la formación de nuevas capacidades y la conducción del talento en Venezuela.

Cristina Raffalli


OLYMPUS
NIKON



A las siete y media de la noche, en la sede de la escuela de fotografía de Roberto Mata huele a pan caliente, a leche con espuma y a café. A casa. La pequeña entrada de ese local de La California Sur, una vez salvada la discreta puerta, disimula muy eficazmente la extensión de 700 metros cuadrados que esperan al visitante. La estructura –un galpón acondicionado con esmero: blanco, limpio, luminoso– recibe en sus espacios un promedio mensual de 200 alumnos que han ido a descubrir la fotografía, o a establecer con ella nuevas intimidades.

De aquí han salido numerosos fotógrafos que actualmente ocupan puestos en agencias como AP, AFP o Reuters, y muchos otros que se desempeñan en los principales medios de comunicación del país. Incontables profesionales formados en esta escuela han merecido premios internacionales más allá de nuestro continente, o sus fotografías han sido publicadas en medios tan importantes como *The New York Times*. Entre sus profesores se ha contado a buena parte de la historia de la fotografía contemporánea del país: Oscar Lucien, Ricardo Peña, Leo Álvarez, Claudio Napolitano, Fran Beaufrand, Mauricio Donelli, Ricardo Jiménez, Lisa Blackmore, Laura Morales, Cristina Matos-Albers, Efraín Vivas, Carlos García Rawlins, Iván Gabaldón, Ana María Ferris, Nelson Garrido, Alexis Pérez Luna, Rodrigo Benavides...

Este año, «la escuela», como suelen llamarla sus integrantes, cumple 20 años. Roberto Mata, su fundador y director, tenía 25 cuando comenzó a inventarla.

HECHA A MANO

«La escuela comenzó en 1993. Un cliente a quien yo le hacía catálogos tenía un hijo que iba a estudiar Comunicación Social. Quería que yo lo preparara, de modo que llegara a la universidad con algún conocimiento básico de fotografía. Yo no tenía nada estructurado. Así que empecé haciendo una guía para darle ese curso introductorio. Al terminar, el hijo de mi cliente me trajo a su novia. Y así fueron llegando alumnos, hasta que ese año preparé a quince. Parece mentira, pero lo que hacíamos entonces se parece mucho a lo que hacemos hoy en día, veinte años después».

Roberto se inició como fotógrafo en la desaparecida revista *Pandora* de *El Nacional*, que en los años ochenta dirigía Soledad Mendoza. A medida que fue adquiriendo experiencia y fogueo, Roberto pasó a trabajar como fotógrafo de publicaciones corporativas. En 1993 ya estaba retirado de *El Nacional* y en ejercicio completamente independiente. Aquel fue el año de la gran crisis de la banca privada, que sacó del mercado a un buen número de entidades, muchas de las cuales eran clientes de Roberto. «Recuerdo que, aun con los bancos cerrados, me quedaba trabajo por cobrar. Así que nunca me faltó dinero,

pero en cambio me sobraban horas. Ante la posibilidad de volverme loco por la cantidad de tiempo libre, decidí montar la escuela. Esa Navidad viajé a los Estados Unidos y me traje cinco ampliadoras. En adelante tendría seis. De alguna manera eso impulsaba la idea: ya que había montado ese laboratorio, la escuela tenía que comenzar a crecer. Había que ponerse a dar clases».

En aquella época, sin Internet y sin inversión publicitaria, en el «boca a boca» reposaba toda la «estrategia de mercadeo» de los cursos de fotografía. Los alumnos simplemente empezaban a llegar. Se daban clases a grupos de seis personas y esos cursos en cierto momento dejaban de ser esporádicos para volverse permanentes. En 1995, Roberto mudó su oficina (improvisada como centro de estudios) de Altamira a Chacao, a una sede premeditadamente buscada para funcionar como una escuela que ya tenía vida. Llegaba también el momento de la diversificación: Roberto impartía los conocimientos básicos, pero los alumnos persistían en sus estudios y surgía la necesidad de brindarles alternativas incorporando a otros maestros al equipo docente. El primero en llegar fue nada menos que Andrés Leighton. Su cátedra, el documentalismo. Poco tiempo más tarde se sumaría Fran Beaufrand, quien ya era un nombre de referencia en la fotografía de moda. La escuela, con Roberto, tenía cuerpo. Con los que iban llegando, comenzaba a tener vuelo.

Luego de tres años, la sede de Chacao se quedó pequeña y en 1998 se mudaron a lo que hoy en día es el Centro de Arte Los Galpones. Solo que entonces se trataba de verdaderas estructuras casi improvisadas, sin más ornato que la frondosidad desbocada de sus árboles centenarios y escasamente adecuadas para una operación como la de la escuela. «Era un sitio difícil, pero ahí teníamos ciento treinta metros. También un laboratorio con diez ampliadoras, un buen estudio y espacio suficiente». Ese paso a Los Chorros y el crecimiento geométrico del «boca a boca», marcaron uno de los hitos de la escuela, quizás su momento de consolidación. Habían transcurrido apenas cinco años y ya sumaban 800 inscritos desde su primer alumno. «Me parecía que era un número alto. Esa cuenta no he podido volver a sacarla», agrega Roberto con una sonrisa de satisfacción que tiene también un toque de incredulidad.

La cifra de 800 alumnos no luce alta al lado de los números que ahora maneja la escuela. Pero lo era, y mucho, a finales de la década de los noventa. Hay que recordar que para entonces la fotografía no gozaba de la popularidad que tiene hoy en día, cuando todo el que posee un teléfono inteligente tiene una cámara y, por consiguiente, está expuesto de manera muy inmediata al hecho fotográfico o, al menos, al acto casual o embrionario de *tomar una foto*. En los años noventa, a la fotografía digital aún le faltaba ganar casi todo

el terreno que hoy ocupa y quien quería hacer fotografía debía hacerla, como mínimo, con una cámara y un rollo de película. Debía contar con un laboratorio de revelado o acudir a alguno que prestara ese servicio. Debía, también, pasar por todos los niveles de un proceso que exigía disciplina, tiempo, recursos, una cierta inclinación del ánimo y grandes vuelcos de emoción en cada uno de los pasos hasta llegar a la copia en papel o en transparencia. La fotografía estaba reservada

«CADA VEZ QUE ABRE EN CARACAS UNA NUEVA ESCUELA DE FOTOGRAFÍA, YO ME ASUSTO. PERO NO PORQUE SE NOS VAYAN A IR LOS ALUMNOS, SINO PORQUE TRABAJAMOS MÁS PARA ESTAR DE PRIMEROS: ABRIMOS MÁS CURSOS, BUSCAMOS MÁS FOTÓGRAFOS, DAMOS MÁS CHARLAS, NOS PONEMOS A CAZAR PROFESORES».

a un selecto grupo tributario de las artes visuales o del reporterismo gráfico: esa fragua capaz de tanto brillo, de tanta gracia y de tanto servicio a las sociedades. Sí, la fotografía era cosa de unos cuantos. Y cómo no atreverse a pensar que la escuela de Roberto Mata comenzó a infiltrar ese paradigma antes de que la tecnología terminara por convertir a la fotografía en un derecho masivo.

Seguían llegando más y más alumnos: había que crecer más rápido que la demanda. «Al local de Los Galpones, la escuela entró ocupando ciento treinta metros y salió, seis años más tarde, con trescientos cincuenta. En la medida en que los vecinos soltaban metros, yo los tomaba. Detrás de ella había un local que se había desocupado, pero no me lo terminaban de dar. Yo tenía listo al albañil para tumbar esa pared. Así que un día mandé treinta y dos faxes seguidos a los propietarios, hasta que me llamaron y me dijeron: "Señor Mata, se nos está acabando el papel". Yo les dije que estaba esperando su respuesta y que seguiría mandando faxes hasta que me respondieran. Al rato me dijeron que sí, y a la media hora cayó la pared. Ahí abrimos la sala de exposiciones y la inauguramos con una individual de Morella Lascurain. El tema era una guardia el 31 de diciembre en el Hospital Pérez de León. La exposición se llamaba *Ojo clínico*. La escuela siempre había necesitado un espacio para mostrar.

»Con las muestras de los alumnos, vinieron los celos. Esa es la gran verdad. Claro que hay una cantidad de cosas productivas que suceden cuando muestras, pero también es cierto que los egos se exacerban. Parte de mi trabajo consiste en apoyar a aquellos en quienes veo un talento especial. Por eso los pongo a hacer cosas, les recomiendo cursos, en fin... Y de pronto, los egos se inflan y uno no sabe cómo controlar aquello. Con el paso del tiempo, la vida surge como un remedio infalible, que aquieta las almas. Lo he visto suceder: al final regresan más vibrantes, más turbados por no saber, por necesitar, por interrogarse».





La sala de exposiciones, no obstante, debía ser defendida como necesidad primordial de los procesos de aprendizaje desencadenados. Así logró establecerse, así sigue siendo. Ofrece una programación permanente; sirve de ocasión para el diálogo y la confrontación de los trabajos, de extensión para las aulas, de lugar para la introspección. Y es una estación más de esa devoción por la imagen que se cultiva en la escuela y de la que sus integrantes hablan con verdadero fervor.

«ESTO HAY QUE LLENARLO»

Maryorie Sanabria lleva 12 años trabajando en la escuela. Está en la recepción y en todas partes. Recibe llamadas, procesa inscripciones, vela por el orden en los salones y demás espacios, participa de las funciones administrativas, coordina actividades, asiste a Roberto y observa. Observa a la gente, observa lo que pasa. Maryorie conversa y, mientras recuerda la mudanza a la sede de La California Sur, mira a su alrededor como si fuera el año 2004, cuando pisaba por primera vez aquel lugar: «Lo primero que me dijo Roberto cuando nos mudamos aquí fue: "Maryorie, esto hay que llenarlo". Y yo por dentro me decía: "¡Roberto se volvió loco! ¿Cómo vamos nosotros a llenar todo esto?". Pero sí... Lo hicimos».

Y lo hicieron con la misma metodología sin misterios con la cual han hecho todo: trabajando. Trabajando mucho. Todo el que haya estado cerca de Roberto Mata sabe que no



cualquiera es capaz de acoplarse a su ritmo de trabajo. Llega a la escuela a las siete y media de la mañana; sale a las 10 de la noche, cuando no hay eventos en la sede. «Es un bárbaro. Yo paso entre doce y trece horas diarias en la escuela, pero normalmente Roberto es quien llega más temprano. A veces salimos de aquí a las doce de la noche, por ejemplo, cuando se inaugura alguna exposición. Y si al día siguiente Roberto tiene trabajo a las siete de la mañana, llega a las seis. Cada vez que abre en Caracas una nueva escuela de fotografía, yo me asusto. Pero no porque se nos vayan a ir los alumnos, sino porque trabajamos más para estar de primeros: abrimos más cursos, buscamos más fotógrafos, damos más charlas, nos ponemos a cazar profesores…».

Antes de integrar el equipo de la escuela, Maryorie se desempeñaba como gerente en una tienda de ropa. Desde siempre le gustó la fotografía, y en su trabajo anterior buscaba la ocasión para venir a hacer los cursos. «Además, Roberto comparte conmigo buena parte de su trabajo fotográfico. Ver con él lo que ha hecho es como tener un curso permanente. Él me pregunta qué pienso, y yo cuando me gustan sus trabajos se lo digo y cuando no, también».

El sentimiento de pertenencia que cohesiona a la comunidad de la escuela es una de las primeras observaciones que es posible hacer, apenas con el contacto más inmediato. Para Maryorie, la escuela es más que su trabajo; es su casa y el lugar de muchas realizaciones: «Yo siento que esta escuela también es mía. Somos un equipo. Cuando no está Roberto, hace falta Roberto; cuando no estoy yo, hago falta yo; si no está Álvaro, hace falta Álvaro. Y así con todos. Cuando viene alguna persona nueva a trabajar, yo le indico cómo debe hacer las cosas. Trato de que se encariñe con la escuela también. Eso es fundamental.

»Yo me siento grande trabajando en la escuela. Aquí he crecido como persona. Aquí he tenido responsabilidades muy grandes». Y nada más lejos que una queja en esa última frase. Al contrario. El haber «tenido responsabilidades muy grandes» es algo que cuenta con deleite.

ALQUIMIA

A lo largo de los años, han abundado los casos de alumnos que aseguran haber experimentado un cambio profundo en sus vidas desde que descubrieron la fotografía. Muchos, inclusive, han cambiado de profesión a partir del momento en que el rapto de la imagen se convirtió en un verdadero modo de existencia, en un código vital. Pareciera ser que la fotografía, en un primer instante, produce movimientos anímicos en quienes no son capaces de metabolizar en lo inmediato. Revueltas las emociones, estremecidas las estructuras, es la misma fotografía la que procede a establecer un nuevo orden.

Fue así el caso de Leo Álvarez. Abogado de profesión, y actualmente fotógrafo de Associated Press, aprendió fotografía en la escuela de Roberto Mata y hoy en día es uno de sus profesores fundamentales. Fue el primer alumno que se convirtió en docente. Sucedió cuando la escuela tenía entre 10 y 11 años de fundada. «A diferencia de las artes plásticas, la danza o la música, en las que el ejecutante tiene que tener un don, la fotografía se aprende. No puedes ser músico si no tienes oído, no puedes convertirte en bailarín profesional a los 40 años. En cambio, a cualquier edad, y aunque nunca hayas tenido una cámara en la mano, puedes convertirte en fotógrafo porque el único don que exige la fotografía es la honestidad. Muchos vienen a la escuela porque tienen una necesidad expresiva, porque necesitan desahogar algo. Si el discurso es honesto, si mi angustia, lo que me motiva, tiene un origen verdadero, el resultado va a ser positivo».

La emoción lo ha ido separando del reloj. Hace algunos minutos que Leo debe volver del receso a su aula. Pero tiene mucho que decir; no escatima ni pensamientos ni palabras. Un torrente espléndido se derrama en quienes lo quieran escuchar. Y continúa: «Cuando yo doy mi curso de documentalismo, yo me desnudo. Al mirar mis fotografías, yo veo mis certezas, las cosas en las que me apoyo, mis dudas. No tengo la verdad y en fotografía nadie la tiene. Por eso lo mejor que podemos hacer es transitar desnudos todos sus caminos. Toda mentira aquí se va a caer. Todo discurso falso aquí se va a caer. En la escuela decimos: "En fotografía está todo dicho, salvo lo que cada uno de nosotros tiene que decir". Yo creo que el *staff* de la escuela siempre ha sabido y practicado eso. Y creo que eso ha hecho que funcione».

Ciertamente, el cuerpo docente ha tenido siempre muy claro que su rol primordial es el de encauzar emociones y fuerzas transformadoras, llevando todo esto a la posibilidad expresiva que brinda la fotografía y de la cual ella a su vez se alimenta. La técnica y lo tecnológico, no obstante ser reconocidos como necesarios, han quedado subordinados a principios más abstrac-

tos. Quizás sea en esa gesta subjetiva, íntima, donde reside el alma de esta escuela. Roberto otorga al tema de la búsqueda personal y de la posibilidad de transformación una importancia principal: «Cuando tú empiezas a hacer fotografía y sientes algún tipo de conexión, no entiendes nada de lo que te está pasando. Sientes una ansiedad, un fervor, una pasión. Nada de lo que te ocurre lo entiendes; son momentos muy confusos. Pero esa confusión es la que nosotros en la escuela sabemos manejar. Vamos llevándola, orientándola. Aquí se vive la fotografía. Se vive la imagen y creo que se vive también la transformación. Siento que la escuela es un espacio para la posible realización.

«MUCHOS VIENEN A LA ESCUELA PORQUE TIENEN UNA NECESIDAD EXPRESIVA, PORQUE NECESITAN DESAHOGAR ALGO. SI EL DISCURSO ES HONESTO, SI MI ANGUSTIA, LO QUE ME MOTIVA, TIENE UN ORIGEN VERDADERO, EL RESULTADO VA A SER POSITIVO».

»Para canalizar esa confusión y llevarla a destino, hay una metodología, una serie de ejercicios que van permitiendo conocer intereses y habilidades. Es una fase en la que todo es nuevo, y dentro de esta novedad, lo de las habilidades termina siendo fascinante porque el alumno descubre talentos que no sabía que tenía. Puede descubrir, por ejemplo, que es capaz de desarrollar un lenguaje que no creía que podía desarrollar. Estos hallazgos solo son posibles cuando se trabaja con sensibilidad y con mucha honestidad. Cuando la búsqueda es propia, cuando no se hace para gustar o acomodarse a la mirada de otros. El alumno enfrenta un menú de posibilidades, en algunas acierta y en otras no. Es un proceso lento y exigente en el cual no cabe la inmediatez. Requiere tiempo, meses, años.

»Un fotógrafo madura con trabajo. Con mucho trabajo. Porque no basta con ser sensible y honesto para desarrollar una obra. Si no trabajas todos los días, si no te enfrentas con la imagen todos los días, no pasará nada. El asunto es mucho más complejo que hacer una buena foto. Lo importante es que la imagen se convierta en un cuerpo de trabajo, que aquello que haces se convierta en un concepto. Lograr una historia que se sostenga, saber qué hay detrás de aquello que te sucede. ¿Y cómo se llega a esto? Pues leyendo. Y viendo fotos. Y siendo selectivo. Cuando los fotógrafos, hace años, queríamos ver un libro, una vez que lo teníamos en las manos nos lo comíamos. Ahora entras a Internet, vas pasando imagen tras imagen y en el camino no todo es de calidad. En la escuela generamos una dirección, pero en la casa tú no puedes controlar esa búsqueda. Entonces ahí comienza a haber un ruido. Por eso hay que leer y hay que confrontar».

FORJAR OFICIO

«Una foto por día por 28 días» es el título de un concurso anual que organiza la escuela y cuyas bases y metodología son de una originalidad excepcional. Desde hace tres años, cada 31 de enero a las ocho de la noche, Roberto anuncia vía Twitter (@RMTF) una asignación fotográfica de una sola imagen que el concursante debe enviar en un plazo máximo de 28 horas, esto es, antes de las 12 de la noche del día siguiente. Las asignaciones se basan en producir una fotografía que exprese un enunciado verbal. Dichas imágenes pueden ser realizadas con cualquier dispositivo: cámaras de película, cámaras digitales, teléfonos y hasta escáneres. Lo que guía la búsqueda o la producción de la imagen son frases brevísimas: «Un cambio climático»; «Un extraterrestre adaptado»; «Un intestino largo»; «Un vegetariano evangelizador», «Un héroe civil»... El ejercicio explora el potencial interpretativo e imaginativo del concursante y su capacidad para producir un discurso coherente y personal a lo largo de esos 28 días. Indaga también en la capacidad de compromiso, responsabilidad y autoexigencia de los participantes, pues son motivos de descalificación inmediata tanto la falta de solo una foto de la secuencia como la impuntualidad en la entrega. La convocatoria está abierta a todos los fotógrafos que deseen participar, dentro o fuera de Venezuela. La última edición se inició con la participación de más de novecientos concursantes, de los cuales, al final, quedaron 529.

El ganador de la primera edición de este concurso (y tercer lugar en la segunda edición) fue Gabriel Méndez, otro alumno de la escuela que recientemente se convirtió en profesor. La primera cámara que tuvo en sus manos la compró un par de años antes de ganar el concurso y pocos meses antes de inscribirse en el primer nivel. Gabriel es también abogado y ejerce en la administración pública. Transmite una singular serenidad al hablar. Pocos minutos de conversación con él son suficientes para saber que si la escuela lo incluyó en su cuerpo docente fue, también, por su talento para comunicar: «Yo tuve que esperar más de treinta años para descubrir algo que verdaderamente me moviera el piso. Siempre había sentido cierta curiosidad por la fotografía, pero nunca me había acercado realmente. En el año 2010, debido a la crisis eléctrica, las oficinas públicas modificaron su horario y yo, a las dos y media de la tarde ya estaba libre, con muchas horas del día por delante. Fue así como decidí inscribirme en el curso básico de fotografía. Desde ese momento, progresivamente, me fui enamorando de la imagen a medida que iba haciendo los cursos. En los años que han pasado desde entonces, no he dejado de estudiar, tanto en la escuela como en mis ratos libres».

Para Gabriel, la escuela ha sido el lugar de encuentro con la imagen, lo que ahora reco-



Roberto Mata



noce como su principal pasión. Pero también ha sido gracias a la escuela que ha establecido nuevas relaciones con personas que tienen los mismos apetitos. La fotografía le ha aportado, en términos relativos, el equilibrio de fuerzas que armoniza su vida: «Con la fotografía documental compenso algo de lo que no puedo hacer a través de mi profesión de abogado. La fotografía me permite liberar la carga que significa trabajar en algo tan estricto, tan cerrado, donde los cánones son intangibles, donde todo es lento. En cambio, la fotografía me conecta con lo íntimo. La escuela ha sido la gran mediadora en mi descubrimiento de la imagen. Los profesores que aquí he tenido han sido personas con un gran nivel de compromiso: Ricardo Peña, Ricardo Jiménez, Leo Álvarez, Mauricio López, Roberto Mata, Lisa Blackmore... Al transmitirnos las reflexiones que ellos se han planteado a lo largo de muchos años, surge una comunicación muy profunda. El aprendizaje comienza partiendo desde la visión que cada uno de ellos tiene, pero también desde la libertad que tenemos de seguir cuestionando. Creo que la visión de una escuela la construyen sus profesores. Y esa diversidad, tanto de las visiones de los profesores como de las de los alumnos, se respeta completamente. Queda en manos del alumno decidir hasta dónde llega con ese debate. Si se trata de una verdadera pasión, una vez que ese proceso comienza no se detiene. Entonces vas a la literatura, vas más allá de lo puramente fotográfico: a la poesía, a la filosofía, a la historia del arte. Tu aprendizaje se hace cada vez más complejo».

MIRAR EL PAÍS

Iñaki Zagusti ejerció como especialista en informática durante buena parte de su vida. Una vez que decidió cambiar de oficio, inclu-





yó en sus planes la formalización de sus estudios de fotografía, pues hasta el momento la había tenido como una afición. En 2009 inició sus cursos. Como tantos otros miembros de esta comunidad, Iñaki refiere una profunda identificación con la escuela. Él también dice sentir que es su casa: «La escuela ha sido un lugar de encuentro con personas con quienes comparto objetivos comunes. He encontrado una familia. La forma en que Roberto maneja la escuela te hace sentir que es tuya».

Otro vínculo que Iñaki destaca como principal entre él y la institución es que abre la posibilidad de conectarse con el país: «Aquí participo no solo en actividades fotográficas sino también comunitarias, que le dan a la institución y a las personas que colaboramos un sentido más humano. Se trata de un desarrollo más completo en el plano personal y fotográfico».

Se refiere a iniciativas que con frecuencia asumen profesores y alumnos. Roberto lo explica así: «Yo tengo el privilegio de contar con unas grandes bases de datos, y creo que eso hay que usarlo para el bien de los demás, no solamente para vender cursos. En estos días supimos de una escuela en El Guapo que estaba necesitando urgentemente 50 pupitres. En 48 horas, entre todos, conseguimos los 50 pupitres. Cosas como esa mantienen viva a la escuela».

De izquierda a derecha: Iñaki Zugasti,
Gabriel Méndez, Maryorie Sanabria y Leo Álvarez

Roberto Mata es solicitado en cada proyecto social que requiera de intervención fotográfica. Y cada vez que esto sucede, él se las ingenia para involucrar también a otros miembros de la escuela, alumnos o profesores. Ha estado muy activo en uno de los proyectos de mayor impacto y trascendencia que ha visto este país: «Esperanza», una iniciativa que intenta promover el respeto a la vida de todas las personas en Venezuela, una de las naciones con mayor tasa de homicidios en el mundo. En una primera fase, el proyecto «Esperanza» retrató a 54 madres que habían perdido uno o varios hijos a causa de la violencia. Estos retratos fueron impresos en gran formato y colocados en puntos de alta visibilidad en la ciudad de Caracas. En su segunda fase, llamada «Ponte en su lugar», «Esperanza» propone a la ciudadanía y a figuras públicas portar una fotografía de la mitad del rostro de una madre que ha perdido a uno o varios hijos. Esto como un acercamiento al dolor desde la solidaridad.

Además de involucrarse con iniciativas que le son planteadas o necesidades que va descubriendo a su paso, la escuela amplía su arraigo social a través del otorgamiento de becas. Fundaciones sin fines de lucro que necesitan preparar a algún integrante de su personal, suelen acercarse a la institución en busca de apoyo formativo. Las alcaldías de Baruta y de Sucre también han contado con este apoyo para mejorar la capacitación de sus empleados.

MIRAR EL MUNDO

Otra persona clave para el crecimiento de las actividades, y muy querida por todos los integrantes de la escuela, es Julio Estrada, a quien se debe el capítulo «Larga distancia», donde tiene lugar la organización de los viajes fotográficos dentro y fuera de Venezuela. Este capítulo ha visitado todos los estados del país, con las únicas excepciones de Nueva Esparta y Táchira. Cada vez que viajan al interior, todos deben llevar donaciones para las comunidades con las que van a interactuar. Roberto suele pedir que lleven útiles escolares u otros materiales relacionados con lo educativo. Y advierte siempre: «Nuevos, por favor. Nada de aprovechar esto para hacer limpieza de clóset».

«Cuando tú empiezas a hacer fotografía, sientes una ansiedad, un fervor, una pasión. Nada de lo que te ocurre lo entiendes; son momentos muy confusos. Pero esa confusión es la que nosotros en la escuela sabemos manejar. Vamos llevándola, orientándola. Aquí se vive la fotografía. Se vive la imagen y creo que se vive también la transformación».

Julio se ha encargado de manejar la logística de viajes muy complejos. En los últimos 10 años, la escuela ha visitado cuatro veces India y cinco veces Marruecos. Han ido a Egipto, Turquía, Kenia, Tanzania, Camboya, Tailandia, Birmania, Croacia, Lituania, Letonia, Polonia, Perú y Bonaire. Del exterior también

han llegado visitantes a la escuela. Desde el año 2010, Roberto se ha dado a la tarea de identificar fotógrafos extranjeros cuya obra considera puede contribuir a la formación de los alumnos. Hasta ahora, suman 19 los invitados internacionales: Aleix Plademunt, Álvaro Laiz, Andrea Santolaya, Brinson & Banks, Claudio Napolitano, Francisco Reina, Henry Horenstein, Ioan Grillo, Janette Beckman, Kevin German, Luca Pagliari, Matt Slaby, Nico Baumgarten, Oliver Schmieg, Salvatore Elefante, Stella Kramer, Charles Mostoller y Antonio Castañeda.

UN SECRETO

Roberto maneja por la autopista en dirección a Altamira. Ha sido un jueves de caos en Caracas: día previo a un fin de semana largo en una ciudad desabastecida, urgida de sosiego, feroz, turbada hasta la inconciencia. Desde lo alto del distribuidor Altamira es posible distinguir la congestión que, aún a esa hora, pasadas las 10 de la noche, deben transitar quienes van en dirección a Petare. «Esa es la cola que tienen que soportar los alumnos cada vez que van a la escuela. ¿Cómo los debemos recibir, sabiendo esto? ¿Cuál es la consideración, el apoyo y el respeto que ellos nos merecen?».

Dice que nunca antes le habían preguntado dónde está el alma de la escuela, por qué es lo que es, por qué todos afirman que aquella es su casa. Así que no parece tener una certeza, e improvisar alguna no se le está dando fácilmente. Pero cuenta cosas, de sí mismo y de la institución, que quizás conduzcan a la respuesta: «Para ser fotógrafo hay que ser obsesivo. Si un fotógrafo no se obsesiona con un tema, no lo desarrolla, no profundiza y no logra las imágenes. Creo que yo trasladé esa obsesión de fotógrafo a la escuela. También creo que la escuela dura porque tengo la libertad de cerrarla el día que yo quiera. La escuela ha recibido todo tipo de propuestas, propuestas muy reales y específicas, propuestas tentadoras, pero a todas les he dicho que no. El día en que acepte alguna, estoy seguro, pues ese mismo día pierdo la libertad». ■





TEXTO

Cristina Raffalli

Comunicadora social egresada de la UCAB. Maestría en Estudios Hispánicos en la Sorbonne Nouvelle-Paris III. Autora de los libros *Delta, tierra de agua* y *Biografía de Kathy Phelps*. Colabora regularmente con publicaciones nacionales y extranjeras. Actualmente realiza estudios de doctorado en París.

FOTOS

Ricardo Jiménez

Fotógrafo profesional. Estudios de fotografía en Inglaterra. Ha tenido cinco exposiciones individuales y ha participado en numerosas exposiciones colectivas, nacionales e internacionales. I Premio de Fotografía Luis Felipe Toro (1985). Premio Bienal de Guayana (1997).

Fe y Alegría

Seis décadas formando ciudadanos

Movimiento de educación popular integral y de promoción social, fue fundado en Caracas en 1955. Hoy en día está presente en 19 países de tres continentes: América, África y Europa. Su creador fue el sacerdote jesuita José María Vélaz (1910-1985). Con el apoyo de la Compañía de Jesús, se dedica a ofrecer educación formal y capacitación a personas de bajos recursos. En la actualidad, con una red nacional de 176 planteles y 527 centros de educación no formal, atiende a casi trescientas mil personas.

Norberto Méndez


"Abraham Reyes"
Padre
José María
Abraham Reyes
Semi
Fe
legría

¿Cuáles son las probabilidades de que un pequeño colegio nacido en un barrio caraqueño, en espacios cedidos por una pareja de esposos, se convierta en un movimiento de educación popular presente en 19 países? Muchas, si pensamos en el caso de Fe y Alegría.



Corina Gómez

Detrás del proyecto estaba el padre José María Vélaz, quien supo aglutinar voluntades para poner en marcha una escuela de calidad destinada a los que menos tienen.

El primer colegio de Fe y Alegría (FyA), hoy llamado Abraham Reyes, está ubicado detrás del Bloque 29 del 23 de Enero. Cuando se dio la primera clase, el barrio se llamaba 2 de Diciembre. «Lo bonito de la historia de Fe y Alegría es que nace desde los pobres para los pobres. El padre Vélaz visitaba ese barrio con un grupo de estudiantes de la UCAB. Consiguen a Abraham Reyes y su esposa Patricia, quienes facilitan que se abra la primera escuela al ceder la parte de arriba de su casa recién construida», relata Manuel Aristorena, S.J., director general de Fe y Alegría en Venezuela.

Corina Gómez fue una de las alumnas del primer plantel de FyA. «Tengo recuerdos hermosos de cuando la escuela funcionaba en la casita del señor Abraham. Todos íbamos con nuestra sillita a oír clases. Él era un hombre muy humilde, con un corazón gigantesco, los bolsillos llenos de caramelos y siempre con un cuento para contarnos», evoca. Hoy en día, Corina es promotora comunitaria de la escuela. Su responsabilidad es coordinar tareas junto a la gente de la zona. «Me sentí muy importante cuando me nombraron promotora. Para mí es tan importante como ser Presidenta de la República», afirma. Esta actividad, que realiza de manera voluntaria, es una manera de retribuir la educación que recibió cuando era una niña. «Ojalá pudiera tener más para darles. Cada vez que tenga la oportunidad, lo haré con gusto porque me nace. Como decía don Abraham: "Esta es la casa de nuestros sueños"; acá nos enseñaron a soñar bonito».

«Me gusta hablar de lo fecunda que es la generosidad del pobre. Es una tierra buena, donde cualquier semilla germina, florece y

da muchos frutos», asevera Aristorena. Fe y Alegría atiende a 1.529.063 personas (niños, adolescentes y adultos) en 19 países. Opera en 1.293 planteles y 2.897 centros de educación no formal. Venezuela sigue siendo el país que recibe el mayor impacto: 298.709 niños, adolescentes y adultos reciben formación desde los grados iniciales hasta educación superior en 176 planteles y 527 centros de educación no formal.

CRECIMIENTO SOSTENIDO

«Fe y Alegría está donde termina el asfalto», frase del padre Vélaz que será guía conforme el movimiento va creciendo. Aristorena relata que al principio era difícil concebir una escuela en zonas populares que estuviera bajo la tutela de una orden religiosa y fuese gratuita. «El padre Vélaz rompe paradigmas de lo que era la educación católica privada. En Maracaibo, cuando empiezan a construir la segunda escuela, la comunidad quema el edificio en obras al ver que la hacen curas. Suponían que iban a cobrar por la educación. Pero pronto comprendieron la propuesta del padre Veláz: una escuela para pobres, para los que no tenían nada. Luego de entenderlo, esa misma población se convirtió en la primera defensora», refiere Aristorena.

El crecimiento en Venezuela se produce sin pausas. Si en 1980, con 25 años de existencia, se registraban 51.259 personas atendidas con una plantilla de 2.052 docentes, en 1998, cuando nace el primer instituto universitario (el IUJO de Catia), se atendía a 254.942. A la fecha, el número ha subido a 298.709, lo que representa el 1% de la población venezolana.

El voluntariado fue base primordial en el crecimiento de FyA. A falta de apoyo del Estado –en los años ochenta lograron firmar un convenio que les permitía costear los salarios de la nómina–, el financiamiento de las escuelas se logra a través de la tradicional rifa y de las donaciones particulares y empresariales que respondían a la invitación del padre Vélaz. «Era un fiarse absolutamente de la Providencia: Dios proveerá. Eso implica el valor de un voluntariado que se compromete y dice: "Esta es mi misión. Si me pagan, bien; y si no me pagan, también". Porque sueldos fijos tardaron mucho en llegar», añade Aristorena.

FÁBRICA DE EMPRENDEDORES

Otra de las frases del padre Vélaz signa el espíritu de FyA: «La educación para los pobres no puede ser una pobre educación». El movimiento también se inspira en pensadores como Pablo Freire (1921-1997), quien sostenía que todo proceso educativo debe partir de la realidad que rodea a cada individuo.

Desde sus inicios, FyA busca el reconocimiento y la formalización de las diversas propuestas educativas que va desarrollando: edu-

cación para el trabajo, educación artesanal, educación agrícola. Cuando todavía no se hablaba de emprendedores, FyA ya formaba a muchachas y muchachos en diversos oficios. El Instituto San Javier, ubicado en El Valle de Mérida, empezó a graduar bachilleres en artesanía, ebanistería, vidrio y joyería (mucho del desarrollo artesanal de la zona se debe a este esfuerzo educativo). También surgen las escuelas agropecuarias, que hoy suman 18, como respuesta al campesino que necesita mejorar la calidad de su trabajo en agricultura y ganadería.

ARISTORENA RELATA QUE AL PRINCIPIO ERA DIFÍCIL CONCEBIR UNA ESCUELA EN ZONAS POPULARES QUE ESTUVIERA BAJO LA TUTELA DE UNA ORDEN RELIGIOSA Y FUESE GRATUITA.

La finalidad de la educación para el trabajo consistía en que el estudiante recibiera la formación necesaria para que, una vez graduado, estuviese preparado para ganarse la vida. No tanto para trabajar en una empresa, sino para ser empresario, emprendedor. «No son unos currículos que se hacen en un despacho, sino que tienen que ver con la realidad inmediata de la escuela», apunta Aristorena. Bajo esta premisa funcionan los Centros de Capacitación Laboral, donde adultos jóvenes que no pudieron seguir en el sistema formal de educación aprenden un oficio. Actualmente, hay 115 centros en Venezuela que atienden a unos cuarenta mil alumnos por año.

FORMAR CIUDADANOS

Siendo un movimiento de educación popular, el objetivo de FyA es educar ciudadanos proporcionándoles las herramientas necesarias para transformar el país. «No educamos para que la persona se convierta en una isla, para que no tenga nada que ver con lo que la rodea. La educación popular tiene una dimensión pedagógica, que es a la vez ética y política (política que viene de polis). Que puedan decir: "Yo soy miembro de la ciudad (polis), yo soy responsable de la ciudad", y actúen en consecuencia. No se puede educar para la crítica si no se permite la crítica. El aporte de Fe y Alegría es su énfasis en la dimensión ética (educar en valores) y pedagógica (practicar lo aprendido)», así se expresa Antonio Pérez Esclarín, director del Centro de Formación Padre Joaquín.

Nacido hace 68 años en Aragón (España), cuando Pérez Esclarín llegó hace cuatro décadas a Maracaibo, tenía en su haber estudios de Filosofía, Teología y Educación en Quito, Nueva York y Caracas. Fue «reclutado» por una monja de un FyA que necesitaba profesores de Literatura, Filosofía e Inglés. Desde ese entonces no ha parado, y hoy está al frente del referido Centro de Formación. «Fe y Alegría es el único movimiento educativo que produce teoría pedagógica desde la marginalidad –señala en entrevista telefónica desde Maracaibo–. Desde un principio, entendimos que, más que profesionales, queremos formar perso-



Manuel Aristorena

nas plenas. Educar es formar personas, cincelar corazones, continuar la obra creadora de Dios. Formar mejores personas para tener mejores países».

Aclara que el objetivo de FyA tampoco es «cristianizar», pues no se le cierran las puertas a quienes profesen credos distintos. Décadas atrás, FyA se planteó convertir las escuelas en las universidades del alumno, de manera que este se convirtiese en un profesional de la reflexión: que pensase sobre el ser y sobre el hacer. «Cuando decimos que somos un movimiento popular, lo popular no lo entendemos como ubicación geográfica sino como situación transformadora. Al cumplir cincuenta años, Fe y Alegría se planteó promover la educación como bien público. No solo defender una educación de calidad para nuestros alumnos, sino para todos los estudiantes del país». Apunta Pérez Esclarín que el gran reto de la educación católica es ser católica: que se preocupe por la educación de calidad de todos los niños venezolanos, que se abra al entorno. Señala que el país necesita ver a la educación católica volcada hacia lo público.

LA CALIDAD COMO NORTE

En la población existe una percepción sobre la calidad de la educación que imparten en FyA. Por eso las familias se interesan en matricular a sus hijos en los colegios y liceos de la red. Tal es el grado de interés que, según las estimaciones, apenas un tercio de la demanda anual de cupos llega a ser satisfecha.

En un estudio realizado en 2009 por la Universidad de Harvard y el IESA se comparó a los egresados de FyA con estudiantes de escuelas públicas a partir de los resultados de la Prueba de Aptitud Académica (PAA). Se determinó que los estudiantes de FyA obtuvieron resultados superiores a los estudiantes del sistema de educación pública del país.

«Me siento preparada. Voy para el sexto año y estoy muy agradecida con la formación que he recibido acá desde que entré en preescolar. Fe y Alegría ha sido como mi familia, pues mi abuelo, mi mamá, mis tíos y primos han estudiado en este mismo colegio». Así habla Irani González, joven de 18 años, estudiante del Colegio Don Pedro, ubicado en San Agustín del Sur, Caracas. González, quien participó en el grupo de Embajadores Comunitarios de los Modelos de Naciones Unidas, fue seleccionada en 2012 junto a otros tres jóvenes de su colegio para integrar la delegación que representó a Venezuela en un debate sobre *ciberdelitos*. Allí, en plena ciudad de Nueva York, se dieron cita estudiantes de secundaria de todo el continente. Durante la visita, conocieron Washington y tuvieron el honor de sentarse a deliberar en la sala de la Asamblea General de la ONU.

«Cuando nuestros estudiantes hacen sus pasantías, en un ochenta por ciento de los casos las empresas les ofrecen dejarlos fijos o

contratarlos. Esto es un indicador de que estamos formando bien a nuestros muchachos para que puedan integrarse al entorno laboral», acota Thaís Marfisi, coordinadora de estudios del FyA de La Rinconada, localizado en Coche. Este colegio, fundado en 1967 y reconvertido en Técnico Medio en 2001, gradúa en las áreas de Servicios Administrativos, Mención Informática, y en Industrial, Mención Electrónica. «Hay que estar atentos a los cambios, a lo nuevo», advierte Betti Vásquez, directora del Colegio La Rinconada, un liceo que, aparte de contar con 996 alumnos y más de cien profesores, es también la cuna de un proyecto que ha puesto a FyA a tono con los nuevos aires de la educación en países del primer mundo.

Gioconda Laurens, subdirectora de este liceo, refiere que hace cinco años se realizó un encuentro nacional con el fin de hacer un nuevo diseño curricular. La propuesta consistía en pasar de la tradicional evaluación por objetivos a la evaluación por competencias: un cambio de paradigma que implicaba modificar la manera de enseñar (para los profesores) y la manera de aprender (para los alumnos). «Una competencia es una cualidad que tenemos que enseñarle al alumno a desarrollar, pues involucra estimular en ellos el análisis. Bajo este nuevo paradigma, preparamos al alumno para que no solo tenga los conocimientos sino también las competencias necesarias para insertarse en el mercado de trabajo», explica Laurens. En los cinco años en los que La Rinconada ha llevado adelante este nuevo modelo, hay algunas cifras que certifican sus buenos resultados: los alumnos presentan un promedio de 72% de aprobación en las materias. Asimismo, el alto porcentaje de alumnos que son solicitados para quedar fijos una vez que terminan sus pasantías es del 80%.

EDUCACIÓN HERTZIANA

Siendo la radio el medio de comunicación que llegaba a los más lejanos rincones de la geografía, FyA creó su Instituto Radiofónico (IRFA) para hacer comunicación masiva de algunos programas de formación. En la actualidad, operan veinte institutos. Los alumnos, que incluyen desde jóvenes mayores de 15 años hasta personas de la tercera edad, acuden los días sábado a clases semipresenciales. En el programa «Radio revista juvenil», de lunes a viernes, se hace repaso del material de las guías. «Me enamoré de este trabajo, porque vi que en todas partes había inclusión. Hay que darles oportunidades a las personas de bajos recursos», refiere Fanny Mosquera, promotora del IRFA ubicado en el Colegio Guadalupe de Caracas. Solo en este centro, con 27 años de existencia, hay una matrícula de 253 alumnos. Carmen Luisa Bravo, de 56 años, es una de ellos. Al cumplir los 50, decidió sacar el bachillerato y se inscribió en el IRFA. «Ya mis cuatro hijos estaban

graduados y eran profesionales. Y como yo los vi crecer, me dije: "Ahora me toca a mí". Me sentía pequeñita, pero mi familia me ha ayudado mucho. Me siento orgullosísima. Y pienso seguir estudiando, especialmente Historia. Es extraordinario que le den la oportunidad a personas que no podían estudiar, que no tenían los recursos», expone.

«NO EDUCAMOS PARA QUE LA PERSONA SE CONVIERTA EN UNA ISLA, PARA QUE NO TENGA NADA QUE VER CON LO QUE LA RODEA. LA EDUCACIÓN POPULAR TIENE UNA DIMENSIÓN PEDAGÓGICA, QUE ES A LA VEZ ÉTICA Y POLÍTICA».

El IRFA del Colegio Guadalupe ha graduado a 336 alumnos en 14 promociones. Los estudiantes salen como técnicos medios en Contabilidad tras seis años de estudio. «Me siento contenta con el trabajo que hemos realizado», dice con entusiasmo a sus 91 años la hermana Inés de la Cruz, su recién retirada directora tras 27 años de trabajo. «Hemos tenido personas muy motivadas que han contribuido con este hermoso proyecto».

Como parte de la reflexión sobre la inclusión en FyA, en 1991 nació la Educación Especial en el IRFA. En la actualidad, existen dos institutos –el Padre Javier Castiella de La Urbina y el Padre José Manuel Vélaz de Propatria– donde atienden a personas con deficiencias visuales, auditivas, cognitivas y discapacidad motora. La matrícula actual es de 109 alumnos, pero ya han graduado a 300.

PILARES DEL ÉXITO

Una clave del éxito de FyA es lo que denominan «la autonomía funcional»: cada instancia, cada escuela, cada centro de formación o cada emisora, tiene muy claro lo que hay que hacer; son libres para buscar ayudas o alianzas. «Cada nodo de Fe y Alegría es dinámico. Lo que importa es que cada persona sienta o sepa cuál es su misión, su razón de ser en la vida de este movimiento: educar con calidad para transformar la realidad. Cuando alguien se entusiasma con eso, y en Fe y Alegría tenemos a muchas personas entusiasmadas, le das entonces la libertad para ver cómo lo hace. Cuando se tiene la posibilidad de ser creativo y darse su propia respuesta, uno se encariña más con lo que hace», explica Aristorena.

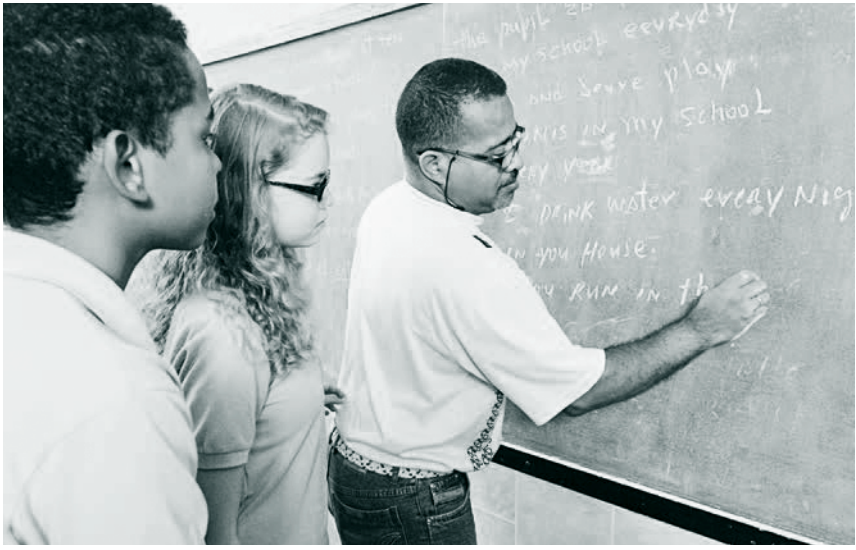
En todo caso, se hace un seguimiento a lo que se hace, para ir viendo logros y carencias. Pérez Esclarín advierte que se toma muy en serio la formación del personal, no solo en términos académicos, sino también en cuanto a competencias, que se traduzcan en mejores rendimientos en el aula. También se preocupan por la formación en valores, por las actitudes del profesorado. Declara Aristorena: «El valor mayor de Fe y Alegría es su gente. En cada escuela tienes un grupo de personas, sobre todo mujeres, que no miden










DRINK water
House.

ni el tiempo ni el esfuerzo, que les dan todo a los muchachos. El personal de Fe y Alegría no dice: "A Fe y Alegría le doy tanto", sino: "Le doy a mis muchachos, a mis alumnos". Es el sentido de que le estás dando a la sociedad. Esa es nuestra fortaleza mayor».

Los consultados coinciden en que otro pilar del éxito ha sido el respeto a las diferencias, pues más allá de las distintas posiciones políticas o religiosas, el punto de encuentro es la misión de educar. «Cada quien va a aportar a la misión desde su manera de ver la vida. La propuesta política de Fe y Alegría se enriquece por la diversidad de su gente. Creemos que cuando tú quieres ser fuerte, asumiendo que todo el mundo piense lo mismo, eres absolutamente débil. Los humanos no pensamos todos de manera igual. Cuando quieres que todos piensen lo mismo, quiere decir que hay gente que piensa distinto y se calla. Pero cuando sientas en una misma mesa a gente que piensa distinto y que sabe que puede aportar desde su perspectiva, pues ese es el camino que busca Fe y Alegría: el camino que conduce a una riqueza valiosa», expone Aristorena.

«En Fe y Alegría tenemos cientos de historias bellísimas, como aquella en que se consiguió que la comunidad se organizara para hacer un sistema de acueductos. Como no llegaba agua a ciertos barrios de Maracaibo, la comunidad estableció su propio sistema de distribución a partir de la escuela. No viene con dinero el resolver los problemas de la comunidad; es más bien gente resolviendo sus problemas», dice Aristorena. También Vélaz supo llevar a FyA más allá del entorno popular, convirtiéndola en una institución de alta valoración y vinculación con la sociedad. Quien está en la cercanía de la escuela, ha participado y se siente parte de ella. Pero también personas que estudiaron en colegios de formación católica, no pertenecientes a FyA, apoyaron a la institución.

En casi seis décadas de existencia, sin embargo, no han sido pocas las dificultades. Comenzando por los problemas financieros, que no pueden ser soslayados. Para el padre Vélaz, era lógico deducir que al ofrecer un servicio público como la educación a los más necesitados, el presupuesto debía provenir en buena parte de las arcas públicas. Y si bien lograron una importante conquista al firmar un convenio bajo la Asociación Venezolana de Educación Católica, todavía quedan otras «cumbres» por conquistar. Una de ellas es el derecho a la jubilación. «Si tuviéramos ese derecho, no se iría nadie de Fe y Alegría». Pérez Esclarín acota: «Existe una gran deuda social en el reconocimiento al derecho a la jubilación. No hay derecho de que haya gente cansada, y que debe seguir trabajando, porque no tendría con qué subsistir».

PREPARÁNDOSE PARA EL FUTURO

Una institución como FyA debe tener miras en el largo plazo. «La educación no puede ser para resolver el problema del "ya". La misión es formar gente, y el proyecto de gente va a vivir muchos años. A esa estructura debes darle herramientas y competencias, porque si no esas personas no podrán afrontar el futuro cambiante», sostiene Aristorena. Como respuesta a estos desafíos, FyA implantó una planificación estratégica que el personal conoce comúnmente como el P10. He aquí los diez objetivos estratégicos planteados:

1. Calidad de la educación popular: que consiste en medir competencias, valores, igualdad de género, integración con la comunidad y gerencia de la escuela.

2. Programa de educación técnica: que contempla la intermediación laboral y la conexión de la escuela con la empresa para adaptar al egresado al mercado laboral. Dice Aristorena: «No se trata de graduar alumnos para que sean mano de obra barata, sino que sean capaces de montar su propio negocio».

3. Informática educativa: que pretende dotar a todas las escuelas con centros de computación.

4. Formación de educadores populares: que persigue mejorar la calidad del profesorado.

5. Programa de educación no formal y promoción social: que forma en competencias y valores a la juventud desocupada o que abandonó la escuela.

6. Gestión y fortalecimiento institucional: que forma al personal de la alta gerencia en planificación estratégica.

7. Pastoral educativa: que tiene que ver con la formación en valores cristianos.

8. Acción pública e incidencia política: que defiende los derechos educativos de la población. Agrega Aristorena: «Fe y Alegría está a favor de que no haya ningún niño sin escuela, a favor de que los derechos del maestro sean respetados».

9. Instituto Radiofónico: que fortalece la formación en oficios y bachilleratos en modalidad semipresencial.

10. Red de trabajo indígena: que desarrolla formación cultural bilingüe para atender a las comunidades indígenas.

PAZ Y ALEGRÍA

Fe y Alegría no se ha quedado encerrada entre los planteles o centros que están bajo su responsabilidad. Un ejemplo son las iniciativas que ha planteado en el pasado reciente para promover una cultura de paz frente a la espiral de violencia que vive la sociedad venezolana. Desde Ciudad Guayana, Luisa Pernalete coordina los Proyectos de Educación para la Paz y la Ciudadanía que fomentan la convivencia pacífica. Pernalete evidencia pasión con lo que lleva adelante. Graduada en Educación en la Universidad del Zulia, em-

pezó en Fe y Alegría como profesora de Historia Universal Contemporánea. Luego llegó a ejercer como directora regional tanto en Zulia como en Bolívar. Tiene 20 años vinculada al tema de los derechos humanos. «El problema de la violencia se incrementaba y nos estaba cercando. Hubo varios niños muertos por sucesos hace cinco años, que fueron la campanada de alerta. En ese diálogo permanente con la sociedad, surgió la necesidad de abrir este centro, pues era obvio que a pesar de nuestro trabajo en valores, el esfuerzo por hacer era más complejo», recuerda Pernalete.

En los Centros de Capacitación Laboral los adultos jóvenes pueden aprender un oficio. Actualmente, hay 115 centros en Venezuela que atienden a unos cuarenta mil alumnos por año.

«Los primeros pasos se dieron en Ciudad Guayana. Comenzamos con un grupo de madres, buscando que ellas identificaran la violencia a lo largo de su vida: en la familia, en el entorno. Siendo un tema de múltiples aristas, hemos diseñado estrategias para llegar a los profesores y alumnos. La idea ha sido formar líderes entre los alumnos, las madres y los maestros que promuevan la paz. No podemos dejar por fuera al alumno porque el muchacho tiene el derecho y el deber de participar en la solución de sus problemas», acota Pernalete.

«En el Colegio Abraham Reyes del 23 de Enero, creamos centros de ciudadanía escolar donde los niños aprenden los valores ciudadanos», refiere Pedrieti Ramírez, coordinadora de Pastoral. Desarrollan jornadas de «vacunación de valores», en las que los propios niños enseñan a sus pares qué es la *tolerancia*. Una vez que el valor es aprendido, cada uno recibe un caramelo o un pequeño detalle a manera de recompensa. También se les enseña la resolución sana de conflictos. «Trabajar en un entorno donde hay violencia no es fácil. Por ello insistimos en la formación de valores, para que el niño se convierta en un ciudadano consciente de sus derechos y deberes», explica Ramírez.

ESCUELA DE VIDA

«Fe y Alegría es lo más importante en mi vida. Aquí se formaron mis cinco hijos como personas y profesionales, y también mis nietos. Fe y Alegría ha sido un camino para continuar. Llegué hace más de veinte años y aquí me quedé. Y estaré hasta que el cuerpo aguante», así se expresa Dolores de Brito, mejor conocida como Lola por los alumnos de La Rinconada, en donde se encarga de la cantina. Lola comenta que cuando tiene que llamarle la atención a un alumno lo hace por el bien de los muchachos. «Aunque no haya entrado a un aula, esta es mi escuela. Yo no sabía cocinar y aquí aprendí. Cuando haces las cosas con amor, cuando las vives, te salen mejor».

En el tren profesoral son muy comunes los casos de exalumnos que regresaron como maestros a las aulas donde alguna vez estuvieron. Pedrieti Ramírez formó parte de la primera promoción en Educación, Mención Preescolar, del Instituto Universitario Jesús Obrero de Catia. «Es un grandísimo orgullo poder colaborar y aportar a la idea del padre Vélaz», acota.

«El legado que deja Fe y Alegría es el de una educación de calidad, es el de hacer las cosas bien con lo poco que tenemos», resume Gioconda Laurens, subdirectora de La Rinconada. Con treinta y dos años de experiencia docente, Laurens es otro ejemplo de exalumna. Su gran satisfacción es «ver a mis alumnos graduados y profesionales. En cualquier parte adonde vas te los encuentras y ellos recuerdan con cariño su paso por el liceo. Entonces ves que funcionó, que la escuela hizo lo que tenía que hacer».

«La contribución de Fe y Alegría es la de una educación popular integral dirigida a las clases más necesitadas. En treinta y cuatro años de experiencia, puedo decir que estoy satisfecha de haber puesto mi granito de arena para que estos muchachos tuviesen una formación de calidad», complementa la profesora Thaís Marfisi.

«Yo me formé aquí. La mística de trabajo de Fe y Alegría me ha permitido desarrollarme personal y profesionalmente, a mi estilo. He tenido libertad para crecer y proponer», dice Luisa Pernalete.





«En mi familia estamos muy agradecidos con la educación recibida en Fe y Alegría, pues nos permitió prepararnos y llegar a ser profesionales», se expresa así Irani González, integrante de una familia que ya suma tres generaciones en el Colegio Don Pedro de San Agustín.

«Fe y Alegría es la familia grande. Aquí hay amigos, hermanos, compañeros. Hay esperanzas y hay sueños. Claro que se tienen diferencias, pero se buscan puntos de encuentro. Luego de treinta y tres años de experiencia, creo que sí vale la pena lo que se hace», asegura Betty Vásquez, directora de La Rinconada.

«Uno aprecia lo aprendido en Fe y Alegría. Allí se interesan por formar en valores, por estimular en los jóvenes la preocupación por lo social. En mi caso particular, que siempre quise dibujar, recibí respeto y estímulo. Me dieron la oportunidad de desarrollar mi vocación», señala el caricaturista Eduardo «Edo» Sanabria, exalumno. Para Sanabria, «esta es una institución que no se puede desprestigiar: la verdadera labor social la hace sin ruido. Ellos están en las zonas rurales o en los barrios más difíciles».

«Me siento realizado. He intentado dar algo, pero he recibido más. Aquí aprendí a vivir con pasión y compasión –afirma Antonio Pérez Esclarín, quien recibió el Premio Jesús Maestro en 2004–. Gracias a Dios hay muchas cosas por mejorar y gente con ganas de hacerlo. Hay Fe y Alegría para rato, aunque a veces suelo decir que su verdadero triunfo sería desaparecer, porque ello significaría que ya no hay ni pobres ni excluidos. El ser humano es un tesoro: tan rico que su crecimiento debe ser permanente, porque lo lleva adentro, en sus profundidades, en su valor, en su corazón amplio y generoso. Fe y Alegría está en la adolescencia. ¡Ahora es que tiene mucho para dar!». ■



TEXTO

Norberto Méndez

Graduado en Comunicación Social (UCV). Formó parte del Programa Balboa para Periodistas.
Ha trabajado para *El Nacional*, *Tal Cual* y Unión Radio.
Colaborador de diversas revistas.
Hizo prácticas profesionales en *El País* (España). Actualmente se desempeña como periodista institucional en Banesco.



FOTOS

Luis Brito

Premio Nacional de Fotografía (1996). Exposiciones individuales y colectivas en 14 países.
Está representado en diversas colecciones privadas, públicas nacionales e internacionales.
Ha hecho muestras antológicas en Sala TAC de Caracas y MAMBO.

Fundación Vivienda Popular

Techo propio para todos

Creada en 1958 bajo el liderazgo del empresario Eugenio Mendoza Goiticoa, es una de las organizaciones no gubernamentales más antiguas de Venezuela. Durante más de medio siglo, ha dedicado esfuerzos en promover, diseñar y ejecutar acciones que contribuyan a satisfacer las necesidades de vivienda y hábitat de los sectores de menores ingresos. Siempre fiel a sus objetivos iniciales, ha venido desarrollando tecnologías constructivas de bajo costo, que constituyen aportes fundamentales a la historia de la arquitectura en Venezuela y propician en las comunidades de menores recursos la autogestión y apropiación de sus problemas y soluciones.

Maruja Dagnino



Subiendo por la carretera Panamericana, muy cerca del Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas, hay un retorno que conduce a un camino que baja hacia la derecha. A unos escasos metros, un pequeño puente por donde pasa el agua proveniente



del río Tumerí, que abastecía a la vieja Caracas, nos introduce en Santa Cruz de Figueroa, antigua hacienda cafetalera que en la época colonial acogió a españoles peninsulares y canarios, y en pleno siglo XX recibió a inmigrantes andinos que allí se asentaron.

Entre las casas encaramadas en el cerro, también pueden verse todavía entreveradas las ruinas de la antigua hacienda Figueroa. Cuarenta fueron las familias originales que hoy constituyen el grupo Los Comuneros, de San Antonio de los Altos, que dice descender del marqués de Mijares, quien repartió las tierras entre su descendencia. Pérez, Monroy, Hidalgo, son algunos de los apellidos que dan abolengo a Santa Cruz, población de carácter popular que todavía conserva ese sabor rural de gente que pasa trabajo, pero en la que prevalecen la bondad, las buenas costumbres y las tradiciones, entre las cuales se cuenta el culto al patrono san Francisco de Asís y la paradura del Niño.

En otros tiempos fue distinto. Todos chapoteaban en el río: venían de otros parajes a bañarse en la cascada, a disfrutar del paisaje de montaña y a buscar mangos –dicen– desde El Valle. Los años no han pasado en vano. A Figueroa siguieron llegando forasteros desde otras geografías del país y, como sucede en los países pobres, se han construido casas precariamente, a un ritmo más acelerado que los servicios. Áreas que originalmente fueron comunes –como parques, canchas deportivas o incluso escuelas– han sido ocupadas por viviendas improvisadas. Construir una planta de tratamiento para aguas servidas o reparar una escuela que está cerrada por una falla geológica son algunas de las promesas que se escuchan con los años. Pero, sin explicación alguna, los niños siguen recibiendo clases en casas de particulares. Así son los países pobres por vocación. Los dineros se pierden, las ayu-



Xiomara Fagúndez

das no llegan, y al final la gente se queda atrapada en la pobreza, sin esperanzas, añorando que algún gobierno ceda algo del producto per cápita para mitigar sus carencias o para aliviar los síntomas sin curar la enfermedad. Pero de vez en cuando ocurre un milagro.

Xiomara Fagúndez vivía con su esposo y su hija en casa de sus padres. Y con gran esfuerzo ella y su marido se construyeron un piso con cuatro paredes y un techo. Era una pareja de jóvenes recién casados, con una niña pequeña. Utilizaban el baño de sus buenos vecinos; se bañarían seguramente en alguna ducha improvisada. Ella ayudaba a la economía del hogar pegada a una máquina de coser, hasta que la contactó el gobierno para que se encargara de un comedor comunitario. Contra viento y marea, porque ese es un proyecto que en la mayoría de las comunidades fracasa, Xiomara ha logrado mantener su comedor de manera impecable, gracias al uso racional de los recursos, a su gran capacidad organizativa y a su real preocupación por las personas que tienen menos recursos. Por eso la cocina desde donde despacha es un crisol, como es un crisol toda la casa que habita, y que ha ido construyendo gracias a su trabajo de costurera, al modesto sueldo que recibe por el comedor y a Asoviv, uno de los programas vertebrales de la Fundación Vivienda Popular (FVP), que en 1958 fue creada por Eugenio Mendoza Goiticoa junto a varios empresarios venezolanos.

LA VENEZUELA INFORMAL

En los países prósperos, donde el Estado garantiza la distribución social de la riqueza, tener un techo donde vivir no constituye una proeza, pero sí en los países en los que todos los ciudadanos no parecen tener los mismos derechos. En Venezuela, los niveles de pobreza alcanzados superan el 50% de la población. El 70% de las áreas urbanas corresponden a tierras que fueron ocupadas informalmente: barrios sin acueductos, sin cloacas, con sistemas de electrificación improvisados por los mismos vecinos, sin mínimas condiciones de salud pública, sin calles, sin escuelas o, en el mejor de los casos, con escuelas pobres, sin baños, sin mantenimiento.

La arquitecta Josefina Baldó, profesora e investigadora de la UCV, especialista en barrios y expresidenta del Consejo Nacional de la Vivienda (Conavi), dice que la vivienda es un derecho constitucional: tan importante que, al no cumplirse, las personas se procuran su techo de cualquier manera. «En todos los gobiernos ha habido programas para facilitar la vivienda a los sectores más pobres, unos con mayor éxito y otros fracasados. Y sin embargo, más del 50% por ciento de la población tuvo que resolver el problema por sus propios medios. Esto significa que tuvo que enfrentarse a que lo amenazaran con desalojo, por ejemplo, sin que le ofrecieran ninguna otra opción. Es realmente significativo que el asentamiento más importante de viviendas

sea lo que denominamos barrios, en todas las ciudades venezolanas. Pero esa fue una manera de satisfacer la demanda de vivienda de una gran parte de la población, a un ritmo mucho más acelerado del que ofrecía el Estado o el sector privado, que muy pocas veces han pensado en soluciones para las personas de menores recursos. Así, se poblaron en nuestro país más de ciento sesenta mil hectáreas. Estamos hablando de más de quince millones de personas que habitan en esas condiciones, es decir, la mitad del país viviendo en barrios informales. Se puede entender entonces que toda la infraestructura de servicios se haya dado de a migajas».

En este contexto de país, con una visión modernizadora, Eugenio Mendoza Goiticoa, un empresario que logró amasar una de las más grandes fortunas de Latinoamérica, se convertía en precursor. Adelantándose a la Constitución de 1961, no solo abogó por la incorporación de la vivienda como un derecho ciudadano sino que, para el momento de su muerte en 1979, 80% de sus trabajadores ya tenían casa propia. También se adelantó unos sesenta años con la creación de la Fundación Vivienda Popular, que hizo posible que muchas familias pudieran aspirar a techo propio. En 1976, los trabajadores directos de sus empresas sumaban 12.000. Esto equivalía a 9.840 familias o 39.500 personas que podían dormir tranquilas, sin miedo a que una lluvia torrencial las dejara sin techo donde guarecerse.

UN HOMBRE, UN PAÍS

Desde la época del presidente Isaías Medina Angarita en adelante, Mendoza era frecuentemente invitado a formar parte de instancias gubernamentales. No lo hacía por conveniencia política, sino porque le interesaba hacer de Venezuela un gran país, bajo unos principios de capitalismo social. En ese contexto, Mendoza llegó incluso a influir en la creación de la Ley de Hidrocarburos, que obligaba a las transnacionales a refinar en Venezuela como requisito fundamental para renovar y otorgar las concesiones.

PARTE ESENCIAL EN LA CONSTRUCCIÓN DE UN PAÍS ES QUE LAS PERSONAS VIVAN EN CONDICIONES DE HABITABILIDAD, INCLUSO POR RAZONES DE SALUD PÚBLICA. UNA VIVIENDA DONDE NO LLEGA EL AGUA, DONDE SE ESTÁ OBLIGADO A ALMACENARLA DURANTE DÍAS EN RECIPIENTES, ES UN CULTIVO DE ENFERMEDADES.

Hacia mediados de los cuarenta, la construcción en Venezuela se encontraba en pleno auge. Esa tendencia continuó bajo la dictadura de Marcos Pérez Jiménez, con quien Mendoza no tenía muy buenas relaciones. Ya para entonces había una noción de ciudad vinculada a un concepto moderno. Las nuevas tecnologías, la concepción del espacio, evidenciaban la influencia del diseño industrial, de la geometría, de la escuela Bauhaus. Urbanistas como Maurice Rotival, quien planeaba una Caracas monumental a

partir de las torres de El Silencio; o constructores como Juan Bautista Arismendi, Inocente Palacios o Luis Roche, incluyendo a muchos de esos italianos anónimos que levantaron edificaciones en todo el país; o arquitectos que trascendieron, como Gustavo Wallis, Luis Malaussena o Carlos Raúl Villanueva, creador de El Silencio, el 23 de Enero o la Ciudad Universitaria de Caracas, dieron paso a las ciudades del futuro.

Mendoza se había adelantado a la sustitución de importaciones fundando industrias en Venezuela vinculadas a la construcción, el agro y los alimentos. Luego de insistentes ensayos fue adaptándose a los nuevos tiempos. Al crear la Fundación Vivienda Popular, luego de deslindarse de la Junta de Gobierno por razones antimilitaristas, se dedica a reclutar voluntades entre los empresarios venezolanos para instituir un fondo destinado a la construcción de viviendas a bajo costo. Hacia 1958 ya contaba con 19 empresas, seis de ellas directamente relacionadas con la construcción. Y hacia 1959 llegó a tener 59 firmas, de las cuales 19 pertenecían al ramo de la construcción y dos al sector bancario financiero, una actividad de la cual también fue pionero.

Mendoza fundó, por ejemplo, el primer banco hipotecario para financiar la compra de viviendas con intereses solidarios. Nunca quiso que la Fundación, ni ninguna de sus constructoras, se dedicaran a hacer viviendas o centros comerciales para los sectores acomodados. La construcción en sí no era su negocio, sino parte de su cuota de responsabilidad hacia el país, que siempre asumía con total altruismo. Adicionalmente, los desarrollos habitacionales emprendidos por la Fundación se hacían siempre por licitación, para alejar cualquier sombra de duda. La práctica de institucionalizar las licitaciones en Venezuela mucho le debe a Mendoza.

ESO QUE LLAMAMOS «DON DE GENTE»

Mendoza es recordado por sus empleados como un tipo gentil, sencillo, que conocía a sus trabajadores por sus nombres, como también los de sus esposas e hijos. Sabía cómo vivían, y cada año buscaba mejorar sus condiciones laborales y salariales. Era un adelantado a la visión moderna del manejo de los recursos humanos. Al menos eso es lo que cuenta con profusa emotividad Joaquín Medina, quien entre 1976 y 1989 fue inspector de obras de la Fundación Vivienda Popular: «Tenía una visión tan justa sobre las relaciones laborales que entregaba los camiones a los transportistas bajo un contrato según el cual, luego de diez años, serían suyos. De esta manera le ofrecía al trabajador la oportunidad de emprender su propio negocio más tarde. Jamás se supo de problemas con sus trabajadores; nunca hubo un pliego conflictivo. Era un hombre que inspiraba respeto, y también afecto».

Mendoza se rebanaba los sesos pensando en cómo hacer para que parte del dinero que ganaba con sus empresas regresara a sus empleados de un modo eficiente, más allá del salario que recibían. El ejercicio que hacía de capitalismo social lo llevaba a anticipar muchas veces beneficios no previstos en las leyes del trabajo, tales como utilidades, bonificaciones de fin de año, cajas de ahorro, préstamos para viviendas, servicio médico y hospitalario. También estimulaba la compra de acciones por parte de los trabajadores y la participación cívico-comunitaria. Valores que la Fundación Vivienda Popular ha continuado desarrollando.





TECHO PROPIO PARA TODOS

Definitivamente, el tema de la propiedad era un valor que Mendoza respetaba y promovía, al punto de diseñar un sistema autosostenible para procurárselo, primero, a sus trabajadores y, luego, al resto de la sociedad. Josefina Baldó, quien fue promotora del Programa de Habilitación Física y Social de Barrios, argumenta que hay demasiados inmuebles en alquiler en Venezuela, incluso en los barrios. Y, más aún, que uno de los grandes problemas que tenemos es que esas viviendas, al ser construidas precariamente sobre invasiones, no cuentan con la titularidad de la tierra. Ello explica por qué el programa

Asoviv de la Fundación ofrece créditos a los beneficiarios que tengan, al menos, el título supletorio de las bienhechurías.

«Me imagino que Eugenio Mendoza mejoraba las condiciones de vida de sus trabajadores al darles una vivienda propia, y satisfacía lo que muchísima gente quería y necesi-



taba –opina Baldó–. Parte esencial en la construcción de un país es que las personas vivan en condiciones de habitabilidad, incluso por razones de salud pública. Una vivienda donde no llega el agua, donde se está obligado a almacenarla durante días en recipientes, es un cultivo de enfermedades. No es raro entonces que la gastroenteritis sea una de las principales causas de mortalidad infantil. Una casa sin servicio de aguas negras, sin agua en las tuberías, con un piso de tierra, con un techo de zinc, se convierte en un lugar altamente inseguro. Una casa construida sobre un barranco, en una zona de deslizamiento o sobre una falla geológica, no es una solución para nadie sino una fuente de angustia. Es tan importante lo de la vivienda propia para la gente en este país –prosigue Baldó–, que cuando comenzó este *boom* de la Misión Vivienda se recibieron más de tres millones setecientas mil solicitudes».

«La propiedad representaba entonces no solo un valor de cambio esencial dentro del mercado capitalista –escribe Óscar Olinto Camacho–, sino que arraigaba ideológicamente a los ocupantes de la vivienda con su forma de tenencia y su seguridad familiar». «No sería justo que aquel que adquiere la vivienda con grandes sacrificios a lo largo de muchos años, no disfrute de las mismas ventajas del que pueda pagarla de inmediato», dice Mendoza en otra ocasión. Y esto lo confirma Josefina Baldó cuando afirma que en la época en que ella estuvo al frente del Conavi, entre los años 1999 y 2000, encontraron casos de personas que tenían 20, 40 años viviendo en un apartamento, en una casa, «y no tenían manera de venderla porque nunca se regularizó su situación. Si una persona consigue un trabajo en otra ciudad, ¿cómo hace? Nosotros hicimos grandes es-

fuerzos para que esto se regularizara, porque esta gente vive en un limbo, con una gran angustia. Tiene que haber movilidad social: la gente tiene derecho a mejorar sus condiciones de vida».

LA FUNDACIÓN VIVIENDA POPULAR

«Mendoza siempre pensó –escribía Arturo Uslar Pietri– que una venta de materiales de construcción no es solamente un negocio para producir beneficios a sus socios, sino una parte, una vena, un músculo de un organismo nacional. Cada vez que se vacía un saco de cemento para hacer una mezcla, el país crece. El país se hace como una obra y cada quien tiene su parte en ella».

Y dijo Mendoza en 1974: «La riqueza no es un fin en sí mismo; con ella la tarea no está terminada. Es necesario que una parte sustancial se oriente a solucionar los más urgentes problemas de la comunidad. No es suficiente crear industrias y generar empleo; es necesario patrocinar programas de acción social y dar parte de nuestras experiencias y nuestros recursos a las instituciones que las llevan a cabo». No era pura palabrería. Para esa fecha ya tenía un tremendo historial en su ejercicio del altruismo. Ya en 1947 Mendoza había creado la Financiadora Nacional (FINCA), una organización sin fines de lucro que daba asistencia crediticia para la construcción de viviendas a los trabajadores de las empresas.

Para 1976, según Lorenzo Batallán, 10.000 personas cotizaban en el sistema de ahorro de los Comités de Participación de las Empresas Mendoza, y poseían haberes por más de 44 millones de bolívares. Esos Comités llegaron a tramitar 202.887 préstamos por más de 181 millones. Mendoza creó junto a un grupo de empresarios venezolanos la Fundación Vivienda Popular, porque ahora la sociedad civil en pleno debía asumir también la tarea de procurar un techo propio a la clase trabajadora. Así, la institución sin fines de lucro se inició con 13 millones de bolívares aportados por las empresas Mendoza y otras fundaciones. En total, 41 personas y 59 empresas.

Gustavo Vollmer, Óscar Palacios Herrera y Eugenio Mendoza tuvieron la responsabilidad primera de dirigir la Fundación, cuya presentación se hizo en la Cámara de la Construcción, con presencia de los representantes del gobierno. De ahí en adelante, el trabajo ha sido largo, pero ha valido la pena: para 2007 la FVP había construido 70.000 viviendas en todo el país. Había otorgado más de 2.500 créditos para mejoras de viviendas en los barrios, y asistencia técnica y social a más de cien comunidades, según reseña Óscar Olinto Camacho. «Si queremos que nuestros hijos sepan lo que es vivir con dignidad, tenemos que volver los ojos a los valores espirituales hoy venidos a menos –decía Mendoza en 1977–. No puede

haber un programa duradero si nos olvidamos de los valores determinantes de la condición humana, lo cual exige vigilancia permanente en defensa de la libertad».

LA CASA DE XIOMARA

De aquello no tiene Xiomara Fagúndez la menor duda. La historia de esa muchacha de Figueroa, una de las más de dos mil personas que han logrado mejorar las condiciones de su hogar gracias a la Fundación Vivienda Popular, nos recuerda también que el bienestar individual no tiene mucho valor si no somos capaces de mirar hacia los lados y contribuir a generar el bienestar colectivo. Eso es lo que piensan los filántropos. Eso era lo que se planteaba Mendoza en el entendido de que una sociedad no puede avanzar en medio de la pobreza de la mayoría.

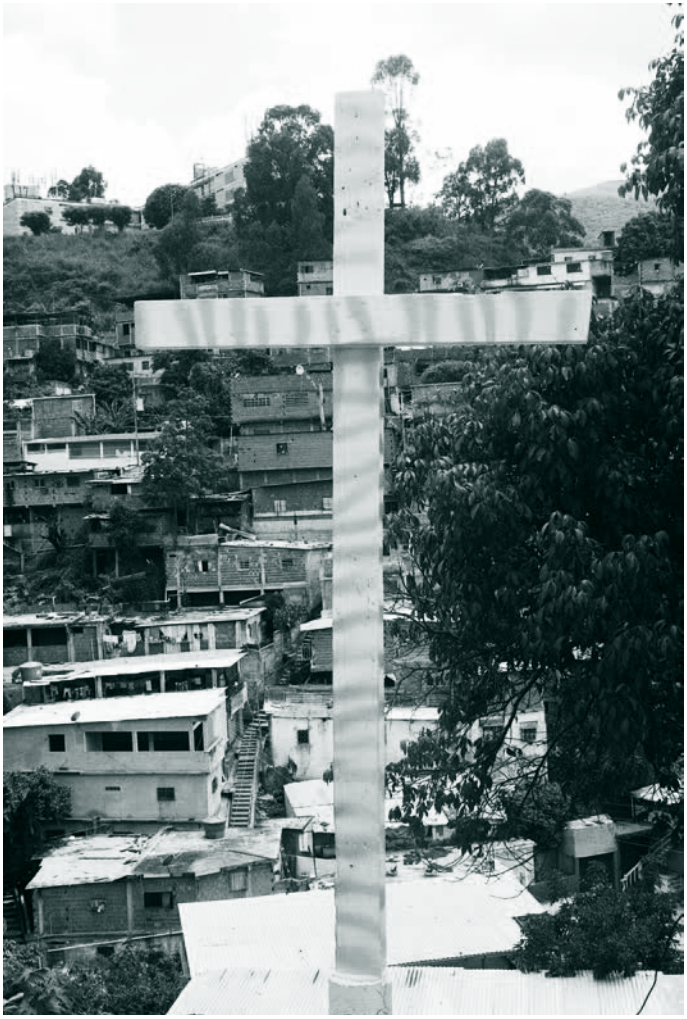
EL 70% DE LAS ÁREAS URBANAS CORRESPONDEN A TIERRAS QUE FUERON OCUPADAS INFORMALMENTE: BARRIOS SIN ACUEDUCTOS, SIN CLOACAS, CON SISTEMAS DE ELECTRIFICACIÓN IMPROVISADOS POR LOS MISMOS VECINOS, SIN MÍNIMAS CONDICIONES DE SALUD PÚBLICA, SIN CALLES, SIN ESCUELAS.

Desde que la Fundación Vivienda Popular se creó, muchos cambios políticos y económicos han requerido que la Fundación se adecuara a los nuevos tiempos. Era necesario asumir otras áreas para lograr mejores resultados, buscando siempre alternativas viables para dar respuesta a las necesidades de la gente. Si bien en sus inicios se concentraba en construir viviendas, la Fundación también estableció en 1960 la Corporación de la Vivienda Popular, que más tarde se llamó Financiera de la Vivienda Popular y luego, en 1961, se transformó en el Banco Hipotecario de la Vivienda Popular. A diferencia del resto de la banca, sus beneficios se destinaban al área social.

Paralelamente, Mendoza incursiona en el área de la tecnología de la construcción, que más tarde se materializó en Viposa, un sistema de construcción de tecnología hecha en Venezuela que abarataba notablemente los costos y que aún se utiliza en la construcción de viviendas populares. Desde el punto de vista funcional, las ventajas de este sistema de piezas de concreto armado son muchas, y una de ellas es el acelerado ritmo de construcción gracias a un proceso de ensamblaje muy sencillo y a un notable ahorro de mano de obra. Se llegaron a construir 3.000 viviendas al año, seguras y resistentes, en estados como Anzoátegui, Aragua, Barinas, Bolívar, Carabobo, Distrito Capital, Falcón, Lara, Miranda, Nueva Esparta, Portuguesa, Sucre, Vargas, Yaracuy y Zulia.

URBOSA: NUEVA LEY, NUEVA PROPUESTA

«Uno de los lemas de la Fundación –insiste Carrillo, vicepresidente administrativo–





ha sido "Tradición e innovación". Y esto se traduce en que durante más de medio siglo hemos venido adecuándonos a los cambios, con propuestas novedosas». Con la promulgación en 1990 de la Ley de Política Habitacional, se abría una nueva expectativa en materia de construcción de viviendas. Ahora la clase media, que había estado excluida de los planes gubernamentales, podía aspirar a obtener un crédito subsidiado por el Estado. En este contexto se creó la empresa Urbosa, que edificaría viviendas sociales en el marco de la nueva Ley. Las viviendas que construía la Fundación hasta entonces habían sido pensadas para gente que, con mucho esfuerzo, las podía pagar. «Urbosa comenzó desde ese nivel mínimo hasta el techo que nos daba la Ley, con un tipo de acabado mejor», explica el arquitecto Alexis Delgado, vicepresidente de Urbosa.



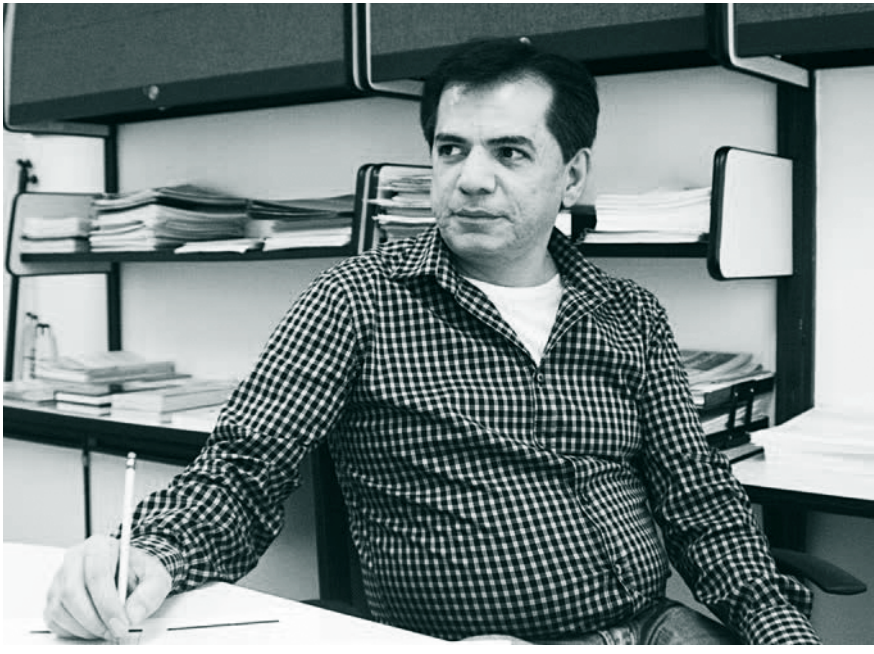
Oswaldo Carrillo

Entre tanto, la Fundación profundizaba su trabajo en barrios y dejaba de construir viviendas. Aquel mito de que había que desmontar las zonas informales y construir las viviendas en los suburbios pasó a ser no solo un gesto inútil sino de cierto modo injusto. La ocupación informal no debería ser una práctica bajo ningún aspecto. Para eso están las políticas de Estado, para prever los servicios y organizar la ocupación de los espacios urbanos y rurales. «Porque la casa –dice Josefina Baldó– no solo es el cascarón donde se vive. El término vivienda no lo deberíamos enmarcar en el techo y las paredes, porque en realidad todo el entorno cuenta: el acueducto, la cloaca, la vialidad, los equipamientos, la escuela, el centro sanitario, la plaza y el parque. Todo eso, en conjunto, es lo que se debe llamar vivienda. Allí tienes a Catia, donde viven doscientas mil personas en un continuo de barrios, sin una calle principal. O Petare, o La Vega. Y la sociedad civil tiene que organizarse para lograr que eso no sea más así, y sin que medie la política, porque la plaza la usa todo el mundo, la tubería la usa todo el mundo. No puede haber exclusiones ni intereses que vayan más allá del beneficio colectivo. Los ciudadanos tienen la obligación de empoderarse».

AGUACHINA, UNA EXPERIENCIA PARA RECORDAR

La Fundación también se convirtió en pionera ante lo que luego sería el Programa de Habilitación Física y Social de Barrios del Conavi. Cuando la Ley se promulgó, la Fundación obtuvo una participación en el proyecto Aguachina de Macarao, en el área de acompañamiento social, como responsable de orientar la organización del consorcio para la ejecución de los proyectos de habilitación. De esa experiencia, Josefina Baldó recuerda que un grupo de trabajo de la UCV del cual formaba parte se puso a pensar en el tema de la vivienda, llegando a la conclusión de que si se caía nuevamente en el quebradero de cabeza de cómo construir tantas casas para cubrir el déficit, no se iba a llegar a nada. «Entonces –relata– le dimos la vuelta y surgió el Programa de Habilitación Física y Social de Barrios. Montamos unos casos pilotos, muy académicos, pero se fueron dando circunstancias que permitieron, con las alcaldías, iniciar unas experiencias concretas: Catuche, el más emblemático, pero también San Blas en Petare, San Miguel en La Vega y Aguachina en Macarao. Estas eran zonas de barrio donde había que montar unas viviendas de sustitución, como fue el caso de Aguachina. El terreno cedió y hubo que desalojar a las familias, pero en lugar de enviarlas a otra ciudad, nos propusimos construir, en el mismo barrio, pero en terrenos estables.

»Identificamos en Macarao cinco hectáreas con problemas graves de suelo, en pleno corazón de la zona de barrios. Entonces los estudiantes empezaron a hacer sus proyectos para las viviendas de sustitución y a buscar las soluciones. Y allí fue donde colaboramos con la Fundación. Ellos hicieron todo el trabajo de montar el consorcio, de organizar a la comunidad. Y fue tan exitoso que la gente que había quedado fuera del área, porque no vivía en zonas de riesgo, quería que la incluyeran. El proyecto arqui-



Alexis Delgado

tectónico se hizo bajo la supervisión de Federico Villanueva y César Martín, y, por supuesto, en conjunto con la propia comunidad, que al final era la que aprobaba el proyecto. Aguachina pasó a ser parte del Programa de Habilitación Física y Social de Barrios. Se trabajó excelentemente con la Fundación, porque ellos tenían todo el entrenamiento para organizar, preparar a la comunidad desde el punto de vista social, administrativo y técnico. La comunidad aprendía a leer un plano, a llevar un balance, a pegar ladrillos. La gente no podía creer que el proyecto incluyera una vialidad para las partes altas, pero nosotros les explicábamos que la idea era que el barrio dejara de ser barrio y se convirtiera en ciudad. El proyecto no se pudo culminar, pero las viviendas de sustitución existen. El barrio sigue muy organizado y la Fundación continúa manteniendo sus vínculos con Macarao, a través de la Asoviv».

MENDOZA ES RECORDADO POR SUS EMPLEADOS COMO UN TIPO GENTIL, SENCILLO, QUE CONOCÍA A SUS TRABAJADORES POR SUS NOMBRES, COMO TAMBIÉN LOS DE SUS ESPOSAS E HIJOS.

En 1979 la Fundación creó la Comisión de Barrios, justo en el momento en que había que reconocer la realidad de los barrios e intervenirla para mejorar las condiciones de las familias que ocupaban informalmente esas tierras. El norte del programa Asoviv es lograr que la comunidad se autogestione, que sea protagonista del cambio. En sus 33 años de existencia, Asoviv ha mejorado la vida de unas 2.500 familias, para un promedio de 10.000 personas. Una de esas familias es la de Xiomara Fagúndez.

DINOS QUÉ NECESITAS Y TE DECIMOS CÓMO

Cuando la Fundación se acerca a una comunidad, lo primero que hace es determinar sus niveles de organización. Luego detecta las necesidades y por último convoca a una primera reunión. La Fundación se presenta como una organización privada sin fines de lucro, con más de cincuenta años de servicio, sin filiaciones partidistas, cuya misión es ofrecer microcréditos para refacciones y mejoramiento de las viviendas. Ofrecen para ello asistencia técnica, que las familias deberán pagar con una tasa de interés simbólica. Los requisitos para obtener el beneficio son sencillos: título de propiedad de la casa, compromiso de pagar la deuda en su totalidad, constituir una Asoviv en la comunidad y asistir a los talleres de capacitación. Una vez aprobado el crédito, que es muy rápido, los ingenieros y arquitectos visitan la casa para verificar que esté edificada sobre un terreno estable; levantan un informe en torno al estado de la vivienda con un plano y asesoran a los beneficiarios en cuanto al tipo de intervención

que deben hacer. Una vez que los beneficiarios reciben sus créditos, se hacen inspecciones para comprobar los avances de la obra y la calidad de los trabajos.

El dinero se entrega a la comunidad a través de la Asoviv organizada en el propio barrio, y se destina un fondo que se renueva cuando los beneficiarios pagan su deuda. De este modo tienen la opción de renovar sus créditos para continuar mejorando sus casas. Si una familia no paga, hay otra que deja de recibir el beneficio. «Yo me mudé a mi casa un mes de junio, y en septiembre ya estaba recibiendo el crédito de Asoviv –relata Xiomara–. Me lo estaban entregando y yo todavía no lo creía. Antes de otorgármelo, me hicieron un estudio socioeconómico; vieron que realmente lo necesitaba y que podía pagarlo. Tomaron en cuenta mi trabajo como costurera y la beca-sueldo del comedor. Nos dieron unos talleres de cómo pegar bloques, para que pudiéramos supervisar los trabajos, y también nociones básicas de administración, que me han sido de mucha ayuda en el manejo de mi casa y del comedor comunitario. Lo más importante que uno puede tener es un techo, y yo ya lo tengo. Eso se lo digo siempre a mi esposo».

EN MACARAO 574 FAMILIAS VIVEN MEJOR

Sentada bajo una sombrilla sobre la acera del barrio, frente al abasto de su marido, Nayimir Velásquez cuenta su propia historia. Tenía unos diez años cuando su madre ayudó a fundar Asoviv en Santa Cruz de Macarao. Su casa era pequeña, y el primer trabajo que se hizo gracias a un crédito de Asoviv fue el techo de platabanda. A partir de allí, se han



construido dos pisos más. Ahora que está casada y tiene dos niños, ella también ha logrado hacer su casa gracias a Asoviv. En ese mosaico que es Macarao, donde en tiempos lejanos pastaban animales y se sembraban hortalizas, cruzado por el primer acueducto que tuvo Caracas en tiempos de Guzmán Blanco, 574 familias han formado parte de Asoviv y todas tienen hoy una mejor casa.

No obstante, Santa Cruz de Macarao es un barrio ya consolidado, que se formó con personas provenientes de otras zonas de Caracas. Pero allí la influencia de la Fundación, y de sus líderes salidos de las propias filas de la comunidad, es notoria. Uno de ellos es Nicolás Díaz, fundador de Asoviv junto a otros antiguos vecinos. Escalinatas arriba, a Nicolás todo el mundo lo conoce como «profesor», y él también sabe la vida y milagros de cada quien. Muchos son los hijos de padres que construyeron sus casas gracias a Asoviv y ahora levantan las suyas con el mismo entusiasmo. Pero lo realmente conmovedor es la responsabilidad con la que estas personas asumen y cumplen sus compromisos, «sobre todo las mujeres, que son las que generalmente dan la cara y se animan a asumir estas responsabilidades en sus hogares y en sus comunidades», dice Gabriel Blanco, uno de los representantes de la Fundación. Ni la enfermedad ni la bancarrota han hecho que alguno de ellos haya dejado de cumplir su compromiso. Hoy, sin embargo, la cosa parece distinta. La comunidad sigue organizada y la Asociación, revitalizada recientemente, continúa trabajando junto a la comunidad. «Yo tengo treinta años viviendo aquí y fui una de las fundadoras de Asoviv. ¿Usted ve esa casita que está allí? –señalando el cerro que está al frente–. Esa es la casa de mi mamá. Era un ranchito con techo de zinc, y lo fuimos construyendo con Asoviv».

En el barrio, cada peldaño de la escalera es una escala menos; cada centímetro cúbico de pared, una opción entre la vida y la muerte. Cada gota de agua es una fiesta. Los barrios son esos en los que reina la alegría cuando llega el agua, que es casi nunca, pero también los habita el desamparo cuando se va, que es casi siempre. En el barrio un techo de platabanda es una barrera para las balas perdidas. Vistos desde adentro, los barrios construidos sobre los cerros son como obras de arte cubistas, y en ellos se ha invertido una fortuna en cabillas y cemento. Allí vive el 70% del país. ■

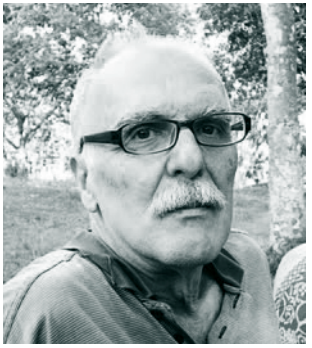
13



TEXTO

Maruja Dagnino

Periodista, escritora y editora.
Ha desarrollado la crónica,
el reportaje y el ensayo.
Sus temas de interés han sido
las artes, la arquitectura y la cultura
urbana, con énfasis en la pobreza
y la exclusión que se genera
en las áreas urbanas informales.



FOTOS

Vladimir Sersa

Fotógrafo y promotor cultural.
Ha trabajado para organismos
culturales y para revistas
y periódicos nacionales.
Ha publicado libros y catálogos
de diversa índole. Ha participado
en numerosas exposiciones
colectivas e individuales.
III Premio de Fotografía
Luis Felipe Toro (1989).

Fundación Valle de San Francisco

Una escuela de estudios liberales

Institución sin fines de lucro, desarrolla actividades educativas en los sectores de la ciencia, la cultura y la tecnología. Creada en 2005 y regentada por un grupo de profesores universitarios venezolanos, la Fundación aspira a crear un patrón de actividades dirigidas al desarrollo armónico de todas las dimensiones del individuo, dentro de la comunidad en que vive. Así mismo, tiende a fomentar una conciencia viva de la herencia de las generaciones anteriores, como condición indispensable para afrontar los desafíos del futuro.

14

Milagros Socorro


FUNDACIÓN
VALLE DE
SAN
FRANCISCO



I

En la primera clase de su curso «Cervantes y el Quijote de 1605», Guillermo Sucre se pregunta por qué *Don Quijote de La Mancha* es considerada el inicio de la novela moderna. Y, tras una pausa, él mismo se responde: «Porque es la presentación de dos extraordinarios personajes; y porque todos los personajes hablan en su propia lengua. Nabokov, por ejemplo, reconoce que los diálogos del Quijote son muy modernos».

Mis apuntes de ese curso son, por suerte, inteligibles, pero no hay duda de que fueron tomados con la prisa de quien no quiere perder una sola de las deslumbrantes observaciones del maestro. «*El Quijote* es una parodia de las novelas de caballería, pero no es una sátira. Es un saludo nostálgico a la caballería». En la segunda clase retoma el punto y dice: «En *El Quijote* no es el narrador quien parodia, sino el propio don Quijote, quien va parodiando las novelas de caballería con sus acciones». Y en la tercera abre fuegos planteando un dilema: ¿*El Quijote* tiene estructura? Desde su perspectiva, «la conciencia creadora no implica una premeditación de la obra: *El Quijote* es una novela que parece que se va haciendo. Y el propio Cervantes tenía la visión de un nuevo género literario que se estaba abriendo...».

Las notas a partir del curso de María Fernanda Palacios sobre Chéjov son extensas y luminosas. Incluyen las tareas: para la semana que viene, traer leído *Las tres hermanas*; así como alguna afirmación resaltada con la idea de que se grabe para siempre: En el teatro los disparos tienen que sonar fuera de escena. Y en el seminario de Simón Alberto Consalvi sobre Historia Contemporánea de Venezuela ocurre algo extraordinario. Dos de los participantes, el médico patólogo Luis Carbonell Parra y el ingeniero Luis Penzini Fleury, fueron testigos directos de los hechos mencionados y meten baza para agregar algún detalle. La clase adquiere una vivacidad inusitada. La vida ha entrado en el aula como un ventarrón.

Esto es lo que ocurrió en un solo trimestre del certificado en Estudios Liberales, que ofrece la Fundación Valle de San Francisco. Cada participante tiene una historia de extraordinarios descubrimientos y, en suma, una experiencia pedagógica... más bien intelectual, que ningún otro programa de estudios auspicia.

Para no definir este centro de estudios por lo que no es (no es una universidad, no es un tecnológico, no es un centro de investigaciones, no es un instituto financiado por un determinado sector necesitado de formar especialistas), diremos que la FVSF es como las novias: tiene algo nuevo, algo viejo y algo prestado. Lo viejo es el modelo de estudios liberales, que según ha escrito Roberto Ruiz, creador de la Fundación y actual presidente de la Junta Directiva, «se remontan al siglo XIX, cuando John Henry Newman publica su

libro *Idea de la Universidad*. Newman distinguía entre dos clases de conocimiento: el que conducía a resultados prácticos y tangibles, como la construcción de una casa o de una máquina, y el que se justificaba por sí mismo, cuyo fin era el conocimiento por el placer del conocimiento mismo o, como lo enfatizaba Newman, "solo el conocimiento liberal se basa en su propio propósito y, por lo tanto, es independiente de sus consecuencias"».

Los estudios liberales surgieron en Estados Unidos y de allí fueron replicados en casi toda Europa y algunos países asiáticos. La primera iniciativa, llevada adelante por la Universidad de Columbia en los años veinte, consistió en estudiar exclusivamente «los grandes libros»; ya en la siguiente década se había extendido a la Universidad de Chicago, y a partir de 1945 tanto las universidades de mayor prestigio como los pequeños *colleges* ofrecían diplomas cuyo pensum consistía en pasarse varios años leyendo clásicos griegos y latinos, pasando por Dante, Cervantes, Montaigne, Shakespeare y Goethe, y la obra de los pensadores y científicos más influyentes de la modernidad, como Newton, Darwin y Freud. Con la orientación de extraordinarios maestros, naturalmente. Eso es la Fundación Valle de San Francisco.

«El nombre –dice María Fernanda Palacios, profesora de la Escuela de Letras de la Universidad Central de Venezuela y cofundadora de la FVSF– lo sacamos del *Resumen de la Historia de Venezuela*, de Rafael María Baralt, quien en dos ocasiones habla del "Valle de los Caracas, o de San Francisco".

»Nuestro Certificado en Estudios Liberales –explica María Fernanda Palacios–, es un programa de educación continua, dirigido a quienes, después de concluir su formación profesional en cualquier disciplina, se interesan por su desarrollo individual y sienten la necesidad de completar y ensanchar su formación incorporando conocimientos, experiencias y preguntas que conforman el legado vivo de la cultura humanística. Los estudios liberales no repiten el esquema habitual del estudio por materias en compartimentos estancos; por el contrario, las distintas áreas de estudio forman un círculo de conocimiento común que puede recorrerse en una variedad de órbitas o módulos. De hecho, los estudios liberales surgen como respuesta a la especialización de los estudios universitarios. A diferencia de la formación profesional o especializada, aquí el énfasis se pone en las inclinaciones y preferencias individuales de los cursantes. El interesado es quien selecciona los contenidos programáticos y determina en cuánto tiempo hace sus estudios».

Jaime López-Sanz, profesor de la Escuela de Letras de la UCV y psicoterapeuta, también fundador de esta singular escuela, prefiere decir «mejor estudios "humanísticos" que "liberales", si bien reconozco la mayor amplitud y antigüedad de los estudios libe-

rales, y tal vez su mayor pertinencia. Ambas denominaciones comparten, sin embargo, un cierto aire de anacronismo, y esto nos coloca ya en el asunto, pues creo que lo que tratan los cursos de la Fundación tiene que ver con retomar contacto con las fuentes y las historias –así: plurales– de la cultura occidental y de Venezuela, para ventilar asuntos del complicado e incluso caótico vivir actual con su no menor confusión de búsquedas y lenguajes intelectuales.

«Nuestro Certificado en Estudios Liberales es un programa de educación continua, dirigido a quienes se interesan por su desarrollo individual y sienten la necesidad de completar y ensanchar su formación incorporando conocimientos, experiencias y preguntas que conforman el legado vivo de la cultura humanística».

»Fuentes e historias –prosigue López-Sanz– que no eluden, por supuesto, el trato de lo político en sentido clásico: formas para debatir y vivenciar nuestro *locus* ciudadano… o para reencontrarlo, reconfigurarlo o, al menos, recordarlo y conservarlo al movernos como *adultos* en la vaguada incesante de nuestra época. Digo adultos sin aludir a fronteras etarias, lo más conscientemente posible de nuestros lugares como individuos y del estado de nuestra individuación y responsabilidades, sobre todo si son penosos. Me refiero a Venezuela, pero desde luego también al mundo actual, un mundo que, si no somos capaces de tomarle cierta distancia no indiferente, cierta distancia atenta y cordial, nos sume en el marasmo o en la desesperación de los clisés, fraseologías y sueños baratos, agobiantes, repetitivos, que ocultan un franco declive del alma y la creatividad».

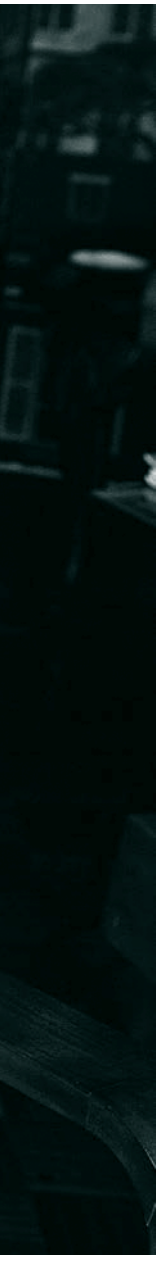
II

La Fundación nace en 2005. «Y a los tres años habíamos crecido de manera considerable», dice María Fernanda Palacios. De ochenta estudiantes que había al principio, en la actualidad son unos ciento cincuenta. «Lo que más nos motivó fue la conciencia de que la competitividad en el mundo contemporáneo depende mucho de tu cultura, de cómo has logrado asimilar tu herencia cultural y, más allá, la herencia cosmopolita. Porque nos movemos en un escenario no provinciano y estás obligado a dialogar con las culturas más disímiles y, a la vez, con valores conflictivos, que contrastan con los propios. En esta época, es imprescindible una base cultural que te permita conocer y valorar la propia tradición y conocer las de los otros».

La Fundación no es una universidad ni trata de copiarla. Tampoco compite con ellas. Su oferta se basa en cursos cortos (no más de dos meses, una sesión de dos horas por semana), compatibles con la agenda de gente ocupada. Eso explica que en sus aulas hayan tenido empresarios, profesionales y hasta algún banquero de muy alto nivel.



María Fernanda Palacios



Al preguntarle las diferencias entre su trabajo en la Escuela de Letras de la UCV, donde es una leyenda viviente y se la alude como Mafer, y la FVSF, María Fernanda Palacios explica que, mientras en la Fundación recibe participantes de todas las disciplinas, en la universidad dicta cursos para estudiantes de Letras. «Sé las materias que han hecho antes, porque todas forman parte de un engranaje, de un currículum, y mi materia es puente con otros contenidos. Además, les exijo lecturas que van al ritmo de la clase, les exijo presencia con intervenciones, trabajos, trabajo final y evaluación. En la FVSF tengo una audiencia menos homogénea. Allí soy una especie de baquiano que ha leído muchas veces un determinado libro y se propone acercar esos libros a la vida actual. La madurez de los participantes hace que el nivel sea muy exigente y el curso sumamente rico».

Ante la misma pregunta, Roberto Ruiz dice: «Yo vengo de Psicología, una carrera con un currículum sumamente rígido. Es una especie de tubo con un mapa de prelaciones que marcan una sucesión. En los estudios liberales puedes estudiar a Descartes sin haber estudiado a Aristóteles, y a Darwin sin haber transitado por Platón. Además de que puedes concentrarte en el eje de tu preferencia, ya sea Historia Contemporánea de Venezuela, Historia de las Ideas Políticas, Filosofía, Artes, Literatura y Música. O hacer una mezcla. Aquí nada es obligado. De hecho, ni siquiera es preciso ser graduado universitario para tomar los cursos. Tampoco exigimos trabajo ni exámenes. Al estar eximidos de un plan obligatorio de materias y deberes, nos abrimos a un público compuesto por personas muy ocupadas, que ya tienen suficiente presión en la vida. Se trata de pasarse tres horas con el celular apagado, oyendo contenidos interesantes y tomando apuntes».

«Son estudios en cierto modo a contracorriente –establece Jaime López-Sanz–, pero que no pretenden escandalizar o revolucionar nada. Hay un cierto cansancio, un agotamiento de las fórmulas que se pretendían renovadoras o transformadoras desde las secuelas más obvias del siglo XIX y del maníaco *tempo* de los desarrollos tecnológicos. Siento que nuestro alrededor y nuestro interior están sometidos a una parlería y un apresuramiento carentes de franqueza; me refiero a la franqueza que nos hace saber si habría que decir algo, si se tiene algo que decir o escuchar, o bien cuándo se es más elocuente al callar. Sin esa franqueza olvidamos dónde nos espera aún el deslumbramiento y carecemos de la paciencia y la penumbra que lo preparan. Tal vez sea iluso recuperar eso o allegarnos a eso. Digamos entonces que estos estudios intentan rememorar, revitalizar en nuestra sangre, las viejas y a menudo perdidas palabras que hicieron posible el estar aquí nuestro y de nuestros ancestros, no importa si para despedirlos (pero a conciencia

del costo o la pérdida); pues ellas –las palabras que importan– están cargadas de vivencias, tormentos, hallazgos y bellezas que, hablando liberal o humanísticamente, respiran en los intersticios, rincones o gestos fallidos de la sociedad y la subjetividad, aguardando se los *aggiorne* para irse, no al Leteo, sino a la fuente de Mnemosine, humedad de la que brotan las Musas del arte, la ciencia, la cultura. Vocablos estos últimos que casi apena pronunciar, maltrechos como están por tanto ruido y manoseo.

»He estado allí –continúa López-Sanz– colaborando con la Fundación desde sus inicios, haciendo lo que puedo desde la doble experiencia, ya de muchos más años, de docente en Letras y de psicoterapeuta. Menciono lo segundo solo porque dije antes palabras que no son bonitas, palabras de un inviolable disco duro: *olvido, paciencia, penumbra, silencio, deslumbramiento, Mnemosine*, permitir a algo decirse por sí mismo. Sobre todo, franqueza. Letras en la UCV podría añadir otras: necesidades expresivas, literatura y vida, tradición y literatura, la poesía y los poetas; nombres de disciplinas en las que trabajo allí. Pero en la Fundación nadie escucha y comparte como paciente en terapia ni como estudiante regular en procura de un título profesional. Se está allí –como en el otro ámbito de estudios donde trabajo, el Centro de Estudios Junguianos de Caracas– de un modo más incondicional y por eso más abierto, más entregado. Se disfruta, se guiña, se mueven emociones, se queda más a merced de inconclusiones, con algo de suelo fresco, removido. El asunto es siempre abrirse, afinar el oído, estar atentos siéndolo, descubrir cuánto nos falta a todos, a docentes y alumnos, para ser francos, en el sentido al que me referí. Tal vez ese cuánto nos falta sea ya toda la consistencia de la franqueza. Vernos en alguna imagen o idea vuelta imagen que no nos completa, pero que se nos acerca mucho. Esas imágenes no son solamente personales ni arbitrarias; se nutren de un venero que nos pertenece, que es nuestro legado invalorable: precisamente, lo que llamamos la continuidad de la cultura en nuestro interior. Si algunas ganan cierta solidez en nosotros, es posible que sintamos que no hemos perdido nada, que lo perdido eran la sed o el hambre de explorar, que nuestro cuerpo vegetaba en un mar de tics inadvertidos. Hambre no tanto de saberes, sino de bañarnos, limpiarnos, refinarnos, nutrir la plantica que suplica. Llamamos clásicos entonces a los textos, artistas, pensadores, complejos históricos, no importa si antiguos o modernos, de acá o de allá, que nos susciten esas pequeñas experiencias, las que finalmente apuntan a algo muy modesto en realidad y que yo no puedo sino llamar tornar consciente nuestro envolvimiento en el alma, la misma que también carga con el mundo y lo vuelve apetitoso.

Esto de la franqueza aclara que no estamos hablando de la trampa de la utilidad o la inutilidad del saber, y menos aún de la verdad y la mentira. Entre verdad y mentira no hay la penumbra que necesitamos».

«Los estudios liberales no repiten el esquema habitual del estudio por materias en compartimentos estancos; por el contrario, las distintas áreas de estudio forman un círculo de conocimiento común que puede recorrerse en una variedad de órbitas o módulos».

Siempre parco, el poeta y ensayista Guillermo Sucre dice que la orientación de este programa se atiene al sentido liberal que expone Montaigne, «esto es, libertad individual y humanista: entre todas las artes liberales, escoge la que te libere a ti mismo. Se trataba de oponerse a toda forma de *autoritas*, fanatismo y monólogo interior; y de fomentar ese diálogo, esa conversación crítica a partir de un autor o de un libro».

III

Del éxito de este diseño dan testimonio los participantes, algunos de los cuales han estado en las aulas de la Fundación los ocho años que hasta la fecha han corrido desde su creación. «A esa gente que le parece una reiteración eso de *Estudios Liberales* fue la que conocí en la Fundación –dice Álvaro Mata, egresado de Letras de la UCV–, médicos, abogados, arquitectos, psicoanalistas, ingenieros, artistas plásticos, escritores, exministros… Gente ocupada, ocupadísima, que sin embargo y sin vergüenza, atendía al niño que en ellos aún quiere aprender, y volvía gustosa a los pupitres escolares para escuchar las clases de Rafael Cadenas, Ana Teresa Torres, Emeterio Gómez, Jaime López-Sanz, Rafael Castillo Zapata, Ítalo Luongo, Simón Alberto Consalvi, Eugenio Montejo… Así volví a sumergirme en "la oscura raíz del grito", de García Lorca, de la mano de Mafer; con Montejo aprendí a amar a nuestra generación de poetas de 1918; con Cadenas conseguí un silencioso refugio de reflexión donde guarecerme; con Roberto Ruiz me adentré en la enmarañada política contemporánea; Guillermo me insufló el entusiasmo para seguir velando por lo que de hombre queda en el hombre; con Michaelle Ascencio exploré ese paquetón que es la posmodernidad; y con Isabel, mi otra Palacios, conocí la belleza a quemarropa con sus inolvidables clases de música, que mucho tienen de ceremonia, de rito, como si de una misa pagana se tratara».

Eduardo Fuenmayor, escritor y periodista, llegó a la Fundación por la fama de gran maestro de Guillermo Sucre. «El primer curso que tomé fue el de Albert Camus. Guillermo Sucre y la obra de Camus era la combinación perfecta. Lo mejor de estos cursos es que se aprende a leer, crítica, serenamente, prestando atención a los detalles, poniendo

obra y autor en contexto. Además, en ese primer curso conocí a quien hoy es mi esposa. ¿Qué mejor elección?».

La poeta Yolanda Pantin asistió a dos cursos de María Fernanda Palacios. «Uno sobre historia de Rusia y otro sobre *Los hermanos Karamázov*, con el interés de alimentar lo que había venido intuyendo sobre el autoritarismo y la relación de los intelectuales y el poder. Fueron maravillosos».

La motivación del escritor y periodista Alejandro Sebastiani para iniciarse en la Fundación era «continuar explorando ciertas recurrencias, ciertas inclinaciones. Cada programa de estudios aborda–o desborda– temas muy específicos (la experiencia del *collage*, la tragedia y el mito en Edipo, el estudio de un poeta en profundidad, por ejemplo). Cada quien tiene la libertad de estudiar e indagar según su propio ritmo. Mayormente, quienes asisten a estos cursos llegan con una curiosidad y un interés muy especial, que sin duda empuja cada sesión hacia lugares muy variados».

La licenciada en Relaciones Industriales Dora Feo recuerda haber sido de las primeras alumnas del programa. «Me motivó la calidad de los profesores, gente de primera. ¡Y sin necesidad de presentar exámenes! Hicimos un grupo de estudio fenomenal, muy motivante; leímos los clásicos rusos con María Fernanda Palacios, *El Quijote* con Guillermo Sucre, la *Ilíada* con Jaime López, poesía con Rafael Cadenas». Ese elenco estelar fue el principal



Guillermo Sucre

atractivo también para John Phelps: «Los cursos que ofrecían me hicieron la boca agua. Un programa de humanidades y artes liberales con semejantes profesores aquí en Caracas y sin tener que pasar por todos los pasos de inscripción de una burocracia universitaria, eso era perfecto. Supuse también (y no me equivoqué) que encontraría gente interesante entre los condiscípulos. Ha sido una experiencia enriquecedora desde todo punto de vista».

La Fundación no es una universidad ni trata de copiarla. Tampoco compite con ella. Su oferta se basa en cursos cortos (no más de dos meses, una sesión de dos horas por semana), compatibles con la agenda de gente ocupada.

En el conjunto de los estudiantes hay un caso especial. Se trata del joven periodista, escritor y editor Diego Arroyo Gil, quien comenzó a finales de 2006 en un pupitre; un año después empezó a echar una mano con «el corretaje de materiales (llevar de aquí para allá)» y en la actualidad se desempeña como coordinador docente, cargo que comparte con Sandra Caula, ambos miembros de la Junta Directiva de la Fundación. «La diferencia entre este programa y el resto que he conocido –dice Arroyo Gil– es la absoluta libertad que tiene cada quien para armar a su aire su propio plan de estudios. La Fundación no obliga a sus alumnos a seguir un pensum. Apenas lo persuaden a uno de que si se sintió cómodo la primera vez, puede seguir yendo y será bienvenido. Un arma poderosa esta de convidar: es difícil resistirse a lo que se te ofrece sin pedirte nada a cambio, excepto que, cuando acudas, de veras estés presente».

En respuesta a la solicitud de que mencione algún curso especialmente frecuentado por los estudiantes, Arroyo Gil dice: «Los cursos de María Fernanda Palacios suelen convocar a personas de toda índole. Digo esto porque, en general, cada curso tiene bien delimitado su público: a los cursos sobre historia asiste gente interesada en la historia; a los de política, los interesados en política; a los de literatura, gente que lee o quiere leer... A los cursos de Mafer asiste gente interesada en historia, en política, en literatura; estudiantes de Letras y de Economía; periodistas y exministros. Sea cual sea el tema que ella vaya a tratar –la Revolución rusa, el París de Proust o la pena negra de García Lorca–, el salón estará lleno». ¿Y la mayor sorpresa? «Los rompedores seminarios de Emeterio Gómez, quien plantea, básicamente, que la filosofía occidental –de Platón a Heidegger– fracasó».

Desde su perspectiva, la clave del éxito de la Fundación es que «goza del privilegio de ser querida. Y acaso sea querida porque en nuestros salones es la emoción la que educa. Con esto no quiero dar a entender que los profesores, en vez de dar clases, hagan carantoñas. Quiero decir que nos han enseñado que la sensibilidad tiene un papel cla-



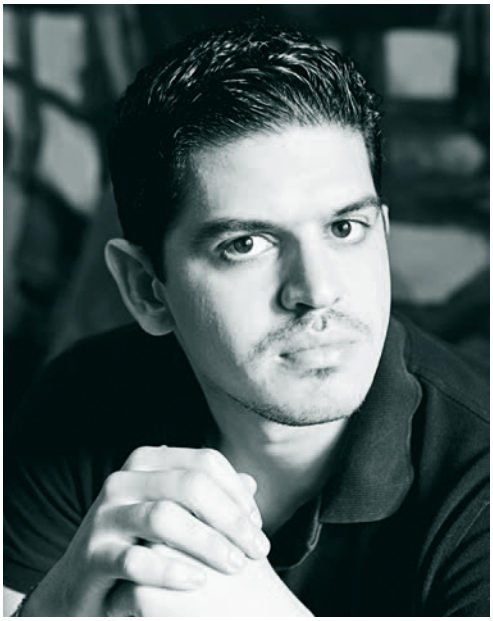


Sandra Caula
Jaime López-Sanz

ve en la manera en que nos acercamos a los asuntos que nos interesan: políticos, históricos, filosóficos, artísticos. Como los profesores de la Fundación suelen ser personas que han dedicado su vida a asuntos muy particulares, no es difícil que los alumnos perciban que a través de ellos habla la pasión».

Sandra Caula, formada en Filosofía, escritora y columnista, también llegó a la Fundación por la puerta de los estudiantes. «La Fundación me brindó una posibilidad de seguir estudiando de manera adecuada a mis necesidades personales, que no son puramente académicas. Buscaba compañía para lecturas y diálogos que me ayudaran a una comprensión de los tiempos más allá de lo inmediato, de los dimes y diretes de los medios de comunicación, de las urgencias políticas, de las polémicas estériles y los lugares comunes que se repiten con tanta inconsciencia e inconsistencia. No quería que mis estudios fueran una evasión de la dura realidad que nos ha tocado, pero tampoco un ahogarse en ella en una repetición inútil de quejas y desesperanzas».

Para Sandra Caula el elemento diferenciador esencial «es que quienes asisten a los cursos de la Fundación, tanto como los profesores que los dictan, lo hacen porque necesitan alimento para su vida interior, desarrollo integral como personas, un marco cultural más





Diego Arroyo Gil
Michaelle Ascencio

complejo para sus actuaciones cotidianas, compartir con otros que estén en circunstancias similares y tengan intereses comunes. Cuando uno sigue un programa de estudios con la finalidad de obtener un título académico, usualmente considera una serie de factores prácticos que no siempre permiten ser fiel a los intereses más auténticos. En la Fundación, este no es el caso. La educación es liberal en el sentido verdadero y profundo de la palabra. Eliges los cursos a los que quieres asistir sin otra finalidad ulterior».

IV

La plantilla de los profesores de la FVSF, como han dejado claro los participantes entrevistados, es el fuerte de esta escuela simpar. La lista incluye docentes universitarios, escritores, científicos, intelectuales públicos, personalidades que en su momento desempeñaron altos cargos y artistas de muchas áreas. Vale apuntar que a la muerte de Simón Alberto Consalvi, quien inauguró la Cátedra de Estudios Venezolanos (un seminario de cuatro sesiones por bimestre que convoca entre cuatro u ocho expositores), ese espacio recibió su nombre.

Se da el caso de personas que hoy están en el banco de estudiante y mañana saltan al estrado. Así ocurre con la novelista y psicoterapeuta Ana Teresa Torres, quien se refiere a la Fundación como «una experiencia que no se

parece a ninguna otra, en plena libertad de temas, procedimientos, sin presiones de evaluación ni programas, sin presentar requisitos ni demostrar rendimientos. Se sostiene exclusivamente en el deseo de enseñar y aprender, y todo el mundo pone de su parte para dar y obtener la mayor calidad posible».

Para el economista y polemista Emeterio Gómez, es una inmensa posibilidad de debate intelectual. «Cuando la creamos me hice la promesa de canalizar por ahí aunque fuese una parte de la considerable necesidad de intercambio de ideas que vivimos en este doloroso país. Sobre todo, por las cuantiosas oportunidades que en ese sentido nos abre la situación político-social-ideológica que ha vivido Venezuela en sus últimos 15 años. La inmensa riqueza temática que toda esta situación genera, más la tremenda importancia que para el país tiene esa discusión, motivan fuertemente para dedicarle esfuerzos».

Para el historiador Tomás Straka, los cursos que dicta en la FVSF «representan la oportunidad de dialogar con un grupo de personas interesadas y no pocas veces tanto o más enteradas que yo sobre el tema de la clase. Mi misión como profesor es proponer un asunto y dirigir la discusión. Es un rescate de la educación a través de lo que los historiadores llamamos "sociedades de ideas", esas tertulias –o "salones" en la Francia prerrevolucionaria– donde se hablaba de todo, se compartían conocimientos e ideas y, casi sin darse cuenta, los seres humanos se hacían mejores y el mundo emprendía un cambio trascendental».

La abogada Angelina Jaffé, jefe del Departamento de Estudios Internacionales de la Universidad Metropolitana, advierte que «los estudios liberales en Venezuela no tienen una tradición sistemática como en el mundo anglosajón. Han estado insertados de manera dispersa en los distintos pensa de carreras humanísticas o han sido objeto de discusión en círculos eruditos de posgrado o de grupos intelectuales privados. La carrera de Estudios Liberales que ofrece la Universidad Metropolitana es la primera que intenta sistematizar esta área a través de un plan de estudio que reúne fundamentalmente, mas no exclusivamente, la áreas de Historia, Economía, Estudios Políticos y Filosofía. Su objetivo es formar profesionales que dominen de manera estructurada el universo de las ideas en estos campos. El notable esfuerzo de los cursos de la FVSF, por su parte, es un intento de democratizar la discusión en torno al universo intelectual liberal, aglutinando profesionales y público en general, con el objeto de analizar temas de actualidad o de la tradición de la historia intelectual, fundamentalmente de

CADA PARTICIPANTE TIENE UNA HISTORIA DE EXTRAORDINARIOS DESCUBRIMIENTOS Y, EN SUMA, UNA EXPERIENCIA PEDAGÓGICA… MÁS BIEN INTELECTUAL, QUE NINGÚN OTRO PROGRAMA DE ESTUDIOS AUSPICIA.

Occidente. Ambos esfuerzos no son casuales y tal vez respondan a una necesidad emocional y racional que ojalá rinda sus frutos en un futuro cercano».

Para la escritora, egresada de Filosofía de la UCV, Colette Capriles, «lo más importante es que con la actividad de la FVSF se produce un fenómeno poco frecuente en una sociedad como la nuestra, tan adicta a los pergaminos, a los títulos, y en general a la experiencia utilitaria. El discurrir, el discutir o el saber, como actividades que son fines en sí mismos, no forman parte de nuestro equipaje cultural. Somos esencialmente un país de ingenieros, en el que se valora el conocimiento o la erudición por su capacidad de cumplir la fantasía de solucionarlo todo. Ocurre, en cambio, que de pronto hay gente dispuesta a encontrarse para disfrutar de la experiencia del conocimiento sin otra condición que sus propias ganas. Gente dispuesta a compartir lo que ha aprendido y pensado, y gente ávida de recibirlo. Más que estudios liberales, yo los llamaría estudios libérrimos. En realidad, la categoría de estudios liberales es más amplia, e incluye (al menos en su acepción corriente, de origen anglosajón) a las humanidades en general, especialmente institucionalizadas en la academia. En este caso, lo característico es que hay una valoración específica del saber no profesionalizado, de un saber que no es "para algo" sino "desde algo", desde el deseo».

«Mi primer curso fue sobre antropología de las religiones –evoca la novelista y antropóloga Michaelle Ascencio–, pero luego me fui inclinando hacia la literatura, hacia la novelística específicamente. Los clásicos: *Madame Bovary*, *Anna Karénina*, *Jane Eyre*, *Cumbres Borrascosas*, *Mrs. Dalloway*, y la que acabo de dar... ¿Cuál será? ¿Cuál heroína me falta en este abanico de mujeres trágicas, bellas y apasionadas? Una niña, Alicia, sí, *Alicia en el país de las maravillas*: el estupor y el sinsentido en la isla de la reina Victoria, donde todo ocupa un sitio preciso y tiene una explicación.

»Haber encontrado un lugar –puntualiza Ascencio– donde uno pueda elegir el curso que queremos dar, que tal vez siempre quisimos dar y no pudimos, es una oportunidad única para seguir haciendo lo que más me gusta: leer novelas y estudiarlas. Pero hay más, y es que en la Fundación no hay ningún tipo de límites ni restricciones ni puntos de vista, ni métodos, ni guías, ni nada de ideologías que pueda coartar lo más preciado del ser humano: la libertad, en este caso la libertad de leer, y exponer en clase tu propia visión del texto, las relaciones que puedas tejer entre la novela y la vida, las comparaciones que pueden surgir como intuiciones o como conocimiento... Por otra parte, como los asistentes son adultos que van por interés y verdadero amor al arte, y la mayoría de ellos son, además, profesionales, no tienes que limitarte

ni en tus fantasías ni en la profundidad o alcance de los temas. Al contrario, las relaciones, las extrapolaciones, las comparaciones incluso insólitas, son bienvenidas. Ah... y no se me puede olvidar el buen humor de los asistentes ni sus intervenciones y aportes desde sus distintas disciplinas y oficios. La verdad, en cada clase se disfruta y se contagia la alegría de aprender.

»Hacía falta un lugar así en Caracas –concluye Michaelle Ascencio–, un lugar de excelencia donde quienes se inscriben saben que todos los profesores tratamos de dar lo mejor de nosotros. Esto no me lo exigió ni María Fernanda ni Roberto, pero quien haya asistido a una clase de Mafer sobre el arte o sobre Dostoievski, sabe que la vara de medir es alta. Lo mismo ocurre con las clases de Roberto, donde los alumnos se ponen al día sobre los diferentes sistemas de gobierno que han imperado en el mundo. Debo agregar que la Fundación tiene otra característica y es que no se encierra en ella misma: periódicamente se ofrecen foros, charlas, con invitados especiales, conocidos por su trayectoria en determinadas áreas: economía, derechos humanos, relaciones internacionales, entre otros, lo que mantiene a la Fundación al día con lo que sucede en nuestro país y en el mundo».

Los cinco miembros de la Junta Directiva (entre quienes se cuenta el poeta Rafael Cadenas, el único profesor de la Fundación cuyo curso tiene nombre propio, puesto que el asunto es secundario y los estudiantes se inscriben en tropel con independencia del título de su seminario) coinciden en que la tarea que han venido posponiendo es tener una sede fija.



Roberto Ruiz

No es ese el único consenso, al preguntarles a María Fernanda Palacios y a Roberto Ruiz si desde la Fundación han hecho escuela, contestan a coro: «No».

«Yo creo que no», dice Ruiz.

«Lo que sí hemos hecho –propone Palacios– es reunir a un grupo duro, unos cuarenta participantes, que son el apoyo de la Fundación y su principal patrimonio». ■





TEXTO

Milagros Socorro

Comunicadora Social, cronista, narradora. Ha colaborado *en El Nacional*, *El Universal,* revista *Exceso*. Jefe de redacción de la revista *Bigott.* Ha publicado libros de cuentos, crónicas y literatura infantil. Premio Bienal Udón Pérez (1991), Premio Bienal Ramos Sucre (1997) y Premio Nacional de Periodismo (2000).

FOTOS

Lisbeth Salas

Ha centrado su trabajo en el retrato y la fotografía documental. Autora de los libros *Rostros y decires* (sobre Rafael Cadenas), *Infinitamente serio* (sobre Enrique Vila-Matas) y *El ojo en la letra* (sobre escritores venezolanos).


CARONI
Fundación Venezol



Fundaprocura

Puro movimiento

Creada en 1992, es una organización privada sin fines de lucro que proporciona asistencia y servicio integral a personas con discapacidad motora. La donación de sillas de ruedas en forma permanente constituye uno de sus más importantes programas, aparte de fomentar procesos de inserción social, educativa y laboral. La población que atiende pertenece mayoritariamente al sector de escasos recursos económicos.

Elizabeth Fuentes



De izquierda a derecha: Federica de Riveroll, Myriam Pacheco, Rosario Anzola y Ana María de Zubillaga



«**Vamos a llamar** a Evelyn González, una joven de 25 años, agente de la Policía Nacional Bolivariana, que resultó herida en el cumplimiento de su deber. ¿Quién te acompaña, Evelyn? ¿Tu esposo?».

Es una tarde soleada y en el patio interno de Fundaprocura la entrega de un lote de sillas de ruedas se vive como una fiesta. Obsequian sanduchitos y jugos; ponen música y todos sonríen. Sonríe también Evelyn González, aún con su gorra y su uniforme de policía, mientras se traslada en su silla de ruedas a recibir el documento que formaliza el donativo. Sonríen también el resto de los asistentes, otros 15 beneficiados y sus familiares, quienes la aplauden como un homenaje a su valentía. La sigue en la lista Cira Guadalupe Parra, una profesora de música, de la Universidad Simón Bolívar, quien más que sonreída acepta su regalo feliz porque ya consiguió a una pianista y algunos cantantes:

«Me dije: "Yo voy a cambiar esta situación en Venezuela, aunque me cueste el resto de mi vida hacerlo, porque un cambio actitudinal no se hace en un año ni en dos. Aunque nos tome toda nuestra vida, lograremos que este país acepte a los ciudadanos en silla de ruedas, que conviva con ellos"...».

«Vamos a hacer audiciones, vamos a dedicarnos a hacer música acá. Vamos a ser más felices. Debemos cantar, bailar con nuestra silla de ruedas. ¿Por qué no? A mí ya me han bailado varias veces...».

Pero no es una alegría falsa la que impera o el producto de alguna estrategia diseñada para disfrazar la compasión. Es más bien el tono del alma de este grupo de mujeres que integra la Junta Directiva lo que ha invadido a toda la organización.

«Aquí no hay *quejicas*, que es como le dicen los españoles a la gente que se queja de todo: si hay un problema, se resuelve. Y lo resolvemos bien, mal o regular, pero lo hacemos. La etapa de la queja se brinca porque no hay tiempo para eso», explica Ana María de Zubillaga, vicepresidenta de la Fundación y gerente de Proyectos, quien se sabe de memoria todos los caminos que han recorrido en los últimos 22 años.

«Este es un esfuerzo en el que te das cuenta del bien que haces –agrega con su vozarrón inconfundible Federica de Riveroll–. Es una lucha constante para hacerlo bien, para administrar efectivamente los recursos. Gracias a Cecilia Puppio, Rosario Anzola y Margarita Montero, la Fundación se ha ido estructurando, no quisiera decir científicamente, pero sí de una forma ordenada, productiva. Porque esta es una empresa espiritual y el trabajo hay que hacerlo contento. Si te fastidia, no lo hagas. Cada quien lo tiene que hacer, porque le divierte o porque le da placer ayudar a alguien. Nuestras juntas directivas son divertidas, entretenidas, pero ordenadas».

Federica es la madre de Alfonso, el joven que a los 19 años se lanzó desde una lancha hacia el mar y se topó con una piedra que lo dejó cuadripléjico. Día que Federica ya no recuerda más, pero que le cambiaría la vida para siempre.

«No es una escena recurrente para mí. Tengo una cosa buenísima: todo lo malo se me olvida. Es como una defensa que tengo. No pienso en eso; ya pasó…».

Alfonso es su hijo mayor y, meses después de la tragedia, no le permitieron entrar a una universidad venezolana porque en aquella época no aceptaban a personas en sillas de ruedas. Entonces Federica se alzó:

«Me dije: "Yo voy a cambiar esta situación en Venezuela, aunque me cueste el resto de mi vida hacerlo, porque un cambio actitudinal no se hace en un año ni en dos. Aunque nos tome toda nuestra vida, lograremos que este país acepte a los ciudadanos en silla de ruedas, que conviva con ellos". Y aquí estamos».

Alfonso no solo terminó su carrera en una universidad de Florida, sino que decidió hacer un posgrado. Se empeñó entonces en ingresar en el Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT) o en la Universidad de Harvard. Hizo el examen exigido y lo aprobó con uno de los porcentajes más altos de toda la población americana de entonces. Cuenta la mamá orgullosa: «Hizo su posgrado donde él quiso, que fue en el MIT. Porque es un muchacho brillante. Pero uno se da cuenta de que no todos tienen las posibilidades de hacer eso, y eso es lo que me ha conmovido. Hay personas que no poseen dinero para poder comprarse una silla de ruedas que les permita al menos visitar a la vecina, o que sus niños discapacitados puedan ir a la escuela. Entonces nosotras se las damos».

LAS CIFRAS OCULTAS

Lo que hace más de veinte años comenzó como un Bazar de Navidad en la casa de la abuela de Federica y luego se trasladó a los jardines del Caracas Country Club, adquirió una dimensión que nunca imaginaron. Era un grupo familiar grande y unido, compuesto básicamente por mujeres, en el que hermanas, primas, amigas de las hermanas y amigas de las primas se organizaron, primero, para ayudar a Federica y, luego, para recolectar dinero y donar sillas de ruedas a familias de pocos recursos. En ese proceso, se volvieron perseverantes: «Este grupo de mujeres tiene el poder de convocatoria más grande que hay en Venezuela. Un grupo de amigas y primas que mueven lo que sea…», dice Federica.

En los primeros años creían que no había tanta gente que necesitara sillas de ruedas, y que con regalar 100 bastaba. Pero la necesidad las obligó no solo a multiplicar las entregas, sino a crecer hasta convertirse en lo que son hoy.

«Cada año es mayor la exigencia. Y sobre todo ahora, cuando tenemos una realidad patente, que es consecuencia de las heridas de armas de fuego. Cada vez hay un número mayor de personas parapléjicas y cuadri-

«Hay personas que no poseen dinero para poder comprarse una silla de ruedas que les permita al menos visitar a la vecina, o que sus niños discapacitados puedan ir a la escuela. Entonces nosotras se las damos».

pléjicas. Esas son las cifras ocultas de la delincuencia. Si a mí me llaman un lunes, yo puedo decir cuántas personas están hospitalizadas el fin de semana por esa causa –afirma Ana María–. Nosotros no tendremos veteranos, como en los países que han pasado por guerras, pero sí el flagelo de la violencia. Y tristemente, en esta situación, no se distinguen los buenos de los malos. En ambos bandos quedan lesionados, y nosotros no hacemos distingos en ese sentido. Le regalamos su silla de ruedas a quien la necesite de forma permanente.

Hoy, a través de su programa bandera, «Ruedas de Libertad», Fundaprocura ha donado 6.000 sillas en 16 estados del país. Atienden a 60 personas semanales en sus salas de rehabilitación y les ofrecen cursos de capacitación con miras a reinsertarlas en la sociedad.

PARA QUE OTROS SE MUEVAN

Legalizar la Fundación se volvió imperativo, porque si no poseían un espacio físico la personalidad jurídica carecía de valor. Nadie confiaría en una institución que funcionaba desde una tienda. Entonces se mudaron a un pequeño espacio en Chuao, que les cedió el padre de Alfonso. «Pero como no importábamos lentes de contacto, sino sillas de ruedas –explica Ana María–, a la larga se nos hizo chiquito». Entonces se empeñaron en conseguir una casa grande para guardar las sillas, y así dieron con su sede actual en la urbanización Chuao. La compraron y remodelaron con préstamos de bancos y donativos de empresas privadas. Instalaron sus oficinas más la sala de computación, la de rehabilitación y las de capacitación laboral. Seis años después se enteraron de que estaban vendiendo la casa de al lado:

«¿Estamos locas? –nos decíamos–. ¿Cómo nos vamos a meter en otra casa, en otro préstamo?», se preguntaban entre todas. Y lo respondieron a punta de fe: «¿No será, niñitas, que papá Dios nos está diciendo que la compremos también? Porque cuando fuimos a ver la casa, resultó que era idéntica a esta. Ambas eran como "casas espejos". Entonces decidimos comprarla. Nos arriesgamos. Unimos las dos casas y ya pagamos el crédito».

El día de una entrega de sillas, en un acto animado por Elizabeth Trujillo, había an-



cianos, jóvenes, señoras de mediana edad, una niña cuadripléjica, un joven afectado por espina bífida, gente de todos los estratos sociales que no habían podido costear la silla.

«Es la primera vez que recibo una ayuda –cuenta Carmen Lugo–. Estaba hospitalizada en el Pérez Carreño y mi hija averiguó cómo conseguirme una silla. Metió los papeles y al mes me llamaron. Yo andaba con una silla prestada porque en el Pérez Carreño no aceptan a nadie sin silla de ruedas, pero tampoco tienen».

Richard Peñalver, un joven robusto que conoce la organización porque hace 17 años le dieron su primera silla de ruedas, está feliz:

«Estoy muy contento de que organizaciones como esta ayuden a personas con discapacidad. Yo antes tenía una silla ordinaria, con la que me daba traspiés. Ellos me la dieron a raíz del accidente que tuve. Gracias a Dios que, cuando más necesité una silla para bajarme de la cama, ellas estaban ahí. Las damas fueron para allá, para el hospital Rísquez. Dios las bendiga».

En esa silla, Richard sacó el bachillerato, hizo un curso de computación y ya metió sus papeles para estudiar Ingeniería de Sistemas en la UNEFA. «La nueva me cae como anillo al dedo».







«Mi hermano tiene artritis degenerativa y ya no puede caminar. La silla es maravillosa, porque él pesa demasiado y no podíamos transportarlo o llevarlo al baño. Ya no va a ser tan dependiente de uno», dice la hermana de Fabio Moreno.

El costo de cada silla oscila entre 4.000 y 6.000 bolívares, las más económicas, pero luego los pacientes deben someterse a diversos tratamientos de fisioterapia que, en Fundaprocura, tienen precios muy bajos. La Fundación está centrada en la autogestión y busca que su sala de rehabilitación y gimnasio –un espacio enorme con las más avanzadas herramientas y personal capacitado– se vuelva independiente. Cuentan con patrocinio de distintas empresas, pero también procuran que quienes puedan pagar lo hagan. Siete fisioterapeutas, de alto profesionalismo y calidad humana, atienden a cada paciente como si fuese el único. «Aquí ha venido gente del exterior y nos ha dicho que esta sala de rehabilitación es tan buena como la de cualquier hospital de Estados Unidos».

La rehabilitación forma parte del círculo perfecto que han tejido en Fundaprocura para ayudar a los discapacitados desde la A hasta la Z. Porque la entrega de la silla es solo el primer paso. La organización cuenta con una proveeduría que vende, a precios subsidiados,

desde bastones hasta repuestos originales para las sillas. Adicionalmente, tienen un taller de reparación para las sillas donadas por ellos; un riguroso programa de salud que incluye orientación psicológica, neuro–rehabilitación, terapia ocupacional y fisiatría; la campaña «Acceso para Todos» que busca sensibilizar a la comunidad; el programa de capacitación laboral «Trabajando sobre Ruedas», que fomenta la inserción laboral.

Con los talleres de formación microempresarial, más los talleres de atención al cliente, dictados por voluntarios de la empresa Movistar, la idea final es que los discapacitados adquieran herramientas que les permitan trabajar desde su casa o en espacios pequeños.

«No hacemos nada enseñándoles un oficio si luego no saben cómo administrarlo o atenderlo. Por eso, completamos su formación con los talleres de atención al cliente, porque la mayoría no sabe cómo relacionarse. De hecho, es el módulo que más los marca positivamente, al instante, porque muchos llegan aquí saludando: "Hola, mamita…" y después del curso te dicen: "Buenos días, señora…"», cuenta Federica.

Ejemplos exitosos sobran, y algunos inauditos. Como el caso de Johnny, un joven humilde que «llegó aquí llorando, porque había perdido una pierna». Lo pusieron en rehabilitación, hizo el curso de capacitación profesional y abrió un puesto de repuestos de celulares en la redoma de Petare. Con el característico humor venezolano, Johnny llamó a su negocio «El Mocho Center». Hoy ya tiene seis centros de atención Movistar «Mocho Center», y a raíz de eso se considera un empresario exitoso. «Es una estrella», remata Ana María.

Hay otro caso, digno de una película de Fellini: el de dos hermanos morochos que fueron heridos por armas de fuego en balaceras distintas: uno quedó paralítico y el otro ciego.

«Vinieron para el curso de capacitación. Como el ciego traía a su hermano en silla de ruedas, lo reclutamos también. Hoy tienen un negocio de mudanzas: el paralítico maneja el camión y las cargas las hace el ciego con las instrucciones del hermano paralítico. Aquí llegan los dos con su sonrisa de oreja a oreja. Nosotras los empleamos mucho para nuestras mudanzas. Nos adoran», refiere Ana María.

Todas coinciden en que cuando a una familia de bajos recursos le ocurre alguna tragedia que amerite el uso de sillas de ruedas, se les convierte en un peso excesivamente grande.

«La diferencia entre una persona que viene con una silla destartalada, a la que se le sale la rueda tres veces antes de llegar aquí, o con los mangos destruidos, y una silla de ruedas nueva, en la que se siente cómoda y segura, es notable. Puede ir a su trabajo, a su escuela o a un parque. Es maravilloso. Lo hemos vivido. Aquí se presentó una señora, de sesenta

años, que llevaba a la hija siempre cargada porque nunca había tenido dinero para adquirir una», recuerda Federica.

A la larga, han construido una gran familia, una gran red.

EN LOS PRIMEROS AÑOS CREÍAN QUE NO HABÍA TANTA GENTE QUE NECESITARA SILLAS DE RUEDAS, Y QUE CON REGALAR 100 BASTABA. PERO LA NECESIDAD LAS OBLIGÓ NO SOLO A MULTIPLICAR LAS ENTREGAS, SINO A CRECER HASTA CONVERTIRSE EN LO QUE SON HOY.

«Yo siento que tengo amigos en todos lados –dice Federica–. Hasta he ido a la cárcel a sacar muchachos y, cuando me ven de lejos, me gritan: "Federica, Federica". La enseñanza incluye hasta buenos modales, porque cuando aquí llega un joven con problemas de conducta, uno lo intuye. Son los más afectados por la violencia; se les nota. Cuando vienen a buscar su silla de ruedas y a hacer rehabilitación, les decimos: "Usted tiene que venir limpio, afeitado". Y lo hacen».

Todas coinciden en que este es un camino de dos vías:

«Saber a cuántas personas le hemos cambiado el curso de la vida para mejor es suficiente para acostarme y dormir tranquila», dice Federica. Miriam Pacheco la secunda y compara su trabajo con el de un hada madrina: «Cuando comencé a trabajar para la Fundación Telcel y ayudar a causas como esta, me convertí en mejor persona. Es muy satisfactorio».

NO TODO ES SOBRE RUEDAS

¿Problemas? Cabe suponerlos. Fundaprocura ha sufrido, como todos los venezolanos, los embates del entorno país: falta de dólares, trámites con Cadivi, trámites en las aduanas para introducir las sillas y sacarlas con la brevedad posible. También les ha costado mantener a los empleados bien pagados. Apoyadas por la empresa privada, antes les resultaba mucho más fácil conseguir fondos, pero ahora hay menos recursos o las empresas los tienen comprometidos. Y todos los insumos se han encarecido.

Ellas importan sillas de ruedas «todo terreno», especiales para una ciudad complicada como Caracas, gracias a una alianza con la Wheelchair Foundation. También traen sillas y coches para niños, fabricados en Brasil: «El corazón se te encoge cuando piden coches para niños…», expresa Ana María.

Pero deben enfrentar algo que califican de grave, y es que la demanda para el aprendizaje ha disminuido: «Antes venían con mucho entusiasmo a realizar los cursos de microempresarios, diseñados para que se inserten en la vida laboral. Pero ocurre que muchos están adscritos a alguna misión oficial, y entonces prefieren quedarse en su casa esperando la beca en vez de aprender un oficio. Pero igual nosotras seguimos. Ya tenemos varios alumnos en el taller de luthería, con un nivel bastante avanzado, y dentro de poco abriremos uno de bombonería», recuerda Ana María.



Cecilia de Puppio, Gabriela de Siervo, Carmen Cecilia de Salima, Elizabeth Trujillo, Antonieta Caleya, Cuki Riveroll, María Luisa Carrillo y María Cristina Pi



Aunque prefieren no hablar de dificultades sino de retos. Cada cambio (la mudanza, la situación económica) lo han ido afrontando en la medida en que crecían. Hasta que llegó un momento en el que decidieron que el camino era mejorar y optimizar lo que ya estaba hecho que seguir creciendo. Y vaya que lo han logrado.

ÚNICO EN EL MUNDO

En alianza con el Sistema Nacional de Orquestas Simón Bolívar y la Corporación Andina de Fomento (CAF), Fundaprocura abrió un taller de luthería en su sede, único en el mundo, diseñado específicamente para personas discapacitadas. El aprendizaje les permitirá salir de allí como especialistas en reparación de arcos y violines.

Y es aquí cuando la admiración por el trabajo de Fundaprocura se multiplica, porque entrar al taller de luthería solo convoca al asombro: grande, limpio, ordenado, invadido por un rico olor a madera y ornado por violines antiguos, cuenta con estaciones de trabajo diseñadas para las necesidades de los estudiantes. Se estima que en dos años y medio saldrán a competir en un oficio de alta demanda.

Los jóvenes están becados tanto por la Fundación de Orquestas como por la CAF: aportes conseguidos por la perseverante Directiva de Fundaprocura, dinero que muchos utilizan para movilizarse hasta la sede de

Chuao. Algunos, para llegar a tiempo, almuerzan en el comedor que hay allí.

El profesor Eddy Acosta, «prestado» por la Fundación de Orquestas, es un luthier que llegó a Fundaprocura por azar. Y no hay nada que agradezca más que esa función. Egresado en el área de recreación, estuvo encargado de la seguridad de los niños de la Sinfónica Infantil por muchos años, pero un infarto le cambió la ruta.

«Comencé mi recuperación en el despacho del maestro Abreu. Y siendo encargado de seguridad de la Juvenil de Caracas, me dio la oportunidad de hacer un curso de luthería. Ahora soy luthier. El cambio fue muy drástico, porque yo manejaba diariamente novecientos niños que tenían conciertos todos los fines de semana. Cuando entré aquí y me dieron esta oportunidad, la vida me cambió porque esto me tocó la sensibilidad. Ahora empiezo a ver las cosas de otra manera. ¿De qué me quejo yo si esta gente, así como anda, resuelve? Ahora me siento mejor persona. Esto ha sido un cambio maravilloso, y he querido transmitírselo a ellos, haciéndoles ver que sí pueden», relata Acosta.

El profesor Acosta aprendió enseñando: «Este taller nació conmigo. Al principio, cuando les daba las instrucciones para serruchar, sentía que ellos no me entendían. Y resulta que el que no entendía era yo, porque me tuve que sentar para hacerlo como ellos, hasta darme cuenta de que trabajar sentado es diferente».

Hoy maneja ocho alumnos, cuyo aprendizaje va desde conocer las herramientas y dibujarlas hasta fabricarlas. «La idea es que aprendan a hacer sus propias herramientas de madera, que es un trabajo muy minucioso. Para quienes tienen problemas psicomotores más agudos, se fabrican las herramientas a su medida. Después que los alumnos las construyen, pasan al banco de trabajo. Y ya en ese momento están en posibilidad de trabajar el arco».



Puede estar todo un día hablando de su trabajo. Nos muestra las crines de los caballos con las que hacen las cuerdas; las diferentes piezas, pequeñísimas, que deben aprender a fabricar los alumnos. Confiesa que el primer día de clase sentía mucho temor: «Yo nunca había sido profesor. Tenía muchas expectativas, y me sentía muy nervioso, pero vi en ellos gran entusiasmo, y al final me lo contagiaron».

A los alumnos más avanzados, los está promoviendo para que la Fundación de Orquestas los absorba como empleados, que es la función final de este proyecto: que trabajen como asistentes de luthier o como técnicos en reparación. «Pero la parte laboral se podrá concretar cuando estos jóvenes demuestren que sí pueden hacerlo. Yo los incentivo para que hagan su taller en cualquier rinconcito de su casa y trabajen desde allí».

Rafael, de 30 años, uno de sus alumnos más avanzados (quedó paralítico a raíz de un accidente automovilístico) solo tiene elogios para su profesor: «Es un pan de gente, Dios lo bendiga», y para Fundaprocura. «Me han apoyado mucho, me suben el ánimo, aunque esté derrumbado, porque a pesar de la discapacidad que uno tenga, debe seguir adelante. Los límites se los coloca uno. Es más difícil decir *no puedo* que hacerlo».

Pero entiende que la situación afuera está en su contra: «Las vías no están aptas para nosotros. A veces nos tenemos que zumbar al medio de la calle porque las aceras las toman las mototaxis o los buhoneros, y entonces nosotros nos quedamos sin espacio para pasar. Son pocos los espacios que hay para nosotros. Ni restaurantes, ni farmacias ni panaderías están adaptados. Autoridades y empresarios deberían enfocarse en ese sentido: saber que existimos, saber que somos personas con discapacidad. Una vez tuve que ir al Ministerio del Trabajo y no pude entrar porque tenía muchas escaleras».

Rafael tiene su silla impecable. Le hace caso a Federica, quien cada vez que culmina un acto de entrega solo les pide que la cuiden. Recuerda Federica: «No es fácil comprarlas. Son costosas, de diferentes calidades y tamaños. Nos cuesta muchísimo trabajo conseguirlas, buscar el dinero, importarlas, conseguir los dólares de Cadivi. Todo esto es muy difícil. Pero nosotras queremos que ustedes puedan disfrutar más de la vida. Así que, por favor, cuídenla. Lávenla, pásenle un trapito, mantengan limpios sus cauchos. No olviden que cada silla tiene el logotipo de Fundaprocura. Así que de hoy en adelante ustedes son nuestros representantes...».





TEXTO

Elizabeth Fuentes

Egresada de la UCV. Magíster en Comunicación Política (Universidad de Barcelona). Columnista de *El Nacional* y *Tal Cual*. Jefe de Redacción de las revistas *Primicia*, *Feriado* y *Mujer*. Animadora del espacio radial "Par de dos" y conductora del espacio televisivo "Tremenda Fuente".

FOTOS

Ana María Yanes

Estudios de fotografía en el Ateneo de Caracas, Instituto de Diseño Neumann e Istituto Superiore di Fotografía (Roma). Numerosas exposiciones individuales y colectivas.

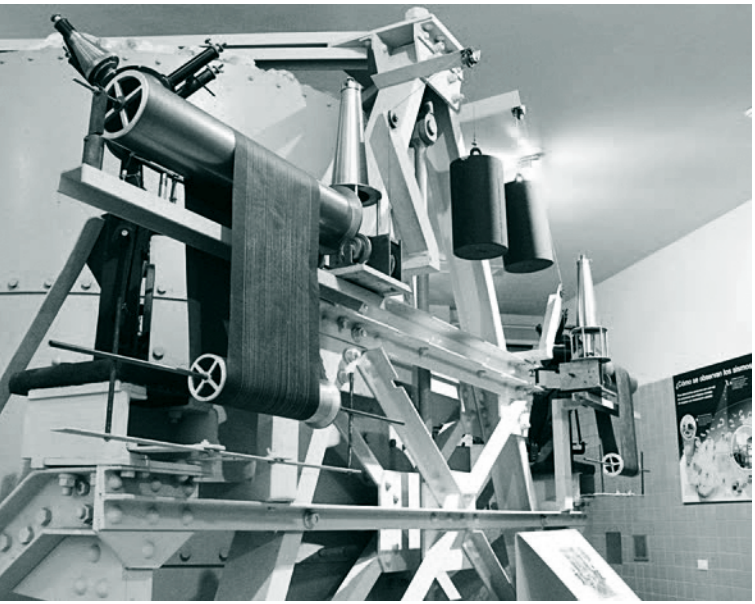
Funvisis

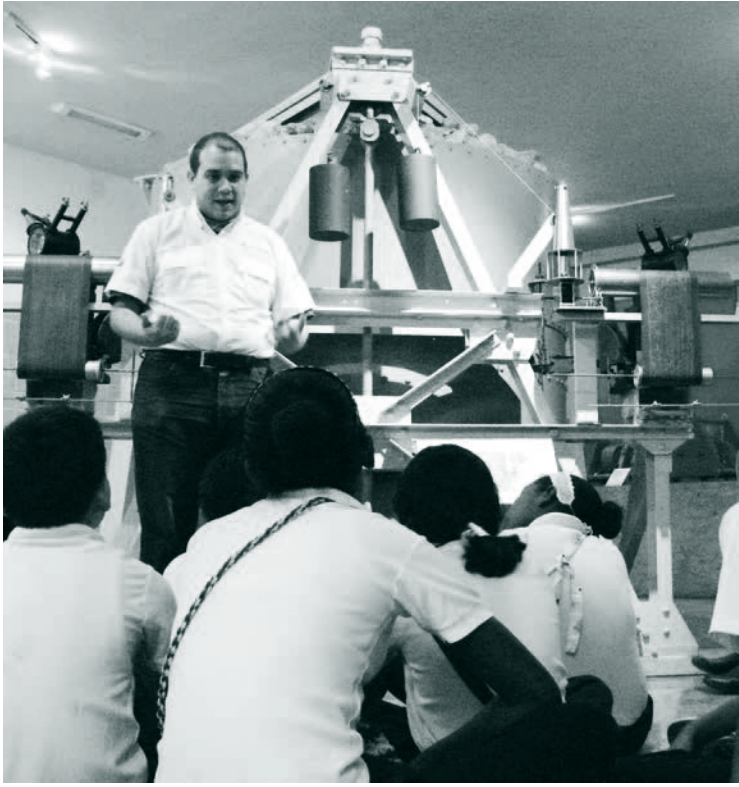
Un oído pegado al suelo

Nacida en 1972, la Fundación Venezolana de Investigaciones Sismológicas (Funvisis) explora el pasado y el presente de un país construido sobre el encuentro de dos placas tectónicas. Pero se esfuerza por compartir ese conocimiento para salvar vidas cuando, inevitablemente, se repitan los terremotos que han causado destrucción a lo largo de nuestra historia.

Rafael Osío Cabrices

16









Allá en lo profundo, kilómetros por debajo de los apamates y los centros comerciales, ajenas al pitar de los mototaxis y el crepitar de las noticias, se mueven fuerzas anteriores a la historia humana, fuegos que arden desde los primeros tiempos del planeta. Sobre una esfera de mineral ardiente flotan y se frotan entre sí –como botes anclados con demasiada vecindad en una bahía tormentosa– las placas tectónicas, encima de las cuales hay mares, países, continentes. Una de ellas, la placa del Caribe, restriega su borde meridional contra el frente norte de una mucho más extensa, la placa Suramericana.

La placa caribeña se desplaza hacia el este; la Suramericana, hacia el oeste. Justo arriba de esa franja de incesante actividad entre ambas placas están las playas, las montañas y las ciudades principales de un país llamado Venezuela. Cuando las fallas geológicas que produce la confluencia de esas dos placas –sobre todo la hilera que forman, desde Paria hasta el Táchira, las fallas de El Pilar, San Sebastián y Boconó– ya no pueden contener más energía, la liberan en forma de temblores de tierra.

Los especialistas dicen que en la historia venezolana anterior al terremoto de 1967 ha habido, según la Escala de Mercalli Modificada, 13 sismos con intensidad igual o mayor a 8. Esto es, que entre 1530, año en el que aparece el primer registro de un sismo en Venezuela, el que acabó con Nueva Cádiz, y 1950, cuando ocurrió un fuerte temblor en El Tocuyo, hubo 13 sismos destructores. El 26 de marzo de 1812 hubo no uno sino dos, el que tumbó a Caracas y que recordamos por la frase bolivariana nunca del todo confirmada de «si la naturaleza se opone», y el que en la tarde asoló a Mérida. Ningún evento natural ha causado hasta ahora una destrucción semejante entre nosotros; las crónicas de los viajeros que visitaron Venezuela a lo largo del siglo XIX abundan en que los escombros de lo derribado por el movimiento telúrico permanecían sin reconstruirse varias décadas después. Caracas y La Guaira ya habían sufrido uno en junio de 1641; en 1766 y 1853, un sismo produjo un maremoto sobre Cumaná; en 1878, sufrió el suyo la ciudad de Cúa; en 1894 otro terremoto tumbó Santa Cruz de Mora y Zea; en 1932, hubo uno muy fuerte en La Grita.

Sin embargo, cuando en julio de 1967 tembló en Caracas y el litoral central, la ciudad estaba desprotegida. Tal vez sea otro indicio de lo distraídos que estamos los venezolanos ante la estrechez de nuestra relación con los sismos el que hayamos tardado tanto para tener un organismo como la Fundación Venezolana de Investigaciones Sismológicas (Funvisis), aunque ya teníamos un Instituto de Sismología en los años cincuenta, en el Observatorio Cagigal.

Con el mismo perfil técnico y científico que ha mantenido incólume hasta el sol de hoy, y



Aura Fernández

que le ha ganado el respeto de todo el país, Funvisis nació apenas hace 41 años, en 1972, en una fecha que funciona como un recordatorio y como una advertencia: 25 de julio, día del aniversario de Caracas y por tanto *memento* del terremoto del 67.

Entre las consecuencias positivas que tuvo esa tragedia (objeto de estudio en todo el mundo por sus características y su impacto en la capital de un país, casi dos décadas antes de la de México D.F.), aparte de que sirvió para que en Venezuela se empezara a construir en general según normas de sismorresistencia, estuvo que el gobierno de Raúl Leoni nombrara una comisión presidencial para dotar al país de un organismo que lo ayudara a protegerse de los terremotos destructores. Las recomendaciones de la comisión condujeron al diseño de la institución, que empezó investigando nuestra situación para pasar luego a decirnos cómo construir, cómo vivir, cómo organizarnos y cómo protegernos de algo que volverá a ocurrir, sin duda alguna: los sismos destructores.

EL PULSO DE LA TIERRA

«Este es un evento sísmico», dice el sismólogo Miguel Palma, uno de los analistas que están todo el tiempo, día y noche, en la sala telemétrica de Funvisis, atentos a que se produzca una perturbación que amerite alertar a las autoridades. Su dedo índice muestra en un monitor una barra horizontal, flanqueada por varias más, en la que se despliega una línea quebradiza que hace crestas y valles. A ojos del lego, no luce demasiado diferente de las demás. Pero esa barra viene de la estación sismológica de Capacho, en Táchira; cuando Miguel compara su registro con el de la estación de Bucaramanga, ve que allí es más intenso y concluye que el sismo está dándose en territorio colombiano. Lo que siente Capacho es un eco del temblor que está produciéndose en ese instante al otro lado de la frontera. Como los rastreadores indígenas en las películas de vaqueros, Funvisis siente en tiempo real los retortijones del planeta como si pegara el oído al suelo.

El incesante pulso de la corteza terrestre, que cuando se altera produce lo que llamamos un sismo o un terremoto, ya no se mide con una aguja que dibuja líneas quebradas en un rollo de papel cuadriculado. Los gráficos que están en media docena de monitores son procesados por un grupo de potentes servidores a partir de los datos que recibe la antena de Funvisis que mira hacia la región del espacio por donde está dando vueltas el satélite Simón Bolívar. El software con que cuenta la institución es capaz de calcular inmediatamente la magnitud de un evento, pero estos números siempre son revisados por un sismólogo antes de ser reportados a las autoridades y al público.

Una cosa es la intensidad y otra la magnitud. La magnitud es una medida cuantitativa

de la energía liberada en un sismo; la intensidad es el daño que produce, que en parte se cuantifica y en parte se deduce del impacto que un temblor causa en la sociedad y las estructuras. Pero la medición de todo esto nace en los sismógrafos. Funvisis maneja la red nacional de 36 estaciones sismológicas, así como la red acelerográfica nacional, que mide los movimientos de terreno mediante 134 estaciones. Una de las estaciones sismológicas está en la sede del organismo, sobre un cerro de la urbanización El Llanito, al este de Caracas. Las otras están en lugares muy diferentes entre sí: ciudades como El Vigía, Carúpano, Güiria o Puerto Ayacucho; puestos de frontera como Luepa, junto a Guyana, Capacho, el archipiélago de Los Monjes y Villa del Rosario, junto a Colombia, y la minúscula Isla de Aves, cerca de Puerto Rico; viejas poblaciones de tierra adentro como El Baúl, Siquisique, Birongo o Caicara del Orinoco.

Una estación sismológica no es nada espectacular. Lo más notable es su antena parabólica, que envía al satélite Simón Bolívar los datos que registra, y el panel solar, que la alimenta de energía. De resto, cuenta con un grupo de baterías para funcionar y su equipo protagónico, el sismógrafo, un conjunto de imanes y bobinas que se introduce a unos pocos metros bajo tierra, y que asienta con bastante eficacia los movimientos de la tierra. Los registros que produce se traducen en sismogramas y se aprovechan no solo para vigilar la actividad sísmica, sino también para hacer estudios ambientales o de suelo que requieren las obras de infraestructura.



Miguel Palma

Hacen falta al menos tres estaciones sismológicas para calcular correctamente la magnitud de un temblor, ya que unas están más cerca de un epicentro que otras, e incluso hay estaciones sometidas a ruido subterráneo que puede alterar sus lecturas, como el producido por la actividad minera. Por eso colaboran

entre sí. Funvisis comparte recíprocamente sus datos con los vecinos –especialmente con Colombia, Puerto Rico y Trinidad y Tobago– y es parte del sistema de alerta de *tsunamis* del Caribe. Igual que los astrónomos y los climatólogos, los sismólogos miran la naturaleza en equipo y se comentan entre sí lo que encuentran en ella. Esto es útil para generar conocimiento, pero sobre todo para reaccionar a tiempo cuando hay un sismo mayor. Esta tecnología y este trabajo en equipo permiten determinar rápida y correctamente cuán peligroso es un evento sísmico. En eso, cada segundo cuenta. Antes tardábamos 15 o 25 minutos para calcular la magnitud de un sismo, pero hoy podemos conocer la magnitud de un evento sísmico moderado cinco minutos después de que ha ocurrido, en el portal de Funvisis.

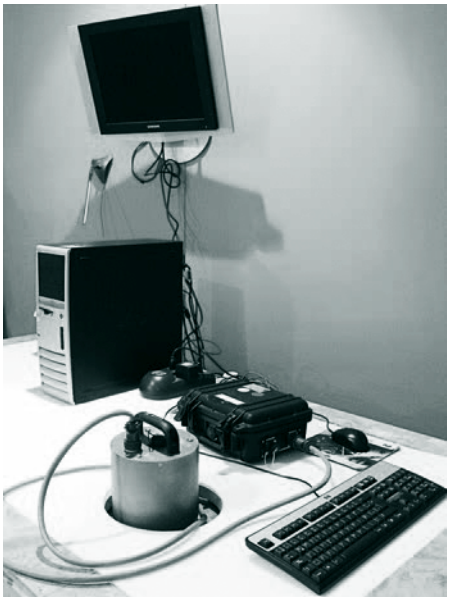
CON EL MISMO PERFIL TÉCNICO Y CIENTÍFICO QUE HA MANTENIDO INCÓLUME HASTA EL SOL DE HOY, FUNVISIS NACIÓ APENAS HACE 41 AÑOS, EN 1972, EN UNA FECHA QUE FUNCIONA COMO UN RECORDATORIO Y COMO UNA ADVERTENCIA: 27 DE JULIO, DÍA DEL ANIVERSARIO DE CARACAS Y POR TANTO *MEMENTO* DEL TERREMOTO DEL 67

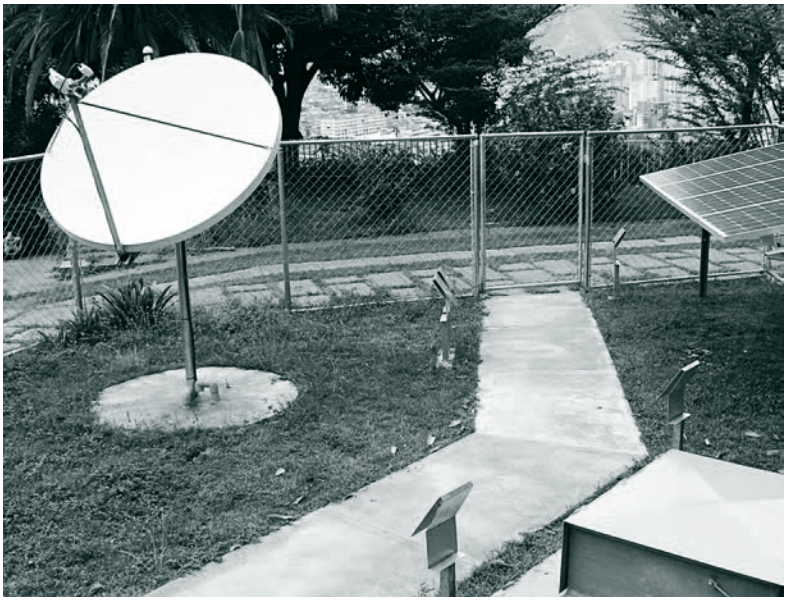
La actualización tecnológica debe ser constante para que todo este sistema de alerta sea útil. La sala telemétrica en El Llanito espera renovar en breve sus servidores, lo que hará posible que los analistas observen la información que llega en 12 monitores a la vez.

LA MAESTRA HEROICA

El más reciente sismo destructor que hubo en Venezuela fue el que causó graves daños materiales y dolorosas pérdidas humanas en el pueblo sucrense de Cariaco, el 9 de julio de 1997, con epicentro en Casanay y magnitud Ms de 6,8. La sociedad venezolana lo recuerda porque derribó dos centros educativos: el Liceo Raimundo Martínez Centeno y la Escuela Valentín Valiente. En esta última, una maestra de cuarto grado, Madeleilis Guzmán, corrió para evacuar a su clase mientras la tierra temblaba y se sacudían las paredes del plantel. Cuando salió a la calle se dio cuenta de que le faltaban dos niñas y regresó al edificio a buscarlas. Las encontró, pero cuando estaba buscando con ellas el camino al exterior un muro colapsó justo cuando pasaban junto a él. La docente usó su cuerpo como escudo, poniendo a las niñas debajo de sí. Las niñas sobrevivieron; Madeleilis falleció.

El Aula Sísmica de Funvisis lleva el nombre de esa mujer heroica. La historia de este brazo educativo de la institución comenzó justamente en Cariaco, cuando tres futuros profesores de Geografía, entonces todavía alumnos de pregrado en el Instituto Pedagógico de Caracas, fueron de trabajo de campo a Cariaco semanas antes del sismo. La tutora de esa asignación era la profesora Flor Ferrer de Singer, esposa de Andrés Singer, un eminente geomorfólogo que trabajó en Funvisis por más de veinte años y llegó a presidir la institución. La





docente, decana en el Pedagógico, fue quien tuvo la idea de crear un dispositivo que sirviera para verter en la sociedad, especialmente en la gente de las áreas más vulnerables, el conocimiento que genera Funvisis. Particularmente, la idea era adecuar ese conocimiento de manera que pudiera ser difundido en todos los niveles del sistema educativo.

Primero había que determinar qué saben los venezolanos de los terremotos; de ahí la investigación en Sucre, el estado de mayor actividad sísmica de todo el territorio nacional. Daniel Moreno fue uno de aquellos tres estudiantes enviados a ese lugar pobre y hermoso que es el golfo de Cariaco. Se encontró con una población que no se atrevía a hablar de lo que había estado viviendo por generaciones: los sismos eran vistos como demonios que ni siquiera debían mencionarse, no fuera que el mero recuerdo los invocara de regreso. «Era un tabú», recuerda Moreno; los testimonios de los sucrenses que entrevistaron fueron documentados. «Así que empezamos aquí en Funvisis a diseñar estrategias de difusión y de construcción de cultura sísmica. Cuando ocurrió el sismo en Cariaco, Funvisis volvió a recibir atención del gobierno. La institución tenía una tecnología obsoleta y pidió asistencia a otras estaciones de la región para precisar el cálculo del sismo. Pero eso sirvió para que se le asignaran más recursos, pese a la fuerte crisis económica en ese momento».





En febrero de 1998, un semestre después del sismo de Cariaco, comenzó a trabajar el Aula Sísmica de Funvisis, y ahí entró a la institución Daniel Moreno, ya graduado. Hoy está a cargo del Centro de Documentación e Información del organismo, un departamento tanto de consulta como de extensión. Ha tenido que aprender junto con su equipo cómo se habla de terremotos a niños de primer grado, a bomberos y policías, a ejecutivos petroleros y a vecinos de una urbanización o de un barrio. Aprender a partir de algunas experiencias de países obligados a desarrollar también una cultura sísmica, pero sobre todo aprender haciéndolo, para un público venezolano, al que hay que hablarle de la sismicidad venezolana. La tierra no tiembla igual en todas partes.

El Aula Sísmica no es ya un recinto determinado. «Tenemos un aula aquí –cuenta Moreno–, pero nos la pasamos en la calle». Es más provechoso que los instructores de Funvisis vayan adonde se les necesita, aunque la sede en El Llanito también atiende a grupos organizados. Al principio, el Aula Sísmica funcionaba como un taller que se impartía en un salón de clase durante unas horas, a solicitud de un docente. Pronto, Moreno y su equipo se dieron cuenta de que no servía de mucho enseñar a un salón si los demás se quedaban sin saber, pero como tampoco era posible transmitir los mensajes a cada alumno

de cada plantel de Venezuela, hubo que rediseñar los talleres en una versión de un día entero, para dárselos a los docentes y las autoridades de cada institución educativa, y de ese modo convertir a todas esas personas en multiplicadores. En eso están, incansablemente, visitando planteles. Llevan un centenar de escuelas, pero hay 28.000 planteles educativos en el país. Los instructores de Funvisis llegan con un maletín dotado de mapas, gráficos, un CD o un VHS con una película y afiches de qué hacer en caso de sismo (Daniel Moreno apunta que tienen el propósito de hacer que sea obligatorio por ley disponer de esos carteles en cada edificación del país), además de un modelo de madera que sirve para ilustrar cómo las placas tectónicas se frotan entre sí. Cada plantel educativo visitado se queda con su maletín. Y con el recuerdo de la clase de los instructores de Funvisis, que incluye dinámicas y canciones. Como buenos pedagogos que son Moreno y sus colaboradores, no ignoran que por muy delicado que sea el mensaje, entra mejor si se comunica con ingenio y buen humor, y no solo con los niños. Algunas de esas canciones las han compuesto las maestras y los estudiantes. El Aula Sísmica ya tiene un modelo hecho que ha demostrado que funciona; dos profesores del programa fueron parte de la delegación venezolana de ayuda que acudió a Haití luego del sismo de enero de 2010.

Sin descuidar nunca su riguroso perfil técnico, la institución se afana por compartir su conocimiento con toda la sociedad venezolana. El Aula Sísmica tiene versiones para comunidades, centros de trabajo públicos y privados, instalaciones industriales, militares y petroleras, etc. Los delegados de seguridad laboral cumplen la función multiplicadora en las empresas que los docentes tienen en los planteles. «Nos llaman todo el tiempo», cuenta Daniel Moreno. Algo importantísimo en la Venezuela del presente: el brazo educativo y divulgativo de Funvisis cuenta con el respeto de todo el mundo y trabaja por igual con cualquier órgano de gobierno u organización del país, al margen de su ubicación geográfica o su filiación política.

Aura Fernández, la joven ingeniero civil que acaba de ser nombrada presidenta de Funvisis, explica que ha sido labor del organismo organizar simulacros de evacuación en centros educativos, instituciones públicas o empresas. «A veces nos piden que participemos en el simulacro», agrega. Esos ejercicios se hacen en conjunto con los cuerpos de bomberos o de Protección Civil. «Los enamoramos para que nos ayuden a divulgar nuestro mensaje en todas partes. Pero con un equipo de seis personas, hoy estamos en capacidad de atender requerimientos de talleres de Aula Sísmica en todo el país. Los militares, por ejemplo, nos llaman constantemente. A todos atendemos con la misma

dedicación. En Venezuela tiembla y todos somos corresponsables en cuanto a cumplir las normas y a construir una cultura sísmica, desde la casa».



Daniel Moreno

La Fundación aprovechó el bicentenario del sismo de 1812 para celebrar, en la misma fecha conmemorativa, unas jornadas de sismología histórica; estrenar un documental que se proyectó en los cines de todo el país, *Venezuela sísmica*; instalar una exposición en el Museo de Ciencias, de enfoque científico, y otra en la nueva sede de la Galería de Arte Nacional que muestra los grabados y bocetos que representan la única documentación gráfica de los efectos del cataclismo que dio el golpe de gracia a la Primera República.

Pero hay otro espacio de difusión de altísima importancia para Funvisis, que sí es permanente: el Museo Sismológico, en las mismas instalaciones del Observatorio Cagigal, en el oeste de Caracas, donde funcionó Funvisis hasta que se mudó a su actual sede de El Llanito. Ese museo puede recibir, como pasa con frecuencia, hasta cuatro grupos escolares en un día; su actividad no se detiene ni en las vacaciones de julio a septiembre, salvo cuando cierra en el mes de agosto para ejecutar trabajos de refacción o mantenimiento. Desde que se abrió hace seis años ha tenido casi 100.000 visitantes.

El Museo Sismológico muestra cómo han evolucionado los sismógrafos y ayuda a ver cuánto hemos aprendido sobre los terremotos. Además de una estación sismológica, tiene un simulador, una plataforma móvil que sirve para dar a los visitantes una idea de cómo se siente un edificio temblar. Los modelos tridimensionales ayudan a entender qué hay debajo del suelo que pisamos y cómo ha ido alterándose desde que el mundo es mundo, alteraciones que producen justamente los movimientos de la corteza terrestre y, por tanto, los sismos.

UNA CAPITAL DE RIESGO

Instalaciones como el Museo Sismológico son solo parte de la compleja tarea de ayudar a entender a los caraqueños la vulnerabilidad en la que viven. Aura Fernández explica otra labor de Funvisis relacionada con la tierra, aunque no exactamente con los terremotos: la prevención y organización frente al problema de los deslizamientos en áreas pobladas. «Cuando atendemos los deslizamientos se nos ofrece también la oportunidad de comunicarnos con las comunidades y brindar adiestramiento –cuenta–. Por ejemplo, en la Nochebuena de 2011 hubo deslizamientos graves en la comunidad petareña de Píritu, que nosotros aprovechamos para hacer con los vecinos un mapa de riesgo de la zona. Fue muy provechoso, porque nadie mejor que ellos conoce su entorno. Ese es un trabajo que también podemos hacer y la gente reacciona muy positivamente, sobre todo las mujeres».

Fernández dice que la institución tiene hoy mucho apoyo gubernamental, no solo de parte del Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación, al cual está adscrito, sino de muchas otras instituciones. Justamente, uno de los más importantes proyectos actuales de Funvisis viene de una alianza con el Instituto Nacional de Estadística (INE). Se trata del proyecto Sismo Caracas, un informe de vulnerabilidad de la ciudad capital, que no es sencillo de llevar a cabo. A cargo de él está un hombre que sabe lo que está haciendo, el profesor Óscar Andrés López, uno de los mayores expertos del país en ingeniería sísmica. Asesor de Funvisis e investigador y docente del Instituto de Materiales y Modelos Estructurales de la Facultad de Ingeniería de la UCV, López dice que Sismo Caracas es una evaluación del nivel de protección que tiene la ciudad y un medio para formular recomendaciones específicas para reducir sus riesgos ante un evento sísmico. «Es la visión global de una ciudad que puede tener medio millón de construcciones –apunta–. Pretendemos establecer el nivel de amenaza sísmica, cuántos daños, en cuanto a víctimas y a pérdida de infraestructura, tendríamos en un terremoto».

Trabajan a partir de mapas de riesgo, basados en un proyecto de microzonificación de Caracas y Barquisimeto que lideró en Funvisis el investigador alemán Michael Schmitz. No es en absoluto una especulación, un ejercicio imaginativo. «La amenaza no depende de lo construido sino de la naturaleza. La vulnerabilidad es lo que está construido encima. Y el riesgo es amenaza por vulnerabilidad. No es sino cálculo de probabilidades, gracias a unos algoritmos que se desarrollaron para eso».

Sismo Caracas se apoya en los datos que aún se procesan del Censo 2011, cuyos empadronadores incluyeron ciertas preguntas diseñadas por Funvisis, en cuanto al año de construcción de las edificaciones, la forma

de su planta o el número de pisos. El convenio que se está concretando entre la Fundación y el INE es para que juntos procesen la información que esas preguntas generaron. Pero aparte de esa investigación documental, hay que hacer las inspecciones, con prioridad en las instalaciones que son esenciales a la hora de reaccionar ante un terremoto, y que hay que evitar a toda costa que sucumban en esa circunstancia: centros de salud, cuarteles de bomberos y de policía, viaductos y puentes, obras patrimoniales. Ya estudiaron las sedes de bomberos y los museos, y han creado proyectos piloto de inspección para edificaciones repetitivas: aquellas que reproducen un mismo modelo arquitectónico en distintos entornos, como los bloques del Banco Obrero o las casas rurales del Inavi. «Hay que levantar esa información desde cero porque casi no han sobrevivido los planos de esas obras. La idea es reforzar al menos una obra en cada categoría». Un grupo de seguimiento ya establecido irá vigilando que se cumplan los objetivos y se vayan entregando los resultados que produzca cada etapa del proyecto. Pero está en marcha el trabajo en conjunto con alcaldías, ministerios y el Instituto de Patrimonio Cultural.

UNA COSA ES LA INTENSIDAD Y OTRA LA MAGNITUD. LA MAGNITUD ES UNA MEDIDA CUANTITATIVA DE LA ENERGÍA LIBERADA EN UN SISMO; LA INTENSIDAD ES EL DAÑO QUE PRODUCE, QUE EN PARTE SE CUANTIFICA Y EN PARTE SE DEDUCE DEL IMPACTO QUE UN TEMBLOR CAUSA EN LA SOCIEDAD Y LAS ESTRUCTURAS.

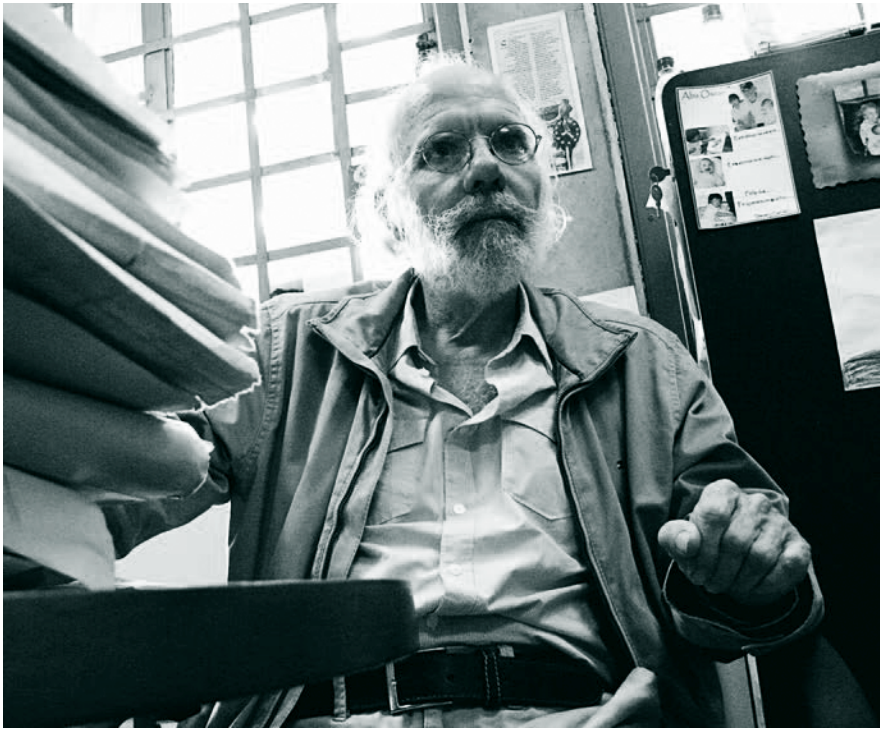
Paralelamente, Sismo Caracas incluye un componente de trabajo con las comunidades, conectado naturalmente al Aula Sísmica. El profesor López reconoce que en Venezuela no hay un cumplimiento total de las normas de sismorresistencia, ni en el sector constructor privado ni en el público. Han encontrado violaciones a las normas hasta en edificios de la Gran Misión Vivienda, además de en obras privadas. «Son excepciones, sin embargo; en la construcción formal lo común es que la norma se cumpla. En la informal, en cambio, no hay control de ningún tipo, como pasa en casi toda América Latina».

MUCHO POR HACER

Óscar Andrés López es uno de esos expertos en el tema sísmico con la experiencia suficiente como para apreciar el aporte que ha hecho la Fundación al conocimiento de Venezuela sobre sí misma. «Funvisis ha sido un factor muy significativo para rescatar nuestra memoria sísmica –dice–. Su aporte más importante ha sido en la sismología y en la geología; la primera, una ciencia instrumental que nos deja ver cómo se mueve la tierra desde hace cien años; la segunda, un conocimiento que se proyecta a muchos millones de años en el pasado. También en crear la red

sismológica, ahora reforzada con el satélite Simón Bolívar». Han sido Funvisis y su departamento de Ciencias de la Tierra los que nos han dicho a los venezolanos cuáles fallas activas tenemos y qué clase de terremotos pueden producir. Usando la datación con carbono 14, la paleosismología nos ha dicho cuántos grandes terremotos ha sufrido este territorio y cómo lo han hecho cambiar. «Ahora –dice López–, Funvisis está haciendo mucho énfasis en el área de ingeniería sísmica, que tiene una aplicación directa en el diseño de medidas de prevención y protección».

De hecho, Funvisis enumera como sus áreas de estudio, además de la amenaza sísmica, la sismología aplicada, la geología aplicada, la geología de los terremotos e instrumentación sísmica. Pero la que más vemos los que no somos especialistas es la de prevención y divulgación. En esto, la Fundación es ejemplar. El portal de Funvisis (www.funvisis.gob.ve) es un modelo de abundancia informativa y documental en cuanto al uso de Internet por parte del Estado venezolano. Y la cuenta en Twitter de la institución (@FUNVISIS), con 350.000 seguidores, fue la primera en ser abierta por un organismo estatal en Venezuela. Esa presencia en redes sociales sirve para transmitir mensajes de prevención y para informar sobre los movimientos sísmicos, así como para comunicarse con la gente en caso de un evento que reportar, como también lo hace la línea telefónica 0-800-TEMBLOR. Funvisis publica un boletín sismológico y es una de las pocas instituciones venezolanas que puede enorgullecerse de haber creado un sistema de alcance nacional, que se mantiene en el tiempo, para estudiar y resolver problemas que nos afectan a todos.



Óscar Andrés López

«Hoy podemos prever para cada lugar del mundo el sismo máximo probable, cuán fuerte puede llegar a ser en cada sitio. También

podemos prever cuánta profundidad tendrá, por el estudio del plano de cada falla. Lo que no podemos predecir, ni nosotros ni nadie, es el cuándo. Hay ventanas: sabemos que en tal sitio habrá un terremoto dentro de los próximos cien años, por ejemplo, pero no más. Lo que sí podemos hacer es aprender a vivir con los sismos. Como Japón. Acumular la cultura sísmica suficiente». Daniel Moreno piensa en los efectos tan distintos que tuvieron dos terremotos ocurridos con un mes de diferencia en Chile y en Haití: el de la isla caribeña causó no cientos sino miles de víctimas y dejó al país postrado, cuando el de Chile fue bastante más intenso. «Más que el propio terremoto, causa daño el carecer de las conductas adecuadas cuando ocurre».

Moreno dice que ya no estamos en cero en materia de cultura sísmica; el tema está en los programas educativos y hay un camino recorrido en la labor divulgativa. Pero hay mucho por hacer. «El 26 de marzo, Día de la Prevención Sísmica, cada organización que cuenta con un plan de emergencia debe ensayarlo».

«En las escuelas de Cariaco –dice la presidenta de Funvisis–, ya lo hacen todos los días. Ellos son capaces de desalojar a 300 estudiantes en 30 segundos. Yo lo he visto». En las ciudades, mientras tanto, no terminamos de entender que la tierra bajo nuestros pies puede un día temblar más fuerte que de costumbre, y que tenemos que estar preparados para eso. ■



TEXTO

Rafael Osío Cabrices

Periodista y editor independiente. Colabora en *El Librero*, *Todo en Domingo* y *Debates IESA*. Ha publicado los libros de crónica *Salitre en el corazón* y *El horizonte encendido*.



FOTOS

Alejandro Toro

Ha colaborado con *Diario de Caracas*, *El Nacional*, *El Nuevo Venezolano* y *Libération* (Francia); también con las revistas *Dinero*, *Producto*, *Gerente*, *Vogue*, *Library Journal* (USA) y *El Público* (España). Premio Luis Felipe Toro (CONAC). Ha participado en exposiciones colectivas nacionales e internacionales.

La ONG

Más que un espacio para el arte, una escuela de vida

Desde hace diez años, la Organización Nelson Garrido (ONG), creada en Caracas por el fotógrafo, propone una pedagogía donde la disciplina en el trabajo, la atención a los contenidos sociales y la promoción de la libertad individual trascienden el campo artístico para conformar una política de resistencia fundamentada en una visión de la realidad desprovista de mitos.

Michelle Roche

17



La mañana de calor pastoso de aquel sábado, los alumnos del Tercer Ciclo del Taller de Fotografía Antropológica escuchaban las últimas indicaciones antes de irse de viaje a Naiguatá. Asistirían el jueves siguiente, día de Corpus Christi, a la fiesta de Los Diablos Danzantes.

LA PROMOCIÓN DE UNA ENSEÑANZA CON PROFUNDO CONTENIDO SOCIAL QUE DESAFÍE LOS MITOS MÁS DIFUNDIDOS NO SOLO SOBRE LA CULTURA POPULAR, SINO SOBRE LAS ARTES EN GENERAL, HA HECHO QUE LA ONG SE CONSAGRARA, MÁS QUE COMO UNA IMPORTANTE ESCUELA DE FOTOGRAFÍA, COMO UN CENTRO CULTURAL DE VANGUARDIA.

«La antropología nace de preguntarte quién es el otro», dice un artista de 61 años de edad a una docena de jóvenes, ninguno de los cuales llegaría aún a los 25 años: «En este tipo de fotografía uno debe pasar desapercibido». Desde hace ocho años, Nelson Garrido dicta ese curso en la organización que lleva su nombre con el objetivo aparente de que los alumnos realicen un registro fotográfico de las fiestas que conmemoran la eucaristía católica entre coloridos disfraces. Pero la finalidad ulterior (que Nelson confiesa horas después) es que comiencen a entender las complejidades de la Venezuela mestiza, diversa y paradójica que habitan.

«No estoy interesado en que hagan fotos; lo que me importa verdaderamente es la experiencia que los llevará a reconocerse como ciudadanos de este país. Esto, por sí solo, tiene un fantástico valor íntimo», me asegura en privado el fotógrafo que conoció esta festividad hace treinta años, cuando trabajaba haciendo la foto fija de las películas de Román Chalbaud. Recuerda que hace unos años, una de las alumnas de este ciclo de talleres le comentó que, aunque vivía en el estado Vargas, donde se realiza la fiesta, era la primera vez que asistía. «Su mamá le había dicho que eran una cuerda de malandros. ¿Te imaginas? ¡Cómo no vamos a estar enfrentados en este país, si pensamos así los unos de los otros!», recuerda el artista cuyo irónico lenguaje estético mezcla la religiosidad con el erotismo y la imaginería popular.

La promoción de una enseñanza con profundo contenido social que desafíe los mitos más difundidos no solo sobre la cultura popular, sino sobre las artes en general, ha hecho que la ONG se consagrara, más que como una importante escuela de fotografía, como un centro cultural de vanguardia que trasciende la enseñanza de la técnica fotográfica para impulsar en sus alumnos la revisión de sus valores. En muchos casos, la consecuencia natural de ese proceso es una transformación total ya no de la sensibilidad estética, sino de la propia individualidad de quienes se acercan a este centro cultural.

POR LA INDEPENDENCIA MENTAL

Cuando hace diez años Nelson comenzó a dar clases en las Residencias Carmencita –una modesta casita amarilla de rejas negras que descansa sobre la avenida María Teresa Toro de Los Rosales–, le parecía grandilocuente pensar que iba a contribuir a formar una nueva generación de artistas plásticos. Su objetivo era simple: ofrecer un espacio para la creación en el cual pudiera dictar talleres de fotografía que recogieran su metodología y su experiencia como docente. Pero el resultado fue moviéndose de lo subversivo a lo incendiario.

Aquí los alumnos aprenden a poner en duda los códigos de representación. Solo a partir de ese ejercicio pueden comenzar a construir una estética propia. «La imposición de una manera de pensar no permite que la gente se forme porque sencillamente les da la solución: una sola perspectiva de la vida. El gran error del sistema educativo es que ya está todo decidido», señala Nelson, para quien la ONG es una práctica de la libertad sustentada, no en mostrar lenguajes como modelos sobre los que puedan construir los alumnos, sino enseñarles a buscar cómo expresarse de la mejor manera. De esta proclama de emancipación han salido los fotógrafos de la contracultura venezolana contemporánea. Beto Gutiérrez, Andreína Mujica, Carlos Ancheta, Déborah Castillo y Juan Toro, son solo algunos nombres que han contribuido a darle prestigio a la escuela.

«Esto se trata simplemente de un trabajo sistemático con los alumnos para que ellos mismos editen y seleccionen sus trabajos. La educación tiene que ser una especie de menú de degustación donde tú haces que la gente pruebe diferentes platos para saber cuál es el



que le gusta. No es una acumulación de conocimiento. Ese menú cambia según los alumnos. Cada uno tiene una necesidad particular. Aquí no les vamos a imponer nada: no creemos en las equivocaciones. El sistema educativo que tenemos en este país prohíbe el error. Y la base de nuestra formación como

artistas en la ONG va al contrario de esa tendencia: aquí el error se fomenta, porque de allí viene el hecho creativo», explica el fotógrafo cuando hemos entrado junto a Gala, su hija, a su despacho: un espacio tomado por el desorden de una jauría de miniaturas que se desperdigan por doquier y que construyen composiciones parecidas a las de algunas fotos abarrotadas de elementos que aparecen en los catálogos de su escuela de fotografía.

«La imposición de una manera de pensar no permite que la gente se forme porque sencillamente les da la solución: una sola perspectiva de la vida. El gran error del sistema educativo es que ya está todo decidido», señala Nelson Garrido.

Para Gala, que administra la institución y coordina sus talleres para principiantes, la esencia pedagógica de la ONG se basa en el acercamiento horizontal a los alumnos. «Uno ve ciertas tendencias en cada alumno y se da cuenta de sus necesidades. A veces miro sus trabajos y no puedo evitar llegar a la biblioteca y decirles: "Revisa el trabajo de este artista, porque creo que a ti te funciona". Ya desde el primer Taller Básico, uno percibe muy claramente para dónde va cada alumno. Lo que pasa es que ellos no lo han visto», explica.

Una de las estrategias por las cuales los aspirantes a fotógrafos se deshacen de las convenciones es el ejercicio «Autorretrato Desnudo Censurado» del Taller Experimental, que requiere una imagen del alumno, de cuerpo entero o por secciones, sin ropa. «Una sociedad que no asuma su cuerpo, menos va a saber asumir su sexualidad», explica Nelson, que vivía en París en Mayo del 68: «La gran violencia de este país tiene mucho que ver con la insatisfacción sexual de sus habitantes. Por eso este taller tiene casi un valor psiquiátrico. Al principio, la asignación causa incomodidad, pero al final del curso la gente casi no puede esperar para desnudarse». Así de redentor resulta el ejercicio de quitarse las convenciones de encima.

Para Carlos Ancheta, esta es una de las prácticas más reveladoras de la escuela. Formado como arquitecto, Carlos retomó la fotografía con pasión, al punto de convertirse en una de las referencias de este arte en el país. «Empiezas a conocer tu cuerpo, a desnudarte y a mostrar esas imágenes y te encuentras con algo –dice–. Enfrentarte a ti mismo y aceptarte es importante, porque te confronta con tu propia intimidad y con tus convenciones. Así creces, te liberas y te quitas las ataduras culturales. Mi paso por la Organización Nelson Garrido marcó mi vida. Por eso creo que soy una persona abierta y frontal, sin miedos ni complejos».

Como Ancheta, Nelson viene de la carrera de arquitecto, pero la época en la que este pasó por la universidad era la de intensas proclamas activistas. Así que pronto se hizo parte de la militancia política de la época y vivió



diez años en Carapita, construyendo escuelas populares. Esas instituciones son el lejano germen de la ONG.

Rosley Labrador es uno de la media docena de jóvenes que pululan por las Residencias Carmencita, dos horas después de que ha terminado el Taller de Fotografía Antropológica, como si estuvieran en su casa. El joven artista, nacido en San Félix, nunca había hecho una foto suya desnudo, y la primera clase que tomó fue el Básico Experimental. «Para mí fue como una cachetada, pero luego me puse a pensar que si yo quiero desarrollar un tema lo primero que tengo que hacer es tratar de reconocer mi cuerpo, escudriñarlo. Y fue justamente allí donde esta casa me enseñó algo que es muy importante para mi trabajo: valorar el cuerpo propio para poder afrontar las sensaciones que experimentan las personas a las que ahora me enfrento mucho debido a que estoy desarrollando la fotografía de desnudos femeninos», dice impresionado por la vulnerabilidad que siente la gente cuando está desnuda.



Como Rosley, Felipe Rotjes es otro de los alumnos de la ONG que todavía anda por allí, y que ha escogido el desnudo como tema en sus trabajos. «Tengo una comuna de hombres a quienes tomo fotos, pues investigo cómo los medios de comunicación nos han impuesto ciertos cánones de belleza en hombres. No me interesan las imágenes que llaman al erotismo; quiero desnudos bellos en su esencia», explica Felipe, cuyo interés está en las composiciones visuales. Agrega que decidió estudiar fotografía en la ONG al quedar seducido por lo que llama «la transgresión visual» de la institución. «Esto es una escuela de vida, con la excusa de aprender fotografía», dice antes de hablar de lenguajes fotográficos y de la necesidad de que cada artista consiga su propia forma de expresión.

LA DISCIPLINA COMO FUNDAMENTO DE LA CREACIÓN

La enseñanza fundamental de la ONG es la constancia y la metodología en el trabajo. A quienes vean en la apuesta por la libertad de

esta institución una excusa para el relajo, la experiencia les probará lo contrario. Si la institución ha podido mantenerse durante tantos años es justamente porque es un lugar donde, a la par de aprender a liberarse de las convenciones, los alumnos practican y le dan valor a la disciplina. En esta institución, como pasa también en el taller de Carlos Cruz-Diez en el que Nelson se formó, la lección más importante es el respeto al trabajo creativo a través de la humildad y el impulso de una metodología de trabajo ordenado y eficiente. «Acá los muchachos llegan limpiando pocetas y barriendo los suelos de la casa porque yo creo que por ahí comienza la formación. La arrogancia y el poco espíritu de servicio son un problema. Por eso no me gusta esa gente que llega diciendo que quiere ser artista. Esto no es así; esto se trata de un proceso de aprendizaje que comienza desde abajo», explica Nelson, cuya infancia transcurrió entre Roma y París, cuando su padre, que era militar, se reveló contra Marcos Pérez Jiménez y tuvo que exiliarse con su familia.

Garcilaso Pumar, uno de los fundadores de la Cooperativa Lugar Común y de la librería homónima, señala que así como en la jerga fotográfica de Venezuela existe un «Azul Garrido» –unas saturaciones de los tonos del cielo, hasta casi convertirlos en negro, que se logran cerrando los diafragmas, marca de fábrica del fotógrafo–, existe también una manera de hacer gestión que es la muy particular de este fotógrafo. «Nelson juega a hacerse el improvisado, pero no es así. Él no hace las cosas impulsivamente, porque es un hombre que se toma todo muy en serio, tanto el arte como la pedagogía y la vida, y eso es una virtud», dice este hombre de letras que está vinculado a la ONG desde que se fundó, a tal punto que hace una década él mismo pegó algunos de los ladrillos de la ampliación del taller de Nelson en el que se dictaron los primeros talleres. Lugar Común es una editorial que en dos años revolucionó el panorama literario venezolano y que nació con la misma noción de servicio comunitario y obsesión por el cuidado de los detalles. «Un proyecto ONG, por supuesto», bromea Nelson con orgullo, porque ve allí el trasunto de su legado como promotor artístico.

Para Gala, la disciplina y el trabajo constantes son las guías en la búsqueda de quienes se asocian a la escuela, porque el trabajo se trata de ver crecer a cada alumno. «De la misma manera en que Cruz-Diez adopta gente y la pone a trabajar en su taller, así lo hacemos nosotros en la escuela. Este es un aprendizaje universal, porque para enseñar fotografía, cine, pintura o literatura no hace falta mucho. Pero lo que nos diferencia de las otras escuelas es que profundizamos en los discursos. Entendemos la imagen desde lo que dice y no desde las técnicas», explica la fotógrafa, para quien lo primordial es enfrentar a cada estudiante con su propio lenguaje,

consigo mismo, con sus conflictos y con sus propios medios.

«Incluso antes de venir acá, un amigo me decía que Nelson era *cabilla*. Es una maquinita. "¿Que tengo que limpiar baño? No importa", decía yo. Y aunque no parezca, esto también te ayuda a crecer y a ser más organizado», recuerda Labrador, que vino a la ONG con el objeto de entrenarse para ayudar a abrir un diplomado de fotografía en la Universidad Experimental de Yaracuy, proyecto que nunca se concretó porque cambiaron al equipo rectoral. Sin embargo, no se desanima, y ya comenzó gestiones que le permitirán abrir una escuela pequeña en San Felipe. Desde junio de 2013 comenzó a dar clases en la Casa de la Cultura de ese estado: «Voy de infiltrado por allí a ver qué encuentro», dice bromeando y emulando el estilo *guerrilla* que caracteriza las acciones de los miembros de la ONG: «Voy a ver qué sale: a dar clases y a diseñar actividades como las que se dan en Caracas».

EN ESTA INSTITUCIÓN, COMO PASA TAMBIÉN EN EL TALLER DE CARLOS CRUZ-DIEZ EN EL QUE NELSON SE FORMÓ, LA LECCIÓN MÁS IMPORTANTE ES EL RESPETO AL TRABAJO CREATIVO A TRAVÉS DE LA HUMILDAD Y EL IMPULSO DE UNA METODOLOGÍA DE TRABAJO ORDENADO Y EFICIENTE.

Otro de los becarios que se ha convertido en parte de la escuela es Gerardo Rojas, que se graduó en Comunicación Social en la Universidad Santa María. Llegó a la organización luego de cursar el Taller de Fotoperiodismo que dictó la española Lurdes Basolí en junio de 2009 con el apoyo de la Oficina Técnica de Cooperación de la Embajada de España. La misma fotógrafa le dijo que hablara con Nelson Garrido para obtener una media beca y así comenzó a estudiar. «Cuando él me preguntó qué sabía hacer, le dije que quería trabajar en laboratorios y aprenderlo todo desde el principio. Entonces me recomendó hacer el Básico Analógico II. Ese fue mi primer encuentro con este tipo de fotografía y ya no pude soltarla más», explica el documentalista que ahora lleva su trabajo más personal al género de la palabra a través de los relatos cortos que ilustra con sus fotos.

También Gerardo se refiere a la disciplina que aprendió en la ONG: «Acá he aprendido responsabilidad: a ser ordenado, puntual y consecuente. Si uno es disciplinado, a pesar de estar haciendo un trabajo comercial, siempre puede apartar una o dos horas para los proyectos personales». Una serie suya de las Fiestas de San Juan, compuesta por 12 fotografías en blanco y negro, ganó el segundo lugar del concurso «Así se cuenta la Cultura Popular en Venezuela» organizado por la Fundación Bigott en 2012.

Merodea también por allí Dalia Petrillo. Tiene las pruebas de unas fotos entre sus manos y las baraja. Luego las pone sobre la

mesa. Abundan los retratos, los planos de detalle, algunos cuerpos –o parte de ellos– desnudos. Hay intensidad en sus composiciones, como si las personas allí retratadas fueran a salirse de la foto. Las muestra, pero no las explica. Dice que le gustan los retratos psicológicos: cuando el fotógrafo trata de reflejar cómo es una persona y describir sus características mentales. Es como un perfil de la persona a través de su imagen. «En el segundo ciclo hice un retrato que me gustó mucho. Fue en el Parque del Este. Era un señor que estaba vestido con un flux y no tenía brazos. No me enfoqué en la falta de sus miembros, sino en él. Tenía una cara muy amable. Es mi favorito, por lo que transmite su expresión facial», dice Dalia, sin levantar la mirada del suelo. Sus ojos, como Polifemo, son uno: el lente de su cámara fotográfica.

A Dalia, la ONG le enseñó, más que a mejorar artísticamente, a ser desenvuelta con la gente, pues ella se asumía como una ermitaña. «Nunca me había sentido tan bien en un sitio», dice quien se ha convertido en la mano derecha de Gala y en una referencia dentro de la institución. Por tantos casos como este, Nelson y su hija se afanan en repetir que, más que una escuela, la suya es «el lugar de los que no tienen espacio». No se trata de convertir a la gente en fotógrafos, sino del proceso por medio del cual los alumnos se liberan de sus miedos, sean estos al sistema, a la gente o a sus propios cuerpos.



UNA POSICIÓN POLÍTICA

La ONG es una iniciativa de gestión independiente similar a otras que han ido proliferando en el país desde finales del siglo XX, dedicadas a promover expresiones alternativas, contraculturales o marginadas de otros lugares, tanto públicos como privados, que resaltan por la interesante combinación entre centro artístico e institución pedagógica.

NELSON Y SU HIJA SE AFANAN EN REPETIR QUE, MÁS QUE UNA ESCUELA, LA SUYA ES «EL LUGAR DE LOS QUE NO TIENEN ESPACIO». NO SE TRATA DE CONVERTIR A LA GENTE EN FOTÓGRAFOS, SINO DEL PROCESO POR MEDIO DEL CUAL LOS ALUMNOS SE LIBERAN DE SUS MIEDOS, SEAN ESTOS AL SISTEMA, A LA GENTE O A SUS PROPIOS CUERPOS.

La institución cumplió una década de fundada el 9 de junio de 2013. Originalmente, la idea era hacer una ampliación del taller de Nelson, pero debido a la demanda que tenían los cursos de fotografía, decidió utilizar el espacio como sede de la escuela. Lo demás fue un efecto cascada previsible en una sociedad ávida de experiencias culturales. Los primeros grupos de alumnos en los talleres básicos evidenciaron la falta de referencias culturales cruciales. Así comenzaron las actividades asociadas a los cursos, como los «Miércoles de Cine», cuyo objetivo perseguía familiarizarse con las obras clave del séptimo arte. También comenzaron otras actividades que llenaron de gente y de vida los espacios de la escuela, como los «Mercados de intercambio» o las «Exposiciones de la Contracultura», entre otras, que convirtieron a las Residencias Carmencita en un centro de arte y en un punto de referencia no solo de fotógrafos o de quienes querían serlo, sino de otros interesados en las dinámicas de resistencia.

Uno de ellos es el periodista independiente Rafael Uzcátegui, que comenzó su relación con la escuela desde hace más de una década, cuando conoció a Nelson en un coloquio sobre publicaciones independientes. A los pocos meses, organizaron en conjunto un Encuentro «anarcopunk», que se ha repetido con regularidad desde entonces. «Durante las dos últimas décadas, gran parte de los creadores se plantearon el dilema de cómo emular las vanguardias del pasado, la épica de comienzos de siglo. Lo nuestro es una tarea distinta. El esfuerzo por la repetición, por el retorno de lo mismo, es un sinsentido. Creemos que el reto debe ser planteado en términos diferentes, como actualización y anticipación –propone Rafael–. Sabemos que tenemos que recoger lo que sirva del naufragio de la modernidad, y sacudirnos una educación que nos adiestró para la servidumbre».

La ONG, según explica el periodista, es producto del contexto, de la ciudad, del país y del mundo: «En tiempos de infantilización de la actividad creadora, esto ha sido un oasis. Nos ha permitido pensar y repensar lo que pasa en el país, no solo desde su dimensión cultural





sino también la política. Funcionando desde la autogestión, la ONG ha demostrado que, lejos del maniqueísmo político del momento actual, existen maneras de administrar el tiempo libre y de expresar identidades políticas alternas. Cualquier labor de gestión cultural futura tendrá en esta organización un referente de funcionamiento».

Pero no solo los anarquistas venezolanos se sienten atraídos por el trabajo que hacen los fotógrafos y colectivos diversos que se reúnen en la ONG. También en sus salones y jardines han dado clases artistas de renombre mundial como los españoles Joan Fontcuberta, Alberto García Alix y Alejandro Castellote, y el argentino Marcos López.

A Fontcuberta, la ONG le pareció primero *cutre*, «luego anárquica y más tarde la escuela soñada par dar clases», según cuenta Marc Caellas, quien trabajó en la sección cultural de la Embajada de España hasta 2008 y era un asiduo visitante. Hoy, el artista conceptual europeo es uno de los promotores más importantes de la escuela en el exterior. «Dudar no es solo un requisito para el conocimiento; es un acto político. Y tiene todavía más sentido esta cuestión en aquellos regímenes de escasa transparencia democrática, en los que el discurso propagandístico ahoga toda discrepancia. La verdad no existe, pero si existiera sería plural. Bajo estas premisas, un uso radical de la fotografía debe tomar partido sorteando la tensión que se genera entre la tendencia legítima de la cara hacia lo documental y la voluntad del fotógrafo por suscitar reacciones críticas en el espectador», escribe en una de las entradas de un libro que conmemoraba los «150 años de la ONG» (cronológicamente, la escuela cumplía cinco años, pero prefirieron contarlos de 30 en 30). Para Fontcuberta, los fotógrafos tienen la responsabilidad de mostrar los conflictos y, a la vez, cuestionar sus imágenes, porque estas son extensiones políticas de los problemas. Y la ONG es un ejemplo cabal de esta aseveración.

También García Alix tuvo jornadas memorables en la ONG, de las que resultó una de sus fotos más célebres: *Experiencia en Caracas* (2007). El día que comenzó su taller con todos los alumnos presentes, mientras preparaba las luces con las que tomarían fotos, levantó un paraguas y uno de los bombillos de la lámpara se reventó, cayéndole en la cabeza y cortándolo. De inmediato, comenzó a sangrar copiosamente. Pero en lugar de curarse, le pidió a los alumnos que usaran la cámara fotográfica: él mismo estaba dirigiendo las tomas de su cara ensangrentada. El resultado fue una de las 200 fotos que se expuso en la retrospectiva sobre su obra montada por el Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía entre 2008 y 2009.

Parte de las razones por las cuales la ONG llama tanto la atención es porque, además de promover experiencias pedagógicas de contenido social, enseña a poner en duda tanto los códigos de representación como

otras mitologías del consumo, construyendo una conciencia de la necesaria disciplina que debe observarse en el trabajo artístico. Esta institución promueve una poética de la resistencia que la convierte en una herramienta de pensamiento político. Mientras las políticas oficiales se hacen cada vez más centralistas y se concentran en apoyar iniciativas que contemplan solo a un sector de la cultura nacional y el sistema de mercado se aleja de las propuestas transgresoras, han surgido iniciativas que no tienen interés en el valor comercial del arte sino en su valor estético. Es allí donde se ha articulado una vanguardia independizada de las etiquetas de derecha e izquierda que proliferan *ad nauseam* en los discursos políticos actuales de Venezuela. Quizá por eso, el símbolo de esta escuela de rabiosa práctica libertaria sea la cucaracha, un insecto que habita en la basura pero que no solo es imagen de la suciedad. Aunque a Nelson le guste proclamarse como un iconoclasta, esta alusión kafkiana podría ocultar un verdadero impulso creativo, pues a este animal también se le considera como el más tenaz de los supervivientes. Incluso, aseguran que soñar con cucarachas representa una necesidad personal de renovarse. Y esto es lo que ha hecho la ONG en el panorama cultural actual: renovarlo y multiplicar en las generaciones más jóvenes de artistas discursos personales y novedosos, comprometidos con otras maneras de hacer nación. ■









TEXTO

Michelle Roche

Comunicadora Social. Maestría en Artes, Humanidades y Pensamiento Social. Encargada de la fuente literaria en *El Nacional.* Narradora y crítico. Colaboradora de *Qué leer, Literal*, *Latin American Voices*, *Papel Literario*y el portal Prodavinci. Autora de *Álbum de familia* (2013).



FOTOS

Abel Naím

Estudios en la Escuela de Teatro "Ramón Zapata" y en RADAR. Ha trabajado en la GAN. Ha participado en numerosas exposiciones colectivas. Premio "Luis Felipe Toro" del CONAC (1984 y 1992), Premio Salón Michelena (1983), Premio "Andrés Mata" de *El Universal* (1997). Sus fotografías forman parte de diez colecciones.



Orfeón de la Universidad Simón Bolívar

«Un nuevo mundo regido por la paz»

Agrupación coral mixta, fundada en 1982, fruto de la fusión de la Coral Universitaria Simón Bolívar, dirigida por Alberto Grau, con la Cantoría Universitaria Simón Bolívar, dirigida por María Guinand. La Coral se había fundado en 1970 y la Cantoría en 1976. Alberto Grau y María Guinand dirigieron juntos el OUSB hasta 1994, y María Guinand hasta 2008. Desde entonces, su director es el maestro Pedro Antonio Silva.

Ana María Hernández



Son apenas las cinco de la tarde. El campus de la Universidad Simón Bolívar se percibe fresco, sereno. Ya ha pasado el bullicio de la mañana, del mediodía. Muchos de sus habituales moradores comienzan a abandonar el Valle de Sartenejas. Los jardines siempre verdes de la USB parecen hacerse eco de los versos que Ernesto Mayz Vallenilla, su rector fundador, plasmara para dejar constancia de su impronta filosófica en el himno de la institución: «Unidos trabajemos por el hombre,/ la ciencia, la conciencia y la verdad./ Que de América nazca un nuevo mundo/ regido por el signo de la paz».

Varios de los estudiantes que aún parecen rezagados se dirigen al pabellón 6, frente a la Casa del Estudiante. Por ahí, entre el olor a monte y las risas de los chicos que se apresuran por llegar, suena un piano que hace escalas o comprueba melodías: está a punto de comenzar el ensayo del Orfeón Universitario de la USB. En el salón, la actual maestra de canto, Anmery Villarroel, comienza a dar instrucciones para la vocalización. Los jóvenes se organizan según sus cuerdas: abajo a la izquierda, las sopranos; a su lado, las contraltos. Detrás de las primeras, los tenores, y al lado de estos, los barítonos y bajos.

El Orfeón de la USB nació de la unión de la Coral Universitaria Simón Bolívar y la Cantoría de la Universidad Simón Bolívar, el 30 de enero de 1982. El maestro Alberto Grau se encargó de conducir la Coral, al ganar por concurso el cargo en 1970. Tiempo después, en 1976, la maestra María Guinand, su esposa, fundó la Cantoría. Ambas agrupaciones se fundieron y así surgió lo que hoy es el Orfeón. Desde que la Universidad Simón Bolívar nació, en 1967, la idea de una agrupación coral siempre estuvo vigente, en parte por lo que se considera como el deber ser de todo estudiante uesebista: la formación integral, que mezcle los valores humanísticos con la enseñanza técnica y científica.

LOS INICIOS DE LOS «FORJADORES DEL MAÑANA»

El piano da la pauta: suben las escalas y las cuerdas vocales se calientan gracias a la respiración y la entonación de fonemas expelidos con fuerza. «Primero la Coral Universitaria, en 1970 –rememora María Guinand–, luego yo fundé la Cantoría en 1976, para darle entrada a nuevos integrantes, y en 1982 se funden las dos agrupaciones». Por eso el año 1970 es el que se toma como inicial para contar los años del OUSB: ya son 43 años de música coral universitaria. Guinand comenta que en aquellos tiempos, el director de Cultura de la USB, José Santos Urriola, «abrió espacios para nuevas agrupaciones. También se fundó un grupo instrumental con voces y otro de música criolla».

El espíritu del Orfeón está vigente en el himno de la USB, letra a la que Grau le puso música: «Somos los forjadores del mañana/

obreros de un mundo por hacer/ nuestra vida es llama y esperanza,/ es luz, alegría y florecer», reza su primera estrofa. El Orfeón ha impregnado con su esencia a una buena cantidad de integrantes que crecieron en su seno, no solo desde el punto de vista académico sino también musicalmente. «El Orfeón viene a llenar un espacio importante en la Universidad –prosigue Guinand–. Mayz Vallenilla concibe el programa de estudios no solamente como un grupo de materias científicas, sino con un cuerpo de estudios generales del que la música va a formar parte importante. Es Abraham Abreu, pianista y pedagogo, quien le da forma a los estudios generales de la Universidad. La actividad coral es parte de una filosofía en la que los estudiantes tienen otros espacios de conocimiento y desarrollo».

Cuando el OUSB comienza como tal, el país vive una gran efervescencia musical: la Orquesta Sinfónica Juvenil, liderada por José Antonio Abreu, comienza a cobrar mayor fuerza; la actividad operística y concertística tenía en los escenarios de los teatros Municipal y Nacional un gran auge; la sala José Félix Ribas del Complejo Cultural Teresa Carreño daba conciertos regulares; la gran sala Ríos Reyna abría sus puertas en 1983. Uno de los exorfeonistas, Alexis Páez Galindo, reseña en su libro *El Orfeón Universitario Simón Bolívar a través de los años* (1996) que la presentación oficial del Orfeón fue en abril de 1982, en el



María Guinand y Alberto Grau

Teatro Nacional, participando en el montaje de la ópera *Don Pasquale* de Donizetti, bajo la dirección musical de Alfredo Rugeles y la dirección escénica de José Ignacio Cabrujas. Allí mostraron la calidad de su trabajo vocal y coral, y el resultado de lo que buenas dosis de ensayo y disciplina pueden lograr.

PERO LA «JOYA DE LA CORONA», ES DECIR, EL RECONOCIMIENTO MÁS IMPORTANTE QUE SE ADJUDICA EL ORFEÓN –AFIRMA GUINAND–, ES, SIN DUDA, HABER GANADO LAS OLIMPÍADAS CORALES DEL AÑO 2000, REALIZADAS EN LINZ, AUSTRIA, EN LAS CUALES LA AGRUPACIÓN OBTUVO TRES MEDALLAS DE ORO.

Algunos de los hitos que puede contar el OUSB son siete discos, de los cuales destacan algunos muy importantes, antológicos: el de la *Cantata criolla* de Antonio Estévez y el *Choros No. 10* de Heitor Villa-Lobos, ambos conducidos por el fallecido maestro Eduardo Mata; el de la *Atlántida* de Manuel de Falla y Ernesto Halffter, grabado con ocasión del Quinto Centenario del Encuentro de dos Mundos, dirigido por Edmond Colomer; y el de *Carmina Burana* de Carl Orff, dirigido por Alberto Grau. Pero la «joya de la corona», es decir, el reconocimiento más importante que se adjudica el Orfeón –afirma Guinand–, es, sin duda, haber ganado las Olimpíadas Corales del año 2000, realizadas en Linz, Austria, en las cuales la agrupación obtuvo tres medallas de oro.

Una de las identidades de esta agrupación es el repertorio que ofrecen al público: aborda géneros universales, mucha música del Renacimiento, mucha del siglo XX. Se ha enfocado igualmente en la obra de compositores venezolanos, arreglos populares latinoamericanos y, por supuesto, en el estreno de las obras de Alberto Grau. Al respecto, puede decirse que el Orfeón tiene el privilegio de contar con piezas exclusivas de este compositor, como *Mi patria es el mundo*, *Bin-Nam-Ma* (obra con la que ganaron las Olimpíadas), *La doncella* (obra para ballet, coro mixto y orquesta) y otras creaciones de autores como Miguel Astor (compositor de una *Misa*, con ocasión de la visita del papa Juan Pablo II) y Albert Fernández (creador de la *Cantata de Navidad*).

LO QUE LA MÚSICA LE HACE A QUIEN LA VIVE

Para relajar a los orfeonistas, la maestra Anmery Villarroel los invita a inhalar como si estuvieran olfateando una delicada rosa. También les indica que deben girar la cabeza, inducir el bostezo. Todo con la finalidad de mantener a tono el órgano fonador. Solo así la voz se emitirá con toda su pureza, con toda su potencia.

En la actualidad, el OUSB está integrado por 27 estudiantes, dos de los cuales no pertenecen a la Simón Bolívar: uno cursa estudios de Dirección Coral en la Universidad de las Artes y el otro es estudiante regular

del Iutirla. El legado más importante que hace el Orfeón es, en primer lugar, «crear un espacio para hacer música con excelencia de canto coral, con gran entusiasmo y dedicación dentro de la vida de un universitario no músico. Ese legado está presente dentro de la Universidad, en todas las actividades académicas y no académicas. También porque siempre ha estado vinculado a otras actividades corales fuera de la Universidad, y eso es muy importante, porque a veces los grupos universitarios no salen del recinto», señala Guinand.

La valoración de esa herencia la testimonian aquellos que pasaron tanto por las aulas de la Simón Bolívar como por las filas del Orfeón. De allí que los exorfeonistas no duden en hablar sobre su paso por una agrupación que aún sienten dentro de sí. El vibrar del recinto de ensayo, la emoción de los conciertos, la aventura de las giras, el fragor de las competencias corales, el compromiso con los montajes sinfónico-corales… Todo eso permanece como un latido imborrable.

María Guinand enumera, e intenta que su memoria no sea injusta: Víctor González, Pedro Stern, José Mena, el padre Ramón Vinke (párroco de El Placer y de la USB), Andrés Ferrer (coordinador de la Schola Cantorum); empresarios como Nelson Machado, Orlando Castillo, Vicente Tinoco, Lisbeth Rojas, Octavio Rodríguez; científicos como Leonela Barreto (que está actualmente en la India), Ernesto Aguirre (encargado de proyectos ecológicos en España) o Ciro Pérez. Otros del área tecnológica, como el ingeniero Alexis Páez o Liliana Mayz (bióloga e hija del rector fundador); profesores como Edna Ruckhaus o María Isabel López; compositores como Miguel Astor. Ayudada por Ana María Raga –quien no fue orfeonista, pero sí estuvo muy ligada a las actividades de las otras agrupaciones corales del matrimonio Grau-Guinand– y Flor Marina Yánez, se pudo conocer lo que el Orfeón sembró en los corazones, el espíritu y el carácter de los integrantes del pasado.

Desde Abu Dhabi, donde vive en la actualidad, el propio Alexis Páez comenta que estuvo entre 1984 y 1996 en el Orfeón, a pesar de que en 1987 obtuvo su grado como ingeniero de materiales. Además de contribuir con la memoria del OUSB con su libro antes citado, suele reseñar las actividades de la agrupación en su blog. «No solo canto –confiesa Páez antes de admitir que el Orfeón le dejó mucho más–. Obtuve una base importante de organización, administración, liderazgo, trabajo en equipo y logro de metas de primer orden, como es la preparación de giras internacionales y lo que eso significa para uno como persona».

Flor Marina Yánez aporta unos cuantos granos de sal a la historia de los exorfeonistas, pues ella asegura que el OUSB «ha sido una suerte de escuela de vida que nos ha marcado

a todos cuantos hemos formado parte de esta agrupación. Todos los orfeonistas, desde su fundación, somos una gran familia. En cualquier parte del mundo donde haya más de un exorfeonista, hay grupos formales o informales que cantan». Acaso lo más hermoso, señala Flor Marina, sean las parejas que se conocieron en la agrupación y que aún siguen juntos. Es el caso de Páez, casado con Sonia Carolina, también exorfeonista. Como también el de Paulino Blanco y Gioconda Balteo, ambos exintegrantes. «Efectivamente –interviene Paulino–, soy egresado de la USB: ingeniero electrónico. Formé parte del Orfeón de la USB unos cuantos años, durante la carrera y después de graduarme, desde finales de 1988 hasta 2004». Actualmente, el matrimonio Blanco Balteo vive en España, y desde allá, cada vez que pueden, colaboran con el OUSB.

DESDE QUE LA UNIVERSIDAD SIMÓN BOLÍVAR NACIÓ, EN 1967, LA IDEA DE UNA AGRUPACIÓN CORAL SIEMPRE ESTUVO VIGENTE, EN PARTE POR LO QUE SE CONSIDERA COMO EL DEBER SER DE TODO ESTUDIANTE UESEBISTA: LA FORMACIÓN INTEGRAL, QUE MEZCLA LOS VALORES HUMANÍSTICOS CON LA ENSEÑANZA TÉCNICA Y CIENTÍFICA.

«Con ellos aprendí los fundamentos de la música –prosigue Paulino–, a interpretar los símbolos musicales y fui capaz de "leer" una partitura, sin tener estudios musicales previos. También me enseñaron técnica vocal y a utilizar apropiadamente mi instrumento vocal. Por otra parte, y más allá del legado musical, el Orfeón representó la apertura de un nuevo mundo para mí: muchos de mis grandes y mejores amistades son el resultado, un valioso resultado, de tantos años de música coral. Con el Orfeón pude llevar un mensaje de paz, armonía y música a muchos rincones del mundo: Estados Unidos, México, Argentina, Perú, Colombia, Francia, Holanda, Reino Unido; pude conocer nuevas culturas, con todo el aprendizaje que ese simple hecho nos puede dejar; pude aprender disciplina, respeto, trabajo en equipo, dedicación, concentración. Todos estos valores se refuerzan al ser parte de esta maravillosa agrupacion musical y cultural».

Gioconda, graduada en Arquitectura en 2000, estuvo en la agrupación desde 1996. Ella concuerda con su marido en lo que al aprendizaje musical y coral se refiere, pero va más allá: «Aprendí a cantar con más voces, además de la mía. La sinergia de amistad y voces mixtas produce un resultado maravilloso. Aprendí lo que es la perseverancia, la colaboración, el trabajo en equipo; a enfocar esfuerzos para el logro de un objetivo común, a ganar una competencia musical, a hacer un concierto importante, a recolectar fondos para las giras del coro. El OUSB me ha dejado una verdadera y gran familia: mi esposo, comadres, compadres, amigos, amigas, hermanos, hermanas. Y hacemos música cada vez que nos juntamos».



Esa idea de unirse cada vez que se encuentran los exorfeonistas la refrenda María Guinand, y va más allá: «Es bonito ver cómo los del Orfeón, cuando terminaban, pasaban a la Schola Cantorum. En 2003, hace diez años, se crea la coral Ave Fénix, una iniciativa de los fundadores de la primera Coral de la Universidad Simón Bolívar, de la cual Alberto Grau fue el director titular. Ahora están al frente Jesús Ochoa y Albert Fernández». Otra iniciativa parecida es Guataka y, sobre ella, tanto Gioconda como Paulino dan referencias. Dice Paulino que «estando en Barcelona (España) pude coincidir con algunos y muy talentosos exorfeonistas. Nos juntábamos con cierta frecuencia y añorábamos nuestros tiempos en el OUSB. Un buen día decidimos poner en práctica todo lo que habíamos aprendido con el OUSB y formamos la Agrupación Coral Guataka. Con este coro de cámara pudimos promover la música coral latinoamericana por Barcelona y gran parte de la región catalana».

La pasión por el mundo de las voces en canto común la heredó también Cristian Grases, quien comenzó como invitado para los montajes del Orfeón y terminó como coralista. «Empecé como percusionista en el año 1989, en una gira que tuvo el Orfeón para participar en el Festival Vinicio Adames, que se celebraba en Maracaibo. Después de ahí toqué mucho con ellos, tanto en Caracas como en el interior. Poco a poco me fui aprendiendo el repertorio cantado y me incorporé a la sección



de los bajos. No recuerdo el momento exacto en que fui considerado miembro oficial, pero con seguridad antes de la gira al Festival Coral Internacional de Margarita, en el año 1994». Grases también creó una agrupación compuesta por exintegrantes: «Fundé el Ensamble Coral Amazonia en Miami, en el año 2007. Muchos de los miembros originales, y que todavía se mantienen en la agrupación, fueron miembros del Orfeón».

De esos casos de muchachos que salieron del Orfeón para engrosar las filas de la Schola Cantorum, el coro insignia del movimiento coral liderado por Grau y Guinand, están Andrés Ferrer y Jesús Hidalgo. El primero, después de haber pasado un buen tiempo en el OUSB, ahora trabaja como coordinador de la Schola Cantorum. «Formo parte de un grupo de exorfeonistas que nos mantenemos siempre *pegados* al Orfeón. Hoy pertenezco al equipo de administración del grupo y me mantengo en constante comunicación con su director, así como con muchos de los miembros actuales», refiere Ferrer. Y agrega más: «El Orfeón me enseñó el valor de la utilización eficaz del tiempo libre, el trabajo en equipo y la disciplina. Por otra parte, del Orfeón vienen mis mejores amigos. Creo no equivocarme al decir que mi vida tiene dos etapas, antes y después del Orfeón». Por su parte, Jesús Hidalgo refiere que estuvo diez años, entre 1996 y 2006, e incluso como parte de su Junta Directiva en 1998. «El Orfeón me proporcionó una formación integral, con valores muy claros y sólidos. Allí conocí a mi esposa y a los amigos que se convirtieron en mi familia. Creo que tanto la USB como la sociedad venezolana, necesitan instituciones como el Orfeón, que hagan de la formación integral un gran objetivo, con valores bien definidos, pues eso no lo aporta el pensum formal universitario», agrega Hidalgo, quien en la actualidad es cantante y también vicepresidente de la Fundación Schola Cantorum.

Conmovedor e interesante es el testimonio de un francés que se topó con el Orfeón y lo asumió como enteramente suyo. Se trata de Simon Bolzinger, quien dispara con entusiasmo la exclamación: «¡El Orfeón representa mucho para mí. Me cambió totalmente la

vida. Nunca fue igual después del momento que los vi cantando por primera vez!». Bolzinger habla con la misma pasión con la que se tomó el hecho de pertenecer a esta agrupación: «Soy francés y, hasta cruzarme con el Orfeón, nunca había oído hablar de Venezuela. Ni siquiera de Latinoamérica. No hablaba castellano. A raíz del encuentro con el Orfeón, viajé a Venezuela: me enamoré de la música venezolana, del país, de su gente. Me apasioné por la música tradicional y decidí trabajar profesionalmente en eso. Por eso abandoné la carrera científica. Me quedé viviendo dos años en Caracas, y hasta me casé con una venezolana con la cual tengo tres hijos».

Este francés vio al Orfeón en agosto de 1986, en el Festival Les Choralies, de Vaison La Romaine (Francia), en una de las numerosas giras de la agrupación. Como si hubiera recibido una iluminación, Bolzinger dejó su empleo y siguió al grupo de venezolanos, ayudándolos como intérprete. «Nos hicimos muy amigos y pasamos vacaciones juntos en Venezuela en 1987. Luego trabajé cuatro meses en la Universidad Simón Bolívar, en una pasantía de investigación científica en óptica. Después tuve un período de trabajo en la Embajada de Francia, y durante todo ese tiempo, de 1988 a 1990, fui integrante del Orfeón. Casi todo lo que hago, lo que soy hoy en día, se lo debo al Orfeón. Trabajo como pianista y compositor para varios coros, como el Chœur de Chambre de Strasbourg Voix de Strass, Les



Pedro Antonio Silva

Voix d'Isa y el Festival Internacional de Gospel en Aubagne».

Parte de estas enseñanzas las transmitió otro exintegrante, quien aún habla con una mezcla de nostalgia y añoranza. Se trata de Víctor González, titular de la Cátedra de Canto de la USB. González comenzó a estudiar Física en la USB y se integró al Orfeón en 1988. A los dos años dejó la carrera, pero se quedó prendado de la música. «En 1991 pasé a ser asistente de dirección, y en 1998 asumí el cargo formal como maestro de vocalización. Continué además con mi labor como subdirector. En 2007 se me concedió el honor de ser director titular del Orfeón, cargo que compartí con Pedro Silva hasta el 2013», relata González. En la actualidad, comparte su trabajo en la USB con la carrera de cantante. «La iniciativa de ser maestro de canto me motivó a profundizar en el estudio de esta disciplina, llegando a ser cantante lírico y desarrollándome como cantante profesional. Puedo decir que toda mi carrera musical ha sido respaldada por la herencia del Orfeón, la Schola y los maestros Grau y Guinand.

EL LEGADO MÁS IMPORTANTE QUE HACE EL ORFEÓN ES, EN PRIMER LUGAR, CREAR UN ESPACIO PARA HACER MÚSICA CON EXCELENCIA DE CANTO CORAL, CON GRAN ENTUSIASMO Y DEDICACIÓN DENTRO DE LA VIDA DE UN UNIVERSITARIO NO MÚSICO.

EL TESTIGO CAMBIA DE MANO

Una vez que los integrantes han vocalizado, comienza la revisión del repertorio. Pedro Antonio Silva, actual director, no podrá llegar al ensayo. Entonces Anmery lo releva. Hay que ensayar fuerte porque en breve habrá un acto de grado: se impone el repaso del Himno nacional, del Himno de la USB y de la *Canción del Nuevo Mundo*, del *Gaudeamos Igitur*.

Cuando María Guinand deja la dirección en 2008, Pedro Antonio Silva y Víctor González asumen el relevo. «Llego al Orfeón llamado por María misma –refiere Silva–. Y hoy tenemos un volumen de compromisos muy alto». Silva también es asistido por su esposa, Miriam Sánchez, quien tiene experiencia coral y usualmente les dicta talleres a los orfeonistas. Silva nunca fue integrante del Orfeón, pero «sí fui integrante de la Schola Cantorum, entre 1980 y 1990, y estudié con Alberto Grau». En la actualidad, trata de imprimirle un sello a la agrupación, sin que pierda su carácter de símbolo musical de la Universidad Simón Bolívar. «María, por su propia dinámica, vinculó mucho y de modo estrecho al Orfeón con todas las actividades de la Schola Cantorum, siendo un miembro más de la familia. Si hay algo que persiste como nuestro, eso es el repertorio. Me gusta trabajar la música venezolana y la latinoamericana con obras originales para coro, a partir de composiciones originales. Trato de replicar el trabajo que hice con la Coral Cromática de Caracas, pero conservando la línea



original del Orfeón, lo cual es importante a la hora de compartir eventos».

Cuando se piensa en el futuro del Orfeón, mientras María Guinand dice que la agrupación «tiene que reinventarse», Pedro Silva interpreta esa reinvención como «explorar otros repertorios, otras actividades que no hemos estado cumpliendo, como giras de conciertos, como actividades que mantengan vivo el interés de los integrantes, como explorar nuevas propuestas artísticas o salir del esquema de rigidez escénica que nos obliga a estar parados». Anmery Villarroel interviene entonces y dice que el repertorio siempre es lo que identifica al Orfeón: «El antiguo, el del siglo XVI, pero también el moderno, el latinoamericano. Pedro es quien escoge y trata de que todos los períodos queden representados. Es importante que las piezas seleccionadas les gusten a todos y no sean tediosas».

Los orfeonistas actuales son disciplinados. Acatan con seriedad y compromiso cualquier cosa que les digan, desde bostezar, impostar la voz, hasta respirar como si inhalaran el aroma más fragante y delicado. César Delgado, el joven que ya no estudia en la USB y pretende continuar la línea del director coral, exactamente como una vez ocurrió con Víctor González, relata: «Yo estudiaba Ingeniería Química, pero siempre me gustó la música. Aunque ya tenía alguna experiencia musical, fue en el Orfeón donde me decidí por la música. A eso quería dedicarme». Una de las integrantes, Deisy, comenta que si antes era tímida, el cantar como soprano y tener que dirigir su voz hacia el espacio interestelar, para que los agudos resuenen, le borró la timidez. «Yo era retraída, pero ya no lo soy. Ha cambiado mucho mi forma de percibir el entorno», y manifiesta que es estudiante de Ingeniería Química, profesión a la que se dedicará. «Mi plan, incluso después de graduarme, es seguir con el canto coral». Ramón, que estudia Física y tiene año y medio en el OUSB, dice: «Estar aquí me ha expuesto a mucha música que no estaba a mi alcance normalmente. Hace poco empecé a estudiar violín. Lo hago de forma particular, para mí, porque el Orfeón me ha sembrado un interés por la música que no cesa».

«SOMOS LA JUVENTUD, SOMOS LA VIDA»

Son casi las ocho de la noche. Y aunque el salón de ensayos está caldeado por la energía de los coralistas, y en las paredes resuenan cada uno de los acordes que han estado cantando, se percibe cierta angustia por la salida desde el Valle de Sartenejas. La maestra Villarroel sabe que es así, y da por concluida la sesión, no sin antes deshacerse en recomendaciones para los jóvenes: recordar el uniforme; recordar los zapatos negros, limpios; recordar la bufanda, sobre todo; estar a tiempo para el acto de grado que está por llegar. La letra de Mayz Vallenilla termina de guiar a los «heraldos del futuro que

vendrá». Ahora estos cantantes sopesan aquello que es como el poso del café, aquello que se asienta en el ser y dice: «Esto fue lo que me dejó el Orfeón».

Para Pedro Silva, el aporte que le da la agrupación es «el aprendizaje, porque realizar una actividad como esta no va en un solo sentido, sino también en el contrario. Uno aprende de cada muchacho, y cuando entra uno con ideas nuevas, te hace darte cuenta de errores o de cosas que puedes hacer de otra manera. Aprendes que si no sigues la energía y el entusiasmo con los que llegan estos muchachos, todo puede apagarse. Es una reciprocidad constante entre director e instrumento».

La frase «Esto me lo dejó el Orfeón» es prácticamente un *leitmotiv* para Andrés Ferrer, pues «la verdad es que cuando me siento en mi escritorio la puedo decir, pero también cuando estoy en un escenario para cantar o mover los micrófonos, o para poner la tarima, también la digo: "Esto me lo dejó el Orfeón"».

Al ingeniero de proyectos y sistemas de control, Paulino Blanco, lo que le queda son



Cristian Grases



Alexis Páez

valores afianzados, «como la disciplina, la dedicación, el amor por las cosas bien hechas, el trabajo en equipo buscando resultados óptimos. Todos estos valores los utilizo día a día, tanto en mi vida profesional como en mi vida personal». Su esposa Gioconda también es consecuente con la idea, en especial con el trabajo en equipo y el respeto por el trabajo de otros. Sobre todo, la perseverancia. «La música que aprendí a amar en el OUSB forma parte fundamental en la crianza de mis hijos, y estoy convencida de que las notas y los acordes potencian al individuo».

Más sencillo y directo lo dice Cristian Grases, ahora que justamente su trabajo es ser director coral, después de haber comenzado como músico percusionista: «En gran parte decidí dedicarme a esto gracias al Orfeón».

Alexis Páez, entregado por completo a la Ingeniería, aún mantiene vivo su interés por el quehacer musical. «Tengo un blog que se llama "mi vida, mi mundo coral", y su dirección es mariaguinand.blogspot.com, dedicado en esencia a la música coral en torno a los proyectos de María. Además soy colaborador de la página web de la Schola Cantorum».

Disciplina y constancia para el éxito en cualquier cosa, fue lo que le dejó el Orfeón a Jesús Hidalgo: «Aprendí con esa experiencia y lo tengo presente cada vez que afronto un reto».

El francés venezolano Simon Bolzinger se rinde y dice que casi todo lo que hace y lo que es se lo dejó el Orfeón: cual Cristóbal Colón, «descubrí otro continente, otra manera de vivir y de cantar. Me siento muy feliz. Cada vez que me toca colaborar con un director de coro, me sirve sin duda la experiencia tan enriquedecora que tuve bajo la dirección de Alberto Grau».

Y finalmente, en el caso de Víctor González, son «principios, valores, amigos entrañables, colegas excepcionales, discípulos brillantes, maestros de lujo, una formación profesional, un aprendizaje como ser humano, las puertas abiertas a oportunidades únicas como viajes, giras, conciertos, programas, talleres de formación, festivales corales y mucho más. Y lo más importante, descubrirme y aceptarme como un ser íntegro, espiritual y merecedor de todo lo mejor, permitiéndome así poder servir a otros y hacer de este país un mundo mejor».

El autobús sale unos minutos después de las ocho de la noche. En su interior, los orfeonistas no pueden evitar entonar la música que traen del ensayo. Cae la noche y la bajada desde el Valle de Sartenejas a Baruta se hace corta y grata. No cabe duda de que el Orfeón de la Universidad Simón Bolívar es algo más que un ensamble de cuatro voces mixtas: es una simiente de buenos corazones, excelentes profesionales y mejores ciudadanos. ■





TEXTO

Ana María Hernández

Periodista cultural, docente y músico. Ha trabajado en *El Nuevo País, El Globo* y *El Universal*. Profesora de periodismo en la Escuela de Comunicación Social de la Universidad Católica Santa Rosa. Guitarrista concertista, especialista en interpretación histórica. Editó el CD *Poema barroco*.

FOTOS

Alejandra Flores

Estudios de Publicidad y Contaduría Pública. Ha cursado diversos seminarios y cursos sobre arte y fotografía. Ha sido asistente de los fotógrafos Abel Naím y Carlos Germán Rojas.

Parque Social UCAB

La empatía como servicio

El Parque Social Manuel Aguirre, S.J. de la Universidad Católica Andrés Bello es una criatura rara de la filantropía. Su propio e inusual nombre, Parque Social, trata de abarcar todo lo que es. En realidad, lo que la expresión consigue es, por contraste, describir de qué no se trata: «Así como otros están creando parques industriales o tecnológicos –sintetiza en su momento el padre Luis Azagra, uno de sus fundadores–, nosotros vamos a hacer un parque social para la gente».

Ewald Scharfenberg



Clínica Jurídica Luis M. Olaso S.J.



Con todo y esa vocación humanista, una posible definición del Parque Social sería: el Silicon Valley de la Responsabilidad Social. Un lugar donde se idean y ponen en práctica nuevas tecnologías de interacción entre academia y sociedad civil para combatir –que no paliar– la exclusión. De hecho, su planta física queda en un valle, uno muy estrecho del suroeste caraqueño, surcado por el río Guaire en su camino al Tuy.

Hasta allí resiste la analogía. Otras singularidades se hacen presentes. No es una organización no-gubernamental clásica, aunque a veces se antoje en parecerlo, y que lo rija una universidad que, para más señales, se denomina católica, tampoco ayuda a quienes buscan clasificarlo. El ornitorrinco se regodea en sus paradojas.

«El Parque Social es como un aeropuerto, una plataforma donde aterrizan distintas iniciativas de acción social vinculadas con la universidad», ensaya otra imagen Mercedes Morales, directora de Proyección a la Comunidad de la UCAB. «Es un puente –escoge decir el padre Luis Ugalde, exrector de la universidad y uno de los visionarios que concibieron la iniciativa–, un símbolo».

Está claro que a los vecinos de Antímano, La Vega, Macarao, Caricuao y Las Adjuntas, las megabarriadas y parroquias aledañas, les tiene sin cuidado la taxonomía. Sin detenerse en categorías, demandan al Parque Social alrededor de 200.000 servicios al año, cada uno de ellos con un impacto concreto en su calidad de vida. El nombre de la institución que se los presta les da igual, porque el renombre se lo dan ellos, sus ya leales y convencidos beneficiarios.

Podría decirse que cada año se escenifican 200.000 milagros en sus instalaciones, si no fuera porque, si bien en ellos participa la mística de un personal entregado al prójimo, los logros del Parque Social tienen que ver más con un modelo profesional de gestión que con otra cosa. «Siempre insistimos en que hay que hacer cosas replicables, multiplicables –repite como un lema el padre Ugalde–, con un modelo autosustentable a través del tiempo y que se pueda emular siguiéndolo. En el caso del Parque Social, estamos seguros de que si disponemos de mil veces los recursos que en él se emplean, podríamos tener mil parques sociales».

I

Ciertamente, el Parque Social tiene su librito. Su gerencia se ha encargado de documentar procedimientos y responsabilidades. Sin embargo, su nacimiento tiene que ver con una de esas conjunciones de circunstancias que obligan a pensar en la existencia de un plan superior que rara vez se explicita de antemano.

En la UCAB había, hay, un mandato: en sus estatutos se plantea la misión de «irradiar su acción, especialmente a los sectores más

marginados de la comunidad nacional». El llamado siempre cayó en tierra fértil, previamente abonada por la vocación jesuítica de acción social. De hecho, cada vez que la universidad salió a la calle, tuvo alguna consecuencia favorable de índole comunitaria. Por ejemplo, en 1954, los alumnos de la Católica –que apenas tenía un año de creada– salieron de la bien llamada esquina de Jesuitas, en el centro de Caracas, para constatar que en Catia, el sector proletario al oeste de la capital venezolana, carecía de escuelas. Ese fue el germen para que, en el seno de la Comunidad Mariana, dirigida entonces por el padre José María Vélaz, naciera Fe y Alegría, la iniciativa de educación integral y promoción social que hoy atiende a casi un millón y medio de alumnos en toda América Latina.

Sin embargo, a Luis Ugalde le parecía insuficiente. Además de su alta cota de exigencia, el docente, a la sazón vicerrector de la UCAB, a comienzos de los años noventa quería replantearse «la relación entre las universidades y la sociedad». Por cierto: aún se lo plantea. Y no solo en el caso de la universidad que estuvo bajo su responsabilidad. Cree que todos los centros de estudios superiores deben incorporarse a esa reflexión.

«Ahora se dice que hay universidades para los pobres porque dejan entrar a estudiantes pobres –pasa revista a la cuestión–, pero poco se pregunta ¿y cómo salen de las universidades? No me refiero con eso a su calidad profesional, que es otro asunto. Sino que en Venezuela, tradicionalmente, la universidad ha sido una plataforma de ascenso social. El pobre que se ha formado en las universidades y sale como profesional se dice a sí mismo: "Qué va, ya yo vengo de allí; lo mío es salir de la pobreza". Que gradúes a pobres no quiere decir que luego salgan a trabajar por la comunidad».





Como respuesta al dilema institucional, que ya para entonces había trasmutado en inquietud personal, Ugalde concibió un sistema de «solidaridad de entrada», que asegurara plazas de estudio en la UCAB a talentos de escasos medios económicos, pero, sobre todo, otro de «solidaridad de salida», que funcionara como correa de transmisión para poner las destrezas y conocimientos generados en la universidad al servicio del combate de la exclusión, sin duda, la asignatura pendiente y fundamental de la sociedad venezolana. «Si no reflexionamos al respecto y no reconstruimos la relación de la academia con la sociedad, nuestras universidades corren el riesgo de convertirse en unas usinas de transformación de lo público en privado. Nada más». En lo que a Ugalde correspondía, se propuso ensayar nuevas fórmulas. En eso estaba cuando la Providencia y una testaruda labor de cabildeo pusieron de su parte.

«¿Te das cuenta de que en nuestro país estamos más acostumbrados a hacer una noticia de la compra de equipos nuevos cuando deberíamos celebrar que un tomógrafo, por ejemplo, lleva diez años de trabajo ininterrumpido?».

Las autoridades de la UCAB repararon en que estaba disponible un fondo casi intacto, legado a la universidad y puesto bajo su custodia por Simón Planas Suárez (1879-1967), un prohombre de la diplomacia y el derecho, de origen larense, que da nombre a calles, distritos y colegios de toda Venezuela. Como última voluntad confió sus bienes a la entonces naciente universidad, con la única condición de que fueran destinados a la construcción de un centro de salud que recordara a su progenitora, Inés de Planas. Mediante una consulta legal, se determinó que esos fondos, administrados todavía a esta fecha por la Fundación Inés de Planas, daban como capital semilla para levantar el futuro Centro de Salud Santa Inés, un centro de atención primaria y secundaria. Pero no era suficiente.

Al frente de la actual sede de la UCAB languidecía bajo pilas de basura y escombros una parcela que en documentos estaba bajo control del Centro Simón Bolívar (CSB), un organismo del gobierno central, encargado entonces de la construcción del Conjunto Residencial Juan Pablo II. En esa explanada se había celebrado, ciertamente, una misa masiva del papa polaco. En una esquina de ese predio que lucía en abandono, se tenía previsto levantar un centro de servicios sociales que más parecía una promesa vacía. Una hábil gestión frente al CSB obtuvo la cesión en comodato del terreno que, a la larga, pudo ser adquirido.

Casi al mismo tiempo, aprovechando una visita a Venezuela del *lehendakari* o presidente del gobierno vasco, los hijos de Ignacio de Loyola le hicieron notar lo bien que esta



Padre Luis Ugalde

nación caribeña había recibido al exilio euskera tras la Guerra Civil española. ¿Por qué no retribuirlo de un modo palpable, ahora que al terruño le tocaban las vacas gordas? El gesto de gratitud se transformó en una donación de dinero por parte del gobierno vasco.

«Si no reflexionamos al respecto y no reconstruimos la relación de la academia con la sociedad, nuestras universidades corren el riesgo de convertirse en unas usinas de transformación de lo público en privado».

Para contar con el caldo primordial donde se gestaría el proyectado Parque Social, faltaba un ingrediente: la gente. Ugalde puso al frente del equipo a un veterano promotor, su colega Luis Azagra (1928-2006). «Él venía de hacer de administrador –recuerda el exrector–, y me pidió estar en otra cosa. Lo puse a manejar los proyectos de la universidad. Uno de esos proyectos fue el núcleo de la Católica en Puerto Ordaz. Y el otro fue el Parque Social».

Azagra se convirtió en el emblema del proyecto, en el hombre-franquicia que con su bonhomía, intuición y perseverancia logró articular un equipo gerencial de primera que, en su mayoría, a 14 años del comienzo del Parque Social, sigue vinculado a él. Azagra falleció en 2006, pero todavía a muchos de sus pupilos les resulta difícil narrar el espíritu y el funcionamiento del Parque Social sin apelar a la serie de consignas que el desaparecido sacerdote, también exrector del Colegio San Ignacio de Caracas, acuñó como herramientas de motivación: «Pasar de la universidad-academia a la universidad-servicio», entre las más manidas y que hoy recuerda Bernardo Guinand, actual gerente general del parque.

II

Todas estas convergencias permitieron empezar a darle forma tangible a una idea que cobró vida el 13 de septiembre de 1998, fecha de la inauguración oficial del Parque Social Manuel Aguirre, S.J., bautizado así en honor al sacerdote jesuita homónimo (1904-1969), todo un campeón del trabajo social, fundador de la revista *SIC* y del *think tank* Centro Gumilla.

María del Carmen Pariente, la hermana Pari, ha vivido al menos cuatro vidas en una, y una sola vida de cualquiera no alcanzaría para contar una de las de ella. Eso sí: quien intentase contarla apenas resistiría la tentación de hacerlo en clave de aventuras, un tono en el que acaso la protagonista, enfundada siempre en un aura de humildad, quizás no se reconocería.

La hermana Pari nació en el Madrid de preguerra, apenas a tiempo para que el conflicto político le arrebatara sin piedad la vida de sus padres. A los 18 años se incorporó a la Congregación del Sagrado Corazón, que la envió a misiones ultramarinas. La primera a Chile. El país austral la acogería por 19 años.

¿Segunda o tercera patria? No sabe; le cuesta decidir luego de vivir en Venezuela por treinta años. Lo indiscutible es que le tocó pasar primero por allí, donde dejó muchas querencias. En el Chile posterior al golpe de septiembre de 1973, como otros religiosos, optó por ayudar a los perseguidos de la represión militar. Fue pionera tanto en el Comité Pro Paz, de corta duración, y de la muy reputada Vicaría de la Solidaridad, el remanso de coraje y sensatez que el cardenal Raúl Silva Henríquez supo instaurar para alejar a los perseguidos políticos del aparato represor. En esa estructura, frágil pero decidida, la hermana Pari se ocupó primero de registrar los casos –la Vicaría llegaría a acumular hasta 3.000 fichas con información de otras tantas figuras de la clandestinidad–. Luego, tomaría parte más activa en la «reubicación» de los perseguidos, el eufemismo escogido para designar su asilo. A veces se conseguía con la connivencia previa de las representaciones diplomáticas acreditadas en Santiago. Pero en otras ocasiones, requería hacer tomas de las sedes de las embajadas.

El heroísmo tiene sus límites. Ya cansada, en 1978, la hermana –que entre la resistencia era conocida con el apodo de «Mo»– fue alertada por un exprisionero: sus interrogadores habían preguntado mucho por ella. Si bien dejó el país, no se haría ajena al tema de los derechos humanos. Desde Venezuela presidió por 15 años la Federación Latinoamericana de Asociaciones de Familiares de Desaparecidos (Fedafam). En el Zaire del tirano Mobutu (actual República Democrática del Congo), la misionera Pariente –que también predicó en el Chad– debió vérselas cara a cara con los funcionarios de la NPR, la tenebrosa policía secreta del régimen. A raíz de un episodio casi cómico –las hermanas habían echado al fuego un puñado de billetes inservibles que llevaban la efigie del caudillo– fue a parar a una comisaría, donde se la sometió a interrogatorio.



María Matilde Zubillaga

Ahora la hermana Pari es una presencia constante y móvil por los pasillos del Centro de Salud Santa Inés, la nuez dentro del cascarón

del Parque Social. Puede resultar paradójico que la piedra angular de todo el complejo sea un centro de salud: la UCAB no cuenta con facultades de Medicina, Higiene o Bioanálisis. Pero qué duda cabe de que la comunidad vecina lo necesitaba y recibió con todo gusto. Con ese historial de leyenda, parecería poca cosa que la hermana Pari se dedique ahora a manejar la oficina de Apoyo al Paciente en Santa Inés. Desde ese cargo vela por que los pacientes del Centro que no disponen de recursos suficientes para costear sus exámenes y consultas, cuenten con ese apoyo a tiempo. Para ello, debe intimar con los requirientes del servicio. En el camino se topa inevitablemente con casos de desamparo y necesidad que pueden empañar el ánimo de cualquiera. Pero no el suyo, pues ahí es donde se pone a valer la que, asegura, es la más clara enseñanza que le dieron sus peripecias de misionera: «Hay que tener sangre fría para enfrentar las situaciones y saber que Dios está contigo». Lo que no quiere decir que permanezca impasible, sin conmoverse. Es, confiesa, su «primera experiencia con enfermos». No importa cuáles sean las funciones descritas para ese puesto, ella siempre irá más allá del deber. «La oficina de Apoyo al Paciente –pone en un testimonio por escrito–, se convierte en un santuario donde es muy fácil encontrar a Dios, una escuela de fraternidad, un lugar de diálogo donde aparece la bondad del alma humana, lugar enriquecedor donde la verdad y la sinceridad se manifiestan como posibles».

María Matilde Zubillaga rescata otro de los lemas del padre Azagra que todavía resuenan como un acicate diario para una excelencia que se reviste de humanidad: «Él siempre decía que el dolor de nuestros vecinos era también nuestro dolor y que había que consustanciarse con las carencias del otro».

En 2012, el Centro de Salud Santa Inés ofreció casi 120.000 servicios. Cada uno encapsula una historia humana, muchas de las cuales son conocidas por la hermana Pari. En sus apuntes más recientes resalta el caso de A.H., una ciudadana colombiana cuya casa fue arrastrada por un derrumbe en Carapita. La debacle la obligó a ella y a su marido a devolver a Colombia a los tres sobrinos que habían criado como hijos en Caracas. Un préstamo para levantar una nueva vivienda, esta vez en los Valles del Tuy, permitió que renaciera la esperanza en la pareja a la que, sin más pausa, el infortunio volvió a golpear: un infarto acabó con la vida del esposo. En el Centro de Salud la atendieron para hacerle una densitometría ósea y rayos X de las rodillas, siguiendo el principio de «no dejar marchar a nadie por falta de recursos económicos». O el caso de L.R.C., una anciana que llegó desde lo alto de Antímano al Centro, en un camión de estacas como ambulancia y en una tumbona



Bernardo Guinand



Hermana María del Carmen Pariente



Ovilia Barrios

playera como camilla: necesitaba de un ecosonograma y un eco *doppler* tiroideo. O el de A.R., un joven de 23 años castigado por una afección ocular, queratocono, que ya le había hecho perder la vista.

Si bien a los números les cuesta expresar los sufrimientos y redenciones envueltos en cada caso, sí tienen éxito para ilustrar otra historia asombrosa: los servicios son pagados. Las tarifas son reducidas y hay apoyos para el que no tiene nada, pero, en definitiva, cada consulta y examen tienen como contraprestación un pago, haciendo trizas el lugar común de que el venezolano de las clases populares procura solo el regalo y la caridad. Santa Inés logró cubrir todos sus costos operativos de 2012 con los aportes de los pacientes. La meta, que parece sencilla, en realidad representó la culminación de un reto que para la institución pendía como un acertijo. «Los lineamientos para el Centro de Salud Santa Inés –recapitula Bernardo Guinand, gerente general del Parque Social–, fueron los de implantar un modelo de gestión que resultara sostenible, lo que implicaba, en primer lugar, que autofinanciara sus operaciones con el pago de los servicios; en segundo lugar, que esos servicios tuvieran, sin embargo, precios más económicos que los del mercado y estuvieran al alcance de su público objetivo; y, por último, que se caracterizara por el manejo eficiente y transparente de los recursos».





John Souto



Mercedes Morales

III

Guinand también fue fundador del Parque Social. Apenas salía de las aulas de la Escuela de Administración de la UCAB y se desempeñaba como ejecutivo de una casa de bolsa, cuando fue reclutado por el padre Azagra. Tomaría bajo su responsabilidad la administración del Centro de Salud. Admite que mientras para el Centro se concibió y desplegó un modelo «más acabado», para el resto del Parque Social se aplica «el modo de trabajo de los jesuitas». María Matilde Zubillaga, primera gerente general del Parque Social –y actual directora de la Asociación Venezolana de Servicios de Salud de Orientación Cristiana, Avessoc– amplía el comentario: «Es verdad que el Centro de Salud Santa Inés tuvo un modelo de gestión más cartesiano: se hizo un diagnóstico, se contrastaron las mejores prácticas, se hizo un plan, se buscaron las personas y los recursos». De ello puede dar fe esta socióloga de la UCAB encargada de examinar otros modelos funcionales de centros de salud, desde el Hospital San Juan de Dios hasta el Ambulatorio Militar La Arboleda, entre otros.

A estas alturas, Bernardo Guinand se atreve a resumir el éxito del modelo de gestión del Centro de Salud Santa Inés con una frase: «Hemos logrado tener una clínica privada para gente de escasos recursos económicos». Pero hay otra fórmula que repetirá a quien quiera como un mantra: «Este es un servicio público de gestión privada». Se confiesa fanático

del «equilibrio entre Estado, iniciativa privada y organizaciones sin fines de lucro de la sociedad civil», y revela que las claves de Santa Inés pueden enumerarse en tres trancos de palabras sencillas: «Se trata de estar orientados a la excelencia, de tener un enfoque en pro de la gente, y de cultivar la corresponsabilidad». Sin embargo, cuando desbroza cada uno de esos principios, pone en evidencia unos contenidos más profundos y sorprendentes. «Por ejemplo –dice–, ¿qué hay de la excelencia? Nosotros hemos comprobado que la excelencia reside en lo pequeño, en lo cotidiano, en la jugada de rutina: que los pisos estén limpios todo el tiempo, que la enfermera esté presente, que el médico llegue a tiempo. ¿Te das cuenta de que en nuestro país estamos más acostumbrados a hacer una noticia de la compra de equipos nuevos cuando deberíamos celebrar que un tomógrafo, por ejemplo, lleva diez de trabajo ininterrumpido?».

También en ese espíritu desarrolló lo que llama la «Gerencia de pasillos», la voluntad de no permitir un enclaustramiento en el despacho para, en cambio, «ir al encuentro de los problemas o a poner a tiempo las soluciones». Suena a teoría, pero se hace literal cuando en el pasillo hasta los usuarios más fieles del Centro de Salud reconocen y saludan al gerente. Ello, por supuesto, refleja también la fidelidad que se ha cultivado entre el público y la institución. «El día que yo vi que habían puesto en la avenida una parada de busetas llamada Santa Inés, me dije: "¡Lo logramos!". Nuestro objetivo siempre ha sido estar presentes en la vida de la gente», dice María Matilde Zubillaga.

Podría decirse que cada año se escenifican 200.000 milagros en sus instalaciones, si no fuera porque, si bien en ellos participa la mística de un personal entregado al prójimo, los logros del Parque Social tienen que ver más con un modelo profesional de gestión que con otra cosa.

Ovilia Barrios, la directora de los Laboratorios de Santa Inés –donde al día se atiende a cerca de cien pacientes– lo pone en otros términos: «Uno se casa con Santa Inés». Recientemente, supervisó la apertura y funcionamiento de un laboratorio en Petare, el primer retoño del Centro de Salud fuera del perímetro de Montalbán. La experiencia piloto ya le ha rendido enormes satisfacciones, amén de un aprendizaje institucional útil para medir la replicabilidad del modelo. Sin embargo, no ha dejado de notar que un paciente regular del laboratorio original, que ahora podría usar los servicios de la nueva sucursal, prefiere seguir yendo a Antímano. «Cada vez que le pregunto que por qué viene acá, si ahora Petare le queda más cerca, me responde: "Yo soy de acá"».

Esa lealtad ganada representa la prueba más convincente de cómo ha quedado incrustado el Parque Social en la vida comunitaria. Nadie

entrega fidelidad por nada. En el laboratorio, por ejemplo, se ocupan de contar con la tecnología del momento y de ofrecer servicios con precios de 15% a 25% por debajo del mercado comercial. «La diferencia se nota especialmente en exámenes complejos como los de marcadores tumorales, serología de hepatitis, tiroides y fertilidad», asegura Ovilia Barrios, bioanalista que labora desde 1997 en el Centro. Trabajó muchos años con otras causas benéficas y bien sabe que lo que le da relevancia a iniciativas de este tipo es la empatía y el buen trato. «Aquí somos como una familia».

Al respecto, María Matilde Zubillaga, desde su despacho de Avessoc que el Parque Social aloja, rescata otro de los lemas del padre Azagra que todavía resuenan como un acicate diario para una excelencia que se reviste de humanidad: «Él siempre decía que el dolor de nuestros vecinos era también nuestro dolor y que había que consustanciarse con las carencias del otro».

IV

Hablando de empatía: el debut de la Unidad de Asesoría Jurídica del Parque Social UCAB fue todo un derroche de solidaridad y aventuras. Acababa de ocurrir el trágico deslave que arrastró toneladas de escombros y segó miles de vidas en el estado Vargas. Los abogados y alumnos de la Unidad se apuntaron entre los equipos de rescate. «Hicimos allá desde divorcios, hasta actas de defunción y constancias de desapariciones –relata Janicka Lehmann, su jefa–. Los primeros llegamos a bordo de fragatas de la Armada y desembarcamos. Luego nos tocó transitar por trochas a bordo de los transportes Pinzgauer».

La Unidad de Asesoría Jurídica está sin duda entre aquellas a las que más apelan los usuarios del Parque Social. Cada año brinda de 10.000 a 16.000 servicios. Se ocupa de atender casos no contenciosos de divorcio y separaciones de cuerpos, y de emitir documentos como los títulos supletorios de propiedad, valiosísimos para gente en situación de informalidad. Para ello cuentan con el concurso de los estudiantes del último año de Derecho, que cursan la cátedra de Clínica Jurídica, y de una plantilla de 16 profesores que visan los documentos y toman bajo su cargo los casos más difíciles e inusuales. Que no son pocos.

«Yo tuve, antes de esto, diez años de práctica comercial y te aseguro que nunca me encontré con casos como los que he visto aquí», ríe Lehmann, quien se incorporó ese atroz año de 1999 con la idea de permanecer por solo 12 meses. Algunos de esos casos raros resultan, a la vez, especialmente conmovedores. Recuerda uno, por ejemplo, de un individuo que vivía en concubinato con su pareja. Esta falleció al dar a luz en la Maternidad Concepción Palacios. En medio del dolor, el





hombre, recién consagrado como viudo y padre, se encontró con que no podía reclamar a su bebé. «Se le hizo una constancia y resolvió el problema».

Otros, igualmente llamativos, también tienen la virtud de sembrar la esperanza entre quienes se involucran con ellos. «Una vez vino una señora con una bebé que, según decía, le habían dejado en la puerta de su casa –sigue Lehmann con la memoria–, y la información era muy vaga. Acompañamos todo el proceso hasta que se consiguió que la niña fuese adoptada. Estuvo como seis años viniendo acá, mientras se cumplían todos los trámites. Ahora se llama Karen».

El servicio cobra dimensión de laboratorio para estudiantes y profesores, quienes llevan sus experimentos cada vez más allá. Como parte de una acción popular, a veces alistan un recurso de Nulidad contra la Ley de Arrendamientos, luego de documentar, a través de un censo, innumerables problemas causados por el texto legal. También se aprestan a llevar adelante un proyecto sobre Acceso a la Justicia que, gracias a la extensa base de datos de la que la Unidad dispone, se alimentará de material suficiente para diagnosticar la suerte promedio que corren los casos de la gente común en la justicia venezolana.

Las justicias familiar y de paz consiguen en la Unidad un sitio principal, dado el carácter comunitario del servicio. Cuenta con una Defensoría de Niños certificada por la Alcaldía del Municipio Libertador, y cuyos veredictos luego se homologan en tribunales. En el sitio también se habilita un equipo de Mediación y Conciliación. Cada año se organizan jornadas sobre la Violencia contra la Mujer, y se está a punto de abrir el primer Diplomado de Ciudadanía.

Muy en consonancia con el espíritu de todo el Parque, los servicios de Asesoría Jurídica hacen *delivery:* van al campo a buscar sus ovejas, atribuladas por pendientes legales que de otra manera no podrían resolver; no, al menos, de forma gratuita. Al día de hoy, se dispone de otros 13 centros de atención o corresponsalías, ubicados en zonas populares, a los que el personal de la Unidad acude con regularidad.

No debería extrañar que sean trámites como la obtención de Cartas de Soltería los más demandados. Obvio, pues conectan con las necesidades y la vida diaria de la gente. La respuesta de la Unidad de Asistencia Jurídica –bautizada como Padre Luis María Olasso, en memoria del bravo ignaciano (1916-1997) que en vida se destacó por su defensa de los derechos humanos– a esta demanda ha sido siempre amplia, generosa y técnica. No en balde, el propio Servicio Nacional Integrado de Administración Aduanera y Tributaria (Seniat) refiere a sus usuarios al Parque Social para obtener allí sus respectivas Declaraciones Sucesorales.

V

En el primer frente de hermanamiento con el prójimo, también está otra Unidad del Parque Social, la de Psicología Padre Luis Azagra, S.J. Allí se pone a disposición de la comunidad lo que la imagen convencional suele considerar como un lujo de las clases medias y pudientes: la psicoterapia personal, como también grupal. Además de Psicología Clínica, la Unidad ofrece servicios en áreas de Psiquiatría y Psicología Escolar. Esta última atiende a estudiantes con dificultades de aprendizaje de la comunidad.

Un área de Proyectos y Relaciones Institucionales lleva este mismo apoyo a una dimensión colectiva. Por último, el área de Investigaciones sistematiza y reflexiona acerca de lo que se descubre en campo, cuyo saldo principal lo trata de resumir John Souto, coordinador del área de Psicología Escolar: «Lo más valioso quizás esté en el desarrollo de una psicología contextualizada en la comunidad».

Es el único servicio de este tipo en todo el oeste de Caracas, vale decir, para casi tres millones de personas. Se entiende que su plantel, de unos 14 profesionales y alrededor de 160 voluntarios y pasantes, puede quedar sobrepasado por la necesidad latente. Con todo, en el período 2011-2012 prestó casi 9.000 servicios. Se trata de un esfuerzo que tiene que ver con la vocación de su personal, con su compromiso profesional y, en particular, con la relevancia de su tarea, que no se limita al apoyo que se le da a las personas, ya de por sí trascendente, sino que se extiende a la comprensión de cómo afectan a la psique las condiciones de exclusión en la que todavía vive la mayoría de los venezolanos.

No se trata de un tema menor. Maye Westinner, que coordina el área de Proyectos Institucionales pero, además, da consulta individual en el Centro, busca ilustrarlo de esta manera: «Yo creo que acá, en las comunidades de menores recursos, la necesidad está puesta en la dificultad del contexto; en sectores medios, el malestar tiene que ver con la insatisfacción, con que no se es feliz con lo que se tiene. Allá es un asunto más intrapsíquico, y el trabajo es generar una reflexión sobre lo que les pasa. Aquí, en cambio, el reto es qué decirle a alguien que no tiene casa, que no tiene empleo, que está rodeado por un entorno de violencia, para que se sienta mejor».

La tercera unidad que compone al Parque Social es su piedra angular, la de Proyectos Pedagógicos. Está a cargo de Guadalupe Vallebona, educadora, egresada de la UCAB y con posgrados en la misma universidad y en el Instituto Pedagógico de Caracas. Desde 2001 maneja los programas que brindan apoyo directo a las escuelas, oficiales o privadas, de la zona, para promover un mejor rendimiento de sus alumnos. También se ofrecen diplomados especializados para educadores, y consultoría para la gestión de centros docentes.

Quizás nada sea tan elocuente sobre la labor de la Unidad de Proyectos Pedagógicos como la ceremonia de premiación que se hace, cada año, entre los participantes de la Olimpíada de Lengua y Matemática de La Vega, una iniciativa creada por el padre belga Jean Pierre Wyssenbach, y que en su última edición convocó a 1.800 niños. «Ahora vemos que clasifican niños de escuelas que antes no tenían representantes», se felicita Vallebona, detectando en ello el resultado de sus propios esfuerzos. La cúspide de las Olimpíadas son el mismo torneo y su acto de reconocimientos, que tiene lugar en el Aula Magna de la UCAB. Pero ese es el producto visible de todo un programa de talleres con que la Unidad acompaña a los docentes de las escuelas participantes.

VI

En todas sus unidades se producen prodigios cotidianos de redención de vidas vulneradas, un llamado a considerar que la santidad es algo menos estruendoso y épico de lo que normalmente se piensa. Cada vez que la UCAB sale a la calle, tiene sus consecuencias. Si una de esas ocasiones, cuando sus estudiantes salieron de la sede universitaria a Catia en 1954, desembocó en la creación de Fe y Alegría, Mercedes Morales tiene presente otra oportunidad, en 1980, en la que uno de sus alumnos, de condición humilde, fue asaltado por unos zagaletones en el entonces montaraz paso entre Antímano y la sede de la UCAB en Montalbán.

Morales era profesora de la universidad, de donde también egresó. Al ver a su alumno compungido y maltrecho, indagó qué le pasaba: le habían robado una calculadora que mucho le había costado comprar. Con una audacia que hoy hubiese rectificado, de un solo impulso fue, con toda su clase, hasta donde había ocurrido el asalto. En efecto, había unos niños que, le aseguraron, se la pasaban allí porque no tenían escuela. El robo se había convertido en un juego, primero, y un modo de vida, después.

Mercedes terminaría por subir al sector de Antímano de donde venían los niños, La Vuelta del Fraile. Allí comprobó que faltaban maestros. Con sus alumnos, arregló para dar un curso de refuerzo escolar que redujo la deserción de sus potenciales estudiantes, aunque, por lo visto, no contribuyó a recuperar la calculadora hurtada. «Esa experiencia nos enseñó que sí podíamos cambiar las cosas», dice. Así dio inicio su camino, tan cuesta arriba como el del barrio pero igualmente fértil, a la Dirección de Proyección Universitaria de la UCAB.

Define su misión como la de «conectar los requerimientos de la comunidad con lo que hace la universidad», con la salvedad de que, con frecuencia, los tiempos de la academia no coinciden con la urgencia de lo que la vecindad reclama. Aun así, cita como ejemplo





de programas articulados desde su dirección, el proyecto por el que se detectó una gran incidencia de trabajo entre niños de Antímano, que se dedican, sobre todo, al acarreo de mercancías. De allí se pudo hacer un diagnóstico médico que comprobó que muchos de ellos sufrían de hernia hiatal, como enfermedad «profesional». El Hospital de Clínicas Caracas accedió a operar a 12 de ellos cada mes, y simultáneamente, se implementaba un programa de formación y microcréditos que ayudaría a que los padres tuvieran mayores ingresos. Como resultado, las familias prescindían de los aportes de sus hijos, que quedaban liberados para ir a la escuela. Con esta combinación, se consiguió que bajara de 1.700 a 800 los niños que trabajan.

Junto a lo dispuesto por la Ley de Servicio Comunitario, de su parte la UCAB mantiene tradicionalmente dos canales para que sus estudiantes lleven al terreno sus conocimientos y destrezas: los grupos de voluntarios, de los que ya hay 28 con 700 miembros, y las cátedras de Compromiso Social, 38 en diversas carreras, que establecen como obligatoria la pasantía en la comunidad.

Estas exigencias vienen dando sus frutos, afirma el padre Luis Ugalde. «Según me han



corroborado algunos *headhunters*, parece que ahora hay una nueva tendencia en el mercado –se regocija–, la de los mejores alumnos de la Católica que salen no para las grandes empresas privadas, sino que piden trabajar en lo social; hasta posgraduados de Harvard están en eso». Asegura que ello es síntoma de un fenómeno, el «redescubrimiento de lo sociopolítico, de lo público», de cuya aparición no se escamotea ciertos méritos propios.

«Nos alegra haber contribuido a la formación de profesionales que se salen del itinerario tradicional del graduando» y le agrega una lectura espiritual: «Esta cultura actual de que no le debe faltar nada al niño, con frecuencia impide que nuestros jóvenes descubran el sentido profundo del dar. ¡La parábola del Buen Samaritano! Parece una estupidez, excepto si usted la ha vivido. ¿Por qué, por ejemplo, nuestros alumnos vienen contentos cuando nos acompañan a hacer trabajo comunitario en las escuelas de Fe y Alegría? Porque allá van a pasar trabajo y estrecheces. Pues justamente, porque allá viven la experiencia de dar y, a la vez, la de recibir de esas comunidades pobres lo poco que tienen».

Ugalde, profesor de Teoría Política durante cuarenta años, no pierde la oportunidad para arrojar luz sobre la significación del Parque Social, en clave de convivencia social: «Aquí nos propusimos hacer un modelo de gestión, eficiente y transparente. Pero más importante es la pluralidad de la experiencia. En Venezuela es clave que descubramos el "nosotros". Y eso es algo que no se consigue por decreto, que no se va a conseguir si usted vive de las imágenes, si usted es de clase alta y piensa que todos en el barrio son delincuentes, o si usted vive en el barrio y piensa que para ser empresario hay que ser un chupasangre. Por eso, experiencias como esta son, más que relevantes, necesarias. ¿Que somos una gota en el océano? Sí, es cierto. Nosotros no somos la solución. Pero la gente necesita símbolos. A veces hay signos que prenden y llegan a hacer una hoguera». ■



TEXTO

Ewald Scharfenberg

Periodista y consultor. Actual corresponsal del diario *El País* de Madrid en Caracas. Director del website de Periodismo de Investigación Armando.info. Presidente del Consejo Asesor del Instituto Prensa y Sociedad de Venezuela (Ipys Venezuela).



FOTOS

Carlos Germán Rojas

Ha trabajado en Publicaciones Capriles, Galería de Arte Nacional, Galería Sala Mendoza, Galería Sotavento, Galería Artisnativa y Fundación Cisneros. Numerosas exposiciones individuales y colectivas. Premio de Fotografía del CONAC y Premio Luis Felipe Toro. Autor de *Imágenes de La Ceibita.*

Taller Experimental de Teatro

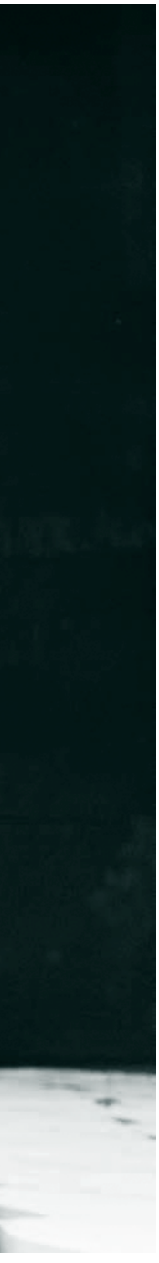
40 años a la buena de Dios

Fundado en 1972, en el marco cultural de la Universidad Central de Venezuela, el Centro de Creación Artística TET (Taller Experimental de Teatro) es hoy una asociación civil sin fines de lucro, de carácter independiente, que orienta sus actividades hacia la investigación, desarrollo y proyección de las artes escénicas y de la cultura en general, mediante la realización de puestas en escena teatrales y la organización de talleres, seminarios y conferencias.

Ezequiel Borges



Guillermo Díaz "Yuma"



El Taller Experimental de Teatro, mejor conocido como el TET –institución totalmente consolidada en el espectro de las artes escénicas de Venezuela–, cumple cuarenta años de fundado. Un logro nada desdeñable en cualquier país, incluyendo algunos del llamado Primer Mundo, pero que adquiere especial significación en nuestros predios. No es un secreto que realizar una actividad artística de cualquier índole en Venezuela implica batallar, en una lucha desigual e injusta, contra todo tipo de adversidades. Sacar adelante una institución compleja y polifacética como el TET, en la que se conjugan una propuesta serísima de teatro –a la altura de cualquier propuesta dramática internacional– con una permanente labor educativa y social, se parece mucho a una labor heroica o a una suerte de apostolado.

Nadie puede ilustrar mejor la tenacidad individual y grupal que se ha requerido para mantener a flote y hacer prosperar –sin dejar de sonreír– una iniciativa como el TET que Carlos Sánchez Torrealba, gerente y primer actor de la agrupación, cuando nos describe el día a día de un actor: «Quedas en la estacada cuando no se pueden recibir pagos periódicos por el trabajo actoral que se hace... Cuando compruebas que tras tantos años de oficio teatral, vuelves a tu casa –todavía con el eco de los aplausos de la sala llena– y tienes vacía la nevera y a la mañana siguiente no sabes cómo vas a pagarle al casero... Cuando no tienes casa propia y no sabes si darás con un lugar estable y apropiado... Cuando tantos años después, la materia teatral en nuestro país no alcanza una legitimidad social más justa, que redunde en mejores beneficios socioeconómicos... Cuando tienes que distanciarte para conseguir dinero en otro sitio que te permita seguir haciendo teatro».

O como puntualiza Guillermo Díaz, «Yuma», el actual director del TET: «La gran paradoja es que realizas un trabajo profesional, pero no te pagan de acuerdo a ese trabajo profesional. No hay una Ley de Cultura que te ampare ante eso, no hay una Ley de Teatro. Entonces, vas a la buena de Dios... Pero ese es el riesgo que asumiste. Tampoco es que uno se va a quejar de que el Estado –o la empresa privada– no te ayudan lo suficiente. Es un riesgo que asumiste tú. Es una decisión personal. Ahora bien, de que es dura, pues sí lo es».

GUILLERMO DÍAZ, «YUMA», ACTUAL DIRECTOR DEL TET: «NOSOTROS ESTAMOS EN ESTE TEATRO LUIS PERAZA GRACIAS A UN OFRECIMIENTO QUE NOS HIZO EL MAESTRO JOSÉ ANTONIO ABREU CUANDO ERA MINISTRO DE CULTURA». EL TET ESTÁ LIGADO DE UNA MANERA INDISOLUBLE A UNA CORRIENTE TRANSFORMADORA DEL ARTE DRAMÁTICO UNIVERSAL QUE SE INICIA DE LA MANO DEL MAESTRO DE MAESTROS CONSTANTÍN STANISLAVSKI, A FINALES DE SIGLO XIX, Y SE PROLONGA BAJO LA ÉGIDA JERZY GROTOWSKI, HASTA EL SIGLO XXI.

Naturalmente, hay gratificaciones, porque como dice Yuma: «Tú haces lo que quieres hacer con tu vida. Y que la gente responda con alegría a eso que tú les estás entregando es algo maravilloso. Hay un *feedback*, hay un eco que te anima a que tú sigas en este trabajo». O como, muy poéticamente, agrega Carlos: «Es absolutamente gratificante cuando un desconocido viejo campesino andino, de esos que parecen gigantes de manos duras de tierra, luego de haber visto la primera función de teatro en su vida, viene y te abraza como si fueras de su familia y te dice: "Gracias por habernos traído este juguete tan bonito"».

Lo de *a la buena de Dios* es una expresión que refleja la sensación (o realidad, más bien) de desamparo en la que viven sumergidos nuestros creadores artísticos en general, y los hacedores de teatro del TET en particular. La expresión tiene también otra connotación que la hace doblemente pertinente. Para el lector no iniciado, o que no haya tenido la oportunidad de visitar la sede del TET, esta se encuentra, de acuerdo a su página web, en el «Teatro Luis Peraza, Av. Universitaria, al lado de la Basílica de San Pedro, Urbanización Valle Abajo, Caracas, Venezuela».

Es cierto que la entrada está junto a la Basílica de San Pedro, pero el teatro en sí mismo, que es subterráneo, está ubicado literalmente *debajo* de la iglesia. Se accede a él por medio de unas escaleras, y luego se encuentra uno en un pequeño *foyer*, adyacente a la sala general en la que se realizan las presentaciones. Es, por cierto, es una sala mediana, muy confortable, de disposición variable, que puede albergar hasta 200 espectadores.

El asunto de la ubicación del TET en el Teatro Luis Peraza, y de cómo llegó a establecerse allí, debajo de la iglesia, es curioso e interesante, pues posee su propio anecdotario. Nos cuenta Yuma: «Desde hace veintidós años tenemos este espacio. Al principio, se lo alquilaba el CONAC a la iglesia y, después, lo tomamos nosotros, hace como diez años. El alquiler que nos cobra la iglesia es a precio solidario, comparado con los precios actuales de los alquileres, pero con todo y eso nos cuesta conseguir el dinero».

Antiguo cine, el Teatro Luis Peraza devino en sede del TET gracias a las artes y buenos oficios de un personaje singular, recurrente y definitivo en la cultura venezolana. Yuma cuenta la historia: «Nosotros estamos en este Teatro Luis Peraza, gracias a un ofrecimiento que nos hizo el maestro José Antonio Abreu cuando era ministro de Cultura. Él fue a ver una obra nuestra en un teatro de Parque Central, donde había cuatro espectadores. Uno de ellos era el ministro Abreu; el otro, su chofer y los otros dos, sus guardaespaldas. Cuando terminó la obra, se fue a los camerinos y nos dijo: "Yo quiero hablar con ustedes". Y nosotros le dijimos: "Nosotros *también* queremos hablar con usted". Acordamos una cita y cuando finalmente nos reunimos, nos dijo:

"Les tengo un ofrecimiento: el Teatro Luis Peraza". Dijimos que sí pero le llevamos una propuesta de reconstrucción del teatro, que no era una sala polivalente como lo es ahora, sino un cine en declive con butacas viejísimas. Nos llevó ocho meses reconstruirlo y cuatro años reinaugurarlo. Montábamos las obras en otros sitios y, mientras tanto, ensayábamos entre los escombros. Parecíamos mineros, tosíamos todo el tiempo».

LUEGO DE CUARENTA AÑOS, EL TET HA LOGRADO ALGO SIN IGUAL: ESTABLECER UN ESPACIO DE CREACIÓN, ENSEÑANZA E INVESTIGACIÓN TEATRAL, QUE SE HA MANTENIDO A PESAR DE TODOS LOS AVATARES POSIBLES. SIN CONTAR CON LA IMPRESIONANTE LABOR SOCIAL QUE HAN DESARROLLADO SUS INTEGRANTES, LA CUAL MUCHAS VECES PASA DESAPERCIBIDA.

El TET, desde sus inicios, está ligado de una manera indisoluble a una corriente transformadora del arte dramático universal. Una corriente que, podríamos decir, se inicia de la mano del maestro de maestros, Constantín Stanislavski, hacia finales de siglo XIX, y se prolonga, bajo la égida de Jerzy Grotowski, hasta el siglo XXI. La relación con Jerzy Grotowski, el gran maestro teatral polaco, y con su compañía el Teatr Laboratorium, ha sido definitiva, sin dejar de ser una relación abierta para el TET. Sobre todo a través de Eduardo Gil, primer director y fundador de la agrupación teatral venezolana, y de Elizabeth Albahaca, miembro venezolana del Teatr Laboratorium de Grotowski desde los años sesenta, cuya mediación ha consolidado vínculos de trabajo (ella misma ha dirigido varias obras del TET) y de amistad entre las dos instituciones.

Sin embargo, los contactos internacionales del TET van más allá de Elizabeth Albahaca. Sus variados integrantes han sostenido encuentros permanentes con, por ejemplo, el Roy Hart Theatre, Sylvain Corthay de la compañía teatral de Peter Brook o el Odín Teatro de Perú. Sin contar con los talleres realizados con Teo Spychalski, Ryszard Cieslak y la misma Elizabeth Albahaca. A esto se añade todo el bagaje cultural y la experiencia internacional de Eduardo Gil, al haber conocido a gente importante del teatro del siglo XX, como el propio Grotowski o Peter Brook. El TET también ha apoyado iniciativas de intercambio, como la de la gran actriz venezolana María Fernanda Ferro, parte del elenco estable, quien trajo a Venezuela al director alemán Frank Castorf en 2009. Asimismo, el TET invitó en 2012 a Thomas Richards, el principal colaborador de Grotowski y heredero de su legado intelectual.

No quiere decir, por supuesto, que la propuesta del TET esté supeditada *ad infinitum* a sus fuentes dramáticas iniciales. «En la ética, filosofía o concepto sobre el teatro sí estamos ligados a la tradición representada por Grotowski. Sobre todo, en lo que concierne a mantener como centro del trabajo al actor, a las técnicas actorales. Pero en lo





estético no tenemos nada que ver con su trabajo, pues las creaciones de Grotowski pertenecen a otra cultura y a otro momento histórico», sostiene Yuma.

Es así como el repertorio del TET incluye obras del arte dramático universal contemporáneo como *Las criadas* de Jean Genet, pero también obras venezolanas, como *Tierra Santa* de Elio Palencia o *El rompimiento* de Rafael Guinand, y también obras de creación colectiva como *El circo más invisible del mundo*. El TET ha realizado numerosas giras nacionales e internacionales. Sus trabajos han sido galardonados con varios premios teatrales. Además, ha desarrollado proyectos de animación sociocultural y promoción teatral para niños, adolescentes y adultos, con programas de investigación teatral y de danzas de la tradición popular.

ESCENA 1: UNA MIRADA A LA FUENTE

La genealogía del TET se remonta a su relación con el Teatro Universitario de la Universidad Central de Venezuela (TU). Eduardo Gil era, en la década de los setenta, miembro principal del TU, una iniciativa legendaria, dirigida por el gran director Nicolás Curiel, de la que ha bebido el teatro venezolano por más de cuarenta años. «El Teatro Universitario hizo en 1965 una gira por varios países europeos y, en Polonia, asistió a una de las puestas en escena del Teatr Laboratorium de Grotowski. A raíz de este encuentro, Elizabeth Albahaca, actriz







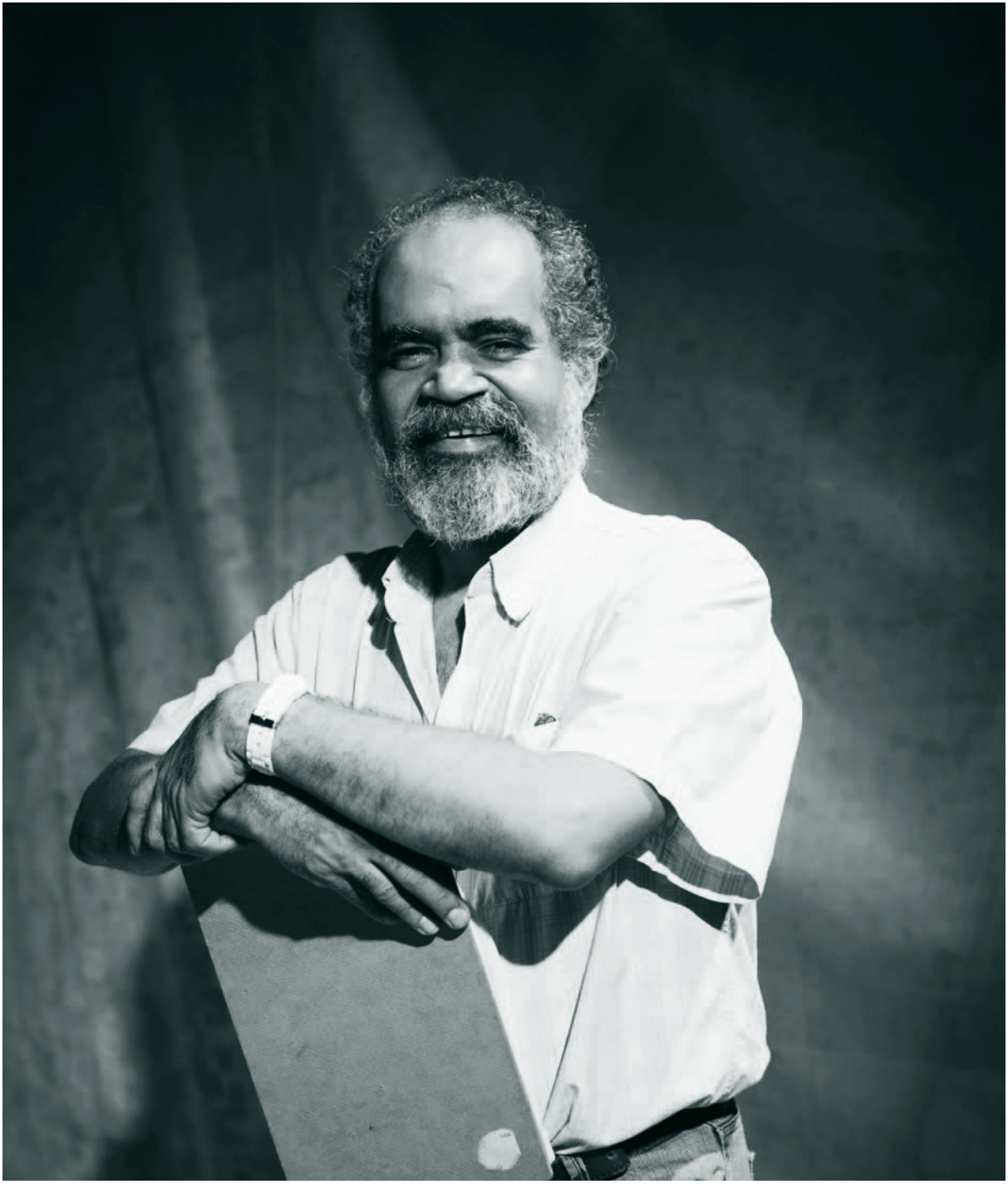
del TU, decidió permanecer allí y estudiar en el Teatr Laboratorium. Desde ese momento, formó parte de los proyectos del TL, hasta el cierre de la institución en los años ochenta. En octubre de 1968, el TU realiza una nueva gira y, en París, asistimos a una de las representaciones de *Akrópolis* de Grotowski», cuenta Eduardo Gil.

«Luego, Elizabeth Albahaca me hizo conocer a Michelle Kokosowski, pedagoga y directora del Centro Universitario Internacional de Búsquedas Teatrales de la Universidad de Nancy. Una beca para estudiar en este centro, que trabajaba en estrecha relación con el TL, me fue ofrecida en esa oportunidad. Y gracias a esto, a finales de 1969, viajé a Francia y comencé allí mis estudios, hasta comienzos de 1971, cuando regresé a Caracas. Este es, *grosso modo*, el resumen del vínculo con el Teatr Laboratorium de Grotowski, que marca en buena medida los inicios del TET», concluye Gil.

Han transcurrido 40 años desde esos orígenes y resulta imposible no sentir que, para Eduardo Gil, «dar y recibir y, también, en lo posible, devolver», ha sido la máxima rectora de toda su labor teatral.

INTERLUDIO EN PRIMERA PERSONA: EL CIRCO MÁS INVISIBLE DEL MUNDO

«La obra va a cumplir doce años y la seguimos montando, lo cual es una cosa insólita. Hoy había 62 personas, en gran parte madres con los niños que participan en los talleres infantiles, pero también mucho adolescente»,



Carlos Sánchez Torrealba

dice Yuma. Se refiere a *El circo más invisible del mundo*, una pieza que el TET ha presentado ante diversas audiencias, y no solo público infantil. «Esta obra ha estado en todos los ámbitos: se le ha presentado a niños, adultos, militares, obreros, ancianos, escuelas…».

Cualquier espectador se puede sentar en el último tramo, en el último asiento de la última fila, frente al circo. Y, con asombro, descubrirá que todavía es un niño que sueña. Mientras el personaje de los zancos se cae, el malabarista se cae, el acróbata de la cuerda floja se cae o el hombre bala vuela y se cae… cualquiera vuelve a ser un niño. Y lo más maravilloso de todo es que regresan y se levantan de nuevo: por más que se caigan, se vuelven a levantar. Son personajes de goma: saltan, cantan, sueñan. Y también hay música: la de los cuatro payasos. Uno toca la guitarra eléctrica, otro el clarinete, otro más la percusión y Carlos es el baterista. Se pasean por canciones de bossa nova, jazz; incluso parece escucharse, a lo lejos, algo de Tom Waits. Hacen unas versiones bufas pero son buenos músicos, no un simple acompañamiento.

A PESAR DE TODO, EL TET HA SABIDO DESARROLLAR LO QUE PODRÍAMOS LLAMAR UN PÚBLICO CAUTIVO, UN PÚBLICO QUE SE HAN GANADO A PULSO, QUE RESPONDE AL LLAMADO DEL TEATRO, Y, CON ESE PÚBLICO, LLENAN LA SALA LA MAYORÍA DE LAS VECES.

Yuma, el director, que en los inicios de la función estaba en las gradas, se levanta hacia algún rincón oscuro y, desde allí, comienza a manipular un aparato de iluminación que luce muy sofisticado. No deja de ser revelador observar al director del teatro convertido en un luminito: es una muestra clara de cómo funciona en esta agrupación la multifuncionalidad de roles. Yuma vuelve a desaparecer por momentos para reaparecer junto a los controles. Le faltaría ahora mezclarse entre los actores y actuar un poco. «Hoy me tocaba hacer de iluminador porque el técnico no podía venir», y mientras esto dice, abajo, en el circo, Carlos Sánchez Torrealba les grita a los espectadores: «¡Abrácense!». Un hombre niño, grande, como de 40 años, se ríe por los cuatro costados. Intenta abrazar a un vecino pero no lo alcanza. En su lugar, una chica próxima lo recibe despreocupada. Termina la obra y una madre del público, en medio de los aplausos, le dice a su hijo: «Ve a saludar a Carlos, ve a saludar a tu maestro».

ESCENA 2: OBSTÁCULOS, ÉXITOS, FRACASOS

El capítulo de las dificultades que enfrenta una institución artística como el TET es un capítulo inevitable, casi siempre relacionado con la falta o con la intermitencia de los recursos de los que se dispone. En palabras de Carlos Sánchez Torrealba: «Aproximarnos a un estreno o a una temporada y que no haya suficiente dinero, con el riesgo de que todo deba posponerse… eso es duro. Es posible también que se caiga una promesa "segura"





de algún financiamiento… eso también es duro. Pero, probablemente, lo más duro sea y es toparte con la ignorancia de nuestros interlocutores ante la significación del hecho creador, lo que deriva en desdén, indolencia y, a veces, hasta engaño, desprecio o subestimación hacia un arte que, como decía André Maurois, hasta puede salvarnos».

Es evidente que el principal obstáculo que enfrenta el TET en la realización de su labor teatral es, básicamente, el mismo que sufren todas las agrupaciones de teatro en Venezuela: la falta de un presupuesto constante y apropiado. No obstante, el TET lo vive de forma diferente porque, como bien lo reconoce Yuma: «Tenemos algunas ventajas. Como por ejemplo, un espacio fijo. Disponer de un espacio es como quien tiene una casa, debe mantenerla. Y si está alquilada, como en nuestro caso, tienes además que estar preocupado por pagar el alquiler, por que la casa no se te deteriore, por que funcione, por que la gente se sienta bien en ella. Entonces, tienes que pintarla, acomodarla, limpiarla, porque es un sitio público. Claro, si tú cuentas con un espacio permanente, eso te permite desarrollar un trabajo con más continuidad. Además, el mismo espacio te puede generar recursos económicos».

El otro obstáculo significativo que enfrenta la gente del TET es, más bien, de índole cultural, y se les presenta a todos los creadores venezolanos que tienen contacto con una audiencia que debe comprar una entrada: «La





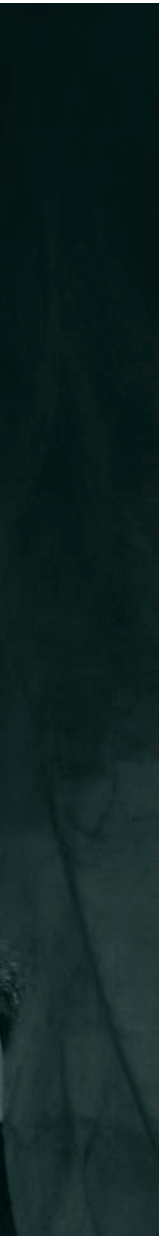


gente no está acostumbrada a pagar la entrada al teatro, a los talleres, a los servicios varios. La gente no está acostumbrada a pagar porque cree que la cultura es una cosa que no es tan importante, algo que te tienen que dar porque es un divertimento, algo que no es esencial. La valoración de la cultura, en general, no está inculcada en el venezolano», explica Yuma.

Un obstáculo igualmente notorio, que repercute desfavorablemente en la relación con su audiencia natural (la gente a la que le gusta el teatro), es el de la ubicación del TET. Porque, a pesar de que la agrupación tiene una ubicación de lujo (la UCV está a una cuadra y la estación de metro más próxima, a dos), su locación está lejos de ser ideal: «Donde la gente acude mayormente es donde hay condiciones de mayor calidad de vida. Donde hay estacionamiento, vigilancia, donde hay fácil acceso o vas a pie porque vives cerca. Sobre todo, el elemento de la seguridad importa mucho. Que no te roben tu carro, que no te vaya a pasar nada… Entonces, cuando te alejas de esos centros culturales, empieza la paranoia que estamos viviendo todos –asegura Yuma–. Nosotros, los integrantes del grupo, muchas veces salimos tarde del teatro y nos vamos juntos, por si acaso, caminando por la avenida Los Ilustres hasta el metro».

A pesar de todo, el TET ha sabido desarrollar lo que podríamos llamar un público cautivo, un público que se han ganado a pulso,





que responde al llamado del teatro, y, con ese público, llenan la sala la mayoría de las veces. Tienen, también, un público joven muy variado que, por la cercanía de la UCV, entre otras razones, se ha convertido en espectador permanente del Teatro Luis Peraza.

El capítulo de los éxitos, aparte de los muchos reconocimientos nacionales e internacionales que ha recibido el TET a lo largo de los años, Carlos Sánchez Torrealba lo resume así: «¿Éxitos? ¡Cuarenta años! ¡Haber llegado hasta aquí! Para cualquier institución artística y autónoma del mundo es una conquista llegar a su cuadragésimo aniversario. Ahora, en Venezuela, que una agrupación dedicada al teatro de arte haya llegado a los cuarenta años no es cuestión de suerte ¡y no ha sido por poner a sonar reguetón!».

ESCENA 4: ¿CÓMO SE MANTIENE UN TEATRO?

En la actualidad, el TET ha sufrido una reducción evidente de su presupuesto si se compara con el pasado más reciente. Si la gestión no la asumieran sus propios integrantes, porque empleados no tienen, la institución no podría sostenerse. Yuma explica cómo se las arreglan: «El teatro lo manejamos nosotros mismos. Cuando empezamos, sí había de todo: gente de sala, secretaria, técnicos. El presupuesto no variaba mucho en el pasado, pero el bolívar rendía más. Nosotros llegamos a tener doce empleados, pero ahora ninguno. Somos nosotros mismos los que hacemos todo: manejamos las computadoras, hacemos el trabajo de producción, concebimos la publicidad, redactamos los programas, escribimos las cartas, diseñamos la programación. Lo único que contratamos es un técnico electricista y una persona que limpia, que viene dos o tres días a la semana. Todo lo demás lo manejamos nosotros. Además, nadie tiene sueldo. El único sueldo es cuando las funciones se venden. Todos trabajan para que el espacio exista. Por ejemplo, este año va a haber dos fiestas que llamamos *convites*. Todo lo que se gana en esas fiestas es para el mantenimiento de este espacio teatral».

Obviamente, aparte de la importante cuota de trabajo voluntario de sus integrantes, el TET ha ido tejiendo una especie de red de seguridad, de red social, que le permite financiarse: «El TET se financia gracias a algunas –muy pocas– empresas e instituciones aliadas. Tenemos un cada vez más mermado aporte financiero del Estado (conquistado con nuestro trabajo, por cierto), pero compensamos con nuestros allegados y adeptos. Gracias a la autogestión, a la cogestión, así como a la Sociedad de Amigos del TET, y a una conciencia de futuro y de permanencia, nos mantenemos en pie. Muchos motivos nos llevan a reforzar cada vez más el carácter rentable de esta pequeña empresa cultural, que puede convertirse en una organización más robusta», reflexiona Carlos Sánchez Torrealba.

ESCENA 5: EL TET Y LOS NIÑOS

«Me llamo Óscar Pimienta», dice uno de los guías del taller infantil de teatro del TET. Luego de una pausa extraña, se carcajea y corrige: «¡Que Óscar Pimienta ni qué nada. Soy Ángel Ordaz, como el Conde de Ordaz. Yo trabajé en el Programa Permanente del TET con los Niños por doce años y ahora tengo treinta y dos –puntualiza–. Este es un programa que iniciaron Ludwig Pineda y Carlos Sánchez Torrealba en 1981. Para entonces tenían muchas inquietudes de trabajo creador con los niños. Al principio, la experiencia era que el teatro iba a la escuela y que la escuela iba al teatro. Después se creó el Taller de Montaje Infantil, un ejercicio que parte de juegos teatrales y literarios y termina ensamblando una obra de teatro. Los muchachos proporcionan todo el material, empezando por los textos. Las imágenes que se usan, los colores, las proposiciones… todo surge a raíz de las inquietudes de los niños», cuenta Ángel.

La relación del TET con los niños se ha desarrollado, también, por medio del plan «TET con las escuelas». Un plan estructurado en varias etapas que combina de manera fluida la creación colectiva y el aprendizaje de distintas áreas artísticas: fotografía, títeres, pintura, poesía, cine, video, danza. La experiencia concluye con una historia contada por todos en forma de montaje teatral. Cada escuela hace el suyo y luego las experiencias se comparten e intercambian. Cada taller tiene una duración aproximada de diez meses, que son los mismos meses del año escolar. Para 2012, el «TET con las escuelas» se implementó en 12 de ellas. Participaron 200 alumnos de manera directa y 600 de manera indirecta. Todo esto gracias al trabajo y esfuerzo compartido de 14 integrantes del TET, que fueron los promotores y guías.

¿Puede hablarse de transformación en los niños? ¿Son iguales los niños que entran al taller a los que salen del taller? «Lo voy a ejemplificar con la historia de Carlitos» –responde Ángel–. Carlitos era un niño de siete años cuando llegó al TET. Era hijo de una madre soltera, con muchos problemas. Ella estudiaba en la UCV y no hallaba qué hacer con el hijo en las tardes. Un día lo trajo y nos dijo: "Yo lo quiero meter en clases de teatro". Pero el niño no quería estar aquí. Así que en las primeras sesiones se sentaba en una esquina, molesto. Estuvo así alrededor de dos o tres meses. Luego se convirtió en un muchacho travieso, que molestaba a los otros –Ángel sonríe con cierta picardía, se encoge de hombros y retoma el relato–. A mí me encantan esos casos: los muchachos difíciles son mis favoritos, son los que más te dan herramientas para trabajar. Con ellos el triunfo es mucho más gratificante, porque la sensibilidad y la energía que tienen es enorme y, cuando las canalizan, pueden hacer cualquier cosa con su vida. Pues Carlitos, cuando terminamos el

taller, me dijo: "Yo quiero que me inscriban en el próximo taller". Ese muchacho tiene ahora diecisiete años y ha hecho dos películas. Estuvo en todos los talleres: desde los siete años hasta los doce. Yo cuento esta historia y me erizo. La experiencia que él vivió con nosotros lo transformó, y así también lo he sentido yo: el TET me transformó la vida», afirma Ángel.

ESCENA FINAL: HACIA EL FUTURO

Luego de cuarenta años, el TET ha logrado algo sin igual: establecer un espacio de creación, enseñanza e investigación teatral, que se ha mantenido a pesar de todos los avatares posibles. Sin contar con la impresionante labor social que han desarrollado sus integrantes, la cual muchas veces pasa desapercibida.

Una institución está hecha de la gente que le da vida, de personas que viven y respiran, pero una institución que dura en el tiempo es algo más que las personas y sus historias particulares, por más duras o gratificantes que sean. Es el intento de prolongar el conocimiento adquirido en el tiempo para los otros, para los que vendrán, para los que ya asoman la cabeza a esta realidad. Los sueños de los otros, es decir, el futuro, son nuestros sueños también. Nosotros debemos protegerlos como podamos. Como decía el gran poeta surrealista francés Paul Éluard: «Las mujeres y los niños tienen un sueño en los ojos; los hombres lo protegen como pueden».

No es difícil imaginarse a los integrantes del TET caminando juntos hacia el metro a las 11 de la noche, después de una presentación teatral, por el Paseo los Ilustres. Van juntos por esa avenida iluminada para protegerse unos a otros de los peligros que encierra la noche caraqueña, pero también van juntos porque saben que la única manera de conquistar un futuro para sus sueños, y para el teatro venezolano, es peleando juntos día a día. Con alegría. A su lado, invisibles como en *El circo más invisible*, pero tangibles, caminan todos los que creen en ellos. ■



TEXTO

Ezequiel Borges

Periodista, poeta, traductor.
Trabajó en *El Mundo* y *Tal Cual.*
Fue Jefe de prensa de Alfa Editores
y Gerente de Comunicaciones
del Museo Jacobo Borges.
Fue dialoguista de la telenovela
"Mujer secreta".
Autor de *30 poemas.*



FOTOS

Gabriel Osorio

Fotógrafo, docente y editor.
Ha trabajado en *El Nacional*
y *Primicia.* Cofundador de la agencia
fotográfica Orinoquia. Ha publicado
fotografías en *Semana*, *Gatopardo,*
El Tiempo, El Comercio, El Mercurio,
El País, Le Monde, American Quarterly,
Bloomberg Magazine, Harvard Review,
The New York Times, The Boston Globe,
The Miami Herald.


Aprendamos a hablar de sexualidad



AVESA

BANCO DEL LIBRO

CASAS DON BOSCO

CEGA

CENTRO ACADÉMICO DE LUTHERÍA

CENTRO DE DEPORTES ACUÁTICOS

CRIOLLITOS DE VENEZUELA

ESCUELA DE CINE

ESCUELA DE ENFERMERÍA UCV

ESCUELA DE VECINOS

ESCUELA ROBERTO MATA

FE Y ALEGRÍA

FUNDACIÓN VIVIENDA POPULAR

FUNDACIÓN VALLE DE SAN FRANCISCO

FUNDAPROCURA

FUNVISIS

ORGANIZACIÓN NELSON GARRIDO

ORFEÓN USB

PARQUE SOCIAL UCAB

TALLER EXPERIMENTAL DE TEATRO

Banesco
Banco Universal
J-07013380-5

Fundación Artesano Group
J-31006992-1

ISBN 978-980-6475-03-4